

FRANCISCO GONZALEZ DIAZ

30

Un Canario en Cuba



HABANA

Imprenta "La Prueba", Obrapia 99

1916

A don Sr. Gordon, su
amigo

Francisco González



UN CANARIO EN CUBA

PR/ST/Cara

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
N.º Documento <u>224721</u>
N.º Copia <u>76967</u>

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Arboles.

A Través de Tenerife.

Cultura y Turismo.

Niños y Arboles.

Especies.

El Viaje de la Vida.

Siluetas de Animales.

EN PRENSA:

La Gran Guerra.

EN PREPARACION

Luchando con las Olas..., con prólogo de Jacinto
Benavente.

FRANCISCO GONZALEZ DIAZ

Un Canario en Cuba



HABANA

Imprenta "La Prueba" Obrapia 99

1916

Al Dr. Alfredo Zayas, insigne cubano,

EL AUTOR.

PROLOGO

El Sr. González Díaz me ha concedido el honor de que escriba las primeras páginas de este libro. Ese honor me compromete a obligaciones superiores a mis fuerzas. Y en la meditación a que me he entregado cuando, tajada la péñola, y amontonadas las cuartillas me disponía a escribir, han pasado ante mi mente mucho de los prólogos famosos que en el orbe de las letras fueron soles que anunciaban la aparición de una estrella o estrellas que son heraldos de nuevos mundos siderales. Ninguno de estos recuerdos es aplicable al caso, y no porque el Sr. González Díaz carezca de los más altos méritos, sino porque yo estoy absolutamente desprovisto de los necesarios a tal empresa. Cierta noche, hallándose Carlos V en el Monasterio de Yuste, cuando hacía vida de fraile del Abrojo y aun no se había olvidado de que había sido César, quiso ir desde su cámara al coro del Convento. Y no estando cerca el cortesano a quién correspondía acompañarle con un candelabro en la mano, llamó impaciente con la campanilla y con fuertes palmadas. Sólo acudió un lego de la comunidad, quién enterado de que Carlos de Gante iba a trasladarse al templo, cogió una mísera linterna que allí cerca estaba, y con ella alumbró el tránsito. El Emperador le dió gracias, y dijo entre burlón y humilde: "Acuérdate de que tu candileja ha dado luz a quién fué y puede tornar a ser luz del mundo". Esta frase, suprimidas las diferencias que hayan de ser borradas, se la dirijo yo a González Díaz, no siendo el César el que habla, sino el lego, el cual se verá enaltecido el día en que, habiendo logrado este ingenio primoroso la gloria que merece, se acuerde del mísero candil que una noche de Diciembre de 1915 encendió sus turbios pabilos para alumbrar la senda de los nobles empeños en que el gran literato canario está caminando.

Periodista, literato, orador, propagandista de campañas sociales, cuentista, psicólogo de las multitudes, filósofo, hay en la obra de González Díaz tantas facetas que

el crítico se desorienta y se perturba cuando quiere colocarse en el punto de observación. Un poeta pérsida, el de los "Mil Azares y las Dos Mil Desventuras", refiere que cierto guía que iba conduciendo una caravana por el desierto, se halló que en un punto de su camino había cien veredas que irradiaban de un médano arenoso. Era, así lo dice el narrador de las maravillas—como si el ave de las cien uñas hubiera puesto allí su pie." ¿Por dónde llevaré a mis gentes—exclamó el guía—si son tantos los caminos? "Y un Genio, el de los viandantes perdidos, le contestó: 'Vayas por donde quieras irás a la Ciudad Sin Puertas, donde no entra sino el que lo merece. Y a ese no le hacen falta guías. El va solo y acierta con el camino que debe seguir.'" Esta simbólica conseja alivia mi alma del temor que la embargaba, porque dado caso que yo me equivoque en mis juicios, el autor de "El Viaje de la vida" sabrá hallar su itinerario, que arranca de un esfuerzo admirable de trabajo y tendrá su término en la cumbre luminosa.

Ahora ya estoy tranquilo. Ya puedo discurrir sin temor. Así me será dable ir apuntando las ideas que se me vengán a las mentes, para corresponder al requerimiento del insigne compañero.

Hablaré antes que de sus otras maneras espirituales, de la que me es más grata: hablaré del periodista. González Díaz desde hace veinte años se ocupa en defender doctrinas útiles a sus compatriotas. ¡Veinte años de labor!... Es algo. Un amigo de González Díaz a quién he pedido datos para estas páginas, me ha dicho: "En aquel rincón maravilloso de las Islas Canarias, González Díaz ha realizado una labor intelectual inverosímil por su acierto y su pertinacia. No es muy favorable el ambiente. Sin embargo, él ha iniciado y ha seguido una obra asombrosa propagando ideas redentoras. Ha luchado con desinterés absoluto por el bien de su "patria oñica", sosteniendo perseverantes campañas en pro de la repoblación forestal de las Islas, del fomento de la enseñanza, del turismo, de la purificación del ambiente político, y de la restauración de las tradiciones regionales. Durante veinte años ha estado sin descanso con la pluma en la mano y la palabra en los labios para predicar verdades y doctrinas, sin que el pesimismo invada su alma. Aun cuando no siempre haya encontrado la acogida que le correspondía, él ha seguido animoso en su empresa, con aquella confianza que es propia de los que están seguros de la bondad de sus anhelos. Mínima parte de las obras de González Díaz está en los volúmenes que ha impreso. La prensa canaria es el archivo de sus esfuerzos por el bien y por la justicia. Porque este hombre tiene el culto de los altos ideales y a ellos ha rendido sus amores sin tasa..." Así me habla el colaborador que he buscado para averiguar lo que hay en González Díaz detrás de sus libros... Y otras cosas me dice que elevan la estimación que ya tenía de este escritor. Me basta con lo

que copio. Admiraba yo el ingenio sutil y delicado, la observación genial, la luminosa penetración de las tinieblas sociales con que en una frase enseña misterios y revela arcanos. Me encantaba la agilidad de un entendimiento que, sea el que fuere el tema en que se ocupe, sabe poner en los labios suave sonrisa, y ofrecer a la razón ocasiones de labor profunda, encanto para profanos y doctos, deleite y recreo para los que en las páginas impresas buscan algo más que la pueril y primitiva atracción de una novedad pasajera. Leyendo los libros de González Díaz habíame detenido muchas veces para tomar una nota. Otras había releído párrafos que se me han quedado en la memoria. Aquí había hallado la profundidad jovial de Montaigne; allí la sátira acerba de Quevedo; más allá la ironía del maestro Arouet. Nunca habían dado mis ojos ni mi entendimiento con el lugar común, con la vacidad sonora, con lo vulgar y amonedado. Siempre encontraba algo singular, algo imprevisto. Si los temas eran viejos, su desarrollo era novísimo. Donde estaba cierto de topar con las frases hechas, me sorprendían las más audaces revelaciones. Y este triunfo de una fantasía inagotable se repetía en obras de los géneros más diversos. En el libro que se titula "A Través de Tenerife", con la descripción de paisajes alternan los juicios sociológicos y los sintéticos estudios de raza. En "Niños y Arboles" cada línea es un reflejo de esplendideces morales. De "Especies" dijo Unamuno que es un volumen en el que hay páginas que le habían desconcertado y le habían hecho pensar, que hay en él cosas sencillamente admirables, dignas de figurar en las antologías futuras, y que el capítulo "La Nube" vale por un libro entero. De esa misma obra ha escrito Benavente: "Empecé a leer a saltos, creyendo sería uno de tantos libros que recibo, pero hube de leerlo de un tirón. Me ha sorprendido y encantado. No suelen llegar a mis manos libros como éste". El dictámen de tales autoridades basta a clasificar a un escritor, y no sería necesario otro, y menos el mío, para que González Díaz quedara para siempre en la categoría excelsa a que su número le da derecho.

Pero más que los artículos que este literato ha reunido en sus volúmenes, me interesan los que han quedado en las columnas de la prensa de Canarias. Esas cuartillas escritas para que duren unas horas y se sepulsen en el olvido, son las que solicitan mi atención especialmente. De las que han sido resucitadas, otros han dado su opinión con prestigio que a mí me falta; de las que, inspiradas en una impresión vehemente, momentánea, han caído en el abismo de la indiferencia, de esas quiero hablar antes que de las que están ya en la biblioteca. Es lo que hay de más generoso y abnegado en la copiosa obra de González Díaz. Porque esas cuartillas perdidas sólo pueden tener recompensa si satisfacen los intereses de un grupo político, si sirven las codicias de un cacique. Pero cuando defienden el interés general, cuando enseñan orientaciones a la mu-

chedumbre, cuando son enérgica protesta contra el abuso de los caciques y de las sectas gobernantes, el hombre que las redacta sabe que se inmola al sacrificio. Es víctima voluntariamente ofrecida a la confabulación de los indiferentes y de los explotadores. Si una mínima parte de las ideas que González Díaz ha expuesto sobre Canarias hubieran sido realizadas, aún descontando el coeficiente de error que es propio de la Administración española, sería aquél paraíso natural, asombro de todos. Sirva un solo ejemplo. La campaña de nuestro autor sobre la repoblación forestal fué motivo de un artículo, admirable como todos los suyos, de la señora Pardo Bazán, que se publicó en "La Ilustración Artística" de Barcelona. Un día habrá un movimiento de opinión formidable que obligue a los Gobiernos a realizar un plan vivificador del país, y entonces se verán convertidos en decretos y en leyes los pensamientos que durante muchos años ha expuesto González Díaz. ¿Será éste el momento de su definitivo triunfo?... No. El periodista no triunfa nunca. Es el precursor, y los precursores son los sacrificados. Si sus campañas toman realidad, el aplauso es para quién las lleva a la legislación o a las prácticas de gobierno. Conocida es la frase de Girardin, uno de los más grandes periodistas que ha habido. "En las colecciones de los periódicos hallaréis la idea que ha sido perseguida ayer y ensalzada hoy. Con los mismos títulos con que un escritor fué encarcelado, ha sido nombrado Ministro un hombre político pocos años después". Y del mismo Girardin es este aforismo que algunos han cumplido al pie de la letra: "El periodismo conduce a todo, pero es necesario saber salir de él". Otra frase que corresponde a este tratado de la experiencia. Cánovas dijo: "Quién ha sido periodista en la juventud y sigue siéndolo en la edad madura, es porque desprecia el secreto de la política, que consiste en propagar unas ideas que luego hay que destruir". Los que han nacido con la vocación periodística y no conciben la vida sin la diaria comunicación con el público por medio de la hoja impresa, esos son víctimas de su amor a la letra de molde. Y aún es más doloroso el martirio de los que tienen al mismo tiempo los amores del periódico y los de las bellas letras, según le ocurre a González Díaz. Esos son los Príncipes sin reino, los desterrados a perpetuidad, porque se ven rodeados de gentes que hablan otro idioma distinto del suyo. Imagináos a Bernardo de Palissy en una alfarería. El hace ánforas, y los demás pucheros. El sueña con ideales, y sus compañeros de taller elaboran platos, escudillas, barreríos. Y como esas vasijas se venden por millares, y el ánfora de dibujo exquisito y de poética decoración sólo halla de raro en raro un comprador, el artista se ve desdefinado. Son los otros, los prosáicos menestrales, los preferidos. El empresario de aquel negocio dice al vate del barro: "Haz pucheros. Los harás mejor que nadie. Serán tus pucheros maravilla y se los disputarán los merca-

deres". Pero aquel hombre prefiere construir ánforas, y se queda en un rincón del taller manejando caprichosamente la tierra mojada. Los que trabajan para el negocio ganan mayor soldada, y logran mejor premio para sus esfuerzos. Ellos saben que cerca de ellos hay un obrero maravilloso al que envidian, pero en la lucha por el pan a que estamos condenados, la admiración queda supeditada al interés. Si la fama del creador de novedades estéticas trasciende más allá de las paredes de aquella oficina, los que ejecutan las obras fáciles sonríen cuando se les habla del artista. "Es un gran genio—dicen—pero está fuera de la realidad, y no sirve de nada." Otros aseguran que está loco. Algunos con mejor conocimiento aseguran que la gloria de la fábrica está en el extravagante discípulo, y añaden: "Cuando él quiera será el Señor de todos"... Y en efecto, un día quiere. Da un puntapié a su ánfora, la rompe, y grita: "¡Venga la tierra roja! Voy a fabricar ollas". Y sus manos nerviosas manejan la masa blanda y salen por docenas, por millares, los pucheros. Una vez hechos, ellos ruedan sobre el suelo. El barro se ha convertido en formas. Toda forma es una vida. Del ser al no ser no hay más diferencia que ésta. El hálito que vaga en el bosque se detiene sobre una planta y nace una flor. Entonces el vago espíritu que ambula por los mundos, ansioso de crear, siente el júbilo de haber hecho algo... Si un día llega la perspicacia humana a averiguar como nacen las cosas que nos rodean, sabrá que es el estímulo de lo bello lo que ha engendrado la ley de la vida.

El literato que se halla en la redacción de un periódico es el "alma mater" de la vida social. Por que las ollas se quiebran en las cocinas y las ánforas se destacan en el vasar. Cuando pasan unos meses no se acuerda nadie del estofado que se guisó en aquel puchero, pero se eleva la mirada para contemplar el vaso extraño que está en lo alto del anaquel y que contiene un vaho de eternidad.

Periodistas... muchos... Definidores del periodismo... pocos... En toda cocina abundan los pucheros... Sólo en algún gabinete de sabio o de amator de las artes, hay un ánfora.

Y al llegar a esta parte de mi improvisación consulto el cuaderno que contiene mis apuntes, el Diario de Bitácora de mi navegación por el mar de las ideas... y mis ojos tropiezan con esta línea: "Niños y Arboles"...! Ah, sí!... El júbilo inocente... la sombra olorosa... Es que González Díaz ha salido de la ciudad, y va a contarnos lo que ha visto en el mundo. La ternura de su alma se derrama. El vaso de los sacros perfumes ha caído al suelo y se ha roto... Aquí el árbol memorable bajo cuya sombra los hombres han gozado los deleites de la primavera... Allí el enjambre infantil, todo aleteos y carcajadas... ¿Es un sociólogo o es un poeta quien nos habla?... En este como en otros libros de nuestro autor, hay páginas que podrían ser el preámbulo de un decreto en el que se estatuyese so-

bre materias de la vida corriente, y las hay que parecen el apunte de un poema. Lo real y lo imaginativo se mezclan como dos corrientes gemelas que nacidas de la misma fuente fuesen jugando en caprichosos meandros entre flores. En otro de sus libros dícenos González Díaz algo que acaso sea la explicación mejor de su naturaleza literaria. "Publicándolo—dice de su volumen "Especies"—no he pretendido más que contemplarme, reconocerme, y recordarme; seguir la corriente de mi pensamiento al través de las dudas, los años, los desengaños y el eterno dolor; darme cuenta de que he vivido, de "que la vida no me ha matado..." ¡Hermoso concepto!... No son las producciones del gran escritor canario únicamente una fe de vida. Son la señal que dejan en las cosas que le circundan, porque su comentario se adhiere al tema como la hiedra al roble, más aún, como la cicatriz a la carne herida. Allí la puso quien pudo. Permanece para siempre sobre el asunto que ha tratado, sobre la idea que ha sorprendido, sobre la persona de quién se ocupó. Nada hay efímero en estas páginas, nada pasajero. El poderío de un vivaz entendimiento las avalora. Leídas y se quedarán en la recordación perdurablemente.

Y esta energía del pensamiento se observa en todo cuanto ha salido de la pluma de González Díaz: en "Arboles" en "A través de Tenerife", en "Niños y Arboles", en "Cultura y turismo", en "Especies", en "El Viaje de la vida", en "Siluetas de animales", y en el libro que comienza detrás de mis páginas presentes.

Otras creaciones esperan su turno en el fecundísimo cerebro de González Díaz. Ellas acabarán de formar la silueta espiritual de este insigne colega. La gloria le espera. No faltará él a la cita, porque hombres como el autor de "Especies" sienten la atracción de lo grande, y no les es dable detenerse en el camino. Yo le miro alejarse con alegre envidia. Su paso es firme, su rumbo cierto. Ya llega a la cumbre, ya la traspone. Es que va a entrar en su patria natural: en el pueblo de la Ilustre Ciudadanía.

J. ORTEGA MUNILLA.

Madrid, Diciembre 1915.

UN CANARIO EN CUBA

OFRENDA

Este libro es una ofrenda humilde. En él procuraré poner toda la sinceridad del afecto, la simpatía y la admiración que ha despertado en mí Cuba, tierra cautivadora, pueblo culto y simpático.

Al brindarle las impresiones, las ideas y los sentimientos surgidos en mi alma ante el espectáculo de su hermosura y su grandeza, cumplo como hombre agradecido. Restitúyole en tal forma algo de lo mucho que me dió.

No me corresponde en cuanto a Cuba el papel de juez ni el de crítico, sino el de viajero maravillado que dice lo que vió, lo que pensó, lo que sintió. Una visión total, luminosa y ardiente, a cuyo conjuro las sombras huyen.

Hay demasiada luz en el cuadro para que vea las sombras el observador en deslumbramiento y en éxtasis; acaso, de llegar a percibir las, las apreciaría como fondo y contraste que destaca más la belleza. Y cerrará los ojos para elevar en *lo interno* a la potencia máxima esa luminosidad reveladora.

Yo comprendo así a Cuba, mirando para adentro apasionadamente y haciéndola resurgir magnífica e irresistible de la nebulosa de mis recuerdos que con amor la llaman... La grande isla de los trópicos, toda poesía y toda energía, se me parece como si yo, para mí solo, la descubriera.

Es que se nos figura haber descubierto las cosas que amamos; es que se nos figura haber logrado el prodigio de hacerlas completamente nuestras, cuando somos nosotros los que en absoluto estamos por ellas poseídos. Ya lo dijo Flaubert: existen países privilegiados cuya *amistad* nos enajena, países a los cuales, como a seres vivos muy queridos, desearíamos estrechar contra nuestro corazón.

Esto me ocurre respecto de Cuba. Cuatro meses de *trato*, de permanencia en su suelo admirable, bajo su cielo deslumbrador, han grabado para siempre su imagen en mi espíritu, y su memoria se me impone con el ardimiento fervoroso de un culto. Al evocarla, la encuentro demasiado hermosa: no puedo encontrarle defectos ni ponerle tildes. Quede la fácil tarea reservada a los temperamentos fríos en quienes la razón enfrena y desvirtúa las exaltaciones afectivas. Yo, por encima de todo, soy un hombre sentimental que, cuando siente, no razona. Ni le hace falta.

Y este libro es, lo repetiré, una ofrenda humilde. Solamente acierto a decir en él que Cuba es noble y bella. De todo lo que profundamente amamos, no podemos tampoco decir otra cosa. Los demás, los que no tienen la incapacidad analítica del excesivo afecto, se abs-

traen, se libertan y juzgan. Pero ellos, a su vez, tienen una incapacidad terrible: la de la emoción.

Preferimos nuestro exceso a su afecto. Por nada de este mundo consentiríamos en que nos batieran las cataratas de la sensibilidad.

Este libro, por otra parte, significa el cumplimiento de un compromiso que adquirí con mis hermanos los hijos de Canarias residentes en Cuba.

Ellos querían que lo escribiera para que, en nombre de todos, le fuese a Cuba ofrecido. Lleva en sus páginas, como esencia inmortal guardada en toscó vaso, el amor de mi raza.

Vínculos eternos, creados en una vida y en un esfuerzo comunes, ligan a cubanos y canarios. El bien de unos es bien de otros; lo mismo el mal. Fraternalmente conviven, trabajan, luchan en la tierra hermosa donde nuestros isleños, esclavizados por la miseria y la política en los territorios nativos, hallan rescate.

Y en este libro canto su redención.

HACIA AMERICA

La Asociación Canaria de Cuba, honróme, invitándome a visitar aquella Isla desde Junio de 1913. Aparte el honor que con ello querían otorgarme mis hermanos de la Gran Antilla, empeñados en una magna obra, cuya trascendencia aún no se ha sabido aquilatar, pedían para esa obra mi cooperación. Yo debía poner mi palabra y mi pluma, desde cerca, a su servicio, como los había puesto desde lejos. El honor implicaba además un deber que me propuse cumplir como buen patriota.

Aplazóse el viaje por diversas causas, y, al cabo, en 14 de Noviembre de 1914, lo emprendí, permaneciendo en Cuba hasta el 31 de Marzo de 1915. ¡Temporada para mí inolvidable! Durante ella ayudé cuanto pude con la labor intelectual más intensa a vivificar el espíritu patriótico entre nuestros comprovincianos, a mantener el entusiasmo entre los buenos elementos de nuestra colonia, a borrar las diferencias y las luchas, de orden muy secundario, que los tenían divididos. Esto fué lo que se

me pidió y esto lo que hice prodigándoles mis energías. Esto es lo que deseo ahora reflejar en estas páginas.

Pero empezemos con la crónica del viaje, un poco accidentado y fatigoso. Cuando recibí a fines de Octubre un telegrama de don Sixto Abreu, presidente de la Asociación Canaria, redactado en inglés, cuyo texto decía tan sólo: *embarque usted en seguida*, hacía dos meses que la horrible guerra europea había estallado. Limitadas las comunicaciones con las Antillas a dos compañías trasatlánticas españolas, suspendido el servicio regular de las magníficas líneas alemanas, y poco seguro, como se comprenderá, el viaje en buques de naciones beligerantes, fuéme forzoso decidirme por embarcar en el vapor "Balmes", de la compañía de Pinillos.

El "Balmes", un antiguo barco de carga transformado malamente en barco de pasaje, carece de comodidad en absoluto. Arriesgarse a pasar en él el Atlántico supone, si no precisamente poner en peligro la vida en la travesía, por lo menos experimentar grandísimas y múltiples molestias, apenas compensadas con el buen trato de la gente de a bordo. Venía el buque repleto de pasaje que había ido recogiendo en los puertos de España; pero yo, como queda dicho, ante la urgencia no podía elegir. Sería uno más en el número de aquella expedición sobrecargada, así como la expedición misma era un ejemplo más de la inaudita manera como en España se cumplen las leyes de navegación e inmigración. Las le-

yes se hacen en España para ser burladas y transgredidas únicamente.

Aún tomó el "Balmes" más pasaje en nuestros puertos, en Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife y Santa Cruz de la Palma; por manera que cuando de este último puerto salimos para las Antillas, ya sin otras escalas que las de Puerto Rico, la cubierta de la nave ofrecía el aspecto que debieron ofrecer antaño los buques fatídicos y terribles con que se realizaba la trata de negros.

Trata de blancos son, sin duda, estas modernas contrataciones o expediciones de emigrantes hechas en forma que constituye un agravio para la humanidad y una afrenta para la civilización. En las calas se amontonan los expedicionarios como bestias: les faltan aire, luz, higiene, garantías sanitarias en absoluto. Mezclados y revueltos en promiscuidad espantosa hombres, niños y mujeres, quedan durante la travesía entregados tan sólo a la misericordia de Dios. El favor divino les permite llegar sanos y salvos; pero estas preservaciones milagrosas no son continuas. Suele suceder que Dios les abandona o les olvida, y entonces caen grandes flagelos sobre las desgraciadas muchedumbres de *tercera*. Si llevan consigo gérmenes epidémicos, brotan a bordo, no obstante la incomparable virtud tónica y medicatriz del ambiente de la mar, y sólo esa misma virtud impide que el contagio se dilate. Eso fué lo que nos ocurrió. Reinaba una epidemia variolosa en Canarias por aquellos días; y a pesar de conocerse los estragos que causaba, su radio de difusión ex-

tenso, las posibilidades de que se deslizara como fatal viajera entre el pasaje campesino, la certeza, en fin, de la inmunidad por la vacuna, no se exigió certificado de vacunación a los que embarcaban. Fueron entrando en tropel centenares de inmigrantes y desapareciendo en las entrañas negras del vapor, materializada imagen de la conciencia mercantil que no ve más que el negocio, para reaparecer más tarde a guisa de fantasmas surgidos de un abismo. Ví crecer constantemente la masa oscura, seres vivos con apariencia de monstruosas larvas, hatillos misérrimos, harapos y pingajos, bultos informes, seres y cosas de pesadilla, sobre los cuales derramábase una gran sombra de dolor y de tristeza. Eran las legiones semi-desnudas de nuestro éxodo americano, eran nuestros *israelitas*. Eran los canarios que se van a América para volver, y arrastran su cadena en la fuga y cuando vuelven, aunque limada, todavía la traen y aquí se la remachan de nuevo; aquellos fugitivos van hacia el trabajo y la libertad en tierra extranjera que les parece propia por lo bien que les acoge, menos dura que la patria política porque les da abrigo, porque les da pan. Ahí tenéis a los obreros de la zafra cubana, nuestra *emigración golondrina*. En su ir y venir establece con Cuba un intercambio de intereses, de aspiraciones, de esfuerzos laboriosos, de simpatías, de ideas, que estrecha sin cesar la fraternidad cubano-canaria. No buscan en Cuba ni en la Argentina el vellocino de oro: humildes en su ambición, si ambición puede llamarse el deseo y la necesidad de vivir, lo que

buscan es emplear sus brazos en las faenas agrícolas de la cosecha y obtener, a cambio de su trabajo honrado, intenso, penoso, un estipendio del cual con fatigas y privaciones van retirando alguna economía que les asegura el regreso. Y vuelven; y después, consumidos los escasos ahorros, tornan a emigrar.

Esta clase de emigración isleña se equipara por completo a la de los italianos meridionales, napolitanos, sicilianos, y calabreses, que también se incorporan transitoriamente a la vida de la América española. En Buenos Aires les pusieron el nombre de *golondrinas*; pero los nuestros tal vez les aventajan en sobriedad, en resistencia, y rinden mayor cantidad de labor útil. Aceptan mínimos jornales, y trabajan de buena fe, con todo su esfuerzo, con el propio espíritu de honradez escrupulosa, que tienen acreditado en el terruño. El obrero campesino canario, por todas esas cualidades que determinan verdaderas superioridades, vence en las Antillas como triunfa en las Repúblicas del Plata. Sosteniendo gallardamente la comparación y la competencia a que le sujetan las inmigraciones de los diversos países en aquellos enormes receptáculos de una continua inundación humana, el canario impone la victoria de su fuerza, de su perseverancia, de su moruna frugalidad y su perfecta hombría de bien, virtudes con las cuales se abre paso y adquiere una superior estimación. ¡Lástima que en su enorme mayoría, en su generalidad casi, sean nuestros emigrantes analfabetos! Por eso difícilmente se elevan de bestias de trabajo a hombres libres y respetables;

por eso son víctimas indefensas de todas las voracidades, de todas las tiranías, de todas las explotaciones. Se me dirá que el mismo defecto inferioriza a los emigrantes españoles en general y aún podría decirse que a los latinos; pero el nuestro, el hijo de Canarias, a todos los demás tristemente excede en incultura. No en vano la población de las islas ocupa entre las provincias de España, desde el punto de vista pedagógico, el último lugar. Este atraso humillante y tristísimo, causa de nuestra anulación como pueblo, se refleja en los isleños que emigran. Aunque se les cuenta por cabezas, como a las reses, en una común medida de desprecio, las cabezas no les sirven sino para ser contados. En los brazos llevan su único valor y lo ofrecen incondicionalmente, sin sospechar siquiera que pueda haber en el hombre otro alguno, más alto y más precioso. Nadie les enseñó a distinguir la materia del espíritu; en su aldea, en su montaña, en su campo, fueron como sombras, como fantasmas, como figuras esfumadas y desvanecidas, no obstante su energía física admirable. Absorbíales la naturaleza, y no hacían más que *pasar* con sus útiles de labranza al hombro, o con sus instrumentos de trabajo en las manos; ciegos para ver dentro y fuera de sí mismos, ni el fondo de sus almas, ni la naturaleza; espectralmente silenciosos, inermes y pasivos.

Esos hombres llevan la patria consigo como una adherencia material y espiritual. Una fuerza todopoderosa les posee y, aunque ellos no saben comprenderla ni definirla, la sienten. Mientras se afanan en medio de los caña-

verales o en los Ingenios titánicos donde el hombre es un átomo palpitante absorbido por la máquina, ella les asiste y les alienta bajo la forma de simples visiones y evocaciones. En esta simplicidad de sus espíritus primitivos la patria, no idea sino sentimiento, adquiere un enorme poder de sugestión. La están *vien-do* constantemente cuando trabajan, lo mismo que cuando reposan, y es ella quién mantiene el brío de los que se quedan, tanto como de los que piensan volver.

El bracero canario en la emigración multiplica sus capacidades laboriosas y afina su sensibilidad; desde todos los aspectos vale mucho más que lo que valía en las islas, porque se reconoce libre y porque el patriotismo, actuando sobre él como insuperable depurador, le ensancha la vida y la conciencia. Pero no hagamos *anticipaciones*; ya desarrollaremos en su lugar adecuado, utilizando y valorizando datos de inmediata observación, sobre el terreno, el cambio profundo que sufre nuestro emigrante en su psicología elemental.

Por ahora lo que me importaba era enviar un saludo a los que iban en el "Balmes"; un saludo triste, compasivo. Los que nos alojamos en primera compadecemos a aquellos siervos de la miseria que se hacinan en su departamento semejante a un inmenso establo. Nos parece que están fuera de la humanidad, más allá del bien y del mal; que su viaje azaroso, en promiscuidades inmundas, en horribles tribulaciones, en sórdidas estrecheces, habrá de conducirles a la muerte, a la inmolación. Les vemos como víctimas destinadas al sacrificio.

Su éxodo se nos figura un castigo cruel infligido por los hados adversos, y el espectáculo de su abandono nos persigue con el horror de una visión dantesca. Sin embargo, ellos tienen la alegría y la tristeza nosotros. Ellos cantan y nosotros meditamos. En nuestra meditación nos ensombrece el pensamiento toda la amargura de las fatalidades y las desigualdades sociales que a ellos en su inconsciencia nada les dicen.

Están alegres, despreocupados, se muestran irreflexiblemente dichosos. Son conformistas y optimistas. No llevan hacia América, que para ellos no es precisamente lo *desconocido*, lastre de ilusiones y ambiciones. No llevan más que su oferta de trabajo y la seguridad del regreso. Se apoyan los unos en los otros por manera instintiva como los grandes rebaños, y así se comunican calor animal y calor moral. Familias enteras desplazadas forman hacinamientos, apiñamientos defensivos en que los padres tienden sobre la progenie las alas de su protección como una patriarcalidad bíblica. A las horas del *rancho*, se determinan con separación intransigente los grupos en torno de las ollas cuarteleras, y diríase que se acusan los caracteres de *especies* enemigas, ante el imperativo categórico del hombre. La solicitud de la pitanza es lo único que disgrega la masa apelonada, fundida, separándola según ley de afinidades para volver a reunirla luego más estrechamente.

Y hay que ver el aspecto de abandono total, la pasividad absoluta con que aquellos hombres se entregan al Destino. Sus actitudes son

de animales mansos que reposan, pero que guardan en el reposo su fuerza sofrenada. Miran como sin ver, vagamente; parecen hallarse en éxtasis, hipnotizados por el Océano, magnitud y atracción supremas. Pero no es eso: inconscientes y mudos, prolongan sobre el mar el pesado sueño que en tierra fué siempre su vida. Si se les preguntara: *A dónde vais?*, responderían: *No lo sabemos*. Y de veras no saben otra cosa sino que *los llevan*. Los inmovi-za el fatalismo hereditario, la herencia de una raza en quién los viejos hábitos de servidumbre han matado toda libertad, toda espontaneidad. Ni siquiera tienen noticia de que los *guanches*, nuestros predecesores, tan activos y altivos, existieron. En torno del cuello de cada uno, se acusa sangrienta como una herida la marca del yugo.

¿Hemos de considerarles irremediablemente vencidos? No; porque representan una gran energía pasiva, capaz de levantar un enorme peso de trabajo. En esa potencialidad está el poder con que los isleños de Canarias, colectivamente, triunfan y se imponen en América. Su sudor fecundiza los campos de Cuba; sus brazos levantan las cosechas y, en un esfuerzo casi sobrehumano, las empujan y las conducen hasta el punto máximo donde la máquina reemplaza al hombre. Allí donde empieza la transformación industrial, termina el impulso humano formidable y se inicia la *función mecánica*. Nuestro obrero derrochó en el tránsito el vigor de sus músculos y el ardor de su sangre; pero, si bien en conjunto ha logrado una victoria, individualmente, atomizado, pulve-

rizado, sólo fué un número. Sigue siendo *quantité négligeable*. Vuelve a la tierra de dónde salió para continuar dormido, sometido y . . . callado. Le acompaña la visión luminosa de la naturaleza en los trópicos; evoca el fausto inaudito, quimérico, de la campiña cubana hirviente de fecundidad, y cuando se reconcentra en la memoria le pasa por los ojos un deslumbramiento. Quiere volver a sentirse poseído por aquella magia abrumadora y dulce, y está cantando siempre las bellezas de Cuba. Tór-nase perpetua en él la dominación del paisaje lejano, del ambiente exótico. Nada más: lo arrullan los recuerdos, pero su psicología y su ideología no se han enriquecido ni se han aclarado.

De muy distinta manera actúa el medio sobre el emigrante de las islas que se trasplanta y aclimata definitivamente. El que se queda, adquiere al fin condiciones y capacidades, aptitudes y tendencias que no tenía en el país nativo. Le satura el espíritu democrático; le crece la conciencia, *le nacen alas*. Aprende a ver desde lejos y entra resueltamente en posesión de su personalidad. Se le caen las costras seculares que le entorpecían, que le petrificaban, que le cegaban, y surge un hombre nuevo, con traje nuevo, del fondo tenebroso del pasado. Entonces dice con energía viril, afirmándose: *yo soy*. . . .

*

* *

El “Balmes” llevaba más de seiscientos emigrantes canarios para Cuba, y bien puede

decirse que los llevaba en clase de cargamento: carga humana en la que cada unidad era poco más que un bulto. No como a bultos se les trataba, sino como a hombres; pero el ánimo ensombrecíase y afligíase ante aquella acumulación de barbarie y de miseria. Entre sus equipajes los sórdidos viajeros hormigueaban levantando de vez en vez un rumor confuso. No se sabía si blasfemaban, se quejaban o sollozaban. El tono de aquel clamor apagado, aliento de una muchedumbre, resultaba indescifrable. En ocasiones se alzaba un canto desgarrado y dolorido rompiendo la paz marina.

Eran las "folías" o las "isas" isleñas, evocación musical del terruño. Iniciábanse las primeras briosas y apasionadas para morir violentamente como la tragedia del alma de un pueblo; iban cayendo lánguidamente las segundas desde el ataque de la primera nota, hasta acabar en un dulce suspiro. Y a mí me parecía que en los dos aires, en las dos canciones, definía su carácter nuestra raza. El canario no es capaz de sostener la nota aguda de la pasión, y pronto la quiebra y la mata en un "pianísimo" sentimental. Se entusiasma o se encrespa un instante, luego baja el tono y, resignado, da una voz queda, tan queda como un susurro. En su lago interior—que no océano,—rompe en una orilla la borrasca, apareciendo amenazadora, y se deshace y muere antes de llegar a la otra orilla. Cuando canta parece que se dice a sí mismo cosas muy tristes, pero con temor de que le oigan. Todo cae dentro, en el lago definitivamente tranquilo, y allí se diluye en la paz muerta. El obrero de

nuestros campos retrocede por instinto frente a la vida, se repliega y *se ausenta* al ponerse en contacto con gentes en quienes reconoce superioridad. Dentro de su círculo, entre los suyos, pierde la timidez, aunque no llega nunca a la expansión ni a la incontinencia de una desbordada alegría. Es tímido y torpe, reservado y melancólico; dijérase que un resorte principalísimo falta en su máquina. Su paso es lento, su mirada dormida y como implorante. Sugiere la idea de un animal maltratado que siempre está viendo venir los golpes. Y no hay nada de eso: lo que hay es una ley de herencia y una influencia de ambiente, agravadas por la absoluta incultura que no le permite abrir los ojos, aunque los tenga abiertos. La tristeza profunda y misteriosa del paisaje de Canarias, *rictus* de una tierra formada y destrozada en ciclópeas convulsiones, está en él, como, más o menos patente, más o menos contenida, está en todos nosotros. Aquí todos tenemos aspecto de atormentados. Vivimos con la angustia de quién sube una cuesta demasiado agria y, en vez de seguir subiendo, querría sentarse.... Nuestro pueblo no ha aprendido a caminar porque bajo la pesadumbre de la fatalidad de esa tristeza, vive morosamente y, aún en lo más hervoroso de la fiebre del trabajo, dormita. Somos tristes, ensimismados, soñolientos. También debieron serlo los *guanches*, nuestros predecesores, no obstante su singular fortaleza física y psíquica.

*

* *

No menos de seiscientos emigrantes, procedentes de Canarias, llevaba el "Balmes" hacinados en sus bodegas y cubiertas. Estos pasajeros de tercera clase nos ofrecían a los de primera el penoso espectáculo de su desamparo y sordidez. Cuando nos asomábamos a *la boca del infierno* retrocedíamos espantados creyendo ver allí la suma de todos los humanos dolores. Muchos estaban tendidos en posiciones durísimas, como bestias enfermas; otros, la mayor parte, reían y cantaban al son de destempladas vihuelas. Los niños se arrastraban en torno de sus madres o retozaban sobre montones de inmundicias. Salía del antro un vaho pestilente, irresistible. Todos se agitaban entre las sombras como larvas inquietantes y oscuras. Aquella pululación de fantasmas en la negra entraña del buque nos pesaba como un remordimiento.

El remordimiento debía ser para los responsables de que en tal forma viajaran *nuestros hermanos*; hermanos doblemente por la pena de un éxodo tan aflictivo. ¿No hay en Canarias autoridades? ¿No hay Inspectores de Inmigración? ¿No hay en España leyes que prohíben semejantes explotaciones de la miseria nacional? Por lo visto no hay nada de eso. En el "Balmes" habían sido admitidos sobre seiscientos pasajeros de tercera, y ni aún trescientos hubieran podido ir bien. Lo que luego sucedió estaba previsto y nos parecía inevitable. A los pocos días de navegación comenzaron a correr rumores insistentes de que había viruela a bordo. Muy luego se tuvo la certeza del hecho y se exageraron sus propor-

ciones: eras dos casos, pero la fantasía excitada por el pánico los multiplicó, diez treinta, ciento... Los pasajeros de primera clase acudían sin cesar en busca de noticias y, a falta de ellas, las inventaban. Ya todos teníamos por seguro que se nos impondría en la Habana una rigurosa cuarentena. Se decretó la vacuna obligatoria y todos fuimos suavemente pinchados; se fumigó con azufre las bodegas. Sólo el olor de azufre faltaba para que fuese completa la semejanza de aquellos antros con lo que nos figuramos que debe ser, según la dogmática católica, el católico Infierno....

Y así fueron transcurriendo las horas larguísimas entre sobresaltos, bostezos, fatigas y molestias de toda clase. Yo no tenía ningún medio de amenizar las jornadas marítimas: en la confusión y pupulación de abordo, no me eran posibles la lectura ni la escritura. ¿Cómo leer si a cada momento se levantaban de entre los pasajeros ambulantes o jugadores ruido de disputas o carcajadas? ¿Cómo escribir, si el pensamiento no podía concentrarse en medio de aquel continuo ir y venir de feria? Hube de renunciar a mis dos aficiones predominantes y poner mi recreo en la observación de tipos y costumbres. Un viaje es propósito para tales observaciones, para ahondar en el estudio de la psicología del prójimo. Este se nos presenta al desnudo, sin precauciones, sin artificios, sin vigilancia sobre sí mismo, espontáneo y libre, *en estado natural*. Hasta los hombres más refinados *se abandonan* un poco; se olvidan de ser, además de hombres,

actores sociales. Y se ve el *interior*. Se acentúan las pequeñas pasiones, los pequeños odios, las pequeñas ridiculeces, todo lo pequeño de nuestra naturaleza y de la vida. La limitación del espacio en que nos movemos, la convivencia y la familiaridad forzosas, el sentimiento de nuestra insignificancia frente a la grandeza enorme del océano, el fastidio de sentirnos siempre inspeccionados, tener que compartir la mesa y hasta el dormitorio con gentes extrañas, por lo común vulgares o molestas, todo eso produce, repito, aún en los temperamentos más serenos y en los espíritus más educados una predisposición constante a la protesta, un áspero mal humor, una irritación sorda. Decaemos sensiblemente en cuantos sujetos de cultura y necesitamos recordar a cada paso lo que somos para no arrojar nuestro equipaje de civilizados por las bordas. Somos menos benévolos, menos indulgentes que en tierra; somos también más sensibles, más susceptibles. Cualquier nadería nos desazona; un incidente mínimo nos parece un atentado a nuestra personalidad. El puro ambiente marino, las infinitas lejanías azules, la suspensión aterradora entre mar y cielo, obrarían sobre nosotros para depurarnos y agrandarnos si fuéramos solos al través de las soledades oceánicas; pero como vamos en compañía, y apenas podemos revolvernos dentro del barco, nos pesan demasiado la estrechez y la dureza de la prisión. Apenas vemos el mar ni el cielo, preocupados excesivamente con las cosas miserables de la tierra, que nos sigue y va con nosotros adherida en mil formas a nuestros or-

ganismos. La tierra no nos suelta nunca; salimos de su seno y a su seno tornamos; cuando creemos haber sacudido su yugo cambiando de elemento, ella nos sigue, más bien como una querida tiránica que como una amorosa madre. Somos tierra, tierra, tierra... , hasta en esas aparentes escapatorias en que se nos figura haberla dejado muy atrás. En torno nuestro *lo terrestre*, es decir, las mezquindades y debilidades de nuestra existencia sobre la tierra firme, resurge a cada paso, y se acrecienta y amaligna por el contacto más estrecho e inevitable que se establece entre los hombres aprisionados en una frágil nave. En vano el mar nos invita con su grandeza inconmensurable a superarnos, a purificarnos, a remontarnos. Realmente estamos entre dos tiranías abrumadoras, y nos reconocemos más débiles que antes, más pobres, más desamparados. La tierra nos posee siempre y el mar nos domina. El dominio del mar, que nos rodea y amenaza, es el más tremendo de todos los absolutismos. Nos hacemos polvo frente a la imagen de la eternidad; pero polvo que vive y vive mal, polvo que cae....

Todos nos estorbamos abordo, como los vecinos de una angosta casa; lo incómodo de la vecindad y el lento curso de las horas, el tedio que se nos impone como una penitencia, la monotonía uniforme del tren cotidiano, hacen que cada cual se repliegue dentro de sí mismo y se erice de espinas. Para pasar el rato se recurre a entretenimientos pueriles; también a ridículas extravagancias y malevolencias. Estas últimas se ejercitan sobre algún infeliz

que no suele faltar en las largas travesías y que desempeña el papel de cabeza de turco. Es por lo común un ser inofensivo, ingenuo, grotesco y vanidoso, que no hace daño a nadie, pero que provoca a hacérselo. Se le juegan bromas pesadas; se le pone en evidencia. Si es mujeriego, las muchachas procuran encenderle en la llama funesta de amor, y ocurre que el pobre chico se enamora de veras y hace mil tonterías. Su debilidad harto visible le pierde. En el "Balmes" tuvimos un hazme-reir del género amoroso, un galleguito inflamable y toreable, a quién varias señoritas levantaron de cascos para el regocijo de la reunión. ¡Las locuras que realizó y las necedades que dijo, excitado por sus alegres enemigas!

Había, además, *el tío de los gallos*. Este era un andaluz orondo y lucio, con tipo de viñatero jerezano; hombre más que maduro, grave en el hablar, solemne en el mentir. En su derredor formábase espontáneamente a toda hora un corro que le oía con la boca abierta; y el meridional cantaba la gloria de su tierra luminosa y brava interpolando cuentos del repertorio de Manolito Gásquez. Sólo interrumpía su charla pintoresca para acudir al cuidado de sus animalitos, unos sesenta gallos de lidia, la mitad de los cuales debían quedarse en la Habana y la otra mitad continuar viaje a Venezuela. Algunos murieron en el tránsito con gran desesperación de maese Pedro (así llamaremos al andaluz). Eran de oirse sus lamentaciones. Y las del pasaje, condenados a soportar constantemente los ki-ki-ri-ki agudos y porfiados de la caterva gallística. Al ama-

necer, la diana ensordecedora nos despertaba a todos; luego, durante el día, los gallos cantaban desesperadamente. Sin duda, aquella asamblea unisexual lloraba la ausencia de las gallinas; según maese Pedro, los que habían fallecido sucumbieron a esta pena. No podían vivir fuera del régimen poligámico del gallinero, que es un serrallo. Y el de Jerez decía melancólico entre cuento y cuento:—Debí traer algunas gallinas.

Así pasaron los veinte días de navegación, monótonos, uniformes, tan sólo amenizados de tarde en tarde por algún episodio festivo, las más de las veces hábilmente *preparado*. Había que aligerar un poco la pesadumbre del tiempo y, para conseguirlo, cualquier recurso parecía aceptable. Una de mis distracciones forzosas consistía en el estudio comparativo de los viajeros de las diversas provincias españolas que llevaba a Cuba el “Balmes”: catalanes, gallegos, montañeses, asturianos, aragoneses, valencianos, andaluces. Cada grupo marcaba enérgica su característica regional. Los catalanes gritaban en su áspera lengua la superioridad indiscutible de su región, decían que quién no ha visto Barcelona no ha visto *cosa bona*, y para ponderar la excelencia de los géneros industriales del Principado lanzaban un redondo *¡voto va Deu!*; los aragoneses, bailaban la jota y aclamaban a la Pilarica; los gallegos lloraban sin consuelo en las notas dulces y tristes de la gaita; los montañeses comparaban el Atlántico con el Cantábrico y recordaban la catástrofe del *Machichaco*; los asturianos, Covadonga y más Covadonga, des-

pués de pasar por las distintas Cangas y Pallas; los valencianos comían naranjas; los andaluces hacían círculo en torno de maese Pedro, *el tío de los gallos*, y reducían a chistes Andalucía, España, Europa y el mundo.... Toda aquella gente iba olvidada de la patria común, de la patria grande; en sus espíritus reinaba un regionalismo exclusivista y... algo frívolo. Los que invocaban a Covadonga no pensaban en el símbolo nacional de ese gran nombre, sino en la gloria y la belleza asturianas; los que exaltaban la energía creadora de Cataluña, definían el catalanismo, más allá de España... Advertíase la falta de un fuerte nexo interior, una conciencia solidaria, vigorosa, que uniera e identificara aquellos elementos *dispersos* de nuestra nacionalidad. Así va España a América dividida en fracciones que llevan consigo grandes entusiasmos locales, pero escaso sentido de la armonía política y étnica, base necesaria del resurgimiento español, del poder español... Suerte que allá los regionalismos militantes y fecundos toman al cabo un común matiz patriótico y con sus obras levantan el prestigio de España. En la emigración laboriosa la variedad se funde en la unidad suprema; pero el punto de arranque de esa magna labor constructiva es el amor a la región. Pronto pude verlo en Cuba: allí España triunfa porque cada una de sus comarcas y de sus razas le ofrece el resultado de su gigantesco esfuerzo colectivo.

Llené mis horas abordo con estas profundas meditaciones que interrumpía a menudo para abismarme en la contemplación del mar in-

finito, variable en su aspecto y siempre igual en su magestuosa hermosura; o para descender de las cumbres del pensamiento imantado hacia aquellas altas idealidades, para despertar de mi ensueño filosófico por el choque brusco con las groseras realidades inmediatas. El choque dolíame como un trallazo. Era la disputa de unos jugadores, o el lloro de un niño a quién reprendía su papá, o el canto desentonado de un emigrante de tercera, o el gemido de un acordeón, o el deslizamiento fugitivo de un idilio amoroso que pasaba frente a mí demasiado rápido, *presto vivace*; algo, en suma, que me desplomaba y me sublevaba contra lo demasiado humano. *La tierra* que recobraba su dominación despótica, estrechándome e impidiéndome dejar entrar en mí la pureza regeneradora del océano, descorporizarme y abstraerme. Para mí los viajes marítimos son un tormento. El mar es mi enemigo: no puedo mirarlo fijamente sin perder la cabeza. Así, anonadado y desvanecido, le rindo tributo; me posee hasta destruirme, hasta convertirme de ser activo en *cosa*. Mi culto equivale al de los idólatras que se dan por entero al ídolo. Me posee: no me poseo. Desde que el *monstruo* afirma su omnipotencia con la alteración de las olas agitadas por el viento, desde que abandona su serenidad augusta y se *descompone* olímpicamente como se irritaban los dioses paganos, yo me siento morir. Vacilante como un beodo me encamino a la litera, aquel cajón estrecho que parece un ataúd, y en ella caigo vencido e inerte. Me suena a responso, a *De profundis*, el ruido del oleaje.

Y nunca, reine bonanza o tormenta, me deja en paz la idea fija de que voy mecido en una cuna grande sobre un abismo espantoso.

Cosa sublime el mar, no lo niego. La imagen de lo eterno y lo divino está en él. Se achican en su comparación todas las magnitudes; espejo inmenso bruñado por el sol, su hermosura y su poesía misteriosas, nos embelesan en los crepúsculos. Tranquilo, nos fascina y nos arroba con su azul magnífico e inimitable, la nota más intensa de ese color que divide con el cielo; alborotado, nos sobrecoge y nos anonada. En las noches de calma y despejo, sus aguas arrastran mansamente los reflejos de las estrellas cual si recibiera comunicaciones siderales, y las llevara no se sabe adónde; Dios lo penetra con su mirada. Tempestuoso o pacífico nos invita a elevarnos sobre la materia deleznable y sobre la miseria humana. Es una protesta contra lo terrestre. No parece un elemento físico, sino una proyección materializada de la divinidad. Nos hace pensar en la muerte más que en la vida, pero en una muerte que nos abre las perspectivas de una vida inmortal y nos hace subir con las alas del espíritu, libertado y salvado. En fin, nos *espiritualiza*. Todo esto es verdad, pero yo soy muy mal navegante; el mar, visto desde lejos, paréceme admirable y ejerce sobre mí una influencia extraordinaria. No en vano he nacido a sus orillas, en un país donde por todas partes se le ve, en un país donde tiene absoluta soberanía. Cuando ceso de verlo, lo busco con afán, como si me faltara todo, como si estuvie-

ra huérfano. Pero embarcado, es otra cosa. Me anula, y lo abomino; su tiranía no me permite vivir.

De aquella larga navegación hasta las Antillas sólo recordaré las fatigas, las molestias, los incidentes enojosos que para mí la señalaron; el atropamiento de los viajeros de tercera, las alarmas por la aparición a bordo de la epidemia variolosa, el pánico al saber que el primer oficial había enfermado de fiebre, en un principio sospechada de tifus, y... tal cual intermedio cómico. Iba entre el pasaje un hombre enigmático a quién muchos consideraron un espía alemán. Era alto, corpulento, hablaba muchas lenguas y se destacaba de la masa gris de nuestros emigrantes no sólo por su estatura, sino por la singularidad de su persona y porte. Vestía humildemente, pero un sello señorial le distinguía. Conversaba con todos y de todo, mostrando una rara extensión de conocimientos. Algunos aseguraban que era un personaje, acaso un príncipe, envuelto en las sombras del incógnito. El me contó al fin su historia: era un antiguo *maitre de hotel* que había embarcado en Tenerife, dónde no le cumplieron ciertas promesas a las cuales había dado excesivo crédito, e iba a la Habana en busca de trabajo.

Apenas llegó, lo encontré. En el "Hotel Plaza", adonde fuí a parar, me lo tropecé entre la turba-multa de empleados, intérpretes, mozos y camareros. Diéronle no sé que empleo apropiado a sus condiciones y aptitudes. Reía-

se de la aérea leyenda y me decía en italiano:
io sono un poverino...

Pero abordo había sido el hombre necesario
para romper la plúmbea monotonía del viaje;
el indispensable elemento novelesco, *el hijo del
milagro...*

FRENTE A PUERTO RICO

Desde que entramos en el espléndido mar de las Antillas, suavemente azul como un buen sueño, el calor aumenta hasta hacerse insuportable. El pasaje tiene que dormir sobre cubierta y a las incomodidades sin fin de toda la travesía se une la congoja de la ardiente temperatura. Respiramos una atmósfera de fuego. La isla tropical, hermana de Cuba, nos manda como saludo un sopro abrasador.

La ciudad de San Juan, vista desde abordó, es sumamente pintoresca. Su caserío resalta sobre un fondo de verdura densa y alegre; en lo alto de muchos edificios vemos flotar el pabellón americano con sus listas rojas y sus estrellas. Recordamos tristemente lo que España perdió allí en una hora trágica, el último resto de un imperio colonial enorme hundido sin gloria después de siglos de posesión que prepararon lentamente la catástrofe, demostraron la incapacidad administrativa española y abrieron el abismo en que todo se sepultó; la postrera escena del largo drama de

nuestras desdichas nacionales, el descendimiento de España a la tumba y el ansia desgarradora con que sus buenos hijos esperan que resucite... No resucita sino el pasado para azotarnos el rostro. Estamos, en este instante, mudos y absortos en la contemplación de un mundo que nos perteneció, pero que no supimos conservar.

Viene a avivar nuestros recuerdos un conmovedor incidente. Nos lo habían anunciado y lo esperábamos, dispuesto el ánimo a recibir una sacudida emocional muy ruda. Pasado el Morro que domina la entrada del puerto de San Juan, como su análogo el de la Habana, se produce entre los pasajeros un movimiento de curiosidad grandísimo. Todos se agrupan contra las bordas, dirigen hacia tierra los anteojos, hacen comentarios en voz baja, agitan pañuelos y sombreros, se miran enternecidos luego de mirar insistentemente un punto de la costa próxima cuyos contornos se reflejan en las dormidas aguas. Algunos dan señales de profunda emoción. Bajan la cabeza y lloran en silencio. ¿Qué pasa? Yo miro a mi vez, y la ola de ternura que recorre las almas entra en la mía. Nadie puede sustraerse a la influencia del lugar, del minuto y del suceso que ante nuestros ojos se desarrolla rápido como una película cinematográfica.

Vemos un paño rojo y amarillo que agitan nerviosas unas manos de mujer en la lejanía. La mujer ha salido de un vasto edificio con muchas ventanas por donde asoman otras tantas cabezas y tremolan pañuelos en

señal de saludo. Aquel lienzo amarillo y rojo movido sin cesar parece una inmensa flor; aquellos pañuelos parecen también grandes rosas blancas. Enfoco mis gemelos: el lienzo es la bandera de España y la mujer, me dicen, es una monja española.

La escena se repite cada vez que uno de nuestros barcos entran en el puerto, o sale. La monjita acude con la enseña nacional en alto y la ondea hasta que el buque desaparece. Es una bienvenida y una despedida en que ella pone toda su religión: un patriotismo exaltado por el misticismo, la idea de Dios abrazada a la idea de patria... La noble mujer tiene a su cargo un hospital, y son los enfermos, los asilados, quienes nos saludan desde las ventanas mientras su protectora nos reconoce, aclama y bendice en forma tan impresionable. He ahí lo que a España le queda en Puerto Rico. ¡Visión fugaz como un relámpago, dolorosa como una pesadilla! Nuestro antiguo imperio de América, deshecho y liquidado bajo la pesadumbre de terribles fatalidades e incapacidades históricas sólo tiene en San Juan el culto del recuerdo que le tributa una hermana de la Caridad; sólo unos cuantos lechos hospitalarios para los dolientes, para los vencidos de nuestra raza.

Permanecemos frente a San Juan unas cuantas horas, y hemos de contentarnos con ver la ciudad desde abordó, porque la Sanidad yanqui, rigurosa, inflexible en su vigilancia, nos prohíbe el desembarco. Solamente podrán desembarcar los pasajeros que

se queden en Puerto Rico; pero después de ofrecer su brazo desnudo a las *caricias* del médico del "Balmes" que, nervioso, les propina unos pinchazos bajo la celosa inspección de la autoridad sanitaria, imponente en su trágica severidad. Esta faena no se efectúa sin protestas de parte de muchos, que ya venían vacunados y no quieren repetir la suerte. Además, todos los viajeros que han de ir a tierra, hombres y mujeres, son sometidos a un interrogatorio enfadoso, interminable, una serie de impertinencias. Les preguntan a las damas cosas demasiado íntimas, demasiado graves, cosas que hieren su pudor y que sólo estaría bien les preguntarían sus maridos en lo más sagrado del santuario doméstico; cosas grandemente indiscretas. Las interrogadas, al responder, se ruborizan, algunas se ofenden y callan. Se insiste mucho sobre el punto gravísimo de averiguar si son casadas o solteras; si van solas o en compañía. Los funcionarios norte-americanos, celosos guardianes de la moral pública en la isla, no están dispuestos a permitir esa especie de contrabando, ni ninguna otra. En sus actitudes hoscas, austeras, hay no sé qué de sacerdotal; parece inspirarles el rigorismo cuákero y, por momentos, pensamos que nos van a leer a todos la epístola de San Pablo entre libaciones de wiskey. Muestran una saludable desconfianza respecto de la *fémmina libre* que podrá introducir gérmenes de pecado en Puerto Rico. Velan por la pureza de las costumbres y por la anglo-americanización de aquella gente, a quién hace poco, des-

pués de mi viaje, han ordenado que abandone la lengua española, como se deja un traje viejo e inadecuado y la sustituya por la lengua británica, vestido nuevo y a la última moda. Los asíduos casamenteros que procuran el bien humano mediante la vía legal del matrimonio, asimismo se preocupan de difundir el idioma inglés, el único en que se dicen con energía las grandes verdades, el único en que lanza su rugido la fuerza de los grandes pueblos, el idioma de la Unión Americana, en fin, con lo cual ya lo hemos dicho todo.

El largo proceso interrogatorio ha terminado; con sombrío empaque de jueces incorruptibles, aquellos señores han escrutado la vida y la conciencia de los que les pertenecen por el hecho de ir a residir en territorio americano. Sus rigores administrativos y policíacos recuerdan, en la forma, los rigores inquisitoriales; quieren saber demasiado. Son como los cancerberos de la Unión a la puerta de Puerto Rico; y todo, para qué? Para asegurar la conservación de la moral de su raza, raza de cuáqueros y mormones.

Una dama se queja de las reticencias con que le preguntan acerca de su estado. Viaja sola la infeliz, pero tiene un editor responsable, tiene un marido. Como no lo ven, no lo creen, y la viajera es puesta en entredicho. Hay que llevar certificaciones matrimoniales para poder entrar libremente en las posesiones yanquis. Hay que proveerse de no sé cuántos requisitos más, aparte una pequeña

suma de dinero imprescindible, especie de fianza metálica.

Por fin, todos los pasajeros así confesados por la Sanidad y la Administración norteamericanas desembarcaron en San Juan. La escena se repite en las otras escalas de la isla. Nosotros presenciarnos el desembarco y envidiamos un poco a los que se van, porque también querriamos irnos. Aquella tierra cálida y luminosa, espléndida de vegetación, nos atrae. Cruzan las aguas muertas de la bahía, a cada minuto, unos vaporcitos con varias líneas de asientos sobre cubierta, semejantes a tranvías marítimos, que comunican la ciudad con diversos parajes de la orilla, amenos y sombrosos. Allá, a nuestra derecha, a distancia de unos cuantos kilómetros, destácase una inmensa masa de verdura, entre la cual asoman coquetones y risueños edificios. Es Santurce, un caserío en medio de una selva, donde—me dicen,—habitan muchos comerciantes y capitalistas de San Juan. En aquel refugio encantador la Naturaleza les sonríe y les adormece tras los afanes del trabajo diurno. Allí deben ser divinas las noches tropicales, surcadas sin cesar de misteriosos rumores y fulgores...

*

* *

En San Juan de Puerto Rico tenemos la primera visión de la raza negra americana; una visión hórrida... Legiones de negros feísimos acuden en largas balsas, dirigidos por capataces blancos, a ejecutar las faenas

del carboneo. El polvillo carbonífero que inunda el buque, no aumenta la negrura de aquellos trabajadores del mar. Parlan una diabólica jerigonza en gritos guturales, estridentes, y ellos mismos parecen diablos que se agitan en los reinos de Plutón. Pero esto no es más que una apariencia; pronto echamos de ver su condición humilde y pacífica, de bestias domésticas, de animales en rebaño. Vocean desesperados, como si quisieran aturdirse en la labor aniquiladora; disputan, blasfeman, se dirigen mútuos insultos, cree-riase que van a acometerse y devorarse, pero no bien el jefe blanco les llama al orden, como por maravilla se apiana la gritería loca hasta la dulzura de un murmullo, y luego acaba del todo para recomenzar inmediatamente más ruidosa y desaforada... El capataz les castiga verbalmente, con frases-latigazos: *¡Anda, demonio! ¡Avívate, maldito holgazán! ¿Quieres que te despabile a puntapiés? ¡Buen tiburón te coma!*

Los negros, bajo el chubasco, excitados y enardecidos, aceleran su movimiento. Ni lamentaciones ni quejas. Sólo entre sí se ensarzan en disputas interminables, amenizadas con pintorescas injurias, que el hombre blanco corta en seco por medio de alguna enérgica amenaza o sucia interjección. Y los pobres diablos, o diablos buenos, liquidándose al sol de los trópicos, arrastran afanosamente el combustible; suben y bajan abrumados por la siniestra carga, símbolo de su destino. Su fealdad y suciedad todo lo ensucian y afean abordo del "Balmes". Mezclados

con los blancos del pasaje, nos dan la impresión pictórica del *blanco y negro* de las Antillas que pronto veré en Cuba, donde es tan numerosa la raza de color. Pero la raza de color en Cuba parecióme harto diferente, aún en sus más bajos y toscos ejemplares. En las altas esferas sociales y políticas se muestra educada, hasta refinada, y muchos de sus miembros ocupan elevadas posiciones. La raza negra en Cuba no desciende, sino que asciende.

Salimos para Mayaguez y Ponce; ambos muy hermosos puertos. Nos cansamos de admirar la costa de Puerto Rico, siempre cubierta de maravillosas frondosidades; las palmeras, en infinito número, se apretan como ejércitos invasores cuyas primeras filas hunden los pies en el agua. El calor es asfixiante, a pesar de hallarnos en pleno mes de Diciembre, pero la atmósfera tiene una pureza ideal y la luz es tan viva que nos ciega y aturde. Mis ojos, acostumbrados a las luminosidades veladas, discretas, del cielo de Canarias, no la pueden resistir. Mi alma, sin embargo, al recibirla se llena de júbilo; huyen de ella las sombras y mi vida interior, siempre tan triste, ahora canta.

En Ponce, donde el "Balmes" se detiene unas cuantas horas, vienen a rondar en torno del buque una banda de tiburones, atraída por los despojos sanguinolentos de una res sacrificada a bordo que flotan sobre el mar. Los monstruosos animales rompen un punto la tersa lámina líquida con sus cabezas disformes, horripilantes, atrapan la carnaza in-

munda y desaparecen. Trátase de un tiburón hembra con su prole. ¡Honrada familia! Un viajero cazador la persigue a tiros, y pierde el tiempo, los proyectiles y la escopeta. Todos se burlan de aquel combate inútil, celebrando la maestría de aquella retirada. Los peces terribles han realizado su objetivo sin recibir ningún daño, han hecho habilísimas circunvoluciones y se han retirado en orden perfecto. Son grandes piratas con suma pericia técnica.

En Ponce desembarcan los últimos pasajeros que el "Balmes" llevaba para Puerto Rico; comerciantes y hacendados. Nosotros, al proseguir el viaje, ya creemos tocar a Cuba con las manos. *Cuba y Puerto Rico son—ha dicho una poetisa porto-riqueña—las dos alas de un pájaro...* Pero aún tardaremos algunas horas en llegar a la Habana, y seguramente no desembarcaremos. La Sanidad nos enviará una temporadita al Lazareto de Mariel. Para final de fiesta, un período cuarentenario. Esta amenaza nos desespera: a mí me saca de quicios completamente.

Es demasiada *jettatura*. El viaje ha sido una penitencia y va a concluir en el Purgatorio de un lazareto, donde se nos retendrá quién sabe cuántos días, mientras en la Habana mis compatriotas me esperan. Debo encontrarme allí en determinada fecha para asistir, con la representación de Canarias, al acto de colocar la primera piedra en la Casa de Salud que se proponen edificar nuestros isleños. En tales circunstancias, ir a Mariel se me figura peor que ir a la cárcel. Así lo

grito, muy indignado, en el colmo de la impaciencia, poseído de una exasperación impotente y vociferante, que debió parecer hartamente cómica a mis compañeros de quebrantos y fatigas. Pero ellos también expresan su descontento con frases irritadas; el que menos, se declara defraudado y hace a la República Cubana responsable de su desventura. Las pequeñas contrariedades, a veces, nos vuelven niños... niños tontos. Mentalmente estamos sublevados, amotinados, contra la puerta que se nos cierra; en rigor, contra nosotros mismos.

Algunos se muestran razonables. Mariel, dice un viajero que sabe lo que dice, es un lugar deleitoso, un refugio poético, un paraíso. Allí se nos tratará muy bien, si pagamos el buen trato, nos bañaremos, nos pasearemos entre magníficas arboledas como felices desterrados... y olvidaremos al "Balmes". Después, nos embarcaremos nuevamente y, al fin, llegaremos a la Habana. Yo creo que llegaremos.

Las sesudas palabras de aquel filósofo por fuerza nos tranquilizaron.



Y sucedieron las cosas como estaban previstas. Llegamos a la Habana en la tarde de un día caluroso, el cinco de Diciembre, recibimos la visita de la Sanidad y fuimos despachados para Mariel. En un vaporcito empavesado vinieron a cumplimentarme muchos socios de la Asociación Canaria y gran número

de amigos que me esperaban. La autoridad sanitaria impidió al remolcador aproximarse y tuvimos que saludarnos desde lejos, los queridos compatriotas y yo, perdiéndose en los aires las respectivas palabras de bienvenida y de salutación cariñosa que cambiamos.

Emocionado y preocupado, apenas veo la capital de Cuba, mágicamente hermosa bajo el fausto de aquella puesta de sol incomparable; tendida a lo largo de la ribera en espléndida curva que festonan de un blanco purísimo las olas al besarla agonizantes. Todo lo que distinguían mis ojos se borraba dentro de mí en la impresión de aquella llegada, triste por aquel último contratiempo tras tantos días como me habían hecho duro y fatigoso el viaje. Los que vinieron a recibirme tuvieron que volverse sin oír mis voces, sin entender que les anunciaba la inmediata salida para el lazareto.

Llegamos a Mariel al cabo de dos horas de una navegación deliciosa. No perdemos de vista las orillas, una costa baja, siempre verde, pero con una vegetación sin exuberancias ni desbordamientos lujuriosos, que me recuerda bastante el paisaje de Canarias. El azul-añil de la amplia y serena bahía fulgura bajo los últimos rayos del Poniente y pesan, en el desmayo de la tarde pálida, algunos veleros, rápidos y gentiles como gaviotas. Cerca de Mariel nos inclinamos ante una reliquia histórica que nos recuerda un episodio de la guerra hispano-yanqui: los restos del trasatlántico "Alfonso XII." El buque español, perseguido por varios cruceros nor-

teamericanos, encalló en aquel sitio donde poco a poco el mar ha roído su casco. Sólo queda un pecio doloroso, un fragmento de costillaje. Diríase el cadáver de un monstruo reducido a la caparazón por la voracidad de las aves carniceras y después lentamente disuelto en las aguas.

Fondeamos frente a Mariel cuando ya la noche, la magestuosa noche tropical, se envuelve en su regio manto estrellado. Los médicos del servicio sanitario nos acompañan desde la Habana. Al otro día el pasaje será sometido a nueva revisión facultativa, dictaminarán los doctores y sabremos la suerte que nos espera.

Por la noche, los médicos me invitan a visitar el lazareto y paso allí en su amable compañía horas inolvidables, gratísimas. Mariel es, en efecto, un lugar paradisiaco. Rodéale por todas partes el mar, que en aquellas orillas apenas produce un leve susurro. Desde mi habitación oigo, insomne, el dulce gemido de las aguas que diríase llaman a la puerta y murmuran: *¡levántate, levántate!*

Me levanto para adorar la paz y la gloria nocturnas. En el cielo brilla la divina lámpara del plenilunio; en la tierra, por entre el ramaje de los árboles, pasan estremecimientos profundos que llegan al fondo de mi corazón. Todos, menos yo, duermen. El nocturno grandioso me exalta y me sube hasta Dios. ¡En este lazareto hay demasiada poesía!

A la siguiente mañana, recorro las instalaciones, donde todo lo encuentro admirable: cada servicio realiza el summum de perfec-

ción técnica y de adecuación práctica a su objeto respectivo. Las clínicas, los comedores, los dormitorios, las salas de recreo, los departamentos de baño, sucedense en un espacio amplísimo, desparramados o agrupados formando series de pabellones; y, entre los edificios, pomposas arboledas, palmas, bambús, plantas exuberantes del trópico, flores sin número; y por todas partes, el agua alegre y pura que brinca de los surtidores, que fluye en los estanques, que se duerme hechizada en los remansos marinos. La Hermana Agua canta y reina en aquella soledad geórgica sólo turbada por la presencia de los médicos o de los internados de la cuarentena. Allí se oculta entre los macizos arbóreos y corre bulliciosa como una chiquilla en vacaciones besando los céspedes, acariciando y cosquilleando las raíces de las palmeras centenarias. Sólo se tranquiliza al caer prisionera en los numerosos recipientes donde baja el tono de su voz armoniosa y dijérase que entabla con lo invisible una conversación de moribunda, ténue como un suspiro... Lo dicho: ¡es demasiada poesía para un lazareto!

Debe creerlo así el general Menocal, presidente de la República, quién acostumbra a veranear en un bello *chalet* de las cercanías. Se arranca a las garras de la política y cae en los brazos maternos de la naturaleza consoladora y confortadora; protegido por las umbrías contra los ardores caniculares, arrullado por las aguas, halagado por las brisas, el Primer Magistrado sentirá en aquel escondite placentero la emoción de la égloga y evoca-

rá los manes de Teócrito. Me informan que a Mariel van también muchos recién casados en busca del aislamiento campestre propicio a los arrobos celestiales de los primeros días de matrimonio. ¡Hermosa decoración para amarse mucho, hermosa escena para tejer un idilio! *Questo é un idilio, in verità...*

Mis obsequiosos visitantes me devuelven al trasatlántico, fondeado frente al Lazareto. Se nos pasa otra revista médica, y sabemos al fin que podremos desembarcar en la Habana. Somos inmunes, estamos libres; no todos, pues muchos pasajeros de tercera clase se quedarán en Mariel, sometidos a observación. No les compadezco, acaso les envidio. Algunas familias del departamento de primera, invitadas por los doctores, van en un vaporcito de la Sanidad a admirar las bellezas del paisaje y deben sentirse encantadas porque retardan el regreso. El capitán, impaciente, ordena se las llame con la bocina. Al fin llegan y el buque torna a ponerse en marcha. El filósofo *por fuerza* tenía razón que le sobraba. Llegaremos, llegaremos, y este imprevisto ha sido un encanto. Volvemos a la Habana, y llegamos ya anochecido. Viene con nosotros uno de los médicos, cuyo nombre siento no recordar; persona muy culta y muy afable que me indica los nombres de los lugares por donde pasamos. Este facultativo, lo propio que sus colegas del Departamento de Sanidad, me sugiere un juicio y un concepto pronto confirmados ampliamente en mis relaciones con otros galenos cubanos. El

cuerpo médico de Cuba, por su ilustración, por su competencia, por su cortesía exquisita, su educación refinada y su patriotismo, honra a la joven República. Casi todos ellos han completado sus estudios en los Estados Unidos o en Europa; han visitado las grandes clínicas extranjeras; han viajado con fruto y han implantado en su país los adelantos y los métodos mediante los cuales la Medicina evoluciona, se renueva. De paso consigno esta observación, que me propongo completar.

Mi distinguido acompañante me da sobre esto algunos informes, anticipaciones de la realidad brillantísima, que luego, por mí mismo, juzgaré. Me anticipa también algunos detalles acerca de lo que es la Habana actual, urbe hermosa, animada, de grandes refinamientos y elegancias, una de las ciudades más notables de la América española.

La Habana de hoy—me dice,— dista tanto de la vieja población de los tiempos coloniales que ni se puede compararlas. Entonces la Habana era como una gran señora opulenta vestida de andrajos; se adivinaba, cierto, su riqueza y su prosapia a través de las astrosas vestiduras que mal las encubrían, pero aquel contraste causaba una impresión de desencanto. La capital de Cuba deslumbraba con su boato a los extranjeros; corría el oro venido de las extremidades de la isla, salido de las entrañas del suelo, fecundo como pocos; se lo gastaba sin contarle, a manos llenas, y la vida se mostraba como una conquista fácil, propicia a los trabajadores, so-

bre todo a los audaces. La gente aventurera veía en nuestra Antilla el nuevo Eldorado, una prestigiosa Jauja, una tierra de promisión. La Habana, empero, apenas sabía lo que significaban la higiene y el *confort* modernos. Vivía miserablemente bajo sus apariencias deslumbradoras. Es exacta la comparación que antes le hice: lujo en la superficie, miseria en el fondo.

En poco más de quince años la Habana se ha transformado por completo. Los norteamericanos establecieron de un modo perfecto, admirable, los servicios higiénicos y sanitarios; casi los impusieron *manu militari*. Nuestro insigne doctor Finlay, al descubrir el microbio de la fiebre amarilla, abrió el camino por donde se ha llegado a la extinción absoluta de la pavorosa endemia; y lo demás lo han hecho la vigilancia y la perseverancia administrativas, inflexibles en exigir el cumplimiento de la ley; en este caso ley de verdadera salvación pública. Nosotros tenemos motivos para repetir la frase célebre: *c'est du Nord que nous vient la lumière*. El influjo de la magna cultura del Norte, aparte nuestro esfuerzo propio que la independencia ha facilitado y desarrollado, son los factores de esa rápida obra de progreso, harto visible en todos los departamentos de la actividad nacional.

La Habana no se ha satisfecho con mejorar las condiciones de su existencia de gran población, con dar un salto gigantesco hacia el perfeccionamiento de sus medios vitales, hasta alcanzar el nivel de los pueblos más

adelantados. Ha roto sus antiguas lindes, y, sobre la llanura que la rodea, se ha extendido considerablemente. Sus nuevas barriadas, llenas de chalets y palacetes elegantísimos, la han hermoñado y descentralizado. Acabarán por desaparecer, en este poderoso impulso expansivo, ensanchadas y modernizadas, las viejas calles de la época de la colonia; ya han desaparecido algunas para abrir paso a nuevas, anchurosas vías.

Mire usted; estamos ahora frente al Malecón, soberbia avenida marítima, al borde del golfo de Méjico. Ahí vive una buena parte de la aristocracia habanera, y ahí el terreno tiene precios fabulosos. ¡Un inmenso balcón sobre el Golfo, balcón adonde nos asomamos para respirar aire tónico, purísimo, y para contemplar las serenas lontananzas oceánicas, de una coloración ideal, fascinadora! Es el paseo en que se exhiben todas las elegancias y brilla la belleza de nuestras mujeres entre sedas y blondas y flores; divinidades en apoteosis. Pues *eso* se hizo en muy pocos años; antes de 1899, esa playa era el vertedero de las inmundicias de la ciudad que se arrojaban a la bahía. Hoy, ya usted verá lo que es. Cuando el bulevar marítimo se prolongue hasta el extremo de la línea de la costa, la enorme curva que ahora miramos, no habrá en el mundo nada más hermoso.

Yo asentía, maravillado del panorama que poco a poco desplegábase ante mis ojos. La Habana encendía sus luces, *nos miraba*, la mirábamos, y parecía poseída por aquel mar que en la hora solemne de un crepúsculo in-

descriptible la envolvía en una lenta caricia. Brillaban millares y millares de luminarias en el puerto, en la ciudad, en la costa; caía el cortinaje de las crecientes sombras bordeado de destellos siderales y se obscurecía la magia del firmamento como el teatro cuando llega un episodio íntimo de efecto psicológico, un minuto de concentración estética o dramática. Yo me sentí dominado, cual nunca por la naturaleza; a punto estuve de gritar entre lágrimas ¡madre mía! Todo reverberaba, palpitaba, *hablaba*, en torno del buque que al avanzar abría una estela resplandeciente también, diamantina... En el aire y en el agua danzaban infinitos gusanos de luz. El invierno no había podido arrojar su manto sobre la hermosa Hija de los Trópicos y vestida de sus eternas galas, ataviada con sus gloriosas magnificencias, tibio su cuerpo, ardorosa su alma, nos atraía poderosamente. A mi lado el doctor, con la mano extendida, fijó los ojos en tierra, continuaba sus buenos oficios; lanzaba nombres y más nombres al espacio. ¡La Aduana! ¡El Parque de Maceo! ¡Miramar! ¡El Prado!

No le oía ya. Cuba había penetrado en mí, conquistadora, victoriosa. Esta victoria, esta conquista se repite sobre cada uno de nuestros emigrantes, que se le entregan en absoluto y le son fieles hasta la muerte; que no la pueden olvidar después de haberla visto; que se sienten poseídos desde el instante en que pisaron la tierra cubana, y *se cubanizan* sin perder su fondo étnico. Es una complementación.

una revelación; algo misterioso. Las Islas Canarias están muy próximas a Cuba, a pesar de la distancia geográfica. Nada en Cuba nos es extraño; pero todo nos sugiere la idea de un nuevo bautismo, de que crece y se exalta y se remonta *nuestra vida*...

CACAGUAL — MACEO

Mis compatriotas me dispensan una acogida en extremo cordial y entusiasta. El remolcador *Georgia*, el mismo en que irán cuatro meses más tarde a despedirme, todo empavesado y lleno de gente, se acerca al "Balmes". Entre el enjambre de embarcaciones menores que se mueven en torno del trasatlántico, para recoger a los numerosos pasajeros, se distingue el gallardo vaporcito, en cuyo mástil flota al viento la bandera de la Asociación Canaria. Todos, en pie, sombrero o pañuelo en mano, me saludan con estruendosos vítores, a los que respondo conmovido. En sus aclamaciones mezclan mi nombre humilde a los grandes nombres de España, de Canarias y de Cuba. El trance es de intensa emoción para mí, que traigo un mensaje de la patria a sus hijos ausentes y me reconozco indigno de tan noble embajada; para ellos, que en mi persona ven la representación augusta que me confirieran. Ansiosos me llaman y ansioso les busco, impaciente por la tardanza en des-

embarcar. Ellos no pueden subir tampoco, y esperan la orden de partida en medio del apresuramiento y la confusión de aquella "dégringolade". Los viajeros se precipitan hacia la escala como si se precipitaran hacia la libertad y hacia la fortuna, radiantes los rostros; son presos que se escapan; condenados que cumplen su condena. ¡Cuántas ilusiones sobre la multitud en fuga! ¡Cuán presto muchos verán trocarse esas ilusiones en desengaños! Pero, ahora, el fuego oculto de la imaginación pone energía y alegría en todas las miradas. Yo me quedo atrás, siempre atrás, rechazado rudamente por los que se abren camino a empujones y a codazos. Cada vez que traté de avanzar en mi humana carrera, carrera de obstáculos, ocurrióme lo propio. Los luchadores de buenos puños me rezagaron. No sé empujar ni dar puñetazos. Pero, finalmente, llegué al vaporcillo donde mis amigos me aguardaban con los brazos abiertos. Muchos no me conocían personalmente, ni yo los conocía; sin embargo, en seguida fraternizamos como antiguos y buenos camaradas. Nos unía una misma idea y un mismo sentimiento que borraban nuestras individualidades. Estaba en todos los labios un solo nombre, evocación de todos los amores y todas las esperanzas. Y, en la emoción de aquel encuentro tan deseado, yo no acerté a pronunciar una frase digna de las circunstancias, ni nadie supo decirla. No era preciso. Tenía demasiada elocuencia el silencio, lleno de patriótica ternura. En ciertas horas de gran solemnidad las almas silenciosas, como las arpas mudas, guardan un te-

soro de *recóndita armonía* pronto a desbordarse.

Desembarcamos en el muelle de San José, donde numerosos paisanos que esperaban mi llegada me saludan cariñosamente. Sin detenernos, tomamos los automóviles para ir al local de la Asociación Canaria, paseo del Prado. Cruzamos, pues, por el centro de la Habana, y me sorprende y deslumbra el aspecto de la ciudad, animadísima, esplendorosamente iluminada; el movimiento de sus calles, el lujo de sus establecimientos públicos y tiendas de modas. Se respira alegría en el ambiente rumoroso. Los "autos" y los coches circulan en todos rumbos; se entrecruzan, zigzaguean veloces, parecen perseguirse en una zarabanda mareante. En ellos van bellísimas mujeres, como en triunfo, y todo el cuadro me da la impresión de un pueblo feliz que vive sin preocupaciones, que sabe gozar y olvidar; una impresión parisiense, *bulevardesca*, más que americana. Los anuncios lumínicos, variados y caprichosos, brindan a los transeuntes una fiesta gratuita de fuegos artificiales, con los que el comercio escribe sus reclamos en el seno de la noche y, al profanarla, la embellece... Mefistófeles me hace guiños desde una elevada azotea; rompe las sombras con sus cuernos encendidos, se borra y resurge echando chispas como cumple a su naturaleza satánica, se coge la barbilla de chivo y me ofrece el mejor anís del mundo, el Anís del Diablo. Más allá, una fuente luminosa, y el anuncio de una sastrería, y el de la Tropical, fábrica de cerveza que, según nos dicen sus gerentes en gran-

des letras rojas, despacha al año cincuenta millones de botellas. Pero, a poco trecho otra fábrica del mismo líquido amargo nos asegura con la propia elocuencia inflamada que ella vende más: y así se suceden en el aire las artes de seducción mercantil e industrial, las llamadas fulgurantes a la vanidad, el apetito o el vicio del público. La persecución del industrialismo contemporáneo se nos echa encima desde las nubes.

Consigno todo esto entrevisto al paso como un resumen de sensaciones visuales que no debían quedárseme atrás. Estas primeras notas recibidas por los sentidos cuando penetramos en un mundo nuevo y se nos despierta el eterno espíritu de curiosidad infantil, merecen apuntarse. Acaso sean los elementos primarios que nos sirvan después para intentar una construcción lógica y crítica o, por lo menos, una fantasía literaria sobre esa base al parecer deleznable. Desde los esplendores atmosféricos de la Habana, desde los artificios luminosos con que sus comerciantes le alumbran y le encantan las noches, de suyo tan claras y tan bellas en esta zona, ¿no podré yo venir a parar a un juicio sintético de la civilización moderna? Ya tengo el punto de vista: eso es una guerra en los aires, guerra sin exterminio, mientras allá en Europa el genio de la matanza ilumina siniestramente los cielos oscuros, no para anunciar mercancías, sino para ver al enemigo y aniquilarlo. Este es un buen aspecto de la cultura humana. Estas son *luminarias de victoria*. En el edificio de la Asociación Canaria hacemos alto. Allí

se han reunido muchos socios y los hombres notables de la colonia con objeto de darme la bienvenida. Bebemos una copa de champaña y cambiamos cordiales saluciones. El Vice-presidente en ejercicio de la Presidencia, don Eusebio Yáñez, persona sumamente cortés y simpática, hace los honores de la casa con intachable corrección. Me presenta a los concurrentes y luego, sin detenernos porque estoy fatigado, seguimos hasta el hotel Plaza, donde me alojaré.

Todavía allí, antes de tomar el descanso que necesito, he de colocarme frente a una máquina fotográfica para sacar un grupo con mis acompañantes. El grupo aparece al otro día en una columna de "El Mundo", y yo apenas me reconozco; tan cambiado estoy, tan envejecido. Se notan en mi rostro los efectos del azaroso viaje; pero reacciono en seguida y al cabo de una semana soy otro hombre. El clima de Cuba, lejos de debilitarme, me entona y fortalece. Los diez años más que representaba al llegar, pronto son diez años menos. La suma se convierte en resta gracias a la influencia, más moral que física, del nuevo ambiente que respiro. Todo me sonrío, y la visión de la patria lejana fija en mi espíritu me llena de una plenitud interior que busca expresarse en actos inmediatos. Percibo de una sola ojeada el campo inmenso de acción abierto a mis iniciativas, la siembra generosa que hay que proyectar sobre el porvenir de nuestra gente isleña en Cuba, la obra que se impone como un deber para concentrar los esfuerzos aislados, matar los gérmenes de dis-

cordia entre nuestros compatriotas y darles con la paz la victoria, ya que con el trabajo tienen la fuerza. En esta vasta perspectiva veo también los puntos difíciles, los puntos negros; las encrucijadas en que me acecharán dolorosos desengaños, los áridos surcos que rechazarán la semilla y los pasos sombríos, los desfiladeros donde me asaltarán cobardes envidias y odios viles. ¡Veo totalmente el próximo futuro!

El 7 de Diciembre, día siguiente al de mi llegada, es fiesta cívica nacional, una de las culminantes efemérides de la historia de Cuba libre, que está en los comienzos. Un pueblo al pasar de sometido a emancipado sufre las pruebas de una segunda infancia; camina despacio, tropieza; cae, se levanta y vuelve a caminar hasta que al fin su marcha se afirma bajo el nuevo régimen mediante una aclimatación política y una acomodación orgánica. Sufre en pleno período viril enfermedades infantiles: escarlatina, sarampión maligno, difteria con caracteres agudos; es preciso aplicarle medicaciones enérgicas y decisivas, sueros y vacunas de la terapéutica oficial para salvarlo. Sobrevienen por lo menos pequeñas alteraciones del orden público como erupciones cutáneas; se declaran fiebres alarmantes y perturbaciones intestinas. Atraviesa un ciclo tormentoso, muy largo a veces, que exige la permanencia del protomedicato a la cabecera del enfermo. Cada minuto puede traer una complicación inesperada. La libertad no se incorpora de golpe a los hábitos vitales de las sociedades humanas; les conquista el al-

ma poco a poco, les da carne nueva, sangre nueva, las viste de limpio; pero cuando adviene en hora prematura suele matarlas. Entonces el fenómeno de esa segunda puericia social, corrompe la savia y destruye las raíces de las naciones incipientes.

No le ha sucedido esto a Cuba, aunque ella tampoco ha logrado realizar pacíficamente el tránsito de la sumisión a la independencia. Ha superado crisis de desarrollo y ha vencido riesgos políticos y acechanzas de enemigos interiores; ha tropezado en algunos escollos siniestros, ha navegado entre Seyla y Carybdis, ha corrido el peligro de irse a la deriva; pero siempre con faros en su horizonte, siempre *con las luces encendidas*.

La crisis de crecimiento y adaptación a las nuevas instituciones que se produjo en Cuba desde la primera hora de la independencia, aún no ha cesado ni puede saberse cuando cesará. En lo hondo de las entrañas nacionales persiste la conmoción nerviosa posterior al alumbramiento; las fibras están agitadas, recorre el cuerpo de vez en vez un calofrío, un temblor sintomático. Pero el orden se consolida y la tranquilidad pública se arraiga gracias al patriotismo de los cubanos; patriotismo que viene a confundirse con el instinto universal de conservación. La República adolescente lleva en su seno un problema pavoroso de razas que amenaza perturbar su equilibrio; además, el coloso del Norte la vigila de cerca y, solapado, no descubre sus intenciones. La ley Platt es para Cuba una espada de Dámocles; una espada que cae y corta los nu-

dos gordianos de las situaciones sin salida. Esa especie de tutela en que vive Cuba respecto de los Estados Unidos, si bien por un lado le condiciona y le reduce la soberanía, por otro le asegura la paz interna. Los políticos cubanos saben que el porvenir de su nación y el éxito de su democracia organizada tienen una garantía exterior en la vigilancia incorruptible de la Gran República; pero al propio tiempo saben que sería imprudencia temeraria menudear los motivos de intervención. Han sido las intervenciones trances apretados que sometían a dura prueba el amor propio colectivo; eran como tener el enemigo en casa, no de huésped, de amo. Y, aunque al cabo restableciase la armonía alterada y las cosas volvían a sus quicios, en el ambiente moral y político quedaba algo así como un rastro de angustia, un vago temor, una incierta amenaza de que el entronizamiento de aquel poder extraño llegase a adquirir caracteres de realidad permanente y destructora. En ningún pueblo es más imperioso que en Cuba el deber de la prudencia. Allí los conceptos *patriota y prudente* se identifican en absoluto. Acabadas las efervescencias revolucionarias y belicosas, se hace preciso construir o rectificar pacíficamente la armadura del Estado, llenar los moldes, vitalizar las formas ideales y encarnar las aspiraciones por cuyo logro tanto se combatió; convertir en substancia el programa de los caudillos.

Esto no se conseguirá sino mediante la pacificación de los espíritus y la afirmación robusta de una conciencia nacional. Hacer pa-

tria equivale a deshacer la urdimbre de ambiciones frenéticas, ávidas codicias y apetitos inconfesables que se forman en derredor de una nacionalidad urgente; significa totalizar los egoísmos personales, desvirtuados, bonificados, en un gran egoísmo de conjunto, en un sentimiento defensivo, en un magno *decorum* ciudadano que tenga su cifra en la bandera. Cuba, después de pelear por emanciparse, necesita merecer el premio de la libertad.

Estas fiestas cívicas renuevan el culto de los héroes, alimentando el fuego sagrado; los que visitan las tumbas buscan en ellas buenas inspiraciones, y las encuentran. Les rinden el tributo de la memoria y el de la voluntad fortalecida, rectamente imantada hacia el bien público; las cenizas que tocan con sus frentes les purifican como una santa unción. Al levantarse, después de haber adorado genuflexos el recuerdo de los hombres ilustres, después de haber orado por la patria, llevan consigo, en lo invisible, altas mercedes y gérmenes espirituales que no se malograrán; se reconocen capaces de la acción desinteresada, aptos para el sacrificio. Lo demasiado humano se ennobleció al roce de un ala divina en el misterio de la muerte, y las virtudes de los varones ejemplares perpetuadas en bronce o mármol eternos, dan firmeza y limpieza a cada corazón que se les humilla... La práctica de los ritos mortuorios conserva saludable el alma de los pueblos. Ese culto no es una llama sobre un túmulo; es una llama sobre un ara, algo que vive sobre algo que no muere. Allí

está una aula magna en que símbolos grandiosos dicen el Evangelio de la ciudadanía. Allí vienen desde Ultra-Tumba voces que definen la verdad, voces que el Amor escucha... Allí los creyentes prosternados, los fieles desvanecidos, ven los espectros de los hombres que han subido a las más altas montañas de la historia. Y rodean idealmente esas grandes montañas de transfiguración.



Maceo, a quién hoy se rememora, ¿fué un hombre así? No cabe duda. Yo debo olvidar que soy español para tributarle plena justicia. El tiempo ha despojado de nubes su figura heroica y ha empezado a patinarla con el tono histórico de lo inmortal. Tuvo grandeza homérica, sencillez espartana, gestos epopéyicos; vivió, luchó y murió por una idea. Jefe militar de la revolución, bañó a Cuba en la sangre de sus cien heridas para hacerla invencible, y su valor quimérico obró como un prodigio, como un contagio. El león de tantos combates sucumbió miserablemente en una emboscada; pero su fin fué el principio del fin, respecto a la soberanía española. Cubrió acercarse el cumplimiento de las profecías. Maceo, muerto, seguía batallando como un ideal y empujaba los acontecimientos. Aquel hombre, desde su sepulcro, mantenía los bríos de los combatientes. Subía la estrella solitaria en la púrpura de la guerra y entre los rojos celajes comenzaba a sonreír la blanca luz de una aurora.

Yo no puedo juzgar hechos tan próximos en el tiempo y tan dolorosos para el patriotismo español. Los examino sereno y los registro; acompaño en esta fecha con mi simpatía al noble pueblo cubano que celebra su emancipación al venerar la memoria de Maceo, y hago votos por el arraigo de sus instituciones conquistadas a tan doloroso precio; por su ventura, que tanto merece. Español, sí; pero antes hombre.

Estas consideraciones me las inspira la conmemoración de la muerte de Maceo, el jefe militar de la revolución cubana. Hoy va el pueblo en romería patriótica, al lugar donde está sepultado el héroe, y allí se prosterna y alza a los cielos una plegaria mental. Yo he ido también, en compañía de algunos compatriotas, para ver como la joven República sabe honrar a uno de sus dos más ilustres fundadores. El otro es Martí, héroe civil de privilegiada inteligencia. Se completaron admirablemente: con los destellos del espíritu de Martí resplandecía la espada de Maceo.

El enterramiento y el monumento de este último se hallan en Cacagual, como a dos horas de la Habana. La piedad y el amor populares han erigido allí sobre la tumba sagrada un mausoleo que corona la estatua del famoso campeón. La circuyen una verja y un pequeño jardín. El día conmemorativo acude una inmensa muchedumbre a exteriorizar las manifestaciones de su culto en honor del hombre esforzado que vivió y murió por la independencia de su país. El patriotismo arroja flores a manos llenas en torno del sarcófago:

el aire imprégnase del olor de las rosas copiosamente esparcidas; la bandera de la estrella solitaria lo envuelve todo entre sus pliegues, y la naturaleza, tibia y amorosa bajo el cetro del invierno tropical, contribuye a la cívica apoteosis. Es la exaltación de una fe, de una esperanza que se enciende en millares de almas conmovidas; cada ciudadano se inclina ante la perpetuidad de aquella gloria, símbolo desplegado idealmente como un *palladium* excelso.

Vamos hacia el campo de la peregrinación a través de una amplia carretera, cuyo excelente estado de conservación me hace recordar con tristeza las carreteras horribles y abominables de Gran Canaria que aislan a nuestros pueblos en vez de comunicarlos. El automóvil que nos lleva a Cacagual se desliza suavemente por el terreno unido y bien nivelado, blanco y limpio como el pavimento de una sala. Nos cruzamos a cada instante con otros automóviles que van o vienen; con un inmenso número de vehículos de todas clases. Mucha gente hace el recorrido a pie, enlutada, poseída de una emoción cuasi mística advertida en la expresión de los rostros. Se desbordan de las manos las ofrendas florales. El día, radiante y serenísimo, es una gran caricia difusa. La muchedumbre ambula en silencio; los vendedores de frutas y refrescos lanzan pintorescos pregones. Prepondera la raza de color severamente endomingada.

Mis compañeros me dan a conocer los personajes políticos y militares que pasan a nuestro lado, las altas figuras de la sociedad cu-

bana vistas un segundo entre la cegadora magnificencia solar, entre el áureo polvillo de la atmósfera que parece anunciarnos la cercanía de un ejército en maniobras. Algunos nombres sonoros pronunciados con énfasis tienen ya para mí significado; los he oído muchas veces desde que llegué en labios de personas desconocidas, al recorrer las calles de la Habana y me he dado cuenta de que tienen *penacho*, como dicen en París. Poco a poco, por sugerencias indirectas, me voy apoderando de las mayores realidades y actualidades de Cuba. Basta para ello querer ver, querer oír...

—¡El General Monteagudo!,—dice un amigo—y luego construye en cuatro frases la biografía de este jefe duro y bravo, guardián celoso de los prestigios de la República que, después de haber peleado como un león en los campos de batalla, veló inflexible para mantener el orden constitucional y reprimir las agitaciones intestinas, ese azote de América Española.

Estaba enfermo, próximo a la muerte, que no tardó en vencerlo y derribarlo; pero aún se erguía dominador e imperante. Al verlo pensé que tendía a tomar la posición y la actitud ecuestres, la doble verticalidad del heroísmo, e iba en busca de su corcel de guerra...

—¡Freyre de Andrade!—dice luego con otro ademán indicador.— Y pasa en "auto" un hombre de breve estatura, pero de rostro varonil; una cabeza enérgica plantada sobre un cuerpo mezquino. Lleva copiosas barbas, como apenas se ven hoy en Cuba ni en ninguna

parte (la moda impone de Polo a Polo el rasureamiento británico). Es nervioso, de mirada viva y audaz. General, doctor, ex-secretario del despacho y ahora Alcalde municipal de la Habana, designación pleonástica de un cargo que aquí sólo cede en importancia y propopeya al de presidente de la República.

Y uno de la partida me apunta en comentario:— Vea usted un caballero a quién siempre sopló favorable la fortuna. Lo ha sido casi todo, y no será difícil que lleguemos a tener motivos para suprimirle el *casi*, porque también se le designa entre los llamados a ejercer la magistratura suprema. Si se le logra el deseo, nada faltará en su hoja de servicios; nada más que probar que no se quiebra su temple bajo las presiones de esta democracia turbulenta. Las democracias americanas, como la vieja Castilla, hacen los hombres y los gastan pronto. Las presidencias de estas Repúblicas perturbadas por tantas codicias y apetitos, requieren dotes especiales de equilibrio gubernamental. Se hacen ejercicios maravillosos y peligrosos sobre una cuerda que, ora está floja, ora tensa, tensísima. Millares de brazos se arrojan a moverla con violento empuje desde muchos puntos, y el consagrado, el ungido gimnasta, ha menester hallarse en suspensión como si estuviera en tierra firme, como si estuviera en su casa. Tiran de acá, o tiran de allá y, él, equilibrado siempre e inmovible; derrocha sonrisas a derecha e izquierda, pone cara de júbilo, aunque le sofoque la bilis, aparenta deleitarse con las picardihuelas de sus enemigos como con

las gracias de niños traviesos, no dice nunca que sí ni que no o dice sí en una forma interpretativa, y, en resumen, se queda con todos. Esto, que pudiera llamarse política latitudinaria, constituye el secreto de la fuerza de José Miguel; fuerza doblemente temible porque se asemeja a la debilidad.

—¿Y quién es José Miguel?—pregunto sorprendido del tono familiar con que le nombran.

—El general Gómez, un sujeto muy campechano y simpaticón. Nadie le ha superado, ni igualado siquiera, en el arte de gobernar sonriendo, prometiendo, brujuleando... Dulcemente, dulcemente, en una especie de juego de compadres, Gómez ha empujado la consabida nave de la nación; y cuando se creía que iba a lanzarla contra los escollos, no tardaba en saberse que la había salvado del riesgo de naufragio y la guiaba hacia el mar libre y bonanza. José Miguel es un buen diablo risueño. Su popularidad inaudita se funda en la benevolencia y la simpatía de estos pueblos jóvenes para sus gobernadores despreocupados y donairosos. Detestan el empaque rígido, el acartonamiento profesional, la "pose", el dogmatismo, la cerrazón fisionómica del piloto frente a la amenaza de la tormenta. Son pueblos abiertos y abordables; compendian su filosofía en la afirmación de las afirmaciones, *vivir*; viven sin profundizar. Su pensamiento nunca se obscurece, aunque se les cubra el cielo de nubarrones tempestuosos. Prefieren ser burlados con gracia a ser moralizados con monástica acidez. Adoran los rasgos persona-

les de altanería, de audacia, de originalidad, de guapeza, de marrullería. Les conquista el valor, sobre todo; pero les encantan las humoradas felices. Tiene José Miguel un modo de mirar y de insinuarse como quién no quiere la cosa, que explica su dominación pacífica, su fascinación extraordinaria. Hay algo de quietismo mulsumán y de *qué se me da a mí* español en su *tournure* de espíritu, en su táctica que no es táctica; dicho sea en el mejor sentido, más para alabarle que para deprimirle. Pertenece *in totum* a su raza, heredera de las grandes virtudes y los grandes defectos hispánicos. Su sencillez aparente oculta una complicación enorme, la misma de estas sociedades formadas por tantos aluviones emigratorios encima de la cimentación o sedimentación española. Lo castizo se ha complicado con lo indígena, con lo criollo; y el general Gómez participa de lo uno y de lo otro. La rotundidad autoritaria de su poder representativo le recluta prosélitos sin fin. El partido que le sigue es una clientela sugestionada, un alegre séquito. La arrastra en pos de sí como una cola de gran bajá.

—Pero ese general Gómez, o José Miguel, según aquí le llaman harto democráticamente, dije yo,—habrá hecho muchas cosas buenas y justas desde la presidencia.

—Ya lo creo... Su administración desordenada fué un río revuelto; pero fertilizó la tierra, como las inundaciones del Nilo. Perdóne usted lo pedantesco del símil: erudición barata. Se promovieron empresas de interés general, se honorificó a los intelectuales de la

República con cargos diplomáticos, corrió el dinero, se regocijó la gente, se bailó...

—Eso aquí, por lo que me han asegurado, no constituye una característica de la era de José Miguel, ni tampoco puede decirse que aquel período fuese para Cuba, el de las vacas gordas. En un país de riqueza tan asombrosa, de vida tan fácil, las vacas gordas son de todo tiempo. Y la tendencia de los ánimos a la alegría se me figura muy natural, muy espontánea. Hasta las influencias atmosféricas y climatológicas invitan a diluir las penas en una deambulación jubilosa. Los horizontes espirituales se llenan de luz como los horizontes visibles, y se alejan y se pierden en lo infinito. La naturaleza ejerce una atracción irresistible; se comprende que en la Habana todo el mundo esté en la calle.

Así hablamos mientras pasan sin cesar carruajes y automóviles. Nosotros llegaremos tarde, pues el gentío viene ya de vuelta. Han terminado los oficios cívicos y religiosos en las aras del monumento nacional, se han pronunciado los discursos, que son cantos épicos con algún discreto toque político, soplos y paletazos a la sacra pira... Los ciudadanos comentan las arengas que acaban de oír. Percibo muchas veces este nombre sonoro, articulado respetuosa y entusiastamente: ¡El doctor Orestes Ferrara!

Y después del nombre, surge el hombre: Ese es,—exclama uno de mis acompañantes—indicando un automóvil que se cruza con el nuestro. Allí va el héroe del día, que bien pudiera llamarse el héroe de todo momento en

Cuba, pues goza una popularidad tan extraordinaria que, aún ausente se le ve presente cuando se esconde siempre le luce la cabeza. El doctor Ferrara, joven, de soberbia prestancia, enérgico, valeroso, movido de ardientes pasiones y ambiciones, con mucho talento y mucho corazón, desempeña en la política cubana un papel principalísimo. Ahora presidente de la Cámara de Representantes; por esa presidencia, con todo de ser una cumbre no marca por sí misma la altura del prestigio del doctor Ferrara. Se le teme y se le admira; se le juzga como potencia intelectual, con capacidades y condiciones para todo. Ejercita un verdadero poder de sugestión, de imantación sobre las masas. Su voto y su consejo, sus juicios y sus preferencias se cotizan en el Foro al precio más alto. Es un *arbiter elegantiarum* en la esfera de las ideas, y en todas las esferas. Aunque subiera a la suprema magistratura—cosa imposible para él por su origen extranjero,—Ferrara no sería más de lo que es hoy. Le definen así: *una fuerza*. Esa fuerza en plenitud de desarrollo y de actuación no reconoce límites. La República tiene que contar con ella.

El doctor Ferrara encarna el tipo de aquellos políticos y diplomáticos italianos, mejor todavía florentinos, casi en el mismo grado idealistas y positivistas. Ha leído *El Príncipe* de Maquiavelo; pero ha hecho algo mejor que leerlo, lo ha comprendido. Y en posesión de la doctrina, ha sabido practicarla. Su vida, un derroche de nobles fogosidades, de oscuridades generosas, de temeridades caballerescas,

El propio tiempo que afirmaba el yo combativo, el yo heroico, confirmaba los principios ternos, en ocasiones, si era necesario, hasta mandobles y cintarazos. Se armó caballero desde que la naturaleza le armó hombre, y su espada ha pinchado, ha cortado y ha grabado los idealismos y los romanticismos que le inflaman el ánimo valiente; su espada es toda una perfecta espada. Desde los campos de combate se trasladó a la escena política para participar en las luchas y los anhelos de la democracia cubana ascendente como una marea, y no hizo más que cambiar de plano, subir con admirable gallardía. Pasóse el arma de la siniestra a la diestra, exploró el terreno y continuó su esgrima trascendental. Los que le califican de aventurero le honran con el calificativo, porque hay aventurerías gloriosas y se debe distinguir... Es un caballero andante que bebió en las fuentes clásicas. Lo singular de su contextura psicológica le constituye en un caso aparte, le da el carácter y el relieve de un *spécimen* muy destacado. Sus enemigos lo saben. Sienten que el doctor Ferrara cuando arremete contra ellos, los obliga a hacer un esfuerzo para elevarse hasta donde él está firme y erguido, armado de todas armas. Y lo respetan y son los primeros en reverenciarle. El doctor Ferrara toma la política como un palenque, y en medio de las competencias de los partidos guarda la postura de un clásico paladín. Muchas veces desafió la muerte cara a cara: cuando muera, morirá con elegancia *antigua*, caerá como Pe-

tronio. Pone en sus empresas mucha pasión pero sobre todo mucho arte.

Yo escucho este panegírico, y nada tengo que objetar o que rectificar, porque no conozco al doctor Ferrara; ni he tenido ocasión de conocerle personalmente, tampoco, aunque tanto lo deseé. Lo que sí digo es que mis personales observaciones confirman cuanto me ha dicho mi ilustrado mentor y guía. He visto al político insigne acá y allá, en distintos puntos, en escenarios diversos, siempre seguido de la ansiosa curiosidad pública que se enardece sobre sus huellas... Dióme una impresión estremecedora de fuerza, de inteligencia y de audacia. *He ahí un carácter*, me dijo. Y a todo lo largo de mi permanencia en Cuba he oído vibrar constantemente ese nombre como una clarinada triunfal, como una diadema magestuosa.

Regresamos de la visita a la tumba de Martí. La excursión me ha servido para aprender sin esfuerzo alguno, en retazos, fragmentaria, pero eficazmente, historia de Cuba. He recogido lecciones objetivas, además de las familiares, ligeras, anecdóticas, que mis camaradas me facilitan de viva voz. Así aprenden los niños, conforme al método frabeliano, que también aprovecha a los adultos y quizás para muchos perezosos de la inteligencia sería el mejor, el más conveniente.

Hemos encontrado pocas damas en esta romería del civismo, y manifiesto a uno de los amigos la extrañeza que el hecho me produce.

—Vinieron temprano, a primera hora—me dice. Han regresado ya. Vea usted, sin em-

argo, algunas retrasadas que ahora vuelven nos envuelven en una ola de perfumes, de colores, de armonías; admire a esa belleza que asa ofuscamente, relampagueante. La mujer aquí lo llena todo de irradiaciones y le da guardia de honor a la República; espléndidas flores del trópico, vencedora poesía que aleja a prosa e idealiza con su contacto las mezquinas materialidades... A la cubana, *hasta cuando camina se le conoce que tiene alas...*

—Por eso se nos torna usted tan poético, y aún creo que me tornaré yo, y nos tornaremos todos.

A nuestra vera resbala y se disipa como un relámpago de hermosura una deliciosa mujer. Falta poco para que la aclamemos. Uno de la partida siéntese andaluz, y le dispara un tiro; pero ¡ay! los isleños de Canarias, cuando nos andaluzamos, resultamos más sosos que nunca, ¡y lo somos de veras, voto al tío Sam! Pájaros canarios, y gracias.

Después de almorzar en no recuerdo qué pueblecito del tránsito, tornamos a la Habana. Para mí “la máquina” va demasiado veloz. Querría hacer el camino a pie; ir despacito, recogiendo en mis pasmados sentidos la iluminación y la música de estos campos plebóticos de savia.

GUANAJAY — ARAMBURU

Pocos días después, emprendo otra excursión para visitar en Guanajay a mi amigo Joaquín N. Aramburu, *el solitario*. Acompañame Eduardo Iglesias, uno de los elementos más prestigiosos de la Asociación Canaria y uno de mis más queridos colegas. Mientras estoy en Cuba, él está siempre a mi lado, solícito, afectuoso, fraternal. Adivina mis pensamientos; se adelanta a mis deseos, que no necesitan ser formulados para ser satisfechos en el acto por el buen Iglesias. No olvidaré lo que en servicios de una amistad desinteresada y fiel le debo.

Nos lleva a Guanajay, muy cerca de la Habana, un magnífico tranvía eléctrico con dos departamentos cómodos y lujosos. El tiempo se nos muestra impropicio; llueve, y el velo de la llovizna se corre a medias sobre el paisaje. A intervalos la bruma se alza, despide el sol algún furtivo rayo que hiende como una flecha las masas de vegetación, y brilla, lavado, lustroso, el verde admirable de la campiña.

El camino se desarrolla entre compactas umbrosidades; a ambos lados la pompa vegetal se yergue o se tiende sin fin; los árboles introducen sus brazos por las ventanillas del tren y nos acarician la cara. Perfilan las palmeras su esbeltez en lo lejano; forman grupos que dan una profunda impresión de gracia y de gentileza. Ostentan sus troncos delgados lisos, erectos, el encanto artístico de columnas arquitectónicas. Evocan el recuerdo de las grandes cosas clásicas: intercolumnios de templos paganos, ruinas de construcciones áticas doradas por la maravillosa luz de Grecia. La palma es gloria, es espíritu; por lo menos nos habla de espíritu y de gloria. Atrae el pensamiento hacia su airon elegantísimo, luego lo encamina al cielo. Sube derecha, arrogante, ligera y fuerte como las idealizaciones sublimes. En todo escudo de todo batallador intelectual, debe de haber una palmera. En todo triunfo y en toda conquista, la hay. La palmera ocupa poco espacio, pero lo domina todo y reina en él. Inspira la idea complementaria de un águila que le roce con sus alas la orgullosa cimera. Diríase que se escapa del terreno y que busca en lo alto la visión de las supremas armonías. Nos ofrece el concepto materializado del orgullo. *Ama a distancia*, como saben amar los seres dilectos, sin corpóreo contacto, y echa a los aires el pólen para que se realice a la ventura el milagro de la fecundación.

Estas palmeras tropicales, siempre presentes, me cautivan y obsesionan. Mis ojos de artista las siguen enamorados; me saludan

agitando sus cabelleras fluídas como si me reconocieran y me encargaran un mensaje para sus hermanas canarienses, peregrinas extáticas en los desiertos de mi país. Yo también creo reconocerlas por cierto aire de parentesco, aunque son más esbeltas que *las mías*, más aristocráticas, más poderosas, por el número. Sin embargo, no me parecen más bellas, a pesar de sus esculturales cuerpos de apariencia marmórea. La posesión quita conocimiento, quita imparcialidad, y yo *poseo* desde la remota infancia aquellos árboles erguidos y triunfales, menos finos que éstos, pero sumamente gallardos e inspiradores. No los perdemos de vista allá. A cada revuelta de cualquier sendero, agrupados en los valles, dispersos en las escasas llanuras, aislados sobre las cumbres, en todas direcciones y orientaciones se aparecen. Cuando están en lo alto, y se les ve desde muy lejos, entre la niebla matinal o la luminosa calma vespertina, se destacan con extraño relieve. Dan una nota poética a las lejanías azuladas y funden su verdor con el glauco matiz del Océano Atlántico. Creeríase que languidecen en la languidez de los crepúsculos y que a las horas de plenitud diurna se avivan y se agigantan; creeríase que por la noche duermen y sueñan. En ellas palpita concentrada el alma melancólica del paisaje canario. Junto a las pobres viviendas campesinas suele haber dos perfectamente iguales en estatura y desarrollo, como dos inmóviles e incorruptibles guardianes. Se cimbrean altivas y en sus copas ocultan sus amores los pájaros, que las cercan en bulliciosas bandadas y cons-

truyen allí, remontados y seguros, sus nidos. A veces las parasitarias, las trepadoras, se abrazan a los troncos seculares y los visten de un aéreo encaje maravilloso. Cuando las fulmina la centella, mueren sin doblarse; quedan en pie y causa terror contemplar el muñón carbonizado, señalando la tragedia: una Magestad humillada, pero no caída.

Todas las especies vegetales corresponden materialmente a nuestras concepciones cerebrales, a nuestras ideologías; todas sugieren *motivos* al entendimiento y provocan la cerebración. Hay árboles próceres que nos invitan a elevarnos, libertarnos y purificarnos. El laurel, el pino, la encina, el roble, la palmera, nos dirigen esas invitaciones enigmáticas; nos hablan en la lengua de los héroes y son como testigos y como jueces de la obra humana. Las palmeras de nuestras islas, inmensos abanicos levemente agitados por el aire suave de nuestro país blando y sombrío como nuestro carácter, nos aconsejan que nos depuremos, que subamos, que nos desnudemos de nuestras lacras y levantemos hacia los cielos el espíritu como ellas levantan la copa. Si quisiéramos *oir*las tiempo ha que se habría consumado nuestra palingenesia redentora y nuestra subida al Tabor donde se transfiguran los pueblos. Lo mismo le dicen a Cuba sus palmas, que aquí forman ejércitos y allá no más que batallones. Pero dejémonos de fantaseos literarios.

Llueve, y la vida es triste... (1) No se pue-

(1) Sully Prudhôme.

de decir esto en los trópicos, donde la naturaleza, bajo la lluvia, conserva su aspecto jubiloso, su aire y su brío de ardientísima juventud. Cuando llueve en mi tierra se enfoca todo, caen tantas sombras que el corazón se nos encoge como un pajarillo asustado; nos sentimos envueltos en una inmensa mortaja. La muerte se nos aproxima, y los enfermos crónicos del mal de pensar, los desequilibrados, los neurasténicos, las víctimas de una pavora mórbida inexplicable e indistinguible—yo lo soy—nos confinamos en un aposento cerrado para buscar la paz psicológica en las tinieblas, y encontramos en lo negro el alivio de lo obscuro. Las cosas se nos enlutan; el mundo externo se nos tiñe de un uniforme gris telarañoso, sepulcral. No sé explicar mis sensaciones, acaso por ser demasiado intensas. Aquí la lluvia no trae cerrazón lúgubre: aunque llueva a cántaros, detrás de la cortina acuosa sonríe la Madre y nos penetra el calor de su seno. Tampoco acierto a explicar este contraste climatológico, que he experimentado espiritualmente, una prueba más de la contradicción y la armonía eternas. Llueve aquí, y no nos caen dentro las lágrimas del chubasco que, aunque sean copiosas y rudas, apenas resbalan por la sobrehoz terrestre. Llueve allá, en mis islas apacibles, y aunque sea el fenómeno mucho más benigno, se nos figura que vamos a morirnos de tristeza. Y declamamos los versos gemebundos de Verlaine: *Il pleut dans la ville comme il pleut dans mon coeur...*

La alegría del ambiente en Cuba me ha pe-

netrado hasta las entrañas. Ha tenido para mí una virtud medicativa, curativa; me he bañado en ella como en una piscina mágica. ¡Cuán distinta esta luz de aquella luz! Es una fiesta, un deslumbramiento, una orgía, una gloria. El oro solar se desparrama tan profuso y desbordado, con abundancia tan fastuosa, con una fuerza tan grande de penetración lumínica, que alegra hasta a los muertos en sus sepulcros. *Lo inanimado, se anima.* Cada hombre lleva una túnica tejida de resplandores; la miseria se reconoce rica y envidiable viviendo a la intemperie, saliendo a la puerta de la cabaña rústica, del bohío, para ver el prodigio del sol, la hostia de lumbre, la suprema gracia, la gran quimera. Cada uno dirá, como Diógenes, si un importuno le roba su parte de bienandanza natural:—*Véte. No me lo quites.*



Conozco al Sr. Aramburu por sus obras, que es lo importante de los hombres, y nos hemos saludado desde lejos en señal de simpatía e inteligencia. Las amistades entabladas así no comportan ningún riesgo: nada se pierde, y puede ganarse mucho. En el cambio de ideas e impresiones, se benefician los correspondientes, siempre uno más que otro, porque siempre habrá diferencia entre los dos y el más viejo adoctrinará al más joven, el más inteligente esclarecerá al más desalumbrado, el más docto aleccionará al más ignorante, el más dichoso enseñará al más infeliz el secre-

to de la dicha. Escribirse sin verse, hablarse sin oirse, no creéis que sea el mejor sistema de comunicación inter-humana? El pensamiento recorre miles de leguas y hace el recorrido sin recoger impureza alguna. En el trato directo, ¡pensamos y sentimos bajo tantos influjos perturbadores o malsanos! Los que no se conocen *sino para servirse*, casi seguramente no llegarán a odiarse, ni siquiera a *descomponerse*, mientras que la cercanía, la convivencia, el acercamiento cotidiano, ponen en peligro la firmeza de las amistades más hondas. Apartados e invisibles somos benévolo, no se nos interponen obstáculos; las correspondencias epistolares, por eso, desprenden un aroma de ingenuidad bondadosa y hasta de optimismo entre los comunicantes. Se dan lo mejor de sus respectivos tesoros: la pureza sentimental. Se interesan por sus respectivas parentelas, se hacen todo género de ofrecimientos y se confiesan tímidamente los pequeños defectos, los pecadillos. Queda lo demás en reserva, y no nos hiere ninguna impresión ingrata, ningún desengaño. Lo que da un valor especial a esta clase de epístolas es su tono pudoroso y discreto. No hemos visto al que nos habla; no le vemos el rostro mientras mueve la pluma para decirnos cosas halagüeñas, de modo que todas son ventajas para los dos. Si el amigo desconocido es feo, podemos suponerlo guapo; si es gruñón y desapacible, podemos tomarlo por un manso cordero; si es envidioso, soberbio, iracundo, atrabiliario, versatil, podemos atribuirle las cualidades opuestas. No será él quién nos rec-

tifique; las rectificaciones hemos de hacerlas nosotros mismos, y he ahí lo que amarga un tanto la dulzura de esas relaciones postales, dulzura de la que hasta el cartero participa; el cartero, que en su papel de intermediario mudo, nos resulta un personaje muy simpático.

Indudablemente. Si todos enmudeciéramos de pronto y nos habláramos por cartas, escritas con mucho pulso y madurez de juicio, nos haríamos mucho menos daño que el que nos inferimos con las lenguas, movidas sin reflexión, sin tino, sin consulta previa a Su Magestad la razón gobernadora. Si nos alejáramos hasta perdernos de vista o fuera posible vivir cerca y no conocerse, y dirigirse mensajes escritos con tinta color rosa, llevados y traídos en silencio, se aligeraría, ya lo creo, la pesadumbre de la vida. Tal vez el éxito logrado por algunos cultivadores eximios de la literatura epistolar se deba principalmente a la condición de ausencia inhibitoria, de coartada literaria. Madame de Sevigné sería, no lo dudo, una buena dama, pero sus epístolas le permitieron pensar con tranquilidad bienhechora y vigilarse, reservarse, comprimirse al lanzarlas como saetas de oro. Esa literatura, cuando sirve de vehículo a espíritus selectos, adquiere valor artístico, hasta transcendencia crítica, lo que prueba que no hay géneros, sino autores; porque cuando la cultivan un portero o una cocinera vulgares, ocurre lo contrario: se vulgariza, se hace ramploña. Las cartas, en general, les sirven a los hombres para taparse la cara.

¡Cuántas divagaciones! dirá el lector. Yo me escamo,—exclamará el señor Aramburu al leer estas líneas. No son divagaciones ni el señor Aramburu tiene motivo para escamarse: he escrito todo eso a fin de venir a parar en que, cuando me ví frente a frente con el escritor cubano, de quién sólo conocía su producción periodística y su escritura, vehículo de su pensar y su sentir, corroboré la impresión formada sobre tales datos incompletos. El original correspondía a la imagen construída en mi mente; más aún, la mejoraba.

Llegamos a Guanajay e inquirimos el paradero de don Joaquín; dijéronnos que en un café de la localidad solía hacer acto de presencia, precisamente a aquella hora, y fuímos en su busca. En el café no estaba, aunque se nos aseguró que no tardaría en llegar para enfrascarse en una partida de naipes con unos amigos y contertulios, del mismo establecimiento. Mientras, Iglesias y yo tomamos una *tropical* por tomar algo. Seguía lloviendo. El pueblo, bajo el chaparrón, aparecía desierto y silencioso; las calles encharcadas, pocos transeuntes. Guanajay se asemeja a todas las poblaciones interiores de Cuba, con sus vías rectas, uniformes, mal pavimentadas o no pavimentadas de ningún modo, y sus anchos soportales. Las casas, de madera en su mayor parte, pintadas de colores fuertes y abiertas a la invasión de la ardiente luz tropical. Los vecinos visten el traje blanco imprescindible en estos climas, y los negros contrastan y destacan crudamente con el albo indumento su

negrura. Hay una paz dulce, y siempre la nota de esa alegría profunda que sale de las cosas como un efluvio. Se advierte que Guanajay, no obstante su cercanía a la Habana, crece y progresa.

Entra un señor afeitado, modestamente vestido, de corta talla, y un mozo se acerca para decirnos:— *Ese es. Ahí tienen ustedes a don Joaquín.* Nos levantamos, nos dirigimos hacia el recién llegado y hacemos nuestra propia presentación. Aramburu me esperaba. *Bien venido,*—me dice sencillamente, y nos tendemos las manos, y empezamos a platicar como si fuéramos compañeros de toda la vida.

Luego, nos lleva a su casa, que está muy próxima, lamentando que el mal tiempo nos impida recorrer los alrededores. Vive don Joaquín como un patriarca de un hogar que es templo de virtudes. Su esposa y sus hijas le asisten en su trabajo rudo de jornalero de la pluma, y se lo dulcifican y se lo aligeran. La dicha doméstica, el mayor tesoro, compénsale de los dolores y los desengaños recogidos en su brega cotidiana. Limpios besos le confortan; piadosas manos le curan las heridas de la ingratitud, del odio y de la traición. Ellas le ponen la armadura férrea, porque de esas emociones suaves y puras saca la fuerza varonil con que batalla. Se comprende la obra de Aramburu cuando se le ve en el sagrado familiar, coronado de rosas por su descendencia, alentado por su compañera abnegada, una heroína humilde, venerado y querido de cuantos le rodean. Los grandes

caracteres se templan así, en la bonanza del ambiente íntimo, para reñir los angustiosos combates de la escena pública. Don Quijote, en sus aventuras andariegas, Castilla adelante, nunca olvidó el hogar, la lamparilla encendida y alimentada por el amor compasivo. Encarnó este ideal en Dulcinea del Toboso y, Petrarca de la caballería andantesca, le pidió que le hiciera feliz; pero su ventura se cifraba en volver bajo el paterno techo, no en proseguir su descarriado vagabundeo a través de los ásperos caminos.

Aramburu, caballero aventurero de una cruzada regeneradora en Cuba, apenas sale de su encierro voluntario; desde la penumbra mística en que se eclipsa, junto a las fuentes originarias de la humana energía que son las aras de los penates, lanza sus dardos, sus palabras de apóstol y de profeta; palabras de fuego... Ora indignadas filípicas, ora jeremíacos truenos que tiemblan de indignación en las columnas del *Diario de la Marina*, en esos *baturrillos*, donde hay de todo y algo más. Fustiga, castiga, hostiga; pero siempre con la mirada en Dios y en la patria; siempre inspirado en la nobleza de las intenciones más generosas, siempre lleno de caridad... Temeroso de Dios, pero no de los hombres, dispara a los cuatro vientos las grandes verdades como proyectiles que al herir deben dar la vida, no la muerte, y después se sienta a la puerta de su tienda entre el coro de su copiosa prole, como un santo varón del Viejo Testamento. Como parece que en Cuba la moralidad no es todo lo estricta y rigurosa que debiera ser

—¿dónde lo será?— Aramburu se ha impuesto la tarea de moralista patriótico y político. Y la cumple a la perfección, bien que a costa de no pocos quebrantos y riesgos. Ese oficio de moralizar es, entre cuantos pueden ejercerse en el mundo, el que más dificultades y quebrantas comporta. Ocurre que, no ya los atacados sino los simplemente aludidos, se revuelven furiosos contra el moralizador; no le perdonan las alusiones ni las lecciones. Cuando le indicamos al prójimo la línea más corta entre dos puntos, si el prójimo sigue satisfecho la curva, o le agrada la marcha zigzagante, no nos perdona el servicio; lo considera un deservicio porque contraría sus hábitos, porque burla sus cálculos. Si el llamamiento a la rectitud le crea un conflicto de conciencia, entonces acaso nos oirá, pero no nos perdonará tampoco la perturbación que introducimos en su vida fácil y liviana de amor al instinto. Resulta, de todas suertes, que aventuramos en la campaña nuestra propia tranquilidad, precio de haber interrumpido la ajena. Los requeridos en nombre de la rígida norma ética, dicen con socarronería: “el que me moralice, buen moralizador será”, y prosiguen sus zig-zagueos después de habernos dado un palo o un disgusto. Lo sé por experiencia.

Pero hay compensaciones, mi querido señor Aramburu: usted lo sabe, y yo también. He conocido en la Habana a un joven oficial de peluquería que, entre pase y pase de su navaja acariciadora por mis mejillas, entre los tormentos y los sobresaltos de la rasuración,

decíame una y otra vez: "Después del Omnipotente, cuya existencia no me consta de un modo positivo, para mí, don Joaquín." Era un chico poeta y algo loquinario. Aramburu había tratado de llevarle al camino derecho y llano, sin prohibirle el comercio con las Musas, le había aconsejado como un buen padre y le había protegido. El muchacho no se enmendó, pero venera a don Joaquín. Yo suelo encontrar también por esos mundos, cuando menos lo espero, adolescentes que han leído mis libros, mancebos que han escuchado mis enseñanzas y que, sin beneficiarse lo más mínimo de la lectura ni la predicación, por ellas me admiran y dicen cariñosos: "Después de mi novia, para mí Don Francisco". No emplean como término comparativo la duda de la existencia divina, pero afirman el amor humano y añaden que después de ese amor colocan el culto intelectual que me tienen. Ya lo ve el ilustre cronista: nunca se pierde por completo el tiempo dedicado a predicar bien. En esas simpatías o admiraciones platónicas y viriles acaso esté el germen fecundo de una redención futura, el rescate de un alma. Los chicos poetas y un poco loquinaros descubren la verdad tras la belleza, y guardan la simiente bienhechora que proyectamos en nuestros escritos. Tengamos fe: hay surcos abiertos; habrá germinación y fructificación en lo futuro indefinido.

Aramburu es recto e inflexible como la vara de la justicia. Adora a Cuba y se lo prueba cada día, en cada crónica, en cada párrafo, en cada línea, cantándole alabanzas, pero a la

vez afeándole defectos y señalándole peligros. Cumple un deber, y lo cumple sin vacilaciones ni flaquezas; nada olvida de cuanto puede contribuir al fin último en esa noble adopción cotidiana. Además cultiva las actualidades, y las desenvuelve y magnifica en amplios comentarios: desde el menudo incidental de la calle hasta el debate político o la resolución gubernamental, desde la crítica, siempre benévola, del libro que acaba de aparecer, hasta la censura, siempre agria, del escándalo que acaba de ocurrir, Aramburu trilla a diario un camino donde halla más abrojos que flores; en ciertos puntos y a ciertas horas, bajo las altas temperaturas de la pasión pública exaltada o extraviada, la *diritta via* se le convierte en vía de amargura. Pero él no se arredra, ni desanda un solo paso: continúa adelante, firme y tranquilo, porque le alienta la posesión de la verdad y le autoriza la fuerza de la razón.

Escribe torrencialmente, como habla el señor Dihigo, profesor de la Universidad de la Habana. Está en acecho del suceso que sale, y por insignificante que sea, no se le escapa; se lanza sobre él y ¡zás! lo divide, como quería dividir a la primera tiniebla que encontrara el protagonista de un chistoso cuento andaluz; quiere decirse que lo coge, lo examina por todos lados, lo estira, lo tritura, lo cierne pulverizado, y hasta que no lo volatiliza no lo suelta. Aramburu, en vez de administrar su pesimismo en máximas, en píldoras literarias, como La Rochefoucauld, lo esparce lentamente a todos los vientos con una paciencia

benedictina y una profusión oriental, resuelta en un meticuloso desmenuzamiento. Así está seguro de que no lo perderá: penetra en todos los hogares llevado por las alas de águila del *Diario de la Marina*, y produce una saturación intelectual en la República. Es polvillo de oro que se mete en los espíritus, en las inteligencias.

Nunca un hombre más íntegro ha sembrado con un gesto más gallardo ideas más hermosas desde una cátedra más alta. Aramburu es un perfecto cristiano; como un cristiano primitivo vive y piensa. Su doctrina guarda los gérmenes de una evangelización militante que desciende en forma de lenguas de fuego. El *magister*, al escribir, se inflama en patriotismo, y su pluma echa lumbre, despide chispas sobre los lectores, sobre los discípulos, preparados a recibir la visitación luminosa. Muchos reniegan de él, o sea de la doctrina; ¿pero qué le importa? Le comprenden, le siguen y le aman muchos en quienes se hizo eficaz su apostolado, como el oficial de peluquero poeta y algo loco. Goza de una autoridad moral cuanto más negada más indiscutible, puesto que negar no es discutir. La misma abundancia de su producción múltiple aumenta cada mañana su prestigio; corre el torrente, y en su curso vertiginoso y estruendoso arrastra la vida nacional. Si no la copia en sus ondas alteradas y turbias, por lo menos la fecundiza. Y si acarrea cieno, no le pertenece y lo echa al mar.

El tono de las prédicas y las pláticas de Aramburu es el de un maestro de escuela, pe-

ro por todo lo alto. No lo digo para zaherirle; dígolo para alabarle. En todo gran predicador hay un dómine sublimado; el magisterio, arte de domar hombres, se desarrolla en una escala descendente que comienza en el sermón de la Montaña, lección perfumada de divinidad. Jesús de Nazaret fué un maestro de escuela excelso. Y políticos, mundanos, láicos, otros ha habido en los pueblos modernos, que como tales deben ser clasificados por el trascendentalismo dogmático y educativo de su obra. Entre los españoles, maestro de escuela Pí y Margall; entre los alemanes, Fichte.

Siembre el señor Aramburu, pero no mire atrás sino adelante; no mire al surco, sino al cielo, como los labradores. Cuando se siembra con alta mente y corazón puro, los astros responden que sí a las consultas de los sembradores intelectuales y se cumple el buen augurio. Por la madrugada, en la inquietud imponente de las cosas, se despiertan antes que despierte el día y oyen una misteriosa voz que les dice: ¡persevera! La perseverancia en el bien les asegura el éxito.

Me despido de don Joaquín con frases de efusivo compañerismo a las que él corresponde dirigiéndome otras semejantes; inclínome respetuoso ante su esposa y sus hijas. Esas mujeres humildes, discretas, eclipsadas en el gineceo, que acompañan a los escritores y les renuevan el aceite de las lámparas, llevan una parte no pequeña en la obra artística; por lo menos, y no es poco, ayudan a los artistas a cargar la cruz. El secreto de lo que lla-

man inspiración está muchas veces en una mirada tierna o en una adorable sonrisa. De todas las bellas cualidades que posee la Mujer, se forma y surge entonces la Musa. Y, creedlo, la mejor musa es la esposa, como no lo sea la madre, como no lo sea la hija.

Al regreso ha cesado la lluvia y luce radiante el firmamento en los trópicos lleno de luminarias como el retablo de un templo en las fiestas de la Virgen. Destellan en las sombras las luciérnagas, y las palmeras gentilísimas destacan en negro sus siluetas empenachadas. Corta las masas de follaje el relámpago de un tren que pasa próximo con sus farolas exploradoras y su largo campaneo avisador... Iglesias se ha arrinconado y achicado en un ángulo del *carrito* (en Cuba dicen *carritos* a los tranvías). Le busco en vano. Temo que se me haya perdido en medio de la noche. Lo encuentro en la Habana, cuyos atractivos de sirena cada vez me dominan más...

EN EL "HOTEL PLAZA"

El hotel en que me hospedo es un vasto establecimiento al estilo norteamericano, que toma muy en cuenta la comodidad, pero desdén los lujos, vanos y aún perjudiciales. La idea del *comfort*, enteramente moderna, pertenece a los anglosajones: sus parientes de América la copian con estrictez. Y creo que le añaden algo, muy suyo: este algo yo no lo podría puntualizar, aunque lo siento. Quizás sea una amplificación. Los Estados Unidos amplifican todas las cosas extranjeras.

Ocupa el hotel "Plaza" un edificio inmenso, uno de los mayores inmuebles de la Habana, propiedad del marqués de Pinar del Río, a dos pasos del Parque Central, o sea en el punto más animado y transitado de la capital. Le circuye la red de los tranvías habaneros, tan profusa. Desde cualquier cuarto o departamento de la casa óyese sin cesar el boci-neo, las vibraciones de los timbres de los *carritos* que circulan en derredor. En aquel "chaflán" del Plaza forma un verdadero re-

molino la circulación metropolitana; las gentes a pie, los coches, los tranvías, los "autos", los camiones, los mil vehículos de toda especie para carga y para transporte de pasajeros, se entrecruzan en una danza frenética. Todos los ruidos de la vida urbana que llenan la ciudad populosa y bulliciosa, ciudad de mucha sangre, recalentada por el sol de las Antillas, se concentran allí; allí adquieren su máxima expresión y una intensidad sobrealaguda. Los gritos de los vendedores de diarios, los pregones de los ofertantes de la lotería, esa institución nacional de Cuba que es un continuo llamamiento al azar y un cebo eternamente tendido a la avidez adquiridora del hombre, el vocerío de los mercaderes que brindan frutas tropicales, refrescos, panaceas, específicos, se mezclan y confunden en un aturdidor "maremagnum". Aquel paraíso es como un vórtice de energía humana, un escollo donde rompe la ola de vitalidad fogorosa que llega desde los extremos de la urbe. Enfrente, está el Parque Central, como he dicho, corazón de la Habana moderna, la célebre acera del Louvre, el hotel Inglaterra y el hotel Telégrafo; más allá, aislado y magestuoso, el palacio de la colonia gallega que se prolonga por la calle de San Rafael, arteria comercial muy importante, con sus tiendas de modas, bazares, cafés y cinematógrafos. Del otro lado, frontera al Plaza, la llamada manzana de Gómez (apellido de su propietario), que acumula un gran número de actividades industriales y mercantiles: el teatro Politeama, larga serie de establecimientos en

cuyas vitrinas se exhiben telas, muebles, sombreros, calzado, adornos femeninos, baratijas multiformes; confiterías y restaurants, estancos y puestos de limpiabotas y de periódicos. Por aquellas galerías y pasajes horniguea a cualquier hora una multitud afanada, en contraste con la turba-multa de paseantes ociosos que ven pasar la vida, o de buscadores y pediguños que esperan su hora. Algunos no esperan nada: son vencidos, resignados adormeciéndose en una pereza definitiva. Miran sin ver, oyen sin escuchar...

Y la ola crece a cada minuto; arrastra desde los últimos confines de la Habana las impurezas y las suciedades que en el camino recoge, revueltas con ambiciones, ensueños, ímpetus pasionales, codicias y ardores combativos; todo el sedimento del vivir cotidiano de una población copiosa, el torrente de la existencia colectiva en cuyo fondo siempre hay fango. El oleaje se detiene y se apacigua en ciertos sitios; se divide y dispersa en otros, tomando cien direcciones, para luego refluir más brioso hacia el centro de concentración. Y sobre el tumulto, nunca cesan de levantarse los clamores de los pregoneros y *camelots*, tan sostenidos, tan destemplados, que llegan a hacerse obsesionantes: *¡Diario de la Marina!* *¡Heraldo!* *¡La suerte, la suerte!*... Los negrillos se agitan en una inquietud simiesca, de todo el cuerpo, con pintorescos visajes, pueretas y contorsiones, ágiles y malignos como pequeños demonios.

En el vestíbulo del hotel Plaza, mientras tanto, bajo la rotonda, hierve la muchedum-

bre de turistas, *pájaros venidos del Norte*. Semeja aquello una Bolsa de contratación, un mercado; surgen siluetas estrafalarias, perfíles raros de hombres y mujeres extrañamente vestidos que presto desaparecen en un ir y venir interminable. Vienen a Cuba huyendo del frío de los Estados Unidos para regresar después de una breve temporada. Me recuerdan a los turistas en rebaño que transporta la Agencia Cook: el mismo aspecto borroso en las fisonomías que evocan contornos de medallas gastadas, la misma indefinible uniformación dentro de lo vario de las vestimentas, el mismo desgarmo, y el propio instinto de segregamiento étnico. Forman grupos aparte; hablan agitadamente entre sí con grandes aspavientos, risas, cabezadas, gestos admirativos y no ven, ni por casualidad, al prójimo extranjero. Poseen el arte de aislarse en muchedumbre, de vivir donde quiera para su raza tan sólo, sin hacerse cargo de que más allá vive gente; arte difícil desde el punto de vista latino, porque ni franceses ni italianos ni españoles lo sabemos practicar. Eso es, también, cosa anglo-sajona heredada por sus descendientes americanos. Sería extraordinario que la mirada de un inglés o de un yanqui se extraviara y cayera fuera del círculo de sus compatriotas; cuando se da el caso, peregrino para ellos, creen cometer un pecado.

Estos yanquis que visitan a Cuba en el estío no vienen a veranear precisamente, aunque tal parezca: vienen en busca de negocios y, si es posible, también en busca de placeres. Lo uno no impide lo otro. Por lo menos, este año

la clase de inmigración que yo ví en el "Plaza" pertenecía a ese tipo: primero las carreras de caballos en el hipódromo de Marianao, contratadas y explotadas por una empresa norteamericana, después el *match* pugilista Johnson-Willard, asunto de ellos igualmente, les atraieron con el incentivo del juego y de la apuesta. Apostaban y jugaban con ansia loca, mucho antes de celebrarse el espectáculo. Advertíase que todos traían la preocupación de la ganancia, las *misses* tanto o más que los *misters*. En el hotel Plaza llevábanse las cotizaciones de la pista y del stadium. Había de todo allí entre aquel personal heteróclito, y no superabundaba el oro legítimo. Las damas de la Gran República, por lo común, creyérase que habían traído a la Habana el propósito de hacer resaltar su falta absoluta de gracia y belleza junto a la hermosura gentil, incomparable, de las cubanas. Y también sus aficiones hombrunas, plebeyas, impropias del sexo. Jugaban en el hipódromo y admiraban en el stadium la fuerza de los atletas blancos y negros, sobre todo de los blancos. Ya veremos como, por consideraciones racistas, Johnson el coloso vióse aislado, "boycoteado", perseguido entre la gente de su pueblo.

¿Dónde están las ponderadas beldades de Norte-América?—me pregunto—; dónde esas magas de los millones, esas grandes rosas de selección que París admira y Londres reverencia? Esas permanecen cautivas en las prisiones del lujo rastacuero, allá en su país enorme y materialista. No figuran en el pasaje de los vapores de "la flota blanca", bu-

ques que traen a la Gran Antilla una emigración veraniega pacotillesca. Las princesas del dólar soportan las temperaturas glaciales bajo sus mantos regios salpicados de pedrerías fabulosas. La guerra les ha cerrado los caminos que en Europa conducen hacia los paraísos falsificados y los jardines galantes llenos de frutos prohibidos; pero gozan en sus tierras magníficas compensaciones. Ahora, incubadas por el hastío, el "monstruo delicado" de Baudelaire, surgen en la Unión Americana más extravagancias y más extrambotichidades que nunca. Cada minuto engendra allá un gesto bizarro, o un *canard*, o un *bluff*. No pocas millonarias se han ido, ardientes de humanitarismo, a los campos de batalla europeos como enfermeras, como hermanas de la Caridad, llevándose sus joyas. Roosevelt, en tanto, explica el sentido esotérico de la Biblia a las naciones beligerantes, le pide a la suya que prepare las armas y se manifiesta francamente partidario del triple acuerdo, hoy cuádruple. Como en Cuba no hay monumentos que admirar, ni apenas curiosidades naturales que visitar, estos huéspedes curiosos van desorientados cuando no les embarga la atención el cuidado de sus intereses. Siempre con la propia tendencia a la agrupación y al aislamiento, solos en numerosa compañía, andan por todas partes. Los encontraréis en el Malecón durante las horas de mayor reflujo mundano, en las calles más concurridas, en los teatros, en los locales de sport y de diversiones, en los trenes, en los ingenios, en los campos, en las cuevas de Bellamar. Son una

riada que se extiende sobre la Habana y sus alrededores, renovando su caudal, acarreando los elementos más heterogéneos. El tumulto de la afluencia trae y revuelve, como se comprenderá, heces impuras, escorias. Esas humanas inundaciones veraniegas impulsan también hacia los balnearios de Europa muchos gérmenes de polución moral que dejan un rastro obscuro. Así ocurre con la marea de turistas yanquis lanzada sobre Cuba, aunque la mayoría de ellos pertenecen a la baja burguesía, honrada y pintoresca, de los Estados Unidos; pero se dan, repito, excepciones lamentables. Cierta noche, en Miramar, el cronista Fontanills y yo presenciábamos una escena escandalosa. Llovía, y el elegante concurso vióse obligado a huir de los jardines y refugiarse en el salón restaurant. Estaban allí las más distinguidas familias habaneras; dominaba ese ambiente de corrección y buen tono característico de los centros donde se congrega la élite aristocrática, tan refinado en la bella capital de Cuba. Una blonda dama del país del oro, aturdida por el exceso de las libaciones, sudorosa y descompuesta, horriblemente descompuesta, se nos ofreció en espectáculo. Temblaba en sus manos la copa de champagne, levantada una y otra y otra vez, hasta verterla, con el ademán orgiástico del bríndis de *Traviatta*, mientras la jaleaban y aplaudían sus alegres compañeros. De pronto la *miss* comenzó a bailar, desordenada, excitadora, lúbrica. Hubo un momento en que, sobrevenido el completo naufragio de la inteligencia y la razón, intentó arremangarse

las sedeñas faldas para mejor proseguir su bailoteo diabólico. La gente huyó, sin que nadie, por delicadeza, por respeto a la reunión selectísima, exteriorizase la protesta que era del caso.

Pero estas son, sin duda, excepciones. La generalidad de los norteamericanos que veranean en la joven República corresponden a un tipo que más arriba indiqué: pequeños comerciantes y agricultores, plantadores de la Florida, industrialillos de Nueva York, modestos rentistas en modesto paseo. Tal cual silueta rotunda de sabio o de clergyman, entre la masa gris uniforme del conjunto; tal cual figura de dama elegante en plena decadencia física disimulada a duras penas con artificios de tocador, y una que otra aparición fugaz de esas estrellas erráticas cuyo fulgor no deslumbra, pero cuyo paso indica que se caen de los firmamentos sociales. Yo, por lo menos, no ví otra cosa. Y me hallaba en el vértice mismo de aquel maremagnum, de aquel maels-trom de la Yanquilandia trashumante.

El gentío que se amontonaba en el *hall* del Plaza a cualquier hora diurna, me hizo pensar que en el comedor no cabrían los comensales, cuando se tratara de satisfacer el más tiránico de los imperativos categóricos. Sin embargo, no era así: en el almuerzo y en la comida, sólo veía ocupadas unas cuantas mesas. Gran número de huéspedes comían en restaurantes económicos, sobre todo en California, un establecimiento de chinos, donde les daban, según me aseguraron, por poco precio una buena pitanza. Todos los departa-

mentos del hotel, que parece un monasterio con sus largas galerías desnudas, están ocupados; pero los señores comen fuera. Y el aspecto conventual se acentúa para mí, que no sé palabra de inglés; oigo aquella lengua extranjera como si oyese granizar... Rodéame *un silencio sonoro*: por los claustros atraviesan sombras parlantes y gesticulantes cuyos animados coloquios no me molestan lo más mínimo. Solamente me intrigan: ¿qué dirán? Esto de oír sin entender tiene su encanto: cree uno que se están diciendo cosas jugosas, serias o profundas, y no se entera de las tonterías que realmente se dicen, pues la mayor parte de las conversaciones no merecen ser escuchadas. Quizás se mofan de uno, y uno no lo sabe, ni lo sospecha. Uno puede a su vez chancearse si le viene en gana, aunque respecto de la no comprensión y la limitación lingüística del prójimo no se esté tan seguro. De todos modos, un gran peso se nos quita de encima. Y hay un misterio religioso, monástico, en el ambular de las gentes que pasan sin mirarnos, atentas a sus negocios particulares, ensarzadas en diálogos cuyo sentido no comprendemos. Campanas que suenan para nosotros en el desierto: ¡palabras! ¡palabras! ¡palabras!...

A menudo tropiezo por los pasillos con esas señoras zanquilargas, angulosas, huesudas y patudas, que diríamos hombres vestidos de mujeres; cuellos de cigüeña, ojos de buitres. Esas mismas asexuales, completamente negativas desde el punto de vista femenino, que Albién nos manda a Canarias y que allá no que-

remos ver, ni ellas quieren vernos a nosotros. En las islas reparten Biblias protestantes para entretenerse, o se interesan por los perros abandonados y los asnos maltratados. Nunca se sabe de donde vienen y ni a donde van: al verlas involuntariamente nos preocupa el eterno problema del porqué y para qué. ¿Por qué son? ¿Para qué son las fémimas masculinizadas, escapadas del sexo en virtud de un capricho incomprensible de la naturaleza? ¿Será la suya una peligrosa neutralidad armada? En algunos casos, ha podido comprobarse que lo es; desde su Purgatorio se dan cuenta de que el hombre existe. Y aquí en Cuba, ¿harán lo que hacen en Canarias? ¿Se dedicarán a los mismos deportes inocentes? ¿Regalarán Biblias y protegerán a los animales irracionales?

El hotel Plaza, organizado según las usanzas yanquis, es un hotel en que el huésped, sobre todo el huésped que no parla el idioma británico, adquiere la categoría aritmética de una unidad, la afirmación precaria de un número; y el trato consiguiente. Cuando ingresa, le dan una habitación, más o menos bien orientada, con arreglo a tarifa, le introducen allí en silencio, y allí le dejan entregado a sus meditaciones. La holgura y austeridad mística de la casa favorecen el ensimismamiento ascético y, como no piense en Dios, se piensa de seguro en el Becerro de Oro, la idolatría norte-americana, gracias a una inevitable asociación de ideas. Si el recluso necesita algún servicio, acude a un teléfono automático, de extrema facilidad y rapidez en su manejo,

pues no hay que hacer llamadas previas sino que se utiliza directamente, y pide lo que le urge; pero sucede que el aparatito no funciona bien, o que abajo no oyen o no quieren oír las jóvenes damas encargadas de dar respuesta. Entonces, será inútil que vayáis en busca de un mozo por aquellas crujías interminables: no lo encontraréis. Rara vez viene a punto de satisfacer vuestra demanda. Este sistema de simplificación ha suprimido los timbres y, aunque en teoría es maravilloso, deja algo que desear en la práctica. Si lográis que os oigan y os atiendan, las cosas que pedís os las sube un negro norte-americano, a quién naturalmente no entendéis ni él puede entenderos (confirmáis, en consecuencia, los inconvenientes de no hablar el idioma de Shakespeare, como los apreció don Diego de Lara). Esos negrazos constituyen una especialidad de la casa: son como maniqués, no se altera un músculo de sus rostros, no dicen más que *¡yes!* cuando les interrogáis, y se van andando de espaldas, como si temieran la propina de un puntapié. Parecen enmascarados fatídicos, se mantienen en una actividad servil pero amenazadora, como la de los perros muy castigados. En su país de origen deben haber sentido al igual de todos sus congéneres, la amenaza terrible de la ley de Lynch. Nos inspiran una compasión agravada con bastante repulsión. Resultan, en suma, muy antipáticos.

Pese a las desventajas derivadas del hecho lamentable de no estar yo anglomanizado y ser un pobrecito español isleño con algunas

letras pero casi ayuno de lenguas, declaro encontrarme en el "Plaza" a todo mi sabor y regodeo. Nadie me estorba, nadie me perturba. Entro y salgo sin verme obligado a cambiar saluciones, esa moneda menuda de la buena crianza. Libre estoy de ese azote tan español, que consiste en tener que sopor-tar curioseos e interrogatorios indiscretos de personas que no nos importan una higa; porque en España, sobre todo en la España meridional, un viajero no consigue guardar el incógnito. El primer recién llegado le echa un capote y pretende desembozarle, confesarle: "Yo soy Fulano—le dice—vengo de tal parte y voy a tal otra. Casado, con seis hijos, y una bodega. Y usted, quién es?" El asaltado siempre ganas de responderle: "No soy nadie, ni voy a parte alguna, ni siquiera existo. Y todo ello, a usted, compadre, qué le importa?" Pero se reprime, por causa del maldito que dirán y no despega los labios, o contesta afablemente:— "Pues verá usted. Vengo del Polo Norte y me dirijo al Polo Sur. Mi familia buena, gracias. Si tiene usted algo que mandarme..."

Mi posición en el hotel Plaza, entre tanta extranjería cerrada para mí herméticamente, con teléfono doméstico al alcance de la mano con la servidumbre negra que a todas mis preguntas responde ¡yes! y se eclipsa, con un cartelito a la puerta que dice: *Invisible hasta las dos de la tarde*, es una situación privilegiada. Tengo, así dispuestas las cosas, *trato de nación más favorecida*. Menudean las visitas de compatriotas, visitas gratas; pero

las horas de escribir, comer y dormir, me veo casi siempre solo, y no me pesa. Me dedico a estudiar tipos y costumbres. La soledad, mi antigua compañera, me afina el espíritu. Hay muy pocos españoles en la casa, y yo apenas hablo para que no me reconozcan y me dejen en paz. Desde los balcones del departamento que ocupo, observo el hormiguero humano; afirmo mis derechos de hormiga desertora, de hormiga crítica. Y en estas condiciones inmejorables, la ciudad de la Habana empieza a descubrirme sus secretos y sus encantos.

Estos caballeros y señoras yanquis, a cada nuevo golpe de análisis, me descubren también nuevos encantos y secretos. Al principio parecíéronme un tanto atrabiliarios; después, poco a poco, les he visto el fondo de casta, el subsuelo nacional, y he hallado los filones de la gran cantera. Ese pueblo titánico, representado aquí por singulares *spécimens* raciales, desprende una impresión de fortaleza que asusta. Cada yanqui define e impone la primacía de su patria en el más pequeño de sus actos, en el más mínimo de sus movimientos. Cada ciudadano de los Estados Unidos transporta en sus maletas, cuando viaja, con la ciudadanía el yanquismo autoritario y dominador; cada uno va a través del mundo asistido de la conciencia de un poder supremo que le autoriza a hablar fuerte y dar órdenes; cada uno es imperialista en su parte alícuota personal de la fuerza de todos, que representa la bandera listada y constelada. El tío Sam, bajo su aspecto de sal-

chiehero jubilado, esconde la altivez de un César que piensa dominar el orbe a millonadas, dorarlo y acuñarlo. Las dinastías industriales encarnan el ideal de esa invasión pacífica que atribuye realaleza a los grandes plutócratas. Reyes positivamente, reyes ungidos con petróleo, embadurnados de jabón, acorazados de acero, coronados de espigas de trigo, cargados de succulentos salchichones, reyes por la omnipotencia de la pecunia, reyes a semejanza del legendario Midas, está a sus pies rendido el mundo moderno. La nación más rica, más productora, más poderosa, más unificada, envía como embajador de su superioridad tremenda a cada uno de sus hijos que traspasa sus fronteras, sea quién sea, vaya adonde vaya. Y el último de ellos dice: *soy americano*, con el orgullo que el romano decía: *civis romanus sum*. Los otros pueblos del nuevo continente han acabado por aceptar esa denominación eliminatoria amonomástica que establece la primogenitura de América en favor de los yanquis; que designa a éstos como los americanos por excelencia, que señala a las demás razas como sub-razas en el hecho de aplicarles nombres exclusivamente particulares, denominadores nacionales. Monroe pudo, en tal sentido, asentar su osada doctrina, fórmula del imperialismo yanqui, formidable como un cañón del 42, cargada hasta la boca: "América para los americanos". Yo lo creo. No es menester conquistarla con ejércitos ni acorazados. Le basta esa penetración económica, lenta, pero segura, a la que nada resiste. El tío Sam tiene por símbolo de su

imperio democrático sus pesas y medidas de comerciante; le pide inspiraciones al dios Mercurio. Y, como quién no quiere la cosa, se introduce e inmiscuye en los asuntos interiores de las republiquetas ibero-americanas. Aquí interviene la recaudación aduanera, allá concierta un tratado que le da pie para onerosos entremetimientos, más allá resérvase un derecho ilimitado de "control" internacional, en donde quiera descarga un sombrerazo. Sólo cuando se trata de comprometer su porvenir en una empresa dudosa, retrocede, como ha retrocedido ante Méjico, nación que, devorada por las furias de la anarquía, se ha trocado en un manicomio suelto, a las propias barbas del supradicho tío Samuel. Pero el dominio de los Estados Unidos en América pertenece al rango de los hechos que pudiéramos nominar fatalidades históricas. Los Estados Unidos ocupan el centro o la cabeza de un sistema solar político y ejercen una irresistible fuerza de atracción que determina una inevitable gravitación.

Esto lo sienten, lo saben y lo expresan en actos y palabras, aunque no se lo propongan, los hijos de la Unión, fuera del territorio yanqui principalmente. Su altanería es un instinto adquirido en la atmósfera de material grandeza y en la vida de enorme pujanza de que todos participan; en aquella *civilización de las magnitudes*. Hechos a calcular el tamaño, el volumen, las enormidades físicas, los edificios que rascan el cielo, (¡hórrido colmo de pensamiento y de frase!), los diarios que encierran la complicación infor-

mativa de un diccionario enciclopédico, las avenidas de leguas, las salas de kilómetros, las joyas de millones, los incendios neronianos, los festines sardanapalescos, los reclamos industriales y electorales monstruosos trasladan ese criterio cuantitativo a las cosas de otros países y, ¡claro!, las estiman pequeñas. Se les escapa la noción cualitativa. Pesan el arte, materializan lo artístico, y lo pagan con acumulaciones de dólares que suben como los rasca-cielos hasta las nubes. Para ellos un Velázquez o un Ticiano, verbigracia, es un valor mercantil fuera de toda cotización de mercado; en suma, una cantidad inaudita. En esa esfera idealista, también calculan; no hacen sino calcular. Obedecen la ley de su evolución apresurada, vertiginosa, irremediabilmente. Su ideología desarrollase en larga serie de ideas convergentes no diferenciadas; su ritmo mental oscila con la monotonía abrumadora de un péndulo entre los conceptos de nacionalismo y utilitarismo, los cuales se identifican en cada cerebro legítimamente yanqui. Pero de todo ello sacan los norteamericanos la percepción plena y la aseveración categórica de la potencia máxima de su raza triunfante. Cada uno muestra en su actitud aplomada y altiva, como un reflejo, la firmeza de la Gran República. Cada uno lleva las credenciales de una democracia que les funde en un bloque humano arrojado con supremo ímpetu conquistador e invasor contra el planeta. Un yanqui en marcha fuera de su país es una ambición y una soberbia que avanzan: la sober-

bia y la ambición de los Estados Unidos. Jamás la parte, ni en los momentos de olvido placentero en que el *yo* se liberta y plenifica, en que lo gentilicio se borra y lo individual se exalta, jamás se separará del todo. Los yanquis no se cansan de conjugar sus verbos, y los conjugan viviéndolos, aplicándolos; ni de declinar sus sustantivos, y los declinan adjetivándolos con arrolladora maestría.

Estos elementos integran el carácter de tranquila audacia y de impávido desdén que nos revelan los norteamericanos. *Nunca se ausentan de su patria*, aunque se alejen de ella. Pero acontece lo mismo con todos los pueblos fuertes y conscientes de que lo son (si les faltara esa consciencia no lo serían). Bajo otras formas y otras manifestaciones que en lo hondo coinciden con éstas, así se proclaman únicos los alemanes, los ingleses, los franceses. Tampoco ellos se ausentan de sus patrias respectivas, aunque las abandonen y se vayan lejos. ¡Desgraciados los pueblos pequeños, pobres, débiles que no acompañan a sus hijos viajeros o emigrantes, que han de quedarse en casa mientras los peregrinos sin ventura ni confortación patriótica apenas se atreven a declarar su estirpe y su procedencia porque, en lugar de valerles de escudo, les expone a burlas y golpes y ataques, porque les entorpece el tránsito y les aísla y les acorrala, en lugar de favorecerles y honrarles!

*

* *

El comedor del hotel Plaza ocupa el último

piso a todo lo largo del fróntis; sobre el testero que da a la calle hay en alto una serie de palquitos, cada uno con dos mesas. Desde allí, mientras como, veo por los ventanales el panorama de la ciudad: en primer término los árboles del Prado, el airoso edificio del Casino Español, el palacio del general Gómez, todo blanco con sus torrecillas encaperuzadas de verde; en último término, la faja turquí del Golfo sobre cuya bruñida superficie vuelan a cada instante los pailebots con las alas abiertas. Esta visión de los lindos barquichuelos que parecen perseguirse y jugar en las cerúleas lejanías, me renuevan el detalle más típico de la marina canaria. En una azotea próxima, diariamente, de doce a una, la hora en que almuerzo, se pasea un señor con traje tropical, camiseta rayada, al aire los brazos nervudos, resguardada la cabeza por un amplio jipi. El ritmo agitado de su paseo subraya mi lenta masticación.

Por las noches, durante la comida, hay música; música de negros. Estos negros norteamericanos meten mucho ruido golpeando desahoradamente un bombo cuyos redobles triunfan sobre los gemidos del violín y las dulces sonoridades del piano. Todo ello forma un conjunto que al principio me resultó diabólica algarabía, pero que luego, acostumbrado ya el oído, acabó por agradarme. La pequeña orquesta marca muy bien el compás de esos bailables modernísimos que tanto privan en los Estados Unidos y en Cuba. A veces se une un cantor al musical concierto y se eleva lángui-

da, monótona, una canción en inglés rematada entre aplausos entusiastas de los comensales. Terminado el servicio la danza empieza; ¡y con qué brío, con qué fuga! Vuelven a oírse aplausos, hurrahs y aclamaciones; se trenzan y pugnan las parejas en esos pasos y esos arabescos rítmicos que exigen tanta agilidad como gracia, tanta ligereza como elegancia de parte de los danzarines. Asistimos a una sesión de baile científico maravillosamente ordenado y estilizado; ya los pies no vuelven a estar ociosos hasta que suenan las doce, señal de retirada. La animación no decae un segundo; en la pista abierta a un lado del salón se desarrolla un verdadero poema pedestre, valga la antítesis fraseológica. Impera allí la musa del dulce meneo.

Pero desde antes, desde mucho antes, suele éste comenzar fogoso. De una de las mesas se levantan a lo mejor un caballero y una dama, generalmente entrados en años, muy gruesos o muy flacos, serios y recogidos cual si cumplieran un rito religioso; bailan sin interrumpir su gravedad, y tornan a sentarse para terminar la suspendida faena manducatoria. Ha sido un intermedio cómico-bailable; aplauden los demás, y todos, un momento distraídos, de nuevo se inclinan sobre las servilletas. También se celebran concursos danzantes en que un público numeroso agregado a la légión de los huéspedes aclama a los vencedores.

Yo, hombre casi sin piernas porque apenas me sirven para andar despacito, comento con Parodi los incidentes de la entretenida velada. Parodi es un chico gaditano, de la propia

Chiclana, que sirve mi mesa; decidor, simpático y bastante torero, por fuerza de la sangre. Aspira a instaurar en Cuba el arte de los toros que, según Frascuelo, vino del cielo. Ha escrito una especie de manifiesto *pro re taurina*—también tiene su centimito de literato, como buen español, sobre todo como buen andaluz—y ha recogido centenares de firmas para autorizarlo; de españoles, sobre todo de andaluces, naturalmente. Parodi, en materia coreográfica, opta por el toreo; cree que el toreo es un baile a la más alta escuela. Y le sorprende que haya quién dance así en un ruedo pequeño sin riesgo ninguno, sin tener a la vista un toro. Yo no entiendo de lances tauromáquicos ni terpsicorianos; voy a mi paso lento, pero envidio la gallardía de los bailarines. Y si permaneciera mucho tiempo en la Habana, aunque jamás bailé, para no hacer mala figura, tomaría un maestro de danza.

En Cuba, el calor no impide bailar con verdadero frenesí, y esa orquesta de negros yanquis que me ameniza la prima noche, goza en la Habana de especiales preferencias y solitudes. Van de sarao en sarao los músicos retintos a dispensar el don filarmónico de su repertorio alborozante; se les juzga insustituibles para el menester que desempeñan. Sus instrumentos dan la pauta de un movimiento acelerado, pero artístico, un modelo de marcha general que robustece los músculos y sacude las panas.

En el hotel Plaza realizó numerosas observaciones acerca de las cualidades sobresalientes de la raza anglo-americana, raza atlética.

PDF document, los autores. Digitalización realizada por UFR-CS- Biblioteca Universitaria, Zúñiga

Encuentro tipos de una energía física admirable, de un equilibrio y de un aplomo prodigiosos. Son los descendientes de aquellos *millionniers* que nos describiera Fenimore Cooper; ejemplares máximos de la potencia omnimoda, envolvente, que actúa en esta parte del mundo como primer elemento de la vida continental, como un abrazo que ahoga. Cada uno de estos hombres macizos, rotundos, plebéticos, la traslada consigo y la determina y proclama en el menor de sus actos, de sus gestos. Tienen el ensimismamiento, la orgullosa afirmación posesoria de los fuertes; donde ellos están, agrupados o aislados, se siente que está un pueblo archi-millonario, archi-poderoso. Cuando hablan en frases guturales y veloces, hablan imperativamente la grandeza y la riqueza de los Estados Unidos.

Así se explica la admiración de esos hombres vigorosos, voluntariosos, por la fuerza corporal. Computan en oro o en resistencia los valores individuales, y se inclinan ante los richachos y ante los héroes. El símbolo de todo su país es aquella estatua de la Libertad que domina la entrada del puerto de Nueva York, un faro gigantesco sobre una columna más gigantesca aún.

Y el culto de la energía forma entre los yanquis modelos de ciudadanos que entran en la vida como gladiadores y salen de ella como patriarcas sin perder en sus postrimerías la regocijada sencillez infantil; secreto de los que luchan plenamente en inmensos medios sociales protectores... Envejecen poco a poco, pero no se gastan. Y llegan a los umbrales de la

Muerte con una expresión de paz en el rostro que afirma serenamente la victoria de aquella energía disciplinada y severa.

Inmediata a la mesa que ocupó en el comedor hay otra donde comen dos viejecitos admirables y venerables. Es un matrimonio de ochentones: ella, augusta bajo la corona de sus albos cabellos, como una hada anciana; él, rozagante, sonrosado y jovial lleno de vivacidad, como un niño viejo que sólo mira al pasado y en el pasado nunca deja de ver las delicias de la infancia entre nubes plateadas como su cabelletera. Ambos infunden en quienes les examinan una sensación de placidez suprema, indefinible. Sus vidas colmadas, sus vidas eficaces, irradian extraordinario calor; el fuego persiste bajo las cenizas, el crepúsculo recuerda la aurora... Han envejecido magestuosamente, pero no están viejos. La maravilla de su eterna juventud nos invita a seguir la ruta que ellos siguieron, a luchar como ellos lucharon, a pensar como ellos pensaron, a sentir como ellos sintieron, y a morir como ellos morirán. Viejos todopoderosos que irán por su pie a la tumba entonando un canto de esperanza. En toda vejez, por lo común, se llora sobre un derrumbamiento, sobre una derrota, sobre una ruina; y ellos son vencedores. Ellos dicen con orgullo en que se escucha el eco del mismo vital de su raza: *hemos vivido*. Han vivido y nos enseñan como se vive.

PASEANDO, OBSERVANDO...

Las excursiones urbanas que emprendo, siempre acompañado de los buenos amigos a quienes debo eterna gratitud por sus agasajos y deferencias, confirman la gratísima impresión que recibí desde que llegué a la Habana.

La capital de Cuba es una ciudad hermosa, de aspecto muy moderno, extraordinariamente alegre y animada. En las calles céntricas el movimiento se concentra y precipita como una catarata; en algunas, la del Obispo, por ejemplo, toma caracteres especiales. Todas las grandes urbes tienen estas arterias donde el torrente circulatorio acelera su ritmo y se singulariza aquilatándose y abillantándose. El comercio exhibe los artículos más refinados y costosos; las tiendas de modas, los bazares, los restaurants, los cafés, presentan un sello característico de selección y elegancia. Se aspira un aire de mundanismo distinguido, quintaesenciado; las gentes marchan sin prisa, a un paso discreto, como si se movieran en un

salón. Léeseles en la cara el propósito de inspeccionar y ser inspeccionadas, la preocupación de no pasar inadvertidas. La riqueza y el boato reinan dictatorialmente; la miseria y el mal gusto desentonan. Y se habla del mismo modo que se camina: en tono bajo, con pausa y comedimiento. Nada de gritos destemplados ni de vociferaciones plebeyas; todos parecen ir a una brillante recepción. Este espectáculo del lujo victorioso barre los andrjos hacia otras vías menos favorecidas y privilegiadas. Los mendigos desalojan la sala. La faz trágica del hambre asoma a veces, pero con timidez, con estupor, diríase que con miedo. También suele encenderle la mirada el odio de todas maneras, la vemos allí, cuando surge, lívida, espectral, como una vencida que se avergüenza de su vencimiento. Resignada y rencorosa, muestra una actitud de fuga. La dicha de los ricos y la insolencia de los fuertes la anonadan.

Y en la Habana, donde se toma el pulso a la pujanza económica de un pueblo joven, opulento por los dones de la naturaleza, provisto de enormes reservas vitales, la miseria no ofrece ese aspecto de desesperación que nos muestra en las sociedades viejas y cansadas de vivir. La acompaña siempre la esperanza. Precisamente en estos países se remueve la sangre de la Europa caduca.

La calle del Obispo, notable por sus establecimientos comerciales y por el público que la transita, torneo de bellezas y elegancias, evoca a pesar de su angostura y su carencia de monumentos arquitectónicos, la visión de

los bulevares parisienses. Es mezquina en sí misma: sería vulgar, triste, si no estuviera en la Habana, y en el centro de la Habana; si no se hubiera convertido tradicionalmente en *rendez-vous* al aire libre del gran mundo habanero, que allí ciega con sus fulgores. En la atmósfera radiante, única, que en la Habana todo lo destaca y lo avalora, baño aureo, brillo maravilloso, los *valores humanos* se centuplican, las apariencias y exterioridades se ennoblecen. Una hermosa silueta femenina en la calle del Obispo se nos antoja doblemente bella bajo la magia de apoteosis que cae de lo alto, el excelso milagro luminoso...

Los mismos carruajes, los mismos automóviles, que son orgullo de la capital de Cuba por su número, por su "comfort", por su buen mantenimiento y su inmejorable servicio, resultan doblemente lujosos, doblemente confortables en la calle del Obispo. El medio acrecienta el valor de las cosas; aquella vía les da un sobre-precio. Cuando la recorremos en coche o en "auto", nuestra fantasía vuela libre con alas doradas y se pierde en los espacios de la quimera. *Románticos somos...* Hay un romanticismo que nace de la exaltación de los deseos y el refinamiento de los instintos; el romanticismo de la buena digestión.

Detenidos frente a los escaparates de los bazares y las joyerías, nunca faltan curiosos en éxtasis. Lo suntuario les atrae, el anhelo adquisitivo pone un fulgor febril en sus ojos fuertemente abiertos, pasmados, fijos; una expresión hipnótica... Les conozco bien; pertenecen a una variedad social que abunda en

todas las grandes ciudades. Hace muchos años en la calle Florida, de Buenos Aires, veía a sus congéneres en idéntica postura, con no menor tensión nerviosa, sugestionados por el prestigio de las cosas coruscantes. Entre ellos abundan los megalómanos y los cleotómanos, mariposas que se empeñan en quemarse las alas.

Pero lo que realza la calle del Obispo, a las últimas horas de la tarde sobre todo, es la gala indescriptible de la presencia de la mujer cubana. Su belleza esbelta, grácil, fina, va como en triunfo, ya lo he dicho. Algo que no se confunde, algo suyo exclusivamente y difícil de definir, porque viene de dentro afuera, porque se engendra en el espíritu e ilumina la hermosura física, señala el paso de las encantadoras. Cada una de ellas está pidiendo un poeta que cante sus gracias. No andan; se deslizan. No circulan; se dejan llevar como reinas, entre adoraciones. Diríase que se encaminan a un trono, seguidas de una corte deslumbrada. Tras sus huellas elévase un coro de alabanzas que afirma la eterna religión estética, religión de las multitudes, comunión de las almas. Esa deliciosa languidez de la cubana, esa armonía de formas, ese aire ingenuo, esos ojos deslumbradores en un rostro menudo, como de muñeca, esos pies brevísimos hechos para deslizarse sin apoyarse, todas esas partes y prendas que universalmente le han sido reconocidas, constituyen otros tantos títulos de absoluto imperio. Y todo eso es español, es andaluz, es herencia de nuestra raza enriquecida bajo los trópicos. Todo eso lo encontramos

en Sevilla, en Málaga, pero aquí nos parece más depurado, más exquisito. La cubana, andaluza de América, ha recibido de París el sortilegio que completa su fisonomía. Sabe vestirse y su feminidad seductora la circuye de un misterioso nimbo.

Prolongamos el paseo por la calle O'Reilly y, después de haber admirado los originales, admiro sus copias en el gabinete fotográfico de Otero. Vense allí retratos magníficos de muchas damas que poco antes nos habían cautivado en la calle Obispo con su real presencia (empleo el adjetivo en su doble acepción). Estos museos de los fotógrafos de moda nos introducen en un mundo escogido y elevado; nos presentan, en cada ciudad, a las personalidades de mayor relieve, las hermosuras famosas, los personajes endiosados por la fortuna o por el éxito, los artistas populares, los héroes de un día que lucen como fuegos fatuos... La galería Otero abre indefinidamente sobre las perspectivas del porvenir sus series de reproducciones fotográficas en que las imágenes dicen, por maestría interpretadora, su carácter, su idiosincracia, su giro espiritual, su manera de ser... En algunos casos el traslado mejora un poco la figura con retoques oportunos, pero en casi todos nada añade y nada tiene que añadir. Allí, con sólo mostrarse como es, conscientemente reproducida por el arte más servil y más exacto, triunfa la cubana. Está hablando—se dice al recordar los modelos,—y queda formulado el mejor elogio. Dan ganas de arrojarse como Fra Angélico ante su propia obra, ante sus vírgenes,—exclama mi amigo

Iglesias. No tanto,—le replico,—no debemos ser idolatras; pero inclinémonos. Las fotografías de próceres, altos industriales, ricos hacendados, políticos e intelectuales, se nos eclipsan casi por completo. Las vemos apenas, hechizados, Iglesias sobre todo, por las sonrisas y por las miradas que *nos echa* sin querer tanta linda damita desde los cuadros. *Románticos somos*, vuelvo a decirlo; hay un romanticismo de veinte años que, a cualquiera edad, se repite dada ciertas circunstancias cooperadoras... Y este romanticismo, *divino tesoro*, no es el romanticismo de la buena digestión desnaturalizado con sugerencias sensuales.

Recorro el Malecón, desde las cinco, y puedo decir que he empleado bien el día. La avenida está llena de ostentosos trenes: sería imposible encontrar en ninguna parte del globo un sitio más deleitable, más bello. A la puesta del sol, grandiosa, toda la ribera esplende y se van lentamente borrando sus líneas en el matiz opalino de la atmósfera que se torna obscura por grados, pero conserva una extraña fuerza de penetración lumínica. El efecto es teatral, fantástico. La celeste lumbre *se resiste* a morir; las sombras llegan claras, diáfanas como velos vaporosos a cuyo través nos sonrían las estrellas. Aquel atardecer lento y solemne, aquella agonía de una naturaleza henchida de vitalidad, ardiente y voluptuosa, nos infunde una emoción sagrada. El crepúsculo, *dulce como una buena muerte*, (1) se engalana aquí con magias nunca vistas en los

(1) Maeterlink.

climas de Europa. La naturaleza entra en el sueño como en una segunda vida reconcentrada, alucinante, profunda... En el espacio palpitan infinitos resplandores, hilos de la Virgen, coronas siderales, estelas de astros que centellean, joyas del cielo purísimo. Ate­nuado el ardor diurno que agobia con su ex­ceso, queda esta dulzura difusa, un gran suspiro de beatitud, un gran beso de paz... La noche se aproxima como una sirena; sale de las aguas y asciende por los aires, pausada, amorosa e irresistible. No mata: adormece y convida a soñar. Bajo su manto regio ornado de constelaciones, nos sentimos protegidos y amados, no sabemos por quién. Disípanse las brumas del pensamiento ante las lontananzas transparentes y *vivas*. La tibia penumbra se puebla de ensueños. Tenemos sed de Infinito.

Y, en medio de tan sublime escenografía, corre la vida humana, como si la atrajeran el prestigio y el misterio nocturnales... Se esparce a todos rumbos; se desbanda y huye hacia los santuarios domésticos para después refluir apaciguada y apianada, pero siempre vibrante y sonriente. Los automóviles cruzan sin tregua con su carga de mujeres bonitas, cestas de flores. Se encienden los focos eléctricos; refulgen los anuncios luminosos en el limpio ambiente azulado, apoteósico.

Y entonces hechamos de ver que allí, a pocos metros de distancia, el mar se ha dormido como un niño en la cuna. Habíamos pasado junto a él muchas veces sin advertir que vivía y que alentaba. Ni el más quedo rumor nos había avisado la proximidad del monstruo de los

monstruos. ¡Y este océano es esencialmente aquel océano que rompe en las peñas de nuestras islas, en los abruptos cantiles de nuestras costas! Allá, y donde quiera, el monstruo, aún aletargado, murmura y su murmullo nos amenaza con su rugido; jamás deja de conocerse en las bonanzas la índole fiera, el mal humor, la abatida y sofrenada furia que se insinúa pérfida en su resuello. Aquí, no; aquí el mar, en los días de calma, no se rebulle absolutamente. Duerme como un recién nacido en brazos de la inocencia. No hace ola al tocar la playa, no escupe espuma, no se queja. Y ahora está muerto en un sopor beatífico. El Golfo de Méjico, sólo sirve de fondo a esta decoración divina; recoge los destellos de los luminaires y ciñe con su faja cobalto, que ennegrece la Noche, a la ciudad encantada. Habíamos paseado toda la tarde por sus orillas sin oírlo respirar.

Esta avenida del Malecón se agrandará hasta el extremo de la gran curva que lo limita, hasta el Vedado. Hoy no tiene más que un defecto: su pequeñez. Realizada la obra de ensanche y embellecimiento, la Habana poseerá el más espléndido paseo marítimo del mundo, como me afirmaba el Dr. X..., mi amable cicerone de abordó del "Balmes", cuando entrábamos en la soberbia bahía de regreso del Mariel, y otra "feerie" semejante a ésta, nos arrancaba gritos de asombro. No cabe duda: el Malecón, inmensa terraza sobre el Golfo, es lo mejor de la Habana y, en los crepúsculos, cuando aquellos hechizamientos naturales sirven de marco a los refinamientos

sociales de la metrópoli, nada puede serle comparado.

Para rematar la jornada dignamente, un amigo me invita a comer en uno de los mejores restaurantes del centro de la capital. Comemos como unos príncipes: lista inacabable, platos selectos, vinos capitosos, perfecto servicio. Hay en la casa un derroche de iluminación eléctrica. El *gourmet* más descontentadizo hubiera quedado satisfecho; y estos detalles, en mayor o menor grado, según categoría, se observan en los demás establecimientos de igual clase. En la Habana se pagan caras las delectaciones del apetito y los caprichos de la gula; pero la medida se colma. Los sibaritas encuentran lo suyo; Brillat-Savarin y Vatel no tendrían reparos que poner a esos festines luculianos de cinco o seis pesos el cubierto. Otra forma parisién de la vida habanera, y esto yo lo sabía desde antiguo. Había conocido tragones y golosos que me habían asegurado: *En la Habana, de tanto ejercitarla, perdimos la dentadura.*

Atravesamos la famosa acera del Louvre, que es un salón alumbrado gloriosamente. En la calzada estacionan en extensas, múltiples hileras estrechísimas, los automóviles de alquiler, flamantes, lustrosos, mientras otros tantos circulan en confusión aturdidora por todos lados del Parque. La gente va a los teatros y cines; crece el tumulto de aquella ambulación congestiva, los cafés rebosan de parroquianos, vibra el clamor de los vendedores de periódicos que anuncian los que acaban de salir. La muchedumbre hormiguea a lo

largo del Paseo de Martí hasta el velvedere donde la banda de artillería, compuesta de verdaderos maestros y especialistas profesionales, desgrana las notas de un fragmento wagneriano. Entre muchas blancas guapísimas, discurren mulaticas tan jacarandosas y apetecibles que acaba uno por no distinguir de colores. Lo que dice Iglesias, que en materia femenil de colores no distingue:—*Me gustan todas, me gustan todas...*

Y desde lo alto de su pedestal el profeta, el apóstol, el héroe, el mártir, tiende la mano en un amplio gesto de bendición para la República que contribuyó a crear y que quiso que fuese *mater purísima, speculum justitia, stella matutina...*

*

* *

Llevaronme a ver el teatro criollo, que fué como llevarme a presenciar un crimen. No recuerdo bien el nombre del saloncillo: *Alhambra* o *Molino Rojo*, tanto monta. El local guarda relación armónica con la índole de las representaciones: angosto, ahogado, mal oliente. Asáltanos desde luego en aquel antro una sensación de angustia, como si amagara una catástrofe.

Y la catástrofe vino; la catástrofe había de ser la obreja ejecutada, una quisicosa inverosímil, un propósito improvisado con motivo de la guerra europea. Los actores no hacían más que entrar y salir dando zapatetas y notazos en el aire. Al fin de la batalla, en plena *débacle*, apareció—quizás la memoria me

engañe—una tropa de prisioneros que midieron la escena con paso marcial, y se ausentaron silenciosos, trágicos, terroríficos... No supe si eran franceses o alemanes; pero tuve por averiguado que les iban a fusilar inmediatamente... Desde el comienzo de la función, se incubaba el drama.

Le pregunto a un pardito que tengo a mi derecha:— Compadre, y esto que estamos soportando aquí como unos mártires, es el teatro cubano?

—Sí, señó...

—Dígole que ni cubano, ni teatro siquiera...

El *tolle tolle* finaliza con un danzón muy movido e interesante; pretexto a todo lo demás, que pudiera suprimirse. Si me dan sólo el danzón, y me lo agitan, exornan y subrayan a la manera castiza, salgo contentísimo, porque aquel baile con descoyuntamiento tiene mucho carácter. Es un rasgo indígena, originalísimo; sugestiona y turba, desconcierta y excita al espectador menos prevenido. Pero lo otro...; lo otro sobra.

Ya sé que el teatro nacional, todavía en mantillas, cuenta autores y obras de mérito. Lo que no comprendo es que, si se puede elegir, se elija lo más absurdo, chocarrero y malsano, por darle gusto a la plebe, también malsana, chocarrera y absurda.

Esta ha sido una de las pocas cosas que no me han agradado en Cuba la fascinadora. Prefiriera yo un baile de negros de los arrabales *en su propia salsa*, que será lindo festejo, y nadie me invitó. Prefiriera que me cantaran una de aquellas *habaneras* desmayadas y en-

soñadoras cuyos arrullos tortolinos mecieron mi niñez, y nadie me la cantó. Pero lo de la otra noche, ¡demonio...!

*

* *

Relato sin orden ni concierto, tales como se suceden, mis andanzas y mis impresiones. Voy a la ventura, de acá para allá, y miro, admiro, observo, juzgo, comparo; después, pluma en ristre, escribo y va haciéndose, *pianito*, este libro ameno. No he tomado apuntaciones ni consignado fechas; me entrego a la memoria, *esa buena señora*, como decía Carlyle del sentido común. Acaso esa excelente dama sea la única persona que en este mundillo pícaro me ha sido fiel. De grandes apuros me ha sacado. A ella, pues, me acojo y de ella no más me fío.

Una tarde, invitado por don Nicolás Rivero, el director insigne del "*Diario de la Mari-
na*", vamos los dos, y uno de sus simpáticos hijos, a la Loma del Mazo, donde el gran periodista y espejo de caballeros posee una preciosa quinta. El chalet, circuido de un pequeño jardín, se alza sobre una colina, entre árboles y entre flores; refugio paradisiaco en que el luchador se oculta durante breves temporadas y recibe en la noble, rugosa frente la caricia de las auras saturadas de aromas balsámicos...

Allí reposa, en la calma del campo, y recuerda y olvida: recuerda sus propias altas acciones, los timbres de su escudo de caballero, las empresas de su blasón, los títulos de su ejecutoria; olvida las asperezas del cami-

no, las ingratitudes, las traiciones, los desengaños, los dolores, toda la ruín cosecha, la cizaña entre las espigas de oro. Los verdaderos héroes son los que así saben recordar y olvidar; recordar el bien que hicieron y olvidar el mal que recibieron, aquél para estimularse a la prosecución de la buena obra, éste para perdonarlo desvaneciéndolo, puesto que el perdón se identifica con el olvido. Don Nicolás Rivero llena de tal modo en Cuba la escena pública, de tal modo ha contribuído a engrandecer la acción y la influencia españolas, que al nombrarle con respeto, como únicamente puede nombrársele, porque ni sus enemigos se lo niegan, aclamamos el nombre de España; y hoy su personalidad subyugadora simboliza el enlace ideal de las dos banderas, de las dos naciones, definitivamente reconciliadas.

No sería quién es el señor Rivero si no hubiera provocado en su contra cóleras y odios, borrascas de pasiones enfurecidas que llegaron a herirle, pero, en fin, se tendieron, serpientes domesticadas, a sus pies. Y todavía, como de la domesticación de las grandes fieras y los grandes réptiles nunca se está seguro, levantan la cabeza de cuando en cuando y tratan de moderle. Inútil empeño. Mil veces más fuerte que ellas en su encumbramiento merecido, el poderoso domador las obliga a anonadarse en el polvo. La huella de don Nicolás Rivero, un surco abierto hacia lo eterno de las idealidades redentoras, fulge como una Vía Láctea. No la alcanzan los menguados que soplan ansiosos de deshacerla y destruirla. Tendrían que subir mucho, y al su-

bir, purificarse; tendrían que ascender regenerados, y ellos bajan, bajan: aristas, pavesas. . .

Don Nicolás Rivero ha erigido ese Escorial de la prensa cubana, el "*Diario de la Marina*"; una publicación que refleja el carácter, la historia, el espíritu, las convicciones y las tendencias de su ilustre director. Señala el nivel más alto de la cultura intelectual en América; no tiene que envidiar nada a las formidables gacetas de los Estados Unidos y de la Argentina. Su confección esmerada, su personal de redactores y colaboradores, lo variado y valioso de sus secciones informativas, su crédito y su influjo en todas las zonas de la sociedad cubana, reflejados fuera de la Gran Antilla, en el extranjero, componen una fuerza cuyos efectos decisivos se hacen sentir benéficamente. Un periódico de esa hechura y altura es algo más que una serie de páginas impresas; es un instrumento de progreso omnilateral, un baluarte del pensamiento. Cabría compararlo a esas tremendas baterías de campaña que ahora emplean los ejércitos, con un alcance incalculable, indefinido, para lanzar ideas. Y en las tácticas y estrategias del periodismo contemporáneo hay que avanzar siempre, hay que poner la mirada cada vez más lejos. El complejo mecanismo y régimen disciplinario exigen una pericia directiva que sólo poseen hombres superiores, temperamentos excepcionales. Como don Nicolás, verdadero dictador de la letra de imprenta.

Pero temo que estos elogios tan justos trasciendan a lisonja en mis labios, porque soy de

la familia del "Diario de la Marina", aunque no figure ni merezca figurar entre los primeros, sino entre los últimos. El señor Rivero ha estado conmigo obsequioso y afable; tenía que estarlo, porque es la bondad y la amabilidad personificadas: hasta a los más humildes les dispensa una acogida cariñosa. A mí me ha abrumado con sus atenciones. ¿Se creerá que al tributarle justicia, le adulo? No me importa: aún hablaré del eximio periodista y de su obra, temas atrayentes y copiosos.

Volvamos a la Loma del Mazo para admirar el panorama que desde allí se descubre. Don Nicolás ha escogido bien el sitio de sus amenos ocios y plácidos vagares, harto escasos sin duda en la afanada existencia de un trabajador tan constante. Repose completo, no lo logra jamás. A su retiro le siguen y en su asueto le buscan cien solicitudes de otros tantos deberes y otras tantas urgencias que con su cargo se relacionan. Tiran de él desde las salas de redacción, desde los talleres tipográficos, desde las oficinas; zumban en sus oídos llamamientos anhelosos y campanillean necesidades perentorias. Le quitan de los brazos a sus nietecillos, que adora, y le empujan hacia *la máquina* para que en ella ponga su mano de diestro piloto. Y acude don Nicolás al reclamo insistente, y todo se coordina, encaja, desembaraza, y va como una seda. Nació periodista, pero con el don y el derecho de mandar, no de ser mandado. Está *en el puente*, asistido y obedecido por un grupo de oficiales expertos en quienes su voz hace brotar las ideas y ordena y disciplina las iniciativas particulares.

Tal, este hombre que resume en su labor vasta y profunda la actuación de muchos hombres. Cuando desea inhibirse, cuando necesita descansar, otean su rastro los discípulos, que no pueden prescindir de su ayuda ni de sus enseñanzas, porque don Nicolás es insustituible. Han de sentir su presente los que su ejemplo estimula y alecciona su consejo leal y justo.

Don Nicolás en esas escapadas, se recluye en su "villa" de la Loma del Mazo; pero no es aquéllo una torre de marfil ni un lugar de ostracismo. Familia, amistades y clientelas dan corte al caudillo fatigado; delante, próxima, con el azul marino por fondo, con su semicírculo de colinas tapizadas de verdor tropical, cubiertas de arboledas sombrosas, la Habana parece llamarle, requerirle. Y el señor Rivero tiene que interrumpir sus contemplaciones y sus vacaciones.

El Mazo se puebla, se transforma, se urbaniza con rapidez; encamínanse en esa dirección muchas actividades solicitadas por la belleza del paraje o por el señuelo del negocio. Lo es allí la edificación de palacetes para el veraneo y el sesteo de los ricos que compran o los alquilan a buenos precios. Se forman parques y alamedas; se trazan vías ascendentes por la montaña, y todo tiene no sé qué de aristocrático. Entre los barrios nuevos de la Habana, éste, que ahora surge lleno de atractivos es un edén. La Habana crece en todas direcciones sobre la gran llanura que la rodea; el campo se va haciendo ciudad y la ciudad corriéndose hacia el campo. Si se toma en cuenta el vigor expansivo que entraña la capi-

tal de la República, centro de las energías nacionales, que son infinitas, puede profetizarse la duplicación del caserío y del vecindario en pocos años más. La Habana ya debe tener unos cuatrocientos mil habitantes. ¡Cuán remoto el tiempo en que un grupo de casas coloniales, asomando entre palmeras, marcaban el comienzo de esta evolución hoy tan avanzada! La antigua urbe ha roto el ceñidor de sus viejas murallas y se ha estirado, y ha dejado muy atrás el puerto, el núcleo primitivo. Hoy los "repartos" de las afueras alejan cada día sus límites. Se desarrolla a saltos rápidos y briosos, sin encontrar obstáculo ninguno. Por el contrario, todo la empuja y precipita al porvenir: bulle en su seno un fragoroso hervor de sana juventud.

Para llegar a la Loma del Mazo hemos atravesado algunas de esas barriadas en crecimiento, y he admirado yo lo que mi ilustre acompañante, por conocerlo de sobra, mira, si no con indiferencia, con cierta frialdad contemplativa, producto de la costumbre. Yo no ceso de expresar mi sorpresa. Las calles que recorremos rectas, anchas, vistosas, flanqueadas de árboles, contrastan con las de la parte vieja de la ciudad, estrechas y mezquinas. No hay construcciones monumentales—ya he hecho notar que en la Habana faltan absolutamente,—pero abundan las casas sencillas y bonitas, los pequeños "chalets", cuyo valor, no obstante lo exíguo de sus dimensiones, es muy subido: viviendas confortables y risueñas en medio de parquécitos ingleses y campos de césped. Algunas tienen grandes puertas de

caoba artísticamente labradas, único detalle arquitectónico valioso. En los vestíbulos, hacen tertulia las familias y los visitantes se congregan al aire libre. Todo repite esa nota de sencillez cordialísima, esa impresión de contento de vivir, que aquí se advierte donde quiera. Lejos del tumulto del comercio que produce estruendoso oleaje en el corazón metropolitano, la existencia discurre plácida por los cauces de una paz íntima y sabrosa. Diríase que nadie tiene prisa, que la gente paladea la dulcedumbre de las horas que caen, y las oye caer sin estremecerse como nos estremecemos los viajeros apresurados, las ánimas en tortura...

*

* *

Después visitamos las obras hidráulicas de Vento, notables por su importancia técnica y por el volumen y las excelentes condiciones de las aguas que en aquel punto se toman al río Almendares para el abastecimiento de la Habana. Concibió este magno proyecto el general Alvear, cuya estatua, homenaje del vecindario, se yergue en una plaza pública.

Cuando llegamos a Vento, ya había anochecido. Yo quiero bajar a la galería subterránea y el joven señor Rivero me precede en la excursión temerosa. Don Nicolás, que había bajado varias veces, renuncia a repetir el descenso; sus años, sus achaques, se lo vedan. Nos guía un jovenzuelo con un farol; bajamos una escalera muy pina, y recorreremos pausadamente el tenebroso túnel. En las tinieblas com-

pactas que sólo rompe la lucecilla iluminando un radio muy pequeño a nuestro alrededor, dibujando un círculo rojizo, las aguas, sobre nuestras cabezas y a nuestros pies, hacen un monótono, un tétrico *glu glu...* Se oye un trueno apagado que no llega a estallar, como un eco de tormenta distante, el arrastre de la enorme masa líquida. Experimentátese una especie de horror sagrado en aquella caverna sonora, donde imperan las potencias neptunianas esclavizadas y sometidas al vasallaje de la ciencia. Creyérase aquello un vientre colosal en funciones, y la tubería conductora un desmesurado tubo digestivo. El agua, elemento primero que todo lo vivifica, fertiliza y transmuta, discurre con ronco zumbido bajo la superficie, para luego, libertada y bien regida sobre la tierra, acudir a los más diversos menesteres de la colmena social.

Cuando salimos de aquellas profundidades aterradoras, encontramos cerrado el portón de hierro junto al que nos espera don Nicolás en su automóvil. El pequeño guía olvidó la llave. Tenemos que saltar la verja con algún peligro de caernos; pero la altura por aquel lado es corta, y daríamos sobre tierra húmeda en lecho de hierbas. El chauffeur y el señor Rivero nos prestan ayuda; al fin nos vemos sobre la carretera, no sin sufrir algunos arañazos en las manos y desgarrones en la ropa.

¡Vento! Bajada a las catacumbas del agua, a los reinos de Neptuno.

*

* *

Juan S. Padilla, uno de los canarios más

cultos de Cuba, periodista versado en cuestiones económicas y sociológicas, combatiente infatigable en la vanguardia de nuestro Centro, antiguo director del diario "La Opinión", órgano del Dr. Zayas, vino una mañana a proponerme que visitáramos juntos la Casa de Maternidad y Beneficencia.

—Verá usted algo que le sorprenderá y le conmoverá, me dijo. Al frente del establecimiento está una mujer, que es una heroína, la madre Encarnación, y esa mujer, esa heroína, es paisana nuestra.

—Ni tanto se necesitaba para moverme a hacer la visita que usted me propone, le respondo. Vámonos allá en seguida.

Tomamos un coche y nos encaminamos a la Casa de Maternidad, situada frente al Parque de Maceo. Un caserón destartado, en el cual la inteligencia, la actividad apasionada, el celo caritativo de la insigne religiosa, han hecho verdaderos prodigios. Obra suya ha sido la transformación de los locales, que eran poco higiénicos e insuficientes, en salones, galerías y patios espaciosos, provistos de mueblaje y material adecuados, inundados de aire y luz. En todas partes patentízase una exquisita limpieza. Los dormitorios deslumbran con su blancura eucarística; en los refectorios notamos la misma pulcritud y un orden perfecto; pabellones recién construídos blanquean entre árboles.

Para lograr esto, la madre Encarnación, ha tenido que sostener una lucha heroica con toda clase de resistencias. Ha vencido. Ha arran-

cado a la tacañería administrativa y la torpeza burocrática concesión tras concesión para sus pobrecitos, como ella dice blandamente en lengua seráfica. Sus pobrecitos son los tiernos infantes acogidos en aquel asilo oficial, y ella, *mater admirabilis*, les ampara y les salva. Sus labios no se cansan de pronunciar las palabras de Jesús, dulces como la miel: *Sinite parvulos*... Los pequeñuelos la adoran.

No bien aparece en una de las salas, se produce, instantáneo, el silencio en las alborotadas y estrepitosas legiones infantiles. Los niños, ángeles caídos, querubines enfermos, se precipitan hacia la Madre. Le besan la mano, los hábitos, el crucifijo, la llaman: *madrecita*, la saludan con variados apelativos cariñosos. Una efusión de amor la escolta y la acompaña. Los pequeñines, balbucientes, le cantan una letanía en la celestial jerga de la infancia. Hasta los que están en brazos de sus nodrizas parecen querer escaparse, volar hacia su bienhechora; y los que jugaban, abandonan sus juguetes, se apean de sus caballitos de palo para rendirle el tributo amoroso más espontáneo y emocionante. Con la madre Encarnación, entra Jesucristo en aquellos antros de dolores y miserias transformados por el talismán de la caridad cristiana. Las infelices criaturas en quienes se acusan horribles estigmas degenerativos, lacras hereditarias, fatalidades fisiológicas; los hijos del mal, del vicio y del pecado, caquécicos, escrofulosos, pacientes de cien dolencias que les trasmitiera una paternidad culpable, aclaman inconscientemente la salud y el bien en la persona de su pro-

tectora. Quieren gritarle desde sus limbos; ¡Bendita seas! Sonrisas angélicas florecen en sus rostros marchitos, y en sus cabelleras se encienden aureolas. ¡Cuántas cabecitas adorables haciendo signos afirmativos, diciendo que Dios existe! ¡Cuántos serafines murillicos proclamando la santidad de una mujer y cuántas víctimas gritando con tartamudeos divinos, con melodiosos lloriqueos, su rescate!

Yo lloro también, de una emoción que me suaviza las entrañas y me inclina a hacerme soldado de Cristo en las beligerancias evangélicas. Y de orgullo, porque aquella mujer, aquella heroína, aquella santa, nos pertenece. En Las Palmas nació, y se llamó en el siglo simplemente Encarnación Navarro.

*

* *

He visitado las Cámaras cubanas. En la de Representantes el día que la visité no había sesión por no haber *quorum*, como aquí dicen, por no estar completo el número reglamentario de diputados. Recorrí las salas y pasillos, y me presentaron a algunas personalidades políticas. El edificio, si bien poco espacioso, reúne buenas condiciones para su actual destino, después de las ampliaciones y reformas que le han dado el aspecto que hoy tiene.

En el salón de conferencias, muchos diputados conversaban en grupos, discutían con calor. Me presentan a don Héctor de Saavedra, magistrado y literato cultísimo, cuyos notables trabajos de crítica literaria he leído muchas veces en el "Diario de la Marina".

Luego vamos al Senado, donde por un azar dichoso asisto a una sesión memorable, a un debate magno que figurará en la historia de Cuba. Tratábase del "caso" del general Asbert, cuya solución definitiva estaba pendiente en la Cámara Alta. El Jefe del Estado, ejerciendo un atributo soberano, había puesto el veto al acuerdo de la Cámara Baja por el cual se indultaba a Asbert. No se hablaba de indulto sino de amnistía con impropiedad notoria, y en el Senado se había de librar la última batalla. Si los senadores aprobaban el veto, Asbert seguiría en la cárcel, si lo rechazaban, Asbert quedaría libre. Lo primero implicaría el triunfo de una medida de gobierno, lo segundo, la imposición del poder parlamentario, y el presidente se apoyaba en la doctrina de la Constitución.

En cuanto al hecho concreto, al fondo del asunto, mis lectores lo conocen sin duda. Sobre el general Asbert pesaba la acusación de haber dado muerte al jefe de policía de la Habana, suceso comentadísimo en Cuba y fuera de Cuba. Prescindiré de detalles, porque lo que me interesa no es el delito, sino una de sus consecuencias que inesperadamente presencié.

La sesión del Senado adquirió la importancia de un acontecimiento histórico. La controversia tuvo una faz jurídica, otra faz política, otra faz social y patriótica; lo que se ventilaba era una cuestión compleja y espinosa con múltiples derivaciones. El Senado cubano, por lo singular de las circunstancias, aparecía constituido en sumo tribunal frente a la nación que esperaba su fallo.

Desde el principio comprendí que dominaba en la Asamblea un criterio favorable al acusado; en la barra apretujábase, anheloso, un público asbertista. El personaje, cuyo porvenir iba a decidirse en aquella hora, disfrutaba una popularidad extrema entre las clases populares y, más todavía, entre la raza de color. Se estaba formando una de esas tormentas pasionales que cuando estallan, todo lo arrollan. Olía a pólvora en el recinto.

Y en tal momento un hombre se levanta a hablar y desafía intrépido la borrasca. Llena la voz bien timbrada, expresivo y justo el ademán, segura y clara la dicción abundante en matices, avasallada y vencida la palabra que se ciñe sobria a todos los períodos del discurso, el orador apostrofa con vehemencia, expone los preceptos inapelables del derecho, invoca la ley, glorifica la idea de patria como una esperanza de salvación en un naufragio. Increpa al Senado cubano y le acusa de pretender ejercitar una tiranía con el sacrificio de todo eso en el altar de una idolatría individualista. Su frase acerada vuela a clavarse como un dardo en el pecho de los partidarios de Asbert. El tribuno se agiganta; su oración valiente cae desde una montaña y retumba como un olímpico *quos ego*. . . Acaba de escribir una página de civismo heroico. Se sienta, sin que un solo aplauso rompa el hostil silencio bajo el cual arde la pasión política.

¿Quién es?, pregunto. Es el doctor Ricardito Dolz, un parlamentario insigne, catedrático de la Universidad, una de las más elevadas

e innegables reputaciones de la República, me contestan. Retenga usted su nombre, porque no debe olvidarlo, ni podrá; mientras permanezca en Cuba, ha de oírle muchas veces. Si parte de él y mira hacia atrás, verá un reguero de luz; otro tanto si mira adelante. Hay grandes nombres que alumbran la ruta de los pueblos; soles sin ocaso. He ahí uno.

Los oradores que dieron la réplica al Sr. Dolz, aunque elocuentes e inspirados, no le alcanzan. Ellos sí fueron aplaudidos. Y al aprobarse el indulto de Asbert en una votación solemnísimamente que decidió el voto de la presidencia, explota en la Cámara el entusiasmo; la tensión angustiosa de los ánimos encuentra válvulas de escape y se descarga en vivas atronadores al indultado y a Cuba. El ímpetu del gentío que sale atropelladamente me alza en vilo y así bajo las escaleras y me veo en la calle.

Al otro día, el general Asbert deja la prisión y es llevado en triunfo a su domicilio, donde los brazos de su madre, temblorosa, enajenada, le esperan. Cae en ellos y en los de sus amigos.

Yo, extranjero, no juzgo: relato. Mi cometido no avanza más allá.

LOS JARDINES DE "LA TROPICAL"

Estos jardines portentosos son obra y son propiedad de la compañía cervecera que vende al año cincuenta millones de botellas, según nos dicen por todas partes en la Habana sus artísticos anuncios de objetos y letras iluminados. A mí no me consta; pero lo creo. Y si tuviera aficiones a la estadística, socorrido juego matemático, ahora mismo me pondría a averiguar el volumen líquido de semejante producción de cerveza. Demasiadas botellas, compadre. ¿No podría anegarse con su contenido el edénico vergel que la compañía ha consagrado al dios Gambrinus?

La cerveza es amarga como la vida: se me antoja que por eso su consumo se extiende al infinito y la bebemos todos, y aún la saboreamos. No sabemos porque nos gusta esa bebida ingrata; yo sospecho que no nos gusta y que, sin embargo, la ingerimos con semblante gozoso. Nos engañamos al beberla, como nos engañamos al vivir. Mezclamos a la amargura de la existencia el dulzor de nuestros ensueños

e ilusiones, y en nuestra imaginación sugestiva nada el acíbar se vuelve miel. Tragamos la cerveza, acerba pócima, producto cuasi farmacéutico, y afirmamos que nos sabe bien, por más que lo afirmemos haciendo una mueca que desmiente nuestras palabras. No hay nada de lo dicho: lo que hay es un nuevo convencionalismo, uno de tantos. Y así vamos viviendo y bebiendo cerveza.

En cerveza se bañan los pueblos modernos y aseguran que el horrendo brebaje les robustece y entona. Si no produce esos resultados, por lo menos ayuda a soñar, que no es poco. Provoca un sueño triste, pesado, acibarado de pensamientos oscuros; un entorpecimiento sombrío. No embriaga: adormita e inunda el cerebro de fantasmas pesadillescos. Pero, de cualquier suerte, nos aligera la carga. En su semi-beodez los bebedores de cerveza, que forman mucho más que legión, pues se cuentan por naciones y por ejércitos, entrevén las simas y los arcanos del aterrador Universo bajo una neblina amarillenta. La beben los filósofos y los obreros; licor de la democracia, tiende a nivelar las clases intelectuales con las clases proletarias, aproximadas por un vínculo común: la pobreza. Ha creado la igualdad frente al alcohol mínimo. El vino helénico, los néctares nominados champagne y rhin, se reservan para los ricos y los magnates. De alacurnia aristocrática, fabricados para *lo superfluo de la sed*, esquivan los labios plebeyos y las sedientas bocas que se estiran en busca de un excitante o un tósigo. Ellos burbujan en copas cristalinas, que recuerdan las ánforas

griegas, los cálices romanos. Se beben con una ligera inclinación hacia atrás, como si los cuerpos tendieran a derrumbarse sobre triclinios. La cerveza, no; la cerveza se bebe sin agitarla en cumplidos jarros sobre mesas de pintado pino, doblada la cabeza y entornados los ojos. Demanda imperiosamente el acompañamiento de la pipa que humea, cual en los viejos cuadros flamencos. La caracterización pictórica de los fieles de maese Gambrinus, nos la ha ofrecido, por ejemplo, Teniers.

Pero sea como fuere, la universalización de la cerveza se ha de estimar beneficiosa, morigeradora y sedativa. Los pobres diablos se calientan con ella la sangre moderadamente; tal vez se la enfrían, y baja el termómetro de las exaltaciones líricas y criminales que elevaban en términos alarmantes las libaciones francamente alcohólicas. Las costumbres se se dulcifican, los malos humores se aplacan, las furias anti-humanas se desarman y descongestionan en la torpeza y en la pesadez soníferas de una borrachera incipiente que no llega a *declararse*. Los vientres se inflan, pero los ánimos permanecen pacíficos en la brutal modorra. No será bueno beber cerveza con demasía; pero era peor beber éter, como Guy de Maupassant, hatchis como Baudelaire, y alcohol ratonero como Poe. Era peor comer opio y, después de comerlo, alabarlo en sendas parrafadas como Tomás de Quincey, que lo llamó *oh gentil, oh poderoso Opio!* Peores eran aquellas pítimas colosales de las fiestas dionisiacas, la embriaguez delirante y sangui-naria de Roma en decadencia. Se ha rebaja-

do lo cualitativo y se ha aumentado lo cuantitativo; pero el gran bebestible contemporáneo resulta hasta cierto punto inocuo. Los que lo consumen *no duermen la mona*, porque en la vaga linde que separa el sueño de la vigilia, cuando empiezan a encontrarse traspuestos, se despiertan.

La Tropical dirá, si esto lee, que le hago una *réclame* ingeniosa. Lo que he hecho ha sido una magistral entrada en materia. Voy a hablar de la fábrica, cuyos mecanismos y procedimientos he examinado curiosamente. No me ocuparé de la cebada ni del lúpulo, ni de ningún pormenor o manipulación industrial que se refiera a la manera como se obtiene el producto; me ocuparé del producto mismo. Y luego nos iremos al jardín.

Aquello es coser y cantar. Sin verlo no se concibe una tan extraordinaria simplificación del trabajo ni una tan sencilla y rápida mecanización de las labores sucesivas que en la fábrica se ejecutan, reducida al mínimo la obra manual. El operario sólo interviene para complementar lo que la máquina rinde hecho. Se la presta impulso, y después, en el último momento de las varias operaciones, más bien dicho, en el minuto exacto, cuando se requiere el humano esfuerzo complementario, allá acuden el personal y trabajan las manos. Me sería difícil describir por menudo la serie de órganos y aparatos que funcionan, la serie de automatismos que cooperan en aquella industria. Elaborado el líquido, la hiel que, según el gitano, debieron servirle a Cristo en el Gólgota, ahora bebida confortativa muy del gusto de

nuestros contemporáneos, la cerveza se embotella y se envasa en un periquete. Y en un triquitraque se ponen las etiquetas y los cierres de cristal, se agrupan los botellas y se las mete en barricas o cajas. Asombra ver como estas diferentes operaciones se efectúan; todas con una rapidez, con una precisión, con una exactitud inverosímiles. Los movimientos se cumplen *militarmente*; se creyera que en la fábrica, entre aquellos objetos inanimados, domina el régimen marcial mecanicista germánico, la más perfecta disciplina de las muchedumbres. Las botellas marchan en fila india, desaparecen en un punto y reaparecen por otro, como obedientes a órdenes de un alto mando; la marcha se torna carrera en el último período de las evoluciones complicadas que ejecuta aquel ejército de cosas inorgánicas como movidas de una desconcertante voluntad refleja. Corren al fin en abierta fuga hacia los inmensos recipientes; súmanse por regimientos, batallones y compañías; los operarios las apresan a manotadas vigorosas y las conducen a sus encierros, diríase cuarteles. Pero antes de terminar su viaje táctico o su cadena de maniobras evolutivas, han recorrido un extenso círculo y se han arrastrado sobre largas cuerdas de alambre. Nada más curioso. Casi se anula la unidad individual de labor fabril; el obrero no hace otra cosa sino desempeñar oficios de ayudante en campaña. Transmite órdenes, vela por que sean obedecidas.

No era lógico que saliéramos sin probar el líquido espumoso y rubio. Se nos convida a gustarlo y, sobriamente, porque el personal ad-

ministrativo opina que de lo bueno poco y de lo poco lo mejor, se nos sirve un vaso de exquisita cerveza por barba. Convenimos en la excelencia del producto; yo pienso en los cincuenta millones del consumo en la isla de Cuba. Como Cuba no tiene más que dos millones de habitantes, y como hay otra poderosa compañía cervecera que también cultiva sonoros reclamos, resulta que en la República antillana se bebe mucho *laguer*. Sin embargo, los efectos no se notan en ninguna parte; nótese, al revés una moderación y continencia plausibles. En las calles de la Habana no se encuentra un borracho, lo que demuestra que la cerveza Tropical y Polar es absolutamente inofensiva; quizás benéfica y tonificadora, según aseguran sus partidarios. Cuba la recibe del Trópico y del Polo, y no sabe cual vale más, si la de la primera procedencia o la de la segunda latitud imaginaria.

Estas industrias considerables se hallan en pleno florecimiento económico; las compañías distribuyen cuantiosos dividendos, han aumentado en gran medida sus capitales y se desenvuelven en una vasta esfera de negocio y trabajo que rinde ganancias y provechos a todo el país. Entrambas poseen preciosos jardines. En el de la Tropical, que es el que conozco, se celebran a menudo fiestas regionales, romerías, kermesses y banquetes, donde la cerveza se da gratis a los que la solicitan, para propagar la fama de sus virtudes. Todos los días, a toda hora, se encuentra gente en las preciosas alamedas y encantados bosquecillos de la Tropical.

Antes de internarnos en ellos, antes de perdernos en los dédalos umbrosos y floridos del Edén habanero, lugar de delicias, echamos una ojeada al paisaje. Es medio día. El sol cae a plomo sobre el campo y ni una nube empaña la transparencia divina del cielo; cerca se oye cuchichear al río Almendares, claro y limpio, que discurre entre guijas y se pierde a lo lejos entre boscajes de bambú. Vense próximas varias casas rústicas que nos hablan de una dicha recatada y escondida, albergues pacíficos, refugios para la calma doméstica y el ensueño bucólico a dos pasos del atronador tumulto ciudadano.

Don Antonio Suárez Franco un isleño laborioso, emprendedor, enérgico, hombre de iniciativas y de arrestos, socio de la empresa, ha sido el organizador de la gira. Le damos gracias por el buen rato que nos proporciona y él nos dice que en la Tropical, cuya prosperidad creciente constituye un éxito nunca visto en la República, está cifrado uno de los más fecundos elementos de progreso, una de las más firmes garantías del porvenir industrial de la República cubana. El poder productor de la gran fábrica complétase con su poder creador de riqueza; provoca y mantiene muchas actividades que le son tributarias, incuba y alimenta muchos gérmenes de industrialismo que mañana, en plazo no remoto, serán otros tantos centros de vida exuberante, a cuya sombra nacerán otros y se crearán industrias nuevas en progresión indefinida. Ya se ha inaugurado en la Habana, porque era menester, como complemento, una fábrica de bo-

tellería que funcionará en breve, no para soplar y hacer botellas, sino para producir una fabulosa cantidad diaria de recipientes de esa clase, cuya demanda es enorme.

*

* *

¡Los jardines de la Tropical! Vengan poetas y véanlos, y luego descríbanlos; porque necesita verlos así, con facultades lírico-descriptivas, con visión de poeta. El vulgo incapaz de emociones delicadas sólo sentirá al recorrerlos que le penetra la magia del sitio, la voluptuosidad profunda de la naturaleza en tales parajes dispuestos admirablemente para olvidar, para ensoñar, para perderse como en el seno de un paraíso tentador y embriagante. Se extraviará en los laberintos misteriosos; se sentará al amparo de los árboles centenarios y apurará la prosa de una merienda bien humedecida, bien regada por el áureo brebaje que se le brinda sin límites. La poesía geórgica que se desprende del escenario y el ambiente, le será extraña. No la sentirá: ni siquiera la comprenderá, aunque se la canten.

Se va a la Tropical a comer, a beber, a reír, a retozar sobre el suelo tapizado de verdura jugosa. Satisfechas estas necesidades, los excursionistas regresan a la Habana un poco más alegres que vinieron, pero sin renovaciones ideológicas o sentimentales. El río que pasa murmurando muy próximo a los asombrosos jardines no les ha dicho nada; nada les han dicho las umbrías susurrantes, nada las palpitaciones y los estremecimientos de las magni-

icas arboledas. Y todo aquello, sin embargo, tiene una voz que oyen los artistas, los iniciaos, y la traducen. Todo aquello habla, y eleva una canción.

La compañía se ha gastado muchos centenares de miles de pesos en transformar aquellos lugares. Ha introducido cierto orden en la braveza selvática y ha peinado, recortado y recicalado la primitiva vegetación desordenada, tumultuosa. El bosque se ha hecho vergel sin dejar de ser bosque por la exuberancia y el intrincamiento que conserva después de haber sido domado y sometido. Hay detalles exóticos ornamentales muy bellos: una pagoda, una especie de torreón feudal, miradores y glorietas alfombradas de hierba, enguinaldadas de florecillas. Desde ellos la vista recibe el halago de las frondas circundantes, de las aguas diáfanas y brilladoras que borbotan sobre las piedras del ancho cauce fluvial; el oído, la caricia de gratísimas sonoridades como concertadas en una alta y sugestiva armonía. Cuando el paseante se encuentra solitario y se recoge para percibir en su alma, sin compartirla con nadie, aquella música, le parece que le llega de los días genésicos, de la alborada de la Creación.

El jardín siempre está lleno de la gloria y la magestad de Natura; las multitudes en fiesta lo llenan de risas y canciones. Y, con uno u otro motivo, nunca falta en los senderos de la Tropical, en sus espesuras atrayentes como abismos, la alegría que pasa agitando sus cascabeles. Cada región española, cada grupo et-

nográfico, cada ciudad, cada villa, cada aldea de la madre patria, que en Cuba tiene dentro de la inmigración total numerosas representaciones particulares, manda a aquel paraíso un buen golpe de individuos en romería. Allí se celebran las fechas históricas de España, y las fiestas patronales, y las nupcias con sus cortejos alborozados. Se evoca la lejana *rruca* entre lágrimas consoladoras o entre brándis ingenuos; plañe la gaita gallega, se paladea la "fabada" asturiana, la paella levantina, el "sancocho" canario; se cantan jotas, malagueñas, zorzicos, seguidillas, folías; se bailan las danzas pintorescas de cada colectividad, y se afirma un regionalismo pictórico musical, indumentario, que se despliega como un abanico de mil colores. Cada región lleva su tributo de añoranza melancólica y de amor materializado en símbolos para fundirlos en la corriente central nacional, ofrenda de todos a España, la nación materna. Y todos, también, templan en esa corriente sagrada el acero de sus almas de luchadores. . .

Si, por acaso, con esas caravanas jubilosas penetran en los jardines un poeta, su fantasía toma vuelo aquilino y se remonta a las excelcitudes de la inspiración. Sobre las simplicidades y las ramplonerías encantadoras del gentío festero, destila quintaesenciadas sus emociones, vierte, olímpicamente desdeñoso, sus ideas próceres. Y las echa a volar en bandadas de versos; o se siente *touché*, poseído del furor pímpleo, harto diferente del dionisiaco y, cuando sale, relumbra en sus ojos la ilumi-

lación interior, la llama del númen. Traspor-
ta consigo la carga eléctrica de las gestaciones
artísticas, y no cabe duda que pronto se des-
cargará.

UN CIEGO “QUE VE”

He aquí que se ha hecho costumbre ir todas las tardes, de cuatro a seis, a cierto café de la calle Obispo, inmejorable observatorio para ver discurrir el oleaje humano. Son las horas en que la calle mercantil y aristocrática se ilumina espléndidamente, antes que luzcan los focos eléctricos y, bajo el reflejo poderoso de aquellas lunas artificiales, centellean las joyas en las vitrinas; son las horas de la pleamar social. Brillan los ojos de las cubanas, luceros rodeados de un breve círculo de sombra que aumenta su fulgor. Y la gentileza, la hermosura, la distinción y el boato femeninos, se derrochan. La calle, harto estrecha, *no puede con su carga*; todo dice en ella *selección*. Habría que aplicarle, pero invertidas, las frases de un gran escritor inglés a la calle Oxford de Londres. *Oxford Street* —exclama el poeta,—*la calle madre de vagabundos, con su corazón de piedra...*

Calle del Obispo.—diría yo,—la calle de los refinados y los opulentos, con su corazón sen-

sible. Porque, en efecto, la vía famosa de la Habana parece palpar y parece sentir, no obstante el desdén con que se pasean para ser admiradas en su recinto las grandezas y las prepotencias terrenales. Ese corazón enorme de la calle Obispo vibra como un arpa eólica, a los halagos del aire pasajero. Y serán amorosos y violentos su latidos, los producirá el mal o los producirá el bien; pero palpita, pero vibra.

Y su manifestación simbólica está en el café adonde yo voy todas las tardes acompañado de Eduardo Iglesias. Es un músico ciego, un ciego "que ve". Llega puntualmente a las cuatro; saca su violín de la caja, semejante a un féretro, lo coloca sobre una mesa próxima, con cariño, con cuidado, con una especie de desvelada solicitud paternal. Diríase que se dispone a velar un muerto o mecer un niño. Le da repetidos pases al arco, enciende un pitillo, mueve la cabeza insistentemente, se inclina, se sonríe. Su sonrisa es un pedazo de azul entre nubes. Tiene una inefable elocuencia que adquiere su máxima significación cuando el tocador se abraza a su instrumento y le arranca sonidos, sonidos, sonidos... Entonces se establece entre ambos un comercio misterioso; se comunican, se compenentran, se funden, se transmiten sus secretos respectivos. El violín gime y el ciego cae en arrobamiento, formando un singular contraste aquel abrazo armónico. Mientras el violín solloza el ciego se transfigura en un éxtasis estético. Pasa el resplandor de una llama por sus cuencas vacías. Creyérase que va a caer de hinojos. Sin ser exac-

tamente un rasca-tripas, deja mucho que desear como ejecutante; toca con sentimiento, pero de un modo mediocre. Cultiva, además, un repertorio adocenado: *la povera Lucia*, el miserere del *Trovador*, el cuarteto de *Rigoletto*, la *Sonámbula*, los lamentos de *Tosca*, el intermezzo de *Caballería Rusticana*... Música de organillo, que entusiasma a los burgueses adiposos. Lo extraordinario es el juego de la fisonomía del ciegucecito mientras urde su mosaico filarmónico. Sus gestos comentan la ejecución insulsa, incolora, y en los instantes más patéticos, en las culminaciones sonoras de las óperas, le tienta la risa. No sonríe ya; se ríe... con un reír sano y franco. ¿Por qué sonríe? ¿Por qué se ríe así traspuesto y lleno de gozo?

No lo sé; Iglesias tampoco lo sabe. Pero aquella escena mímica agregada al musiqueo machacón nos interesa profundamente. El pedigüño infeliz nos enseña una cara de Pascuas; no llega a la risa sino después de pasar por la sonrisa, una sonrisa de beatitud, una sonrisa de bienaventuranza, reflejo de místicas visiones. Primero el éxtasis; luego el mudo sarcasmo en que podría pensarse que el menesteroso se ríe de sí mismo y del mundo entero. Se declara la crisis hilarante en pos de un estado anímico que por las trazas participa de la unción religiosa. Estamos, sin duda, delante de un filósofo; aquel ciego "ve"; mira para adentro, y se ve su cielo interior, todo estrellado. Luego, por modo instintivo, percibe una infinidad de cosas pequeñas, ridículas, grotescas, en lo exterior, reflejadas en su conciencia; y entonces es cuando se ríe, cuando

inicia y corta sus homéricas carcajadas, que no podemos descifrar.

Acaso se ríe de la música italiana que interpreta, después de confortarla con su ideal artístico, mucho más alto. Acaso sea wagnerista el hombre, y cederá de mala gana al vulgo necio, porque paga el vulgo. . . De todas maneras, el pobre violinista, enfundado en su levitín mugriento, con su hongo abollado y sus zapatos rotos, *oficia* por el espacio de dos horas en aquel café. Las monedas caen en su platillo y según van cayendo, va aclarándosele y avivándosele el rostro. La colecta sube en proporción del regocijo que se pinta en la faz del ciego, notablemente expresiva. A veces gruñe enfurruñado contra la tacañería de su público, que le oye, y no le premia. Terminada una tocata, vivos aún los últimos ecos de un aria o una cavatina, el cieguecillo se apresura a recoger la pecunia; separa los cobres de las piezas de plata, cuenta la cantidad, guárdase las pesetas y deja las perras grandes y chicas, que se embolsa satisfecho cuando forman un mediano montón. Distingue al tacto unas de otras; si le cuelan alguna moneda falsa, también aprecia la mala ley, y abomina con recias voces del acto indigno.

Así es ese personaje un poco inquietante, ese ciego con doble vista, que ve su cielo interior todo estrellado y las bajezas, las ridiculeces y las miserias exteriores. Un místico con intermitencias de cinismo; un excéptico jocoso y burlón cuya placidez se interrumpe para maldecir a la ínfima ralea que le niega a

su arte la dádiva de unos céntimos y hasta suele hurtárselos.

Las bromas pesadas le sacan de quicios. Una tarde Iglesias le embromó con cierta pesadez, y el ciego hizo un mohín de desprecio tan soberano, que a mi amigo no le quedaron ganas de repetir la chunga. —Ya sé que estoy rodeado de enemigos—exclamó,—y por la voz bien se conoce que usted es una mala persona. A palabras tontas, oídos sordos.

Dióle, nervioso, un pase a su arco, agarró el violín como si fuera a hacerlo trizas, y la emprendió furiosamente con la *Traviata*. Yo intervine, apaciguador:

—No haga usted caso. Este individuo que me acompaña es un loco, escapado del manicomio. Estoy cansado de oírle despropósitos, y pediré que vuelvan a encerrarle. La buena música no se ha hecho para los orates; pero, según parece, yo no he perdido todavía la brújula ni el gusto, y asegúrole a usted que usted me encanta, me conmueve con sus ejecuciones verdaderamente capitales. Paganini no lo hubiera hecho mejor...

—Caballero,—replicó,—usted se burla, y no consiento que de mí se burle nadie. “Veo” mucho más de lo que usted se figura.

—Harto lo hemos comprendido.

El ciego vidente esboza otro gesto de supremo desdén, deposita su violín sobre el próximo velador, enciende un cigarrillo y comienza a fumar echándonos el humo intencionadamente. Se ha puesto “bravo”, como dicen en Cuba. Iglesias y yo renunciamos a seguir el “choteo”, que no acepta ni por las buenas.

Otra vez, llegó retrasado al café y encontró ocupada la mesita a que de ordinario se sienta, "la suya". No había derecho. Se incomodó de veras; empezó a lanzar pullas contra los intrusos y los obligó a cambiar de sitio. Todos se reían aquella tarde; todos, menos el ciego, que permaneció agresivo y cejijunto. Se las pagó la "povera Lucía". Y, al "ver" que la recaudación había menguado, sólo se componía de unas cuantas míseras perras, las tiró contra el mármol. Después anunció, solemne:

—Voy a tocar de balde.

Y tras la sonrisa seráfica, le desordenó el rostro la risa indescifrable que tanto nos alarmaba. Tocó lo mejor que pudo, sonriendo como un bendito; en seguida rompió a reír como un loco, encajonó el instrumento y fuése con pasos pausados pero seguros, serio, rígido, casi amenazador... Desde la puerta volvióse y nos disparó esta frase lapidaria:

—Hay gentes que saben oír; pero yo veo y oigo...

Efectivamente. Aquel ciego no tiene semejanza con la mayoría de los ciegos. Su figura moral ora se oscurece, ora se ilumina en las tinieblas de la ceguera. Un "ananké", un signo trágico, una predestinación materlinkiana, sella su frente cubierta de arrugas y de nubarrones; su sonrisa emociona, su risa espanta. En su máscara la tormenta sucede al mal tiempo, el "rictus" de Heráclito a la mueca de Demócrito. ¿Qué ángel y qué demonio lleva dentro en perpétua pugna?

Los músicos ciegos atraviesan la noche car-

ados con sus violines como sonámbulos car-
ados con sus ataúdes. El ciego del café de la
alle Obispo, mientras camina hacia la muer-
e, se mofa de los hombres... y de la ópera
aliana; conversa, filosofa consigo mismo,
profesa un ideal sublime, probablemente in-
eterminado, y para él son sus sonrisas extá-
icas, en tanto que sus risas desdeñosas son
para el mundo.

Y a mí me ha hecho pensar, mientras di-
vertía al vulgacho tonto; mientras los ociosos
detenidos a las puertas del café le lapidaban
con menuda calderilla; mientras pasaba el
mujerío deslumbrante...

EN MIRAMAR

Miramar es un pequeño jardín anexo a un suntuoso hotel que lleva el mismo nombre, y en ese parterre se reúne por las noches la sociedad más elegante de la Habana. La moda ha impuesto esa reunión brillantísima. Los domingos invade el local un público selecto de damas y caballeros "en grande tenue"; predominan aquéllas, y reinan en Miramar como en todas partes. Reinan,—habrá que repetirlo otra vez,—por su belleza, por su distinción, por su elegancia y por su ingenio. Reinan por un raro conjunto de cualidades peregrinas que, como ninguna otra, posee la mujer cubana.

Miramar es el hotel donde se alojan los millonarios yanquis, los príncipes y los diplomáticos, de paso en la capital de Cuba. Y todas las celebridades de la escena allí también se dejan admirar. Allí, en el tiempo de mi estancia, he admirado a la Pavlowa, la insuperable bailarina rusa: tan sutil, tan aérea, tan evaporada, que diríase va a diluirse en las

sombras; tan interesante como sus danzas, excelsos poemas coreográficos, cantos mímicos y líricos que guía una magistral orquesta; algo super-fino, casi super-terreno. Un arte de hondura psicológica y de sugestión, característicamente eslavo...

Allí mostrónos sus biceps formidables, su terso hercúleo, su cuello bovino, su estatura gigantesca, los cables de sus músculos, las marcas de sus manos, el tremendo Willard, campeón blanco de boxeo que venció al negro Johnson en lidia sin igual. Allí se exhiben cuantos fenómenos y especialidades del circo o del teatro visitan la Habana. El jardín aristocrático se convierte, cuando esto ocurre, en pista funambulesca, y la distinguida reunión bate palmas en honor de los héroes de una actualidad fugacísima. Pero lo que prepondera y persiste es la nota del buen tono más aquilatado.

A ambos lados del jardín se extiende una doble fila de palcos en las galerías marmóreas sobre las cuales derraman torrentes de claridad argenteada los arcos voltáicos. Ocupan las localidades las familias del gran mundo habanero; en cada palco florece y destella la hermosura femenina, ramilletes de arrebatadoras flores del Trópico, y una serie de siluetas ideales resaltan en primera línea, orla fantástica, iris divino, coro de beldades en que el fulgor de las pupilas compite con el centelleo de las joyas. La concurrencia cena en los palcos. Una pareja de danzarines ameniza las veladas con los airosos giros de esos bailarines americanos tan en boga; un sexto desgra-

na melodías, un cinematógrafo, espectáculo pomposo o perverso según la tendencia de las películas, presenta patéticos episodios e incidentes cómicos a la consideración del concurso; páginas instantáneas de novelas cursis, narraciones fulminantes en el quita y pon de las proyecciones sobre el sufrido lienzo. Pero no se atiende a esas pequeñeces ridículas; se come despacio, se charla, se ríe, se flirtea. Las damas elevan sus abanicos a la altura de sus pomposos sombreros parisienses y convierten en quedo con sus acompañantes embelesados. Los gayos colores de los magníficos trajes destacan y detonan sobre el fondo negro de los fracs, tristeza uniforme de la gala masculina. Hay en el concurso demasiada cultura, demasiada severidad estética para que pueda interesarle la escenografía cinematográfica ni las romanzas, ni los artísticos trenzados de pies. Aquellas señoras y aquellos caballeros han ido a Miramar a contemplarse a sí mismos; el resto no les importa. Y es natural que así sea: se da en Miramar una fiesta esplendorosa cuyos elementos los proporciona exclusivamente la sociedad habanera. Los hombres toman actitudes de rendidos vasallos y las damas hacen efectiva su soberanía con sólo mirar, con sólo reír...

Se encuentra a mi lado Enrique Fontanills, el maestro de la crónica en Cuba, el cronista de todas aquellas brillanteces, delicadezas y suntuosidades; el que relata diariamente en el "Diario de la Marina", por mañana y tarde, el intenso movimiento mundano de la Habana. Se ha especializado en su misión di-

fácil hasta el extremo de que nadie le supera ni aún le iguala, en el recuento y glosa de los sucesos sociales. Adjetiva excelentemente; borda floreos y fiorituras con el estilo delicado de los antiguos maestros del género, que no es desdeñable como algunos creen, si no muy apreciable y, además, necesario porque lo frívolo también ha menester historia y a la historia se incorpora. Esas néveas espumas de las rompientes del gran vivir, de lo superior y lo selectivo, eso que se llama *lo más granado* y *lo más cogullado*, no podemos olvidar lo ni despreciarlo. Exige un culto sin reservas; por lo que, cada crónica que se le consagra, equivale a una reverencia y una exaltación del mundanismo, la alta escuela de los modales y las posturas; las *bienseances*, como dicen en Francia.

Pues Fontanills desempeña su papel a las mil maravillas; su papel de introductor de elegancias en la prensa cubana. Ha formado discípulos, tiene imitadores y no cabe negar su pontificado, sus oficios y sus aciertos de *arbiter*. Define y dictamina en sus ámbitos; falla desde su tribunal y escribe en sus revistas palabras concluyentes que forman jurisprudencia. Disfruta como escritor de una parroquia inequívoca que los abogados le envidian. Sus crónicas se leen en los hogares con avidez y sus bien colocados adjetivos dan un instante de ventura a las nobles matronas y a las damitas hechiceras. Conviene meditar sobre lo que esto, en apariencia baladí, implica. Con unos cuantos rasgos de pluma, el señor Fontanills otorga la dicha a muchos cora-

zones que la aprisionan al paso, aspiran su perfume levísimo, disipado en seguida, y continúan su camino. El Sr. Fontanills, como sus colegas de Europa, experimentará la satisfacción de haber dispensado a tan poco precio una merced tan grande. Y sus lectoras se lo agradecerán. No conviene desestimar estas cosas que dulcifican la existencia de las clases ricas y privilegiadas; no conviene, porque, si se prescindiera de ellas, se suprimiría el elemento del *savoir vivre*, el plano supremo, la cumbre coronada de esplendorosas refulgencias. Ningún maestro de la literatura, ningún novelista, ha podido prescindir en absoluto de las perspectivas del *boudoir* y el salón. Barbey D'Aurevilly consagró un libro al dandysmo. El cogollo social ha sido acariciado amorosamente por Paúl Adam, por Gómez Carrillo y por el conde Robert de Montesquieu, entre otros. Balzac, en cambio, no supo vestir a sus mujeres ni lisonjearlas, y este defecto afea sus obras.

Fontanills es un hombre dotado de una insólita retentiva. Concorre a un sarao, pasea una mirada por la asamblea femenil sin ofuscarse con las fulguraciones de los ojos y de los brillantes en competencia, dirige mil cumplimientos y hace mil cortesías, halaga a cada una con la frase adecuada o con el elogio justo, como un rey en medio de su corte, y luego, en pocos minutos, redacta una crónica para el "Diario de la Marina", una crónica en la que no falta el más pequeño detalle de lo que vió y oyó: los nombres, los vestidos, los tocados, los diálogos, los compromisos de matrimonio,

los amores que se inician. Todas le conocen y él conoce a todas. Ningún pormenor se le esca. No toma apuntes, ni lo necesita. Bás-tante, como digo, abarcar rápidamente el con-junto. La memoria, en la labor festinada de la Redacción, frescas y vivas las impresio-nes, todo se lo da hecho, de una sola vez.

Fontanills cultiva su huerto y recoge su fruto en forma de las simpatías y las congratulaciones más halagadoras que le prodiga su bella clientela. Es un "enfant-gaté" en la so-ciedad encopetada. Y le tengo por hombre feliz: nada le falta para serlo. Una compa-ñera hermosa y virtuosa le limpiaría de abro-jos la senda de la vida, si acaso los hubiere...

* *

* *

Comemos juntos en Miramar Fontanills, su encantadora esposa, Rafael M^e Angulo, tri-buno fogoso y elocuente, mantenedor por Cuba en los Juegos Florales hispano-cubanos en que yo fuí mantenedor por España, y esta hu-milde persona.

El jardín, contemplado desde mi sitio, es un deslumbramiento. Lo más escogido y lo más brillante del gran mundo metropolitano se ha dado cita en los palcos y en el parterre. No hay una silla desocupada. En el lienzo del cine se proyectan las escenas sucesivas de una banal historieta en que figura como protago-nista el travieso Cupido, y la orquesta pre-ludia un vals voluptuoso.

Fontanills me presenta a algunos caballe-ros y me dice los nombres de algunas señori-

tas elegantísimas que han llamado poderosamente mi atención. Desde lejos las saluda y le saludan, inclinando la cabeza.

—En la Habana,—le digo,—todo me resulta agradable, pero sobre todo me encanta y sorprende esta cordialidad del trato, esta sencillez de las relaciones sociales unida a una corrección tan intachable y un tan perfecto sentido de las buenas formas. Me parece haber vivido siempre aquí, ser *uno de la casa*. País que nunca olvidaré. País que conquista al extranjero por su espíritu noblemente hospitalario, por su don de simpatía. En usted, señora—agrego dirigiéndome a la esposa del cronista ilustre,—rindo mi homenaje a Cuba, que usted representa y honra con títulos especiales.

Fontanills entabla conversación con una joven muy agraciada, que ocupa una mesa próxima, en compañía de otras señoritas.

—Buenas noches, Fabiola.

Este nombre romántico, armonioso, un poco enfático, tiene para mí en aquellas circunstancias una fuerza de evocación. Me obliga a retroceder veinte años, a la época en que leía con deleite la novela del cardenal Wisemann. Auras de una espiritual primavera, luces de una alborada literaria, recuerdos de los primeros pasos en la agria ruta donde deshojé mis ilusiones juveniles y me punzaron las primeras espinas... *¿Por qué volvéis a la memoria mía?*

Pero no tarda en desvanecerse el sabor amargo de esta impresión, no tarda en borrar-se la distancia en el tiempo. El pasado se es-

fuma con su cortejo de desengaños y penas, y el presente me posee en plenitud de encanto y de olvido. Se puebla mi crepúsculo de aves cantoras que parecen anunciarme la mañana cuando yo creía que nunca más volvería a amanecer...

La pareja de danzadores baila un *two step*; sube el abejoneo de las conversaciones apagadas, discretas, sin acentuarse demasiado; cesan las trémulas apariciones cinematográficas, y tornan a encenderse los focos eléctricos que llenan de una pálida claridad lunar el ambiente embalsamado con el aroma de las rosas, saturado con los efluvios de la flor-mujer... Afuera, se oye el rodar incesante de los autos cuyas bocinas clamorean y el rumor de la muchedumbre que circula Prado arriba, Prado abajo... La soberbia banda de artillería, desde el cercano kiosko, lanza a los aires las notas magestuosas de la marcha de *Aida*. *¡Dedente, minuto! ¡Eres tan hermoso!* (1)

¡Oh, noches tropicales, noches de la Habana, llenas de dulzura en el invierno, que entibiáis a la naturaleza sin enfriarla, que ponéis un beso adormecedor en todas las frentes y deslizáis en todos los oídos un ofrecimiento de bienandanza y un hálito de paz! ¡Oh, noches en que yo también me envolví en velos de ilusión para bailar de cara al porvenir, mi danza sagrada! ¡Oh noches, en que hasta la Muerte, vestida de oropeles, sin tragedia y sin guadaña, me sonrió!

(1) Goethe.

MATANZAS

Un automóvil "Ford", de esos que tanto abundan en la Habana, ligero, elegante y rápido, me conduce a Matanzas por una carretera bordeada de árboles gigantescos. Me acompañan en esta excursión el insustituible Eduardo Iglesias, José María Jiménez y don Juan López Domínguez, dos canarios y un cubano que nos *pertenece* por su procedencia y por su simpatía y adhesión a nuestra causa; todos elementos considerables de nuestro centro regional.

La mañana clara y apacible, llena de fragancias y reverberaciones, nos convida a gozar de las bellezas del campo de Cuba. Experimentamos una doble fascinación: los esplendores matinales combinados con las magnificencias campesinas, nos infunden un bienestar profundo. Una vez más siento yo la elocuencia arrebatadora del medio físico, la onda ígnea de beatitud terrena, de reposo estimulante que penetra y entona mi organismo. Los ternos palmares agitan sus copas lanceola-

das, mecidas por una brisa edénica, brisa que apenas roza nuestros rostros con la blandura de un tímido beso. El océano de la vegetación tendida regiamente hasta los últimos confines, brillantada por el sol que nace, humedecida por el rocío nocturno, ondula, palpita y se despereza en un lento despertar. Las cosas salen del sueño como si renacieran, como si recobraran no sé qué expresión ingenua y candorosa de infancia feliz. La mañana las despierta vitalizándolas bajo la caricia de sus dedos de rosa, y la luz, esta divina luz que también a mí me rejuvenece, canta para todo, para todos, un himno de inmortalidad.

Los árboles seculares de la carretera, se yerguen como gigantes propicios. Son enormes, pero tienen un aspecto bondadoso de patriarcas; se les conoce que *han vivido mucho* no sólo en sus rudezas corticales, en sus rugosidades profundas, en sus cicatrices, vestigios de sus luchas con las tormentas, sino en la actitud de vencidos resignados que nos inspiran compasión y respeto. Firmes sobre sus raíces centenarias, aseméjase a grandes capitanes, a invencibles *hombres de batalla* que después de enfurecerse en la guerra, han doblegado al fin la vida, pero sin quebrantarles la fibra heroica. Los hay, también, lúgubres espectrales, fantásticos, con sus armaduras óseas, medio desnudos entre las gasas de la niebla matutina; evocan el pasado e invocan el porvenir, dan una sensación total de fortaleza y de esperanza que abarca la infinitud del tiempo proyectada en la apariencia infinita del espacio. Inmóviles a ambos lados del ca-

mino, meditan, recuerdan, lloran, sueñan...
Hablan. Su aire de fatiga y desencanto nos conmueve; pero su longevidad decorosa nos invita a perseverar y a luchar. Nunca los olvidaré; no podré olvidarlos, porque me dicen desde lejos con el rumor grave de sus hojas: *momento, homo...* Los árboles ancianos se nos imponen con la acentuación trágica de frailes cartujos. Niegan lo transitorio para afirmar lo imperecedero.

El panorama que admiramos, mientras nuestro automóvil devora la distancia, nos mantiene mudos y absortos. Todo suntuosamente verde en derredor; de trecho en trecho la caperuzada parda de un bohío, campesinos a caballo, carretas que arrastran perezosos bueyes y que transportan caña a los ingenios, verdura sobre la verdura; verdura sin término... Estamos en el *reino del verde*, que dijo Amiel. La vista querría reposarse en la contemplación de otro color imperioso, y se eleva hacia el azul cerúleo, bañado del quimérico oro solar... De cuando en cuando la asalta y la hierre la nota agresiva del rojo sangriento con que los geráneos manchan la monotonía oceánica de la campiña. El lujo orgiástico de estos capitales colores fuertes, nos ofuscan. Cerramos los ojos y continuamos viendo verde, azul y rojo en una sinfonía cromática interna. Nuestras personalidades, nuestras corporidades, se deslían en el paisaje antillano, distintas manifestaciones del mismo fuego abrasador. Somos ascuas de un incendio cósmico.

Como si el vehículo que nos conduce sintie-

ra nuestra propia excitación y nuestras propias ansias de llegar sin saber adonde ni para qué, ya no corre, vuela... Según nos aproximamos a Matanzas, el paisaje campestre va cobrando mayor hermosura. Estas tierras planas, vestidas de un verdor esmeraldino, sin accidentes ni contrastes, retienen la mirada y como que la esclavizan. Son lo opuesto de aquel paisaje canario en que a cada instante surge un monte abrupto, un hondo valle, un desgarramiento geológico, una petrificación de las primitivas conmociones telúricas, un reguero de enfriadas escorias, un rastro de vulcanismo... Aquí todo el terreno, liso y uniforme, sonrío; allá, toda la faz terrenal y crispada, convulsionada, dislocada, hace muecas terribles; la piedra inerte, la roca dura, el negro basalto, guardan el sello de una génesis pavorosa. Las características naturales del Archipiélago son la aridez, la tristeza y la sequedad de un páramo, interrumpidas por uno que otro oasis. Los trozos cultivados entre montañas cortan de trecho en trecho la angustia de la perspectiva trágicamente monótona. Cuando se llega a uno de esos vergeles que ocultan las montañas, y se divisa una alfombra de vegetación, un tapiz de helechos arborescentes, un caserío en una cima, un predio en el fondo de una *caldera*; cuando en el silencio aterrador y la quietud soñolienta de los ámbitos, se oye el tintineo de las esquilas pastorales, el gemido de los arroyos, el canto de los pájaros, cuando el desierto se vitaliza, se puebla y se embellece, el alma, tocada también del dramático horror que se absorbe en las

xtensiones desoladas, muertas, no menos se embellece, puebla y vitaliza. Es como el tránsito de la sombra a la luz que desconcierta al principio y luego acrece el poder de visión y destaca y acusa con relieve vigoroso los objetos circundantes. En el claro-oscuro del agro canario los observadores muy sensibles agotan las emociones contrapuestas de lo tétrico y lo bucólico. La decoración cambia a cada avance en las sendas serpentinadas; la escena se muda y se transforma a cada paso, ya se exhibe estéril, devastada y siniestra con aire de inmenso cementerio, donde efectivamente, las osamentas de los guanches, nuestros predecesores, suelen blanquear en lo recóndito de las espeluncas abiertas en los bosques basálticos, ya se aclara, se hermosea y se adorna con los grupos arbóreos, la gracia de las flores y las fecundidades de la labor agrícola. Una serie de sorpresas y alternativas bizarras solicitan sin cesar nuestra atención, rinden nuestro espíritu al vaivén de tan varios y antitéticos espectáculos. Cuando el agua, cuya ausencia nos entristece, muéstrase bulliciosa, traviesa y cantarina, la saludamos como a una divinidad, como a una musa. Faltábanos su melodía y su amor; ahora, visible, adorable, es la señal de que el cuadro se animará, de que a nuestras espaldas se quedan los campos yerrosos y a nuestro frente fructificarán y florecerán los campos fértiles y pródigos, enriquecidos por ella. La bendecimos; querriamos bañar en sus linfas nuestras cabezas o nuestros pies para que nos alcanzara el beneficio de su

frescura creadora, que en un momento, ha resucitado la campiña yerta.

En cambio, aquí el agua abunda; estos ríos cubanos, claros y tranquilos, van hacia la mar sin prisa avivando los gérmenes de la producción y la fortuna nacionales. Están en armonía perfecta con el carácter de la naturaleza, en la parte de la isla que he recorrido: se arrastran mansos en medio de la calma reconcentrada, ardiente, del paisaje. A veces, se esconden bajo bosquecillos de bambús o discurren entre las columnatas de los palmerales magestuosos; en sus corrientes cristalinas, salpicadas de pedrería deslumbradora, se miran las ciudades y encuentran que son bellas. Casi todos llevan nombres poéticos y han inspirado endechas líricas a los bardos que recorrieron sus márgenes con el pensamiento en la patria y en la libertad. Han respondido al culto de los vates patrióticos refresecándoles la sangre caldeada y encendiéndoles en el cerebro la chispa divina.

Todas estas manifestaciones de la *re rústica* en la cubana tierra, ¡cuán distintas de las que nos ofrece en nuestro país! Y, sin embargo, hay algo íntimo en uno y otro, algo escondido y perenne que los aproxima; un orden de simpatías y afinidades ocultas, una atracción cordial *bajo la costra*, como la que existe parentísima entre cubanos y canarios. De pronto, un detalle cualquiera, al parecer pequeño, la estructura de una colina, *la expresión* de un caserío, el nombre de un apeadero que me suena a cosa familiar, olvidada y súbitamente recordada, me hacen presente lo que dejé

detrás, allá lejos, y se me imagina que no he salido de Gran Canaria. Estos engaños del corazón y de la memoria, alucinaciones geográficas, vueltas al pasado desde el presente por un enlace de recuerdos que se intensifican en presencia de pasmosas similitudes, repítense durante mi estancia en Cuba. Por más que las realidades materiales difieran mucho, existe una comunicación interior entre las Islas Afortunadas y la más grande y rica de las Antillas, el último territorio americano donde cayó nuestra bandera como un águila, después de haber escalado las más altas cumbres y haber retenido entre sus garras las presas más preciosas... Es que nuestro Archipiélago y Cuba, aunque apartados largamente en el espacio, vivieron unidos por vínculos de afecto y compenetración espiritual; se hicieron siempre cambios y préstamos, se comprendieron y se amaron. Más de cien mil isleños de Canarias viven y laboran aquí; aquí establecieron su hogar definitivo, se hicieron hombres, se emanciparon, y hoy le dan a la República, como antes le dieron a la Colonia, el tributo de su inteligencia y el esfuerzo de sus brazos. En premio ella les da, si no la riqueza, la *aurea mediocritas*, y sólo les pide que le sean adictos y fieles. Nuestros paisanos se cubanizan pronto; se confunden con los nativos en empeños comunes de ciudadanía, y su huella, *nuestra huella*, en todas partes se delata y se dilata. Eso crea espejismos morales que renuevan en esta tierra, tan querida de nuestra gente, las impresiones de la tierra natal. Se nos figura que miramos el mismo cuadro con las

tintas más pronunciadas, con los términos más amplios, con las formas más nítidas y netas. El error afectivo se traslada a la física y la topografía, y seguimos engañándonos respecto de las cosas tangibles. Pero no pocas veces las analogías se determinan de una manera enérgica; vemos bien, no erramos ni falseamos; tales contornos o tales relieves del suelo copian relieves y contornos de la estructura de nuestras islas. Entonces se nos escapa un grito de triunfo, porque al sentirnos contenidos en Cuba nos sentimos trasplantados con tierra y raíces bajo un clima más cálido y bajo un cielo más azul; aumento de bienes...

Los alrededores de Matanzas, la ciudad misma, y, sobre todo su bellissimo puerto, me recuerdan diversos parajes de la región canariense. No sabría explicar en qué consiste este parecido; lo que sé es que no se trata de una aproximación arbitraria en mi mente, ni de un espejismo moral en este caso. El valle de la Orotava es el valle del Yumurí, pero mucho más extenso y mucho más triste. Otros valles hay en la isla de la Palma que aún más se le asemejan, porque tienen la propia suavidad geórgica, el propio encanto idílico y luminoso. Les falta, sin embargo, la nota de la alegría eterna que en Cuba se advierte en todas partes; alegría que, como he dicho, baja de los cielos con el sol de los trópicos.

Y en la campiña matancera encontramos también semejanzas con los panoramas campesinos de nuestro archipiélago. Hay pequeñas elevaciones, montículos vestidos de follajes y de hierbas, una vegetación *discreta*, sin

derroches, como la de las cercanías de la Habana, que evoca *aquello*. En el puerto de Matanzas, cuyo movimiento no debe ser considerable, se balancean como aves cansadas *nuestros* paibelots; dijérase que, en vez de venir de otros puertos próximos, han venido de la costa de Africa con recaladas en los atlánticos peñones.

La ciudad es simpática y noble como una vieja matrona. Estas viejas poblaciones de Cuba, impregnadas del incienso de las leyendas, consagradas por el prestigio de los hechos históricos, templos de hidalguía y santuarios de poesía, nos reciben con las maneras exquisitamente ceremoniosas de las grandes damas que sabían hacer la reverencia. Reconocemos al punto que hemos entrado en los dominios de una patriarcalidad aristocrática. Se respiran nobleza y señorío. Matanzas se sabe presentar. Concentra las virtudes y las gracias de la mujer cubana, y apenas la descubrimos empezamos a experimentar el influjo con que ha de conquistarnos. Su poder es el de un feminismo victorioso, la fuerza de las maternidades redentoras. Madre de héroes, madre de artistas, madre de poetas, partió de su seno una gran corriente lírica y heroica que atraviesa la historia de Cuba; corriente cálida, raudal sanguíneo cuyo ardor esparcía-se generoso en todas direcciones. Matanzas inspiraba y edificaba con la voz de sus poetas, con los ejemplos de sus hombres de acción. Mereció el sobrenombre de nueva Atenas por el brío de su pensamiento, y la llamaron sultana por la gentileza, la donosura y la impo-

nente bazarria. Guarda estos títulos en su actual decadencia; venida a menos, se cubre con el manto de un pasado glorioso. Ni el tiempo ni las vicisitudes borrarán las empresas y las divisas de su insigne escudo. Matanzas no tan sólo se sobrevive, sino que se remoja y se levanta. Reclinada en un florido lecho, ve pasar el tumulto de las horas de la edad viril que ya llegó para Cuba; y, después de haber contribuído a preparar la plenitud de los tiempos en las horas tempestuosas que pasaron, hoy traza con su cetro la línea de las aspiraciones ideales; el horizonte de la esperanza a la joven República.

Y siempre son sus poetas, son sus cantores los que proyectan en la conciencia nacional la simiente de su verbo revelador y profético; siempre por órgano de ellos, que echan a volar aquilínamente las grandes profecías y las grandes anunciaciones patrióticas, le habla a Cuba... Y Cuba la oye. Tuvo a Milánés: tiene a Byrne y Agustín Acosta, dos poetas arrebatados e inflamados, dos volcanes de inspiración, dos cráteres de ideas...

Estos hijos de Apolo recogen y continúan en sus versos la tradición intelectual matancera. Byrne es un bardo sacro, pomposo, solemne, bíblico; tiembla su lira con sacudimientos de terremoto, con latidos de corazón destrozado y enfermo, con estertores de agonía y sobresaltos y angustias de naufragio. Bajo su corona de laureles se ven las espinas taladrantes, crueles. Ha llorado todos los dolores, los propios y los ajenos: sus estrofas parecen lágrimas cristalizadas, purificadas, su-

blimadas; llanto de un luchador fuerte que de veras ha vivido y amado; precio oneroso de rescate, lavatorio benéfico de penas y heridas; fuentes salutíferas que manan de las entrañas, fuentes medicinales de una amargura sin remedio y sin fin... Acosta lleva en germen mucho de esto; cuando haya vivido largamente, y, a no dudarlo, dolorosamente, gemirá e increpará en el mismo alto tono. Vientos de borrasca empiezan ya a encresparle; ya su musa, desmelenada y sombría, pierde el optimismo de la juventud. Pronto el canto de alondra se trocá en ronco lamento y en iracundo anatema. Adornada sus sienes con las guirnaldas del amor, enramado su tirso, vibrante su mandolina bajo las auras de la primavera y los toques de la dicha que huye, tiende a lo elegíaco. Son dos poetas de gran fuego dramático; dos poetas que, obedientes a su temperamento, fatalmente dramatizan la vida. Son, antes que poetas, *dos hombres de batalla*.

Y resulta un contraste peregrino entre su visión psicológica y la serena armonía de aquella naturaleza de Matanzas, tan suave, tan amable, tan sonriente. Escenario adecuado a las ternezas y las dulcedumbres de la poesía bucólica, a los desvaneos madrigalescos, a los arrullos de la egloga virgiliana; quizá también a las sensualidades epicúreas, pero no a los fogosos arrebatos de la pasión política. Y, sin embargo, yo he creído reconocer en Byrne la madurez de un bardo que sintió hasta el vértigo en su genial cabeza subir la embravecida marea democrática, y en Acos-

to he creído adivinar a un cantor de las luchas de nuestro conturbado siglo.

Acosta ha triunfado con gallardías caballerescas y arrogancias revolucionarias en los palenques del Gay Saber. Llevaba bajo la capa del trovador arreos de paladín medieval y armas de soldado moderno. Mezclaba a las mieles de Provenza las hieles de París en la misma copa de oro cincelado, y ponía en su ofrenda el gesto fino de un gran señor del Renacimiento. Al brindar sus óleos a la Dama Blanca de los torneos románticos, la Virgen de nuestras devociones profanas, Nuestra Señora, la Poesía inefable, ofrecíale las acideces y las acerbidades de todas estas torturas que nos desesperan; el martirio y el sacrificio de nuestras almas... Porque en los versos de Acosta gritará, como ha gritado en los de Byrne, todo el dolor humano...

*

* *

Recorremos a pie las calles de Matanzas en la paz adormecedora de un radiante mediodía. Apenas encontramos transeuntes; circulan pocos carruajes. Hay en la atmósfera clara y calurosa una laxitud que nos penetra y nos vence. Vagabundeamos, al azar, como turistas ociosos que buscan una medicina contra el tedio; pero no estamos aburridos, no, estamos encantados. Donde quiera van nuestras miradas, encuentran algo que las atrae. Recorriendo estas vías largas, rectas, uniformes, tranquilas, cual la de todas las poblaciones cubanas, nos invade un bienestar que proviene del ambiente sereno, de la paz de las

cosas trasmitida a los espíritus. Muchos vecinos sestan a las puertas de sus casas, la mayor parte de un solo piso. Por las rejjas de las anchas ventanas entrevemos hogares modestos y hogares suntuosos, donde debe de reinar la dicha. Este concepto de una bien gobernada ventura doméstica, firme sobre las bases del orden y el afecto sin interrupciones ni alternativas, se enlaza en nuestra imaginación con nuestro regodeo personal y egoísta. Acabamos de almorzar opíparamente en el hotel París; nos posee una delectación de origen digestivo.

Frente a dicho hotel, situado en una anchurosa plaza, ha parado un automóvil de camino con gran número de viajeros americanos. Se encaminan a las grutas de Bellamar, que nosotros también visitaremos. Las damas, con las cabezas envueltas en largos y tupidos velos flotantes, parlotean, ríen, observan atentamente el contorno. Una turba de chiquillos rodea el coche moviendo gran algazara, y los excursionistas, al apearse, los ahuyentan a manotazos. La chiquillería trata de arrebatrar los maletines, los cestos de frutas, los kodaks, para trasladarlos al restaurant, cuatro metros de distancia, en acecho de una propiñeja. Los yanquis recobran su equipaje, no sin trabajo, y ríen más fuerte. Ellas son más hábiles que ellos en rechazar el molesto acoso. La escena no es nueva para mí. ¡He presenciado en Canarias tantas semejantes!

Llenan el restaurant los turistas anglo-sajones que, sin duda, llevan prisa, pues comen rápidamente, y tornan a su auto. De un mo-

do más intenso aún que nosotros, sentirán la caricia del día esplendoroso y les recreará la hermosura del campo de Matanzas. En las comarcas de que proceden, reina un frío horrible; New York tiritita bajo la nieve, mientras en esta Cuba bienaventurada, en esta región admirable especialmente, corren brisas primaverales cargadas de pesados efluvios, y se absorbe un dulce opio atmosférico. Una bienhechora semi-soñolencia invade el organismo; los párpados se entornan y se echa de menos la hamaca. También esto es de Canarias, pertenece al tesoro de las Hespérides.

En Matanzas nos sorprenden a menudo reminiscencias españolas, rastros de la época del coloniaje que se han grabado hondamente y perduran. La sombra gloriosa de España cae todavía sobre Cuba; caerá siempre sobre los pueblos que descubrió, dominó y rigió durante siglos. Es la pátina histórica difícil de borrar, la imagen de la madre patria, perpetuada en rasgos sutiles y vagas supervivencias. Debajo de la epidérmis la carne, y la sangre ancestral colorea y aviva carne y epidérmis. ¡Cuántas generaciones se necesitarán para la completa renovación de los elementos orgánicos nacionales, para la encarnadura nueva, así en Cuba como en los demás países amamantados e influídos por el genio hispano, otrora engendrador de mundos! No podríamos tampoco los isleños de Canarias, aunque por la superficie nos desespañolizáramos, destruir la raigambre del españolismo acendrado y adentrado que en nuestra conciencia de raza prendió. Lástima que esa imagen de

España en Cuba no aparezca como un sol sin nubes. Lástima que la intercepten, la oscurezcan y la empañen recuerdos ingratos de errores políticos y abusos administrativos que en justicia no deben volverse contra España, sino contra sus pésimos gobiernos. Porque en rigor España madre, España augusta abstracción ideal, ni fué jamás madrastra para América, ni ha caído ni caerá de su trono. En esa atribución justiciera de culpas irreparables, España está limpia y absuelta por el tiempo, el mayor juez, después de Dios. Y el pueblo cubano, incapaz de odiar, como Antígona, sabe quiénes fueron los que sembraron aquí, en vez de semilla de amor, cizaña de odio que el tiempo ha destruído. Tarde es ya para aborrecer; buena sazón y momento para olvidar, reconciliarse y amarse. En este empeño cubanos y españoles, cara al Oriente, debemos convencernos de que no nos convendría mirar atrás; que, sin mirarnos, debemos ver tan sólo las huellas impersonales, las huellas sagradas de la gran nación generatriz. En este sentido afirmo yo—lo afirmé en un discurso pronunciado en la Habana, y me aplaudieron, y me aplaudió el Presidente de la República—que la sombra de España caerá siempre sobre América.

Séanme perdonadas estas digresiones o divagaciones. Semejante tema, cuyo contenido no se agotaría en un libro, me ha inspirado algunas páginas que, a falta de un valor literario u oratorio, tienen el de la efusión cordialísima con que las escribí y las dije; no sólo ahora, durante mi permanencia en Cuba, an-

tes también, en mi retiro de Las Palmas. Las propagandas americanistas serán habladurías sin eficacia práctica ninguna mientras no las aliente y las encamine una visión clara, total, del problema hispano-americano. En el rumbo que indico han de ir si han de ser fructuosas.

En las esquinas de algunas calles de Matanzas leo nombres castizamente españoles, que rememoran encumbrados hechos de nuestra epopeya. Calle de Daoiz... ¿Qué significa este apellido? ¿Pertenece a algún matancero ilustre? No,—me dicen—es el propio del héroe de nuestra guerra de la Independencia, y me añaden que Daoiz nació en Matanzas. Ahora lo sé. Me saltan a los ojos otros letreros significativos de timbres y efemérides locales y no pocos de aquellos otros, que abundan muchísimo en estas poblaciones, nominalización de cosas abstractas. Quedan así las vías bautizadas elocuentemente, siendo como un libro abierto, colmado de buenas doctrinas. En la Habana he recorrido una calle de la Amargura y me he paseado por otra de Virtudes. En uno de los pueblos de Canarias —el puerto de la Cruz, creo,—me encontré un día la calle de la Verdad. Véase como canarios y cubanos nos parecemos hasta en el modo de concebir y escribir la nomenclatura pedagógico-edilicia. Tenemos la misma preocupación del bien y del mal.

En Matanzas hubo un gobernador hijo de Las Palmas, allá por los últimos tiempos de la colonia: don Agustín Bravo de Laguna, político beligerante hoy, y aún jefe de un partido

en mi afortunada ínsula. Muchos le recuerdan: no sé si él recordará el período de su proconsulado ultramarino, cuando aquí se criaban las vacas gordas de la administración española. De pasada apunto el caso por tratarse de un compatriota benemérito, no porque a mí me importen nada estas calendas, en estos prolegómenos del siglo XX, bajo el régimen de las vacas flacas para Iberia infeliz, aquellas Baratarias y aquellos Sanchos. Pero alguien me dice señalando a uno de los edificios de la Plaza Mayor:— Compadre, por ahí pasó un canario. Yo le conocí, y fuimos amigos. Se apellidaba Bravo, que es la mejor manera de llamar a un prójimo en Cuba. Advierta usted que cuando en Cuba *nos ponemos bravos*, somos capaces de comernos los niños crudos. Su paisanito, pues, tan sólo por ser Bravo nos era persona grata.

Dedicamos unos cuantos elogios al señor don Agustín y seguimos adelante. Numerosos paisanos vienen a saludarnos; Matanzas recogió en épocas lejanas una buena parte de nuestra emigración, acaso la más apta y laboriosa. Su trabajo rudo fecundó estos campos; adquirieron terrenos, edificaron viviendas, contribuyeron al adelanto de la agricultura, se apegaron al suelo y en él arraigaron, igual que ha ocurrido en otras comarcas de Cuba, porque en este país la mano y la obra del *isleño* se revelan donde quiera. No pocos fundaron familia y engendraron hijos para una nueva patria a quien se lo han dado todo, por cuyo engrandecimiento han pugnado y combatido ellos y sus descendientes. Ese trasplante fe-

liz ha creado lazos que no se pueden desatar; lazos que a la continua se aprietan. Los cubano-canarios constituyen un factor inapreciable en el conjunto de elementos progresivos que impulsan el desarrollo de Cuba libre. Son trabajadores, inteligentes, frugales, probos. En Matanzas hay muchos hogares cuya cimentación pusieron remotos predecesores nuestros, los que iniciaron el éxodo emigratorio. En Matanzas se menciona sin cesar a nuestras islas y se sabe lo que es "el gofio" como producto alimenticio.

Matanzas, ciudad señorial, patricia, tiene un paseo denominado de Versalles; una avenida bellísima, espaciosa, flanqueada de robustos árboles que dan sombra y frescura a airosos palacetes. Está muy bien cuidada; desde ella se dominan puntos de vista encantadores; su piso parece el de un salón, liso y limpio, sin un desnivel.

Subimos a Monserrat para ver la ermita erigida por los catalanes en 1875, un modesto santuario. Alzase la iglesia en medio de una vasta explanada, y en frente, el valle famoso del Yumurí, por cuyo centro arrastra el río la plata viva de sus aguas... La colonia española celebra no sé que fiesta regional en aquel paraje ameno aquella tarde. Aragoneses, asturianos y galáicos cantan, beben, bailan en animados corros; una banda de música marca el ritmo de los regocijos y entusiasmos populares. A los gemidos de la gaita gallega, que llora el duelo de la ausencia y la nostalgia del destierro, suceden las apasionadas exaltaciones de la "jota". Los bebedores, canta-

dores y bailarines afirman con cada uno de sus actos su españolismo contrastado en la expatriación amarga. Una mujer danza frenética en un ruedo hasta caer rendida por lo excesivo de sus movimientos desordenados y por lo violento de sus giros absurdos. Parece una poseída: poseída está, efectivamente, del amor augusto, resumen de amores, que, elevado a su mayor potencia, para en locura sublime. Los demás la jalean, la excitan y, cuando se desploma exámine de tanto contorsionarse y retorcerse, acuden a confortarla con vino de España. Nos marchamos a la sazón que se generaliza el bailoteo patriótico, semejando el gentío danzante y gesticulante una turba de endemoniados.

No, el valle del Yumurí no es tan extenso, tan grandioso como nuestro valle de la Orotava; pero es mucho más alegre. En aquél se siente el ánimo asombrado y a la vez oprimido; se respira una tristeza penetrante que parece correr diluída en las auras edénicas, ser el alma quejumbrosa del paisaje. De lo alto del Teide a la blanca cenefa de las espumas oceánicas, en la inmensa extensión del magnífico anfiteatro, vaga esa tristeza como un negro fantasma. No la ahuyentan con sus abanicazos las gallardas palmeras canarienses, ni las áureas ondulaciones de los trigales, ni la ópima promesa de los bananeros cargados de frutos de oro, ni la nieve diamantina de las cumbres, ni la canción adormecedora de las olas que, cándidas y lentas en toda la línea de la costa abrupta, se amotinan contra los arrecifes. . . . Antes bien, todo ello, palmeras, tri-

gales, plátanos, nieves, espumas, se funde en una sensación triste y compone una magna sinfonía en gris que repercute hondamente dentro del espíritu. Yo no he visto en parte alguna, como en la Orotava, llorar así a las cosas. *Lacrimae rerum*... ¡Qué grandiosidad, pero qué pesadumbre!

En el valle matancero, por el contrario, las cosas ríen con esa risa luminosa que todo lo anima y lo abrillanta bajo los trópicos. El río de los poetas marcha despacio susurrando, y sus susurros son como estrofas. Los mimbralles y las palmeras se inclinan para darle besos amorosos. La fantasía puebla sus riberas de sombras eclógicas y de resurrecciones mitológicas. Creemos escuchar los sonos de las zamponas virgilianas y ver surgir entre las frondas la bondadosa magestad del dios Pan, dios de poetas como el Yumurí. Si miramos mucho el cuadro, iluminado por las luces del Poniente, caemos en arrobos. La tarde se ha puesto muy pálida, como una enamorada que ve venir la muerte en medio de un espasmo de pasión dichosa, y no quiere morir todavía por no cesar de mirarlo...

Las cuevas de Bellamar. No sólo Matanzas, Cuba entera, se ufana de poseer esa maravilla. En los diarios se la anuncia con letras gordas, resaltantes, y en opinión de los cubanos, principalmente de los matanceros, el que estuvo aquí y no las vió, perdió el viaje. Yo no quiero perderlo: no quiero dejar de verlas. Nos dirigimos, pues, a la célebre gruta que, si no produce curaciones miraculosas, cual la de Lourdes, ni tiene resonancias de caracol

marino cual la de Fingal, anonada con la originalidad y la delicadeza de sus estupendas cristalizaciones.

Llegamos en pocos minutos; el grupo de los expedicionarios norteamericanos nos antecede y, al bajar nosotros a las cámaras de encantamiento y hechicería, suben ellos. Vienen sudando a chorros, los hombres con las chaquetas al brazo, las señoras con las gasas de los sombreros recogidas, y los sombreros echados hacia atrás. Los buenos yanquis traen puesta al más vivo rojo, la color, de suyo arrebatada. Reina en el antro un calor húmedo y enfermizo; aliento de horno dentro del cual hubiera llovido. Rezuman las paredes; los bombillos eléctricos se amortiguan y semejan fuegos fatuos, no obstante su fijeza, en medio de las nebulosidades vaporosas que llenan el inmenso subterráneo.

Descendemos por una escalerilla temblorosa que se enrolla en espiral, después de haber dejado en manos de un mozo a la puerta, el ticket que nos dieron por unos centavos en el despacho. La primera impresión que se recibe, ya en lo profundo, es casi religiosa. Creemos tener ante la vista, uno de esos monumentos del Jueves Santo a los que la fantasía eclesiástica acumula y superpone disparatados motivos decorativos. Contribuyen a la ilusión visual las luces eléctricas que, veladas por la niebla, imitan llamas de cirios, llamas inmóviles, lenguas de un fuego pálido suspendidas en el aire; y las estalactitas que caen del techo en forma de paños litúrgicos y encajes aéreos, de una sutileza inverosímil. Luego, a medida que

los ojos se habitúan a la novedad de los planos y los objetos de la portentosa catacumba, empezamos a discernir detalles. Las concreciones calizas adquieren formas extrañas y desconcertadoras. Aquí un púlpito plateresco; allá un dragón apocalíptico; más allá enormes osaturas, como de monstruos antediluvianos, ropas sacerdotales, cortinas que se desploman de las bóvedas en rígidos pliegues, juguetes infantiles, utensilios deformados, esbozos de mil cosas fantásticas, sin congruencia. ¡Museo peregrino de curiosidades y antigüedades! Yo avanzo unos cuantos metros decidido a verlo todo, y tengo que retroceder porque agobia mis pulmones la presión atmosférica, el húmedo vaho caliente de la gruta. Aquello se prolonga más de un kilómetro en una serie sin fin de sorpresas y admiraciones.

La empresa alemana que, según me informan, explota el prodigio imponderable de las cuevas de Bellamar, ha hecho poco para atraer a aquellos lugares el jubileo de curiosos y hombres de ciencia que andan a la husma de incentivos para su ocio errabundo o para su anhelo investigador. Debería haber en los alrededores un buen hotel de viajeros y organizarse espectáculos que atrajeran y entretuvieran a los turistas junto a las cuevas. No basta el simple descendimiento, la entrada en aquellos dominios de la quimera, y la salida jadeante. Habría que ofrecer algo más, un poco de regocijo festero. Y Matanzas, que posee a sus puertas esa fabulosa caja de sorpresas, podría hacerla valer mucho en su beneficio. Matanzas misma, tan atrayente y tan pintoresca, po-

dría poner un alto precio a sus encantos, mercantilismo que no se permite a las mujeres guapas, pero sí a las ciudades bellas.

Emprendemos el regreso a la Habana, con una velocidad inaudita. Vuela el "auto" sobre la carretera espléndida, *la avenida de los colosos*... Estamos a pique de estrellarnos contra los troncos formidables, de apariencia mineralógica, que, en la obscuridad esmaltada de rutilaciones sidéreas, toman un aspecto amenazador. Los amigos de por la mañana, en la noche se nos aparecen como enemigos, como gigantes bandoleros apostados en nuestra ruta. Nuestro "chauffeur", un joven negro, vivaracho y locuaz, tiene prisa porque tiene amor propio. No quiere, absolutamente, que le aventaje otro automóvil que, a nuestra espalda, trae una marcha loca. En vano le pedimos moderación y prudencia al moreno. No nos escucha. Hemos de someternos a su profesional orgullo, dejarle que nos lleve como le plazca. Gracias a nuestros respectivos dioses tutelares, llegamos a la Habana sanos y salvos. Y el negrito intenta cobrarnos por la carrera un sobreprecio. Su arrojo y su sangre fría merecían, sin duda, una propina. Se la dimos y le dimos gracias. A mí me gustó extraordinariamente aquel vuelo.

CARACTER DEL PUEBLO CUBANO

Antes de venir a Cuba, yo amaba al pueblo cubano, porque la fama de su carácter sencillo, bondadoso y hospitalario está en Canarias muy extendida. Por donde quiera que vayáis en las islas, encontraréis gentes que os hablen de Cuba con entusiasmo, con cariño. El tipo noblete del "indiano", devuelto al terruño tras largos años de extrañamiento y cubanización, rehecho y libertado en una brega que le fué por todo extremo saludable, pues le engrandeció la conciencia, os sale al paso y os entona una letanía al cubanismo. Ya no podrá olvidar jamás su patria adoptiva, donde, por lo común, deja una parte del fruto de su trabajo y tal vez deja hijos o nietos que son cubanos. Sus propios afectos se dividen entre las dos patrias; reconstruye la casa paterna, funda alguna pequeña industria en su pueblo, cumple una "promesa" a la Virgen del Pino, madre de todos, luce su rumbo en las fiestas del santo patrono del lugar, dice y repite que quiere ser enterrado en un rincón del cementerio de su aldea; pero...

restituído al viejo solar patrio, cada día se cubaniza más. Relaciones familiares y de intereses cultivan esta querencia. La prole, en torno suyo, o lejos, también le grita: ¡viva Cuba!

Y el hombre no se resigna a dejar de ver antes de morirse, por vez postrera, la perla de las Antillas. Sus parientes, sus amigos le llaman; decídese a atravesar nuevamente el gran charco y, viejo ya, acomete este último viaje; el último, porque sucede a menudo que se queda en definitiva por acá. El peso de los años le tumba en tierra cubana, o se lo lleva la muerte, y en sus últimas miradas arden sus dos amores, dos cirios gemelos que apaga la misma racha de viento glacial. Cuando vuelve a contemplar la mole del Morro de la Habana, llora, como lloró cuando sus ojos tornaron a ver el contorno de las Isletas. El "indiano" de nuestras islas, se trae a Cuba en el corazón. Y llega a hacerse pesado, para los que le tratan, por la insistencia con que la nombra, pondera y glorifica. Es en sus labios un estribillo, porque es en su alma un culto. Hay que oírle y aplaudirle los ditirambos férvidos: si no, se ofenderá. Y si le contradecís, se enfrascará y os comprometerá en una polémica, de la que saldréis mal librado. Sus razones *amorosas*, sentidas antes que pensadas, aún cuando no sean verdaderas razones, os impondrán silencio. Se niega a escuchar otras y no sabe decirlas. Viva Cuba por encima de todo.

Pero esto ha formado aquí tradición. En otro tiempo, además de trabajadores, envia-

mos a Cuba algunos funcionarios del viejo régimen colonial, y todos, sin discrepancia, volvían encantados y enamorados de este país admirable. Ellos, y los otros, alababan sin tregua a Cuba; aún los que, emigrantes de la miseria, tenían que confesar al volver su derrota, se manifestaban apasionados admiradores de Cuba. La confesión del vencimiento se les hacía dolorosa, les arrancaba un gemido; pero se dulcificaba con el recuerdo de íntimas satisfacciones y venturas gozadas en el seno del pueblo cubano, simpático, afable y buen acogedor como ninguno. Ellos mismos habían adquirido las maneras de esa campechanería seductora por lo espontánea y por lo cordial que a mí me ha cautivado en Cuba desde el primer momento; que indudablemente, constituye el mayor atractivo del carácter popular. Luego, como las relaciones morales o de negocios no se interrumpían, siempre se hablaba de Cuba en nuestros hogares canarios. Apenas había familia en Canarias que no recibiera noticias de miembros ausentes en la Gran Antilla, o que no mostrara con orgullo el retrato de algún "indiano", de algún cubanizado, padre, hermano o hijo. En las aldeas, la inmensa legión oscura de los analfabetos, recurrían al maestro de escuela para que les escribiese las cartas que enviaban a sus deudos de la Habana, cartas que, invariablemente debían comenzar así: *Me alegraré que al recibo de ésta gocés de buena salud; la mía es buena, a Dios gracias.* ¡Oh, epístolas prosáicas e ingenuas, timbradas de candor y ensombrecidas de ignorancia! ¡Oh,

epístolas en que el primer renglón, la primera frase, invocan al Altísimo y declaran que la salud, sin determinar géneros ni grados, es el sumo bien apetecible! Bajo las formas rústicas de vuestro pergeño, apunta la sabiduría de la plebe, en ningún libro aprendida, y se formula la más evidente de las verdades. Haya salud: lo demás será dado por añadidura. Y Dios nos lo dé todo, si lo merecemos. Veámonos saludables: será vernos capacitados para la lucha y para el triunfo. La Providencia proveerá. Ese saludo enviado *al otro mundo*, resume en un voto la esencia de la vulgar sabihondez que enseña las reglas elementales del vivir. En cierto respecto equivale a la máxima filosófica: *Primum vivere, deinde philosophare*...

Para nuestros campiñeses, Cuba es la Habana, solamente la Habana; y la Habana es Jauja, el templo de la Fortuna. Los propios fracasos personales, las experiencias desilusionadoras, las pruebas adversas, no les desengañan. Los que tornan tan míseros como fueron, buscan la causa de su mala suerte en sí mismos, en cualquier *jettatura* implacable, pero no se la atribuyen a Cuba. Esta sigue siendo el ideal, el astro protector en el cenit, sigue atrayéndolos y orientándolos hacia un futuro éxito decisivo. Aguardan un desquite y ansían tornar acá, más esperanzados que en el viaje primero. Si no pueden venir los padres, envían a los hijos, herederos de sus sentimientos y predilecciones, mecidos en la cuna con *habaneras* voluptuosas o con soñolientas guajiras. El chapeo antillano, el sufrido

jipi, pasa de generación en generación; símbolo de la persistencia del cubanismo. En Canarias nos representamos al indiano como un hombre que en Cuba se descortezó de nuestros hábitos insulares, se rebautizó, se acriolló y se renovó. Este cambio lo denuncia en su lenguaje no menos que sus costumbres; y eso que —lo repetiré— las diferencias entre canarios y cubanos no afectan a las subyacencias del temperamento. Sólo modifican la superficie. Adrede he empleado el verbo *descortezar*. El isleño de las Hespérides cría en Cuba una nueva piel.

Los que aportan algún peculio, adquieren fincas, compran tierras, edifican buenas viviendas en sus poblachos, y emprenden negocios agrícolas. Profesan, por lo común, una fe simple y primitiva que personifican en un santo acreditado o una Virgen milagrera, muy principalmente la del Pino, a cuyo santuario acuden con sus dádivas. Pero todo lo refieren a Cuba. Cuba les ha avasallado con su excepcional don de simpatías. Ese dominio *pacífico* y absoluto, yo, a mi vez, lo he sufrido; mejor dijera que lo he gustado y lo he adorado, pues no pesa como una coyunda sino acaricia como una bendición y contenta como un buen agüero.

Me sería difícil concretarlo en expresiones verbales; está difuso y reviste innumerables manifestaciones. Emanada de las entrañas de una democracia generosa, fraternal, efusiva; proviene, además de la maternidad de la naturaleza, feraz, pródiga, desbordante de energías, esa naturaleza que no me cansaré de

ponderar y describir. En Cuba para el español, particularmente si es canario, se borra la noción de extranjerismo y se anudan vínculos amistosos que después, en la ausencia, no se quebrantan. Cuba nos posee por el ascendiente de sus suaves incentivos; nos aprisiona en sus redes de sirena que relumbran cual rayos solares. Cuando nos damos cuenta de que *nos ha cogido*, ya no podemos librar-nos ni escaparnos. Esa sugestión de América sobre el hombre europeo, una especie de embrujamiento taumatúrgico, *la revancha de la conquista*, nosotros canarios que no somos europeos ni fuimos conquistadores, la sentimos con intensidad extraordinaria. Le traemos a Cuba amor, nutrido en los manantiales de una tradición secularmente consolidada y solidificada, y pronto la obra que empezó allá se completa aquí; el amor adquiere su máximo desarrollo, pleno de flores y de frutos. Reconocemos que no exageraron los que nos prepararon a sentir la belleza y la nobleza de Cuba tributándole el incienso de fervientes loores.

Pero lo que sobre todo nos enamora es el carácter del pueblo cubano, la sencillez afable y la cordialidad expansiva. Esta tierra parece la patria de todos; un hogar desmesurado en que todos caben, un hogar en que los deberes de la hospitalidad se ejercitan sin límites, un hogar en que nada recuerda al huésped su condición de extraño. Se olvida de que lo es, y se interna y se entrega. Muéstrale todo un semblante amigo. Se le invita a seguir adelante y a tomar asiento en el banquete

(hablo en sentido figurado). La franqueza, noble acogedora, con las manos tendidas y los ojos halagüenos, le va abriendo las puertas. Si acaso fuere tímido perderá la timidez en seguida; si fuere con exceso osado, le forzará a ser respetuoso la gracia gentil del amable acogimiento; si fuere inclinado por idiosincracia a la misma graciosa franqueza, pronto se iniciará el tuteo y tomará parte con los que le reciben, en el "choteo", las dos características del modo de ser cubano. Se tutean y se chotean los mejores compadres. Pero esto del compadrazgo nacional requiere párrafo aparte.

En la República Argentina existe el *compadrito*, un tipo social hartamente diverso del *compadre* cubano, hasta cierto punto equivalente al chulo español. El compadre cubano es otra cosa. No ocupa el último peldaño de la escala; no forma una especie ni, mucho menos, una especie degenerada y proscripta. Todos compadorean, cariñosamente; se tratan con bonachonería confianzuda y en aquel título sintetizan dos cualidades preponderantes de la raza: el buen humor y la franqueza. Es una salutación equivalente a un apretón de manos o a un abrazo. La cortesanía cubana, tan simpática, se expresa así, abreviando etiquetas y simplificando ceremonias. Al decir *compadre* se le dice al recién llegado que se le aprecia y que, para probárselo, se le otorga un tratamiento fraternal, el de las efusiones familiares; al de casa se le dice que se le quiere. Y este vocablo lisonjero, pronunciado deleitosamente, *ex abundantia cordis*, consagra

una amistad. Después, a poco andar, viene el tuteo que significa el último grado de simplificación y camaradería. Hay un sabor añejo de patriarcalismo en estas fórmulas; nos trasportan a los tiempos bíblicos, a los tiempos medioevales en que se tuteaba al rey. Todavía hoy los devotos tutean a Dios, prueba de que el tuteo tiene origen divino. Ciertos hombres en Cuba, los representativos, los arquetípicos, tutean y compadorean de tal arte y guisa que nadie puede resistir su imperio leve (leve en el sentido de que no pesa). Cuando, por ejemplo, el general Gómez, o sea José Miguel, el gran compadre, le echa a un individuo el brazo por los hombros, le da unas palmaditas, le llama con melífluo acento criollo, insinuante: *oye, chico*, ese sujeto está perdido; digamos que está ganado para la causa política de José Miguel. Por lo menos, mientras se halle en presencia del astuto caudillo que sabe como nadie hacerse querer, le pertenecerá sin remedio. Me han contado muchas anécdotas confirmativas de este poderío natural del Sr. Gómez (ruégole me disculpe la *sans facon*, porque yo también—era inevitable—me he contagiado). En resumen, el tuteo y el compadreo cubanos denotan un espíritu republicano purísimo que arranca del Evangelio; afectividades espontáneas llenas de gracia; interpretación democrática y moderna del *amáos los unos a los otros*... Al principio, me chocaba; pero no tardé en vencerme al encanto del nombre caricioso, halagador. Y nos habituamos en seguida, y todos

compadreamos, como si lo hubiéramos hecho desde chiquititos. Eso *se pega* pronto.

Y con la misma rapidez y desenvoltura las gentes se acostumbran a tutearse; entran en el tuteo, lisa y llanamente. Las distancias en edad o en posición no dificultan el acercamiento que ese tratamiento supone; el camaraderismo democrático las borra. Esta es *la letra* significativa de que en Cuba no existen barreras sociales infranqueables, jerarquías inaccesibles; pero *el espíritu* las mantiene en pie. Nos equivocáramos si, ateniéndonos exclusivamente a las apariencias, creyéramos que en Cuba las clases han desaparecido y se ha impuesto una nivelación igualitaria, un fraternalismo evangélico. Eso, no. Quedan intactas, sin haber sufrido mengua ninguna, las altitudes jerárquicas y las cumbres aristocráticas; no se han roto las escuelas graduadas del valer decorativo y representativo que llegan desde los subterráneos a los pináculos. Existen en la Habana viejas familias linajudas y empingorotadas con larga serie de títulos nobiliarios, escudos, empresas caballerescas, motes heráldicos, y cuarteles y cruces; lustre legendario de épocas gloriosas en que América vivió la vida de España... Pero esas mismas familias de tan limpia ejecutoria, en lugar de volverse hacia el pasado, se vuelven hacia el futuro; muéstranse poseídas del carácter de los tiempos en que viven, han tomado sus costumbres sin perder las de su raza y su alcurnia, y su elegancia se viste de sencillez, su orgullo se humaniza. Parecen haber heredado las maneras simples,

graves, espontáneamente señoriles, sin rebuscamientos ni complicaciones, que distinguían a los señores primitivos, a los que tuteaban y eran tuteados; porque en asuntos de corte-sía, ceremonia y prosopopeya, como en todos los demás, lo mejor era lo más sencillo. La civilización ha complicado, pero no ha mejorado *los usages*. Un gran señor clásico sabía decir en pocas, gallardas y nobles palabras lo que un potentado moderno no sabe decir sino en muchas, cursis y toscas frases; el primero, además, sentía el humanismo y se aproximaba al prójimo, no obstante el embara-zo de sus arreos de guerra y sus envolturas feudales, mucho más que el segundo. Pues bien: en Cuba, como en ninguna parte, los altos linajes y las insignes prosapias están cerca del pueblo. Cualquiera de esos magnates que heredaron timbres españoles y se adornan con joyas de la corona hispánica, le sabe hablar al pueblo en su mismo lenguaje, ennoblecido, afinado, *aristocratizado*, y así lo educa y lo alza a su propio nivel, al nivel de una aristocracia verdaderamente patriarcal y civilizadora.

Esta democratización de Cuba es muy agradable porque se extiende de arriba abajo; el pueblo ha aprendido maneras cortesanas, y las emplea, aliadas con una despreocupación afectuosa, de buen género; la sociedad escogida, en cuyas falanges se suman los viejos nombres y timbres de origen español, conserva el entono tradicional mezclado a una campechanería cautivadora que tiene rasgos genuinamente populares. Ambos elementos han ganado mucho con acercarse sin confundirse.

El pueblo es cortés, atento, solícito; no cae en la grosería ni en la plebeyez repugnantes que caracterizan a los populachos europeos. Cierta instinto de delicadeza, y una vivacidad imaginativa admirable, un sentido de las conveniencias educado y lucido, brújula moral de las multitudes, hacen que éstas no se descarrien ni se despeñen nunca por los derrumbaderos de lo chabacano. Este pueblo en sus más ruidosas expansiones, no traspasa el límite de la discreción ni olvida el respeto que a sí mismo se debe. ¿Quién le enseñó a ser comedido y bien mirado? Su índole se determina así exteriormente en acciones; pero, sin duda, aquella aproximación de clases que antes indiqué, aquella convivencia generosa en que los de abajo eran aleccionados y dirigidos por los de arriba, partícipes todos en la obra común de crear la patria y asegurar la independencia, democratizó a la nobleza y ennobleció a la plebe. Cada una mantiene íntegros sus rasgos distintivos esenciales; pero ha tomado de la otra lo mejor. Creo que en ninguna parte como en Cuba han colaborado tan fraternalmente altos y bajos, caballeros y obreros, señores y siervos, en las empresas cívicas. Aquí la República es madre de todos, porque todos se confiesan sus hijos y comparten la gloria de haberla erigido, igual que los peligros de haberla defendido, preparado y organizado; la comunidad histórica de esas luchas, de esos esfuerzos, funda una solidaridad civil tras la era bélica rociada de sangre, y en los transportes del amor patrio, en los ardores místicos del culto nacional que aproximó las al-

mas, las distancias se abrevian, aunque no se borran. Ved porque la democracia cubana, tan humanitaria en sus sentimientos, tan gentil en sus modales y en sus formas para con el extranjero, para con el recién llegado, que inmediatamente le tributa pleitesía, ved porque no me recuerda ninguno de aquellos países republicanos de *nuestra América*, la América de lengua castellana, donde ví, en todos los órdenes, la caricatura de Europa; donde el mismo régimen político envuelve una escandalosa mixtificación. De aquellos países salen los *rastacueros* que exhiben en París y en Londres la ridiculez de sus parodias.

No he observado en la Habana, corazón de Cuba, esa tendencia idolátrica a adorar los oropeles del rango y la alteza representativa que en otros pueblos americanos he podido advertir. En Cuba no he encontrado papanatas dispuestos a pasparse y afinojarse frente a las irisaciones de las aristocracias europeas; quizás porque los cubanos se hallan habituados desde antiguo a esos tornasoles maravillosos de la pompa mundana que han visto en su casa y de cerca. Juzgan al hombre por su valer personal, intrínseco, permanente, no por los aditamentos y las colas. Desconocen el artificio servil de las zalemas con que se rinde vasallaje a las potestades de la cuna y el dinero. Abstraen a sus grandes figuras de todas esas agregaciones y superposiciones, excrecencias brillantísimas de la personalidad, reliquias y perifollos del fanatismo nobiliario, equivalentes en cierto modo a las pedrerías que el fanatismo religioso amontona sobre las

imágenes; prescinden, decía, de todo eso, para reverenciar a los hombres en sus virtudes y en sus méritos esenciales, para verlos, en fin, como son. El marqués de Santa Lucía no fué en Cuba un señor marqués, sino un héroe, un patriota, casi un santo láico; y él tampoco quiso que le llamasen por su título sonoro, sino por sus apellidos castizos y solemnes: Betancourt Cisneros. Un toque de clarín, un toque de rebato. Las más encopetadas y opulentas familias, el estado mayor social, el patriado, se distinguen por una sencillez de costumbres y una franca hidalguía de modales que el pueblo admira e imita, comprendiendo intuitivamente que son propias cualidades depuradas y refinadas. En el trato sostenido, en el cambio de ideas y propensiones, se transmiten y se apropian lo que cada clase, pueblo y nobleza, poseen de más típico, bello y original. Las señoras habaneras tienen aire de princesas que saben alternar con el estado llano. Y cuando aporta por la Habana algún príncipe europeo auténtico, no las deslumbra, como a las ricas herederas de los Estados Unidos. Le otorgan la misma acogida benévola y desembarazada que entre sí, entre iguales, se dispensan las señoras y los caballeros del gran mundo de la Habana. En Miramar, este gran mundo hace su propia presentación a las celebridades del viejo continente, y se presenta de un modo seductor, desenfadado, gentil. El huésped ilustre no echará de menos ninguno de los refinamientos y sutilezas a que viene acostumbrado; pero encontrará, además, como *hors d'oeuvre* exquisito, como número

fuera de programa, algo que no suelen brindarles las sociedades cultas de Europa, algo cuyo precio sube en proporción de su rareza y su sabor deleitoso y penetrante: la cordial franqueza, la alegría discreta y espontánea que tantas veces he marcado como una de las notas más simpáticas y envidiables de la vida en Cuba, desprendida, caída del divino sol de los trópicos.

He notado en muchos amigos recientes el deseo de tutearme, y me ha hecho mucha gracia. Se echaba de ver que el *usted* les estorbaba y cohibía, que con gusto lo cambiarían por el *tú*, menos etiquetero y más cariñoso; pero la expresión grave y triste de mi semblante no les permitía realizar el trueque. Yo soy un enlutado, un sentimental, un hombre niño con fisonomía doliente un emotivo que se vigila y se reserva. ¡He padecido tantos desengaños! Mi primer impulso es tratar al prójimo como a un hermano; abrirle los brazos sin desconfianza y decirle que le pertenecen mi pan y mi techo. Después, retrocedo lentamente recordando los golpes que me dieron en recompensa de mis abrazos, las traiciones con que fueron pagadas mis lealtades. Soy, como Baudelaire, *un eterno abandonado, a risa eterna condenado y que no puede sonreír*. Pero en Cuba he sonreído, porque todo me sonreía, y he querido que me tutearan y me ha gustado que me llamaran compadre, porque esta blandura del comercio humano, esta melifluidad criolla, responden a tendencias elementales de mi temperamento. Yo ando por el mundo sin armas, con el pecho des-

cubierto, con la verdad en los labios, buscando un poco de amor, aunque sea fingido. Y si me lo dan, aunque sea de mentirijillas, lo devuelvo sincero y puro. Los compadres que se tutean, me son simpáticos, y me satisfaría entrar en el compadreo y el tuteo. Tan sólo me lo impide la fatal melancolía de mi carátula, donde se refleja todo el dolor de mi vida...

A Juan S. Padilla, en cambio, le tutean todos; su jocundez dicharachera facilita las simplificaciones del tratamiento y prepara las familiaridades afectuosas. Vínose para acá ya talludito y se ha cubanizado de tal suerte que es un perfecto compadre compadreado (dígoles en su honor, y en el de los que le compadorean). Esto indica que en él se da una total identificación del carácter con el medio, y lo propio en gran número de nuestros paisanos. Cuba les ha cultivado y corroborado las cualidades nativas que en el terruño impropicio contrariaban y sofocaban las condiciones adversas del ambiente social y político. Allá se hiela bajo un régimen aniquilador que es un clima cruel de los espíritus, la planta-hombre, y América la impulsa y le aviva la generosa savia... Somos aquí, en todos sentidos, más hombres. A Padilla le tutean personas de espectabilidad y figuración notorias, personajes que en Canarias le mirarían desdeñosos. En Canarias no se diferencian las figuras de los figurones, y los figurones están demasiado altos. Están en el aire...

Quedamos en que el pueblo cubano es un pueblo encantador, lo mismo visto en las esfe-

ras más elevadas que en las más íntimas. Tiene "ángel". El tono familiar con que nos abordan y nos hablan los humildes, place y hasta enamora porque lo realzan una graciosa desenvoltura y una viveza imaginativa extraordinarias. Si no se adornara con estas dotes, nos disgustaría, como nos disgustan en otros pueblos, menos simpáticos, cuando a las efusiones verbales de la gente inferior no acompaña el indefinible e incomunicable *don de gentes*. Semejante don se manifiesta en los altos y en los bajos; constituye un secreto de la naturaleza, un privilegio de raza. Yo he experimentado el poder sugestivo de ese secreto, de ese privilegio cuya esencia no sabría definir. Sobre mí ha actuado muchas veces durante mi estancia en Cuba.

En Caibarién, el blanco y lindo Caibarién, necesité afeitarme; del hotel Comercio, tan blanco y lindo como el puerto, como la ciudad, y además notable por los mariscos sabrosos que diariamente sirve a sus huéspedes, mandaron aviso a una peluquería próxima. Vino un oficial, un muchacho despabilado y parlanchín, que entró en mi cuarto con la gorra puesta y permaneció cubierto. Al poco rato, la expansión invasora del jovenzuelo había superado toda distancia entre nosotros; conversábamos cual viejos camaradas. El pequeño *Fígaro* enfrascóse en eruditas disertaciones sobre la política de Cuba, recordó sucesos y citó nombres propios, comentó diversas incidencias, criticó errores, indicó rumbos, profetizó malandanzas y sinsabores. Su charla parecía inagotable; su juicio documentado y se-

guro. Yo estaba asombrado. Pensé suplicarle que se quitara la gorra, mientras su facundia se desbordaba; pero parecióme mejor enviarle afuera con un pretexto para ver si, cuando volviese, se la quitaba. Atribuí a olvido su incorrección; luego ni siquiera la dipté por incorrección, sino por rasgo chistoso y amable. Tornó el chico, y tornó con la boina encasquetada tan parlero, donairoso y gentil que, si entonces hubiera intentado quitársela, yo mismo habríale rogado, como especial favor, que no se la quitara.

He creído reconocer también en el pueblo cubano cierta propensión a exagerar las cosas más pequeñas, con tal de que sean suyas; cierta inclinación a lo hiperbólico y lo fantástico. Son los espejismos meridionales, trasladados y magnificados en esta zona ardorosa donde el sol es un autócrata. Despiertos y dormidos, lo vemos; siempre está *dentro* de sus súbditos ampliándoles y exornándoles infinitamente la visión de lo inmediato y de lo remoto; sugiriéndoles ideas excesivas, sugestionándoles. Su propio exceso engendra engaños ópticos, tanto en el orden moral como en el físico; hace que *se vea* demasiado, o que se vea al revés. Las imaginaciones, alucinadas, se descarrilan, se desfogan en extrañas amplificaciones oratorias y en antífrasis nominativas. De esta incontinencia retórica he notado muchas muestras en las obras literarias, en los artículos periodísticos y, más aún, en los rótulos del comercio y de la industria. Ya dije que en la Habana había encontrado calles cuyas denominaciones entrañan una elocuen-

cia adoctrinadora y moralizadora; vías rectas no solamente por su trazado, sino por la fecunda enseñanza de su título, digamos por sus fines. Pero esta elevación del objetivo edilicio, orientado hacia el perfeccionamiento de las costumbres públicas, no es una especialidad habanera. Asimismo lo he observado en mi propio país, donde tenemos pequeñas urbes llenas de sanas indicaciones morales que campean en las esquinas de sus vías. Lo que sí será acaso un espécimen de la manera de ser, pensar y sentir especial del pueblo cubano, es el sistema rotulativo de sus establecimientos comerciales e industriales. Ahí la fantasía se desenfrena; hay una tienda de modas que se llama "La Filosofía", capricho que no está mal si se recuerda el famoso libro de Carlyle, *Sartor resartus*, estudio filosófico de los trajes, y una tienda de confecciones bautizada "El Delirio", que no está mal tampoco, porque las damas deliran por los buenos trapos, y una sombrerería que se nombra "Las brisas del Sur", nombre menos adecuado, pues no se nos alcanza porque han de soplar siempre del Sur esas brisas ni qué género de influjo ejercerá el viento reinante sobre la calidad del calzado; y una mercería apellidada "El Consuelo", y hasta una Funeraria nombrada antifrásicamente "La Deliciosa"; ¿qué sé yo? El delirio, en cuanto a la invención de motes para los comercios, verdaderos hallazgos que desconciertan por lo peregrino y por lo disparatado de las significaciones contradictorias.

Séame tolerada esta broma del género lícito sobre los nombres. Podría extenderla a

la esfera social y manifestarme sorprendido de los apelativos familiares y los diminutivos cariñosos con que en las revistas de salones se señala a las señoritas más distinguidas. Con todo el respeto que me merecen, creo yo poder decirles que esas designaciones arbitrarias no les sientan bien. Forman contraste con su delicadeza y su hermosura. Parece—siempre con el mayor respeto,— que en vez de nombrar a las jóvenes más cultas, agraciadas y elegantes de la sociedad habanera, orgullo de Cuba, se indicara a las doncellas de su servidumbre. Esa *san gene* del hogar doméstico no debería pasar a las columnas de los periódicos ni trascender a las relaciones públicas. Al forastero le desconcierta un poco. Cuando oye o lee los nombres de *Vivita, Pepilla, Nena, Bebé, Teté, Maruja, Linda*, y otros tales, no comprende que se trata de brillantísimas jóvenes, gala del gran mundo; lo advierte pronto con seguir leyendo, pero reconoce que sería mejor usar los nombres propios. ¿Por qué esta familiaridad, excesiva fuera del círculo de la familia? Pedí explicaciones del hecho a Fontanills y se limitó a contestarme: La costumbre, la costumbre... En último caso, eso prueba también, por exceso, la simplicidad bondadosa y efusiva del carácter cubano, índole adorable de una democracia verdaderamente fraternal. No es posible que una cortesía tan perfecta se hermane en parte alguna a una llaneza más cordial y grata.

Las damas y damitas tan caprichosamente denominadas, forman en los bailes, los teatros y las recepciones, una constelación maravillo-

sa. Y la *season*, la jornada de invierno, ha sido este año, como siempre, agitada, intensa, febril... Seguramente ninguna capital europea ni americana, tiene un movimiento mundano que pueda compararse a la capital de Cuba durante esos meses, si se toma en cuenta la cifra de población de la Habana. ¡Qué vértigo! Los banquetes, los saraos, las reuniones en los clubs, las giras campestres y los *garden-parties*, sucedíanse sin tregua atrayendo poco más o menos a la misma gente sin fatigarla. Hoy a *Miramar*, mañana al *Country Club*, o al *Yacht Club*, o a las carreras de caballos en el hipódromo de Marianao, o al baile en el palacio de la presidencia, o a la visita de un ingenio poderoso y famoso, motivo para una fiesta más. Y en todas partes, se acaba por bailar o por ver bailar. Cuando no danza la juventud del país, danza una pareja de bailarines extranjeros para entretener al concurso, todo él aficionado a la coreografía.

Esta afición alcanza en el Carnaval su máximo. Son de ver aquellos bailes de los centros regionales, el Asturiano, el Gallego, bailes monstruosos en que se agitan cinco mil parejas resultando insuficientes los inmensos saraos para contener el gentío. Se baila hasta las primeras horas del día con un entusiasmo que no decae un momento, que degenera en furia. Las parejas chocan en sus movimientos; apenas se puede transitar, ni respirar en el ambiente caldeado. Pero la fiebre contagiosa de la danza posee a casi todos, y la ciudad entera siente el espasmo de la alegría pagana del Antruejo. En este pueblo despreocu-

pado, valeroso, fácil a todas las expansiones, existe un fondo de paganismo que en la ocasión de las Carnestolendas se exterioriza singularmente. Es un sentimiento ordenado y comedido, no se resuelve en abusos báquicos ni en extravíos orgiásticos; pero su principal carácter se define como una adoración de lo bello. Se admira a la mujer y se idealiza al amor que lanza sus irradiaciones sobre las muchedumbres en teatros, saraos y paseos. El difraz, casi siempre de un gusto intachable, realza la escultura humana; los cantos y las músicas mecen un ensueño universal levemente voluptuoso. Y en las noches límpidas y sonoras, *nupciales*, como diría un poeta modernista, se oye palpar el corazón de Grecia recitada. *Paganismo eterno*—exclamaba yo recordando a Sainte Beuve mientras me arrastraba de acá para allá, despersonalizado, pasivo, la bulliciosa multitud. La impresión de este helenismo *atenuado*, con sordina, se renueva a cada instante, en mil actos y pormenores de la existencia cotidiana que presencio. Es este un pueblo mediterráneo en la zona tropical orientado hacia las edades gentiles, que doblemente lo eran. No he visto nunca a Nápoles; pero se me antoja que la Habana se le ha de asemejar en muchos aspectos, que los dos golfos han de parecerse por el zafiro indescriptible de sus aguas y que habrá semejanza también en las decoraciones sublimes de ambos cielos cuando los despierta el crepúsculo de la mañana y cuando los duerme el crepúsculo vespertino. Y en los rumores alegres de la población, siempre de fiesta, y hasta en

el corte escultórico de tierras y costas donde diríase que juegan al escondite las sirenas y las náyades de la antigua poesía. *Vedere Napoli e puoi morire...* Lo propio puede decirse de la Habana.

El Carnaval comienza en Cuba cuando acaba en Europa; algunas poblaciones, Santiago entre ellas, lo celebran en pleno verano. En la Habana dura hasta bien entrada la Cuaresma, con exhibiciones, concursos de máscaras y otros festejos, los domingos, en un largo trayecto que se extiende desde el parque de la India, por el Prado, hasta el Malecón. Se elige por voto popular una Reina carnavalesca que prolonga su reinado todo ese período, seguida de una breve Corte de damas de honor en la que figuran lindas muchachas, escogidas en virtud de igual procedimiento. Es un remedo de la *Mi Careme* de París, algo ridículo por la duración de la farsa paródica y por la seriedad con que las heroínas representan sus papeles y la que el respetable público, el verdadero soberano, pone en honrarlas y servir las; la carnavalada parisiense no lo es menos, aunque la dore y barnice el arte. Pues bien: en la Habana, la reina y su corte *pour rire* van a todos lados, incluso a la residencia del Presidente, en medio de palmadas y aclamaciones. Reinan de veras sobre un pueblo que en ellas ensalza la seducción del eterno femenino. Este año una gran dama, la señora Lila Hidalgo de Conill, prestó su *breack* para que soberana y séquito lo ocupasen, y las agraciadas y festejadas recorrieron la ciudad de punta a punta recibiendo piropos,

homenajes y obsequios. Era de ver la porfía galante, caballeresca, con que se las solicitaba y atendía. Su entrada en escena era triunfal. Celebráronse innumerables fiestas en tributo a su soberanía pasajera; tuvieron la Habana postrada a sus piés diminutos.

Una de las damas, llamábase, oportunamente, Amor; la conocí porque desempeñaba servicios de telefonista en el hotel Plaza. No era el amor, pero sí un amorcillo gracioso y travieso; tenía un buen palmito, un cuerpo de sílfide, y un carácter zumbón, inclinado a las inofensivas travesuras. Desde sus cuartos los huéspedes le habían dicho muchas veces que la adoraban, por teléfono: ella, incrédula pero burlona, respondíales que muchas gracias, que le dieran pruebas. No sé si algunos se las llegaron a dar, pues había allí gente dispuesta a hacerse querer, costase lo que costase. Lo que sí me consta es que en vísperas de Carnaval, cuando supo que la habían elegido unánimemente dama honorífica, a Amor, se le cayó la venda, le salieron alas y voló, ignoro hasta donde. No volví a verla. La soberana carnavalina tenía una presencia soberbia, andares y decires naturalmente magestuosos; ostentaba su cetro con prodigiosa desenvoltura, y la alborozada comparsa hizo felices por espacio de más de cuarenta días a los habaneros. En las mansiones aristocráticas, empezando por el viejo palacio presidencial, en los grandes hoteles, en los parques y cines, en los teatros, en las fábricas de tabacos y en los ingenios, el desfile de la reina y su arrobadora comitiva provocaba un entusiasmo loco. Evocaba los desfiles de las

viejas óperas *monárquicas*, adornadas con todos los chirimbolos y adminículos de la guardarropía escénica.

Una tarde, en el transcurso de la larga temporada de Carnaval, paseando con un compatriota por las calles de la Habana, tuvimos un encuentro que a mí me causó grandísima sorpresa pero no a mi amigo, quien, con sus explicaciones, me la disipó. Vimos venir en dirección contraria de la que seguíamos una monumental carroza, blanco y oro. Tirábanla en triple fila briosos corceles, empenachados también de blanco y oro; postillones con casacas rojas la guiaban, y pomposos palafreneros iban junto a los caballos. El magnífico carruaje destellaba gloria bajo los rayos del poniente; se acercaba como una alegoría del lujo y el placer. Era domingo de máscaras. Yo creí que la carroza iba al corso para servir de trono majestático a un grupo de beldades divinizadas. No,—me dijo mi amigo—va en busca de un muerto. Pues, ¡viva la Muerte! le respondí.

De este modo comprendida y ataviada y disfrazada la muerte, pasa en medio de la vida sin estremecerla. Los que se van no perturban ni molestan a los que se quedan; no cae la sombra del tremendo más allá sobre las almas aterradas. El tránsito final se hace en silencio, y la comitiva fúnebre procura dulcificar, aliviar, embellecer los convencionalismos del duelo. Aquella *mise en scène* mortuoria es cosa pagana, reveladora de un sentido estético profundo, armonizable con el respeto a los difuntos. ¿No basta morirse? ¿Se necesita además

dejar caer sobre una sociedad entera la losa de plomo de la tristeza de una familia?

Comparé lo que sin duda sería aquel entierro en el júbilo solar de una tarde divina con lo que son en Las Palmas las conducciones nocturnas al cementerio. Delante caminan unos clérigos dando berridos espantosos; faquines espectrales arrastran el féretro, colocado en unas handas negras. El acompañamiento se arrastra igualmente, a pie, enlutado, terrible, como una procesión de penitentes, o de conjurados, o de fantasmas. Diríase que los van a enterrar a todos con el cadáver... Filas de faroles macilentos, de trecho en trecho, alumbran la sombría masa humana que hormiguea siniestramente en la obscuridad. Las gentes, al ver el espectáculo macabro, tiemblan de frío. El dolor y el horror se les imponen como una tiranía en nombre de unos cuantos aflijidos. No hay derecho. Dan ganas de gritar: ¡Muera la Muerte!

Basta morirse. Váyanse silenciosos los muertos acompañados por los vivos en paz y en recogimiento mudo...

EL DR. ZAYAS

El hombre ilustre a quien he tenido el honor de dedicar este libro, bien merece unos cuantos párrafos. No son un elogio, pues el Dr. Zayas no los necesita: son un homenaje.

El Dr. Zayas se dignó presentarme al público de la Habana en fiesta solemnísimamente celebrada en el Casino Español, dispensándome inmerecidas alabanzas que le dictó su gran benevolencia y que yo agradecí profundamente. No por ello, tampoco, se ha de creer forzado, nada sincero, lo que yo aquí en honra suya escriba.

Aunque sólo supiera del Dr. Zayas lo que supe de otros personajes cubanos, aunque no se hubieran anudado relaciones amistosas entre él y yo, aunque me faltara una base de juicio establecida sobre la observación directa y hubiera tenido que contemplarle y estudiarle desde lejos, a través de la masa popular que se le interpone pero no le oculta ni le achica, seguramente diría lo mismo que voy a decir. Me habría sido fácil, con todo, apreciar sus prestigios y valimientos porque está siempre

en escena, como el Dr. Ferrara. Los hombres a quienes llamamos *públicos* sin faltarles al respeto, viven para todos y se acercan constantemente al espectador. Vemos sus movimientos, sus ademanes, sus actitudes, hasta sus intenciones. Si se esconden tras la cortina, no lo gran recatarnos por completo su persona ni su faz. Son demasiado actores, siempre actores; y en esto se asemejan a los artistas del teatro, que hacen que se van y vuelven. Su presencia perpetua nos persigue como una obsesión. Cuando maniobran, monologan, gesticulan en privado, en ese privado relativo que les permitimos, porque no tienen vida particular completa, porque apenas practican los *apartes*, les miramos sin que ellos nos vean, y les oímos... Para los temperamentos sombríos y reconcentrados sería ésta una tortura insoporable. Yo retrocedo ante la política con terror. Me asusta la idea del dominio que un prohombre necesita tener sobre sí propio para poder tenerlo sobre un pueblo. Necesita pertenecerse y pertenecer a los demás. ¡Abrumadora preocupación de todos los instantes! ¡Atroz tarea de vigilancia, de violencia impuesta a las espontaneidades del carácter, de domesticación cruel de los instintos, gustos y pasiones!

Los que logran *rehacerse* así, disimulando su fondo natural al extremo que parezca que lo han anulado, que lo han matado, esos han obtenido la mayor victoria y deben juzgarse políticos por derecho propio. El estadista, es otra cosa. Un hombre de Estado ha menester cualidades encarecidas y diversas que le dan una primacía indiscutible. El político adoce-

nado es un jugador; el estadista, un profesor. Pero como lo menos se contiene en lo más, en el segundo se reúnen algunas dotes del primero; dotes en cierto modo negativas, porque tan sólo sirven para sortear y vencer las dificultades del juego. El estadista opera, el político resiste y realiza evoluciones admirables en su burladero. El estadista desarrolla ideas; el político las mixtifica y juega con los intereses. Claro que, en cuanto al segundo, el concepto ideal de su misión y sus deberes sería muy otro; pero expongo el concepto latino, trasladado a América, muy especialmente el concepto español. No concebimos en España al *prohombre* sino como un individuo travieso, taimado, nada escrupuloso, capaz de aventurar la más sagradas conveniencias de la colectividad en una de sus *partidas*, con tal de que su partido triunfe y se salve. Sólo le importa el partido. De los principios se ríe; las doctrinas se le indigestan. Tiene algo de "clown" y mucho de farsante burlesco. Sus funambulerías divierten, engañan, embrutecen a su público; público que forma oleadas de muchedumbre, muchedumbre en que se suman, con los intonos, los letrados, con los analfabetos, los cultos. Lo mismo que en el circo, cuando Tony repite por centésima vez sus payasadas, sus imbecilidades, sus cabriolas, sus costalazos. Todos le aplauden. El politiquillo americano, heredero o contra-figura del español, es de tal manera. Debería ser lo contrario, cabalmente.

Es el Dr. Zayas un político a lo hispanoamericano, o un hombre de Estado de cuerpo entero? ¿Un jugador o un profesor? ¿Un tri-

buno de la plebe, no en el sentido romano sino en el peor sentido moderno, o un verdadero educador y constructor de pueblos? ¿Un profesional de la política que quiere encarnar ideas en realidades, o un jefe de grupo a quién las ideas estorban y que no cultiva ninguna? ¿Un "politician" de la especie que se da en los Estados Unidos, o un estadista de la especie que se da igualmente en aquella nación y en Inglaterra, en España casi desconocida?

No vacilo en responderme que el Dr. Alfredo Zayas corresponde al tipo segundo y representa al profesor, no al jugador. Le asisten, sin embargo, en moderadas dosis, las condiciones del jugador político, cuya ausencia absoluta dejaría desarmado al profesor en frente de sus adversarios, pocos meticulosos en la elección de medios para ganar partidas en nombre de partidos. El Dr. Zayas es un verdadero hombre de Estado por la elevación de sus miras, por la amplitud de su cultura, por la fuerza de su patriotismo ilustrado y clarovidente. Se añade a esto un maravilloso conocimiento de los hombres y un arte singular, sutil, para penetrarlos, desentrañarlos y utilizarlos, cada uno dentro de sus facultades y aptitudes. La mundología del Dr. Zayas recuerda bastante aquella mano maestra que tuvo Sagasta, prototipo del político español, para mover a sus clientes como polichinelas, y aquella viveza suma que tuvo Romero Robledo, otro prototipo en el opuesto campo, para tramitar sencillamente cual si fuesen simples negocios de parroquia, los graves asuntos de interés general. Semejanza nada mas que en las formas del

procedimiento, en la apreciación cuantitativa de personas y cosas. Sobre este giro de las relaciones del caudillo con su clientela, con su "mundo", se explayan las cualidades fundamentales, serias y profundas del estadista. Sagasta y Romero Robledo no pasaron de ser grandes jugadores políticos (hay que repetir la calificación). Casi no tuvieron lastre intelectual, ni se preocuparon de operar *contra* la realidad española. Actuaron en favor de ella, cultivando lo que tenía de más reprobable y nocivo, sin pensar en modificarla. La aprovecharon; la convirtieron en materia de sus juegos. El Dr. Zayas excede mucho a aquellos hombres por su cultura y, si bien posee alguna de sus artes *prácticas*, las aplica mejor. Le sirven, no para jugar con los intereses de Cuba, sino para ejercer un proselitismo activo y fructuoso. Gracias a ellas, el insigne *leader* ve aumentar por momentos las adhesiones personales que engruesan su partido y lo fortalecen. Los partidarios del Dr. Zayas siguen al político por la ideas que representa, pero adoran al hombre. He tenido ocasión de comprobarlo. El Dr. Zayas inspira fanatismo a sus numerosas y disciplinadas huestes.

Jefe de uno de los grupos en que se divide el partido liberal cubano (la jefatura del otro la lleva el general José Miguel Gómez), sus gentes le empujan hacia la presidencia de la República, y la opinión del país ve con simpatía esos movimientos de aproximación del caudillo a la suprema cumbre. Antes de asentar en ella la planta, puede decirse que ya la ha tocado, que ya la ha conquistado. Juzgarle indis-

cutible para la primera magistratura, ¿no significa reconocer el derecho, sancionado nacionalmente, que tiene para ostentarla y ejercerla?

Yo asistí a un banquete con que sus correligionarios le obsequiaron en el teatro Payret; acto de adhesión a la persona de Zayas, y al mismo tiempo de propaganda electoral. Nunca presencié manifestación semejante de fervor, de cariño, de convencimiento. Rodeó al festejado una atmósfera tal de efusiones y admiraciones apasionadas, se le aclamó toda la noche con tanto ardor, que no me cupo duda alguna en cuanto a las fuerzas de que el Dr. Zayas dispone. Ni tampoco respecto de la índole y significado de esas fuerzas. Se vitoreaba al triunfador antes del triunfo, como si éste fuera un hecho en la conciencia de los seguidores del Dr. Zayas, como si no concibieran la posibilidad de que dejara de serlo en plazo breve. Era un espectáculo conmovedor y magnífico: la coronación cívica de un ciudadano preeminente. Cuando el Dr. Zayas penetró en el teatro dando el brazo a su esposa, el público en masa, compuesto de centenares, miles de personas de todas las clases sociales alzóse de los asientos y corrió a rodearle, a aclamarle, a exaltarle, a aplaudirle; la pasión por el ídolo llegó hasta el frenesí. El gentío le elevaba sobre el pavés y gritaba que ó él o ninguno, y vociferaba hasta enronquecerse: ¡viva el presidente de la República! Se asociaban las señoras al homenaje desde los palcos, batiendo palmas; algunas, más expresivas, le arrojaban sus ramilletes. Yo, extraño a los desarrollos de la política cu-

bana pero poseído de la grandiosidad y la emoción del momento, sentíme por contagio absolutamente zayista. Fuí uno más para glorificar los prestigios y virtudes que se consagraban; uno más en el coro de las ovaciones atroadoras.

Y fué también aquella noche cuando pude juzgar las singulares dotes de tribuno que adornan al Dr. Zayas y su maestría de conductor de hombres y rector de pueblos. La situación, para él, era ardua: tratábase de un acto político en que sus palabras, la menor de sus frases, había de ser inmediatamente recogida por la prensa y la opinión nacional, examinada por amigos y enemigos no sólo en su literal significado sino en sus posibles alcances, en el *arriere pensée* del que sería más o menos claro reflejo; debía, en suma, ser comentada en toda la República, tener una resonancia y una trascendencia enormes. Buscábase la fórmula de conciliación entre los dos grupos en que el partido liberal se divide para sobre ella, levantar la candidatura del Dr. Zayas a la presidencia. Esto fué lo que desde luego entendí; este significado tenía aquella reunión magna.

Hablaron sucesivamente varios señores cuyos discursos producían tempestades de aplausos, pero yo no pude percibir una sílaba de cuanto dijeron; su voz apagábase en el constante e imponente zumbido de las conversaciones y ruidos que llenaban la sala. No apreciaba sino sus ademanes, sus actitudes, su gesticulación un poco violenta subrayando los largos períodos. Veíales sin oírles, desde mi sitio, muy apartado del palco escénico donde esta-

ban los comisionados y los oradores. Era un espectáculo pantomímico de rara amenidad, más bien cómico que serio. A veces llegaba a mis oídos un vocablo y por él intentaba reconstruir, interpretar y descifrar el sentido de las precedentes cláusulas. No lo conseguía: lo único que se me revelaba era el espíritu de moderación y concordia dominante en el concurso, tanto en los que hablaban como en los que escuchaban y aprobaban.

De pronto avanza hacia la batería un orador, a quién todos aplauden largamente. Es un hombre joven, gallardo, de simpática presencia. El doctor Cortina, oigo decir cerca de mí asiento y en la multitud se advierte un movimiento de ansiedad, de expectación; se hace al punto el silencio. Echase de ver que se espera algo notable y que se confía mucho en el que va a romper a hablar. El interés de los circunstantes me declara que el señor Cortina es un *favorito*, en pro del cual se cruzan mentales apuestas y se hacen votos de triunfo. Le sopla el viento de la fortuna, el aura de las consagraciones populares.

Esta oración me llega casi íntegra. Posee el joven diputado,—porque el Dr. Cortina lo es y subirá a más altos puestos,—una voz bien timbrada, llena, pastosa, flexible, rica de inflexiones; la maneja con arte y, al emitirla, le imprime un delicioso claro-oscuro, la matiza y la desenvuelve en una espléndida gama sonora. En breves términos, hace con ella lo que quiere. El Dr. Cortina abunda en las ideas ya expuestas pero las expresa con un estilo brillante, las avalora con el recurso de una acción

sobria y adecuada. Su discurso, aunque eloquentísimo, parece un poquito desigual; entre períodos de construcción perfecta, artística, armoniosa, se le deslizan otros, mal trabados y pobres de forma. Además incurre en numerosas tautologías, viciosa repetición de conceptos; pero de todos modos, aparte estos pecadillos contra la sindéresis o la estética constructiva, el prestigioso representante—así se llama en Cuba a los diputados, copiando la nominación norte-americana,—es un orador de primer orden. En lo externo, no hay tilde que ponerle. *Dice* como un artista consumado.

Habla después Juan Gualberto Gómez, una eminencia de la raza de color: tribuno, periodista, polemista famoso, apóstol abnegado y grandilocuente de las reivindicaciones de los suyos, verbo de la democracia cubana. La figura de este luchador ilustre esclarecida por tantos gloriosos combates, tantos sacrificios, tantos dolores y tantos triunfos, inspira general respeto. Se le deben todos los homenajes: no a él, a la magestad de su vida derrochada en empresas nobilísimas. Bajo, rechoncho, vulgar de aspecto, le embellece y le engrandece la aureola de su honrosa actuación pública; su crespa cabellera blanca se enreda en los laureles de una corona cívica que le ha puesto, entre bendiciones, una grey libertada y un pueblo agradecido. Yo deseaba conocer a este Gómez conspicuo, entre los innumerables Gómez de las Repúblicas ibero-americanas.

Juan Gualberto piensa muy alto y habla con facilidad inaudita, con dominio absoluto del léxico y del elemento verbal; es rotundo, plás-

tico, contundente, abrumador; se ve que siempre lleva *lleno su saco*, y no de piedras falsas, ni de bisutería baratillera; posee una gran cultura y ha dado siempre pruebas de una austeridad impecable. Cuando dice algo, pasa por su conciencia inmaculada adquiriendo en sus labios una expresión conmovedora todo el doloroso poema de las luchas de su raza para alcanzar la dignificación y la plenitud de derechos, que él como nadie personifica; pero. . . . Juan Gualberto Gómez, cuya inteligencia es tan robusta, cuya palabra es tan docta y tan firme, carece en absoluto de las energías físicas y las facultades exteriores que avaloran la dición del Dr. Cortina, actor brillante de la oratoria. Juan Gualberto Gómez *dice* de un modo lamentable. En este punto sufrí un hondo desencanto. Produjo todo su discurso, sustancioso, y nutrido de pensamiento, en un tono uniforme, cansado, a gritos estridentes. Movíase al hablar de arriba abajo, como si fuera a sentarse, y luego en sentido inverso, con una monotonía y torpeza de gestos que malograban el efecto de su hermosa arenga.

Más he aquí al Dr. Alfredo Zayas en pie, pronto a desatar los raudales de su serena y ponderada elocuencia. Se adelanta desde la mesa presidencial, en medio de una ovación tormentosa, que dura algunos minutos. Arrecrian los vítores y clamores en el teatro, donde más de cuatrocientos comensales se han congregado para honrar al eximio político y expresar una vez más la fe que en él tienen puesta. El orador se inclina, realmente conmovido por la solemnidad del instante, y empieza su

oración con voz opaca. ¿ Cual es, sin embargo, el secreto de esa voz del Dr. Zayas que, a los pocos momentos, domina poderosa en todo el inmenso recinto, se sobrepone a los rumores del público, vence las resistencias del ambiente, del local abierto y muy defectuoso en sus condiciones acústicas, se difunde tranquila y grave, y queda reinando soberana sobre el concurso electrizado? No me lo explico: el órgano vocal del Dr. Zayas es fuerte, de mucho poder, pero obscuro, destimbrado; su voz, *mate*, sin flexibilidades ni graduaciones, suena al principio de manera poco grata. Luego, no; luego a compás de las alternativas pasionales y los estados de ánimo por que pasa el tribuno, la voz misma, sin perder su carácter, se cambia. El calor anímico la penetra, acrece su vigor y le prende alas aquilinas. Aumenta su intensidad y, sin subir ni bajar, en una nota media sostenida, llega a todos los ámbitos del coliseo. No se pierde una sola sílaba. El insigne orador parece que conversa con sus oyentes, reposado, seguro, en el pleno señorío de una emisión y una expresión maravillosamente armoniosas. La frase se ajusta a la idea, los períodos caen rápidos sin descomponerse y el discurso sale caldeado a una temperatura que no llega al rojo de la pasión.

Pero lo más admirable es el espíritu que lo informa, la templanza, el gubernamentalismo democrático, la doctrina, el dogma. Muéstrase el Dr. Zayas animado de altos propósitos patrióticos cuyas inspiraciones obedece. Los estímulos partidistas ceden y bajan a último término ante los dictados del deber que, como cu-

bano, le manda posponerlos. La patria, por encima de todo; la patria, sagrado continente de las luchas y las competencias políticas, enderezadas a su servicio, no al de los prohombres; la patria, augusta en su maternidad, intangible y eterna. Tiene para sus adversarios manifestaciones de estimación y respeto sentidísimas. Proclama la fórmula de la pacificación moral y la cooperación ciudadana como la única que puede salvar la República en los futuros trances de peligro, y se presenta como un obrero penetrado de las grandes responsabilidades de su obra y de la hora en que la cumple. Por último, dirigiéndose a los extranjeros, cooperadores del progreso de Cuba, singularmente a los españoles, les saluda y les llama hermanos.

La arenga ha causado gran efecto en la concurrencia que se levanta entusiasmada para aclamar de nuevo al orador. Este ha llevado a los ánimos una impresión de confianza en el porvenir y nadie duda que el Dr. Zayas, cuando llegue a la primera magistratura, cuando empuñe el timón de la simbólica nave, inspirará sus actos en los ideales de justicia y paz que acaba de definir tan elocuentemente. Es posible que otro jefe de partido, en iguales circunstancias, hubiera dicho poco menos; pero por lo menos habría olvidado detalles y toques habilísimos que dieron al discurso del ilustre *leader* una fuerza de persuasión extraordinaria. Posible también que otro hubiera tocado resortes semejantes con no menor maestría, pues en Cuba abundan los buenos oradores; pero seguramente ninguno habría podido, en aquel mi-

uto, expresar con tanta sencillez y al propio tiempo con tanta eficacia cosas tan elevadas y tan profundas. El Dr. Zayas se impersonalizó por completo: habló en nombre de Cuba, su palabra tenía ecos de la predicación de los grandes apóstoles que grabaron el concepto de la libertad en las conciencias antes de conquistarla.

Fué aquél uno de esos discursos que equivalen a una batalla ganada y una victoria merecida. Habíase batido el caudillo con armas inmejorables, de fino temple, y sus adversarios tendrían que reconocerle y discernirle todos los honores. Despejaba el horizonte; aclaraba la situación. Si después fracasaban los trabajos para armonizar las distintas tendencias y ambiciones en pugna, él podría decir que había agotado el tesoro de su generosidad caballeresca. Podría lavarse las manos.

*
* *

El Dr. Zayas es un hombre cultísimo, un trabajador incansable. No hay persona más atareada en la República, ni que más partido sepa sacar del tiempo. Un mismo día se le ve en diez lugares distintos, ejerciendo los más diversos menesteres: ora preside una reunión política, ora pronuncia un discurso en un centro regional, ora informa en la Audiencia o interviene como árbitro en cualquier asunto que le someten sus correligionarios. Entre estos y los clientes de su bufete, quizá el más concurrido de la Habana, apenas le dejan vivir.

Pero no; él no podría vivir de otro modo, aunque lo dejaran. Necesita el ambiente de la lucha y el acicate del trabajo. Acumula numerosas actividades, todas las desempeña con ardor y no sabe lo que son las dulzuras del reposo tras las ansias del sostenido esfuerzo. Y todavía, entre una consulta y un mitin, escamotea a su jornada abrumadora algún rato que dedica a leer, a escribir, a planear conferencias y libros... Porque el Dr. Zayas es, además de un orador eminente, un literato castizo y docto. Ha leído muchísimo; lee, aunque se ignora cuándo, en medio del vértigo de su actual existencia, solicitada desde todas partes, puesta a prueba cada segundo; lee, y se halla al corriente de todo el movimiento intelectual contemporáneo. Si la política no lo absorviera, nos daría una labor literaria cotidiana que enriquecería las letras de América con aportaciones valiosas y originales. Poliglota, polígrafo, dueño de una erudición vasta, nadie más capacitado en su país para acrecentar el acervo de la ciencia y la literatura. Es un escritor, y un científico; podría ser un historiador crítico que construyera la historia como un monumento. Sus compatriotas así lo reconocen, y le han pedido que escriba la de su país. Ninguno más preparado ni mejor dotado para empresa tan difícil.

De su memoria se cuentan maravillas; lo que se graba en ella no se borra nunca. Recuerda los nombres de todas las personas que le han sido presentadas, y los más nimios pormenores de cuanto ellos le dijeron o él les dijo. Esta retentiva sorprende en un hombre que ha

visto desfilar ante sí media República, que recibe cada día a centenares de visitantes y que ejercita una actividad desconcertadora por lo múltiple. No sólo los nombres y los sucesos, sino las fechas. Su cabeza es un archivo nacional. Y eso le sirve para hacer *in mente* el recuento de sus fuerzas y el estudio de cada uno de sus adictos. Resulta muy difícil engañar a quien de tal modo está pertrechado, a quién posee una tan copiosa documentación humana en el magin.

Cuando le he visitado en su despacho, siempre ha podido dedicarme una hora, hurtándola a sus perentorios quehaceres. Los clientes llenaban la antesala, los pasillos, la escalera, en acecho del turno, a pie firme. Mientras conversábamos sonaban sin cesar las llamadas del teléfono, acudían los amigos y los adeptos en solicitud de que les oyese; y él sin poner fin a la plática, dispuesto a reanudarla en seguida, quedaba bien con todos, en especial conmigo. Su charla amena, interesante, salpicada de anécdotas y observaciones ingeniosas, su arte de "causeur" triunfaban sobre la prosa curialesca y la aridez del procedimiento. Aquella escapatoria hacia *otros mundos* menos vulgares animaban su faz cetrina, cuidadosamente rasurada, en la que creemos advertir una fría y serena expresión de britanismo. El Dr. Zayas, en efecto, aparte el color atezado, evoca la imagen de esos políticos ingleses, medio gentlemen y medio glergimens; marcados con un sello religioso inconfundible bajo el de una impecable corrección mundana. Y se me figura hallar en él estas características. Su equilibrio

temperamental no se ha interrumpido, no se ha alterado en ningún momento de su vida intensa y azarosa. Jamás se le sublevan los nervios ni pierde el aplomo reflexivo. En la conversación, su voz lenta, gangosa, un poco arrastrada, parece venir de lejos, desde lo alto de una cátedra e insensiblemente se va apoderando del animo del que le escucha.

El hondo buen sentido político del Dr. Zayas le ha aproximado notablemente a las agrupaciones extranjeras, cooperadoras en el progreso de Cuba. Comprende que estas colectividades tienen en su patria una misión especial que cumplir y merecen, también, un trato especial; porque se suman íntimamente a los elementos nacionales para realizar una obra común. En los países de inmigración, como Cuba, y en Cuba acaso más que en ningún otro, el emigrante incorporado, asimilado, entra profundamente en la masa indígena; sufre una lenta absorción y, aunque no llega a perder por completo las notas originales de su raza, las va modificando en el nuevo ambiente que ejerce sobre él un influjo decisivo. Su descendencia experimentará con mayor energía este desgaste y proceso de reacomodación bajo el nuevo clima moral, no tan sólo físico; pasarán varias generaciones y, al cabo de ellas, serán totalmente cubanos los descendientes del animoso obrero que aquí puso un hogar y engendró una familia amparado de nobles leyes. Ahora bien: ¿no le importa a un hombre político, si lo es de veras, contar con esa fuerza poderosa, halagarla y atraerla para que le preste ayuda? ¿No le interesa tener en los extran-

jeros cubanizados o en vías de cubanizarse un punto de apoyo? Aquí la extranjería es un culto del espíritu; pero los expatriados lo comparten con el amor cada día más vivo a la tierra de su adopción y su permanencia, donde echan nuevas raíces. Sus actos declaran que en realidad tienen dos patrias. Y si de los españoles particularmente tratamos, como nada estorba el tránsito hacia el cubanismo y todo lo favorece, como el origen, la lengua y las sedimentaciones de las costumbres creadas por la antigua Metrópoli en su largo dominio facilitan el mútuo acercamiento, pronto se determina éste. Tienen que mitigarse los resquemores y las acritudes producidas por la antigua convivencia y transformarse poco a poco en sentimientos dulces, benévolos, bajo una nueva ley de vida que allana las barreras opuestas a la penetración de unos y otros. Si se trata, en fin, de nosotros los canarios, tan allegados a Cuba tan identificados con sus destinos, sus aspiraciones y sus esperanzas, aún es más rápido, más estrecho el abrazo que Cuba nos da haciéndonos suyos y nosotros le damos haciéndola nuestra. Un canario en este país no puede de ningún modo sentir nunca, fueren cuales fueren sus adversidades y vicisitudes, el desamparo absoluto de los desterrados en tierra extranjera. En Cuba ninguna cosa nos es completamente ajena. Los primeros isleños que abandonaron las islas, de mala gana, a Cuba vinieron y desde entonces acá se dirigió nuestra principal corriente emigratoria, porque en este rumbo nuestros comprovincianos encontraban la Fortuna. Era nuestro Eldorado, nuestra Ca-

lifornia. Aquí trajimos, caudal rico, contribución preciosa, el tributo de nuestra sangre. Y nuestra sangre fué aquí creadora.

El Dr. Zayas sabe esto; su conducta para con los extranjeros acogidos a su patria libre, a su República hospitalaria, la de Martí, la de la fraternidad universal, se distingue por la cortesía y el afecto que les demuestra. Su palabra élévase a menudo en los Centros regionales cantando himnos de paz, definiendo el dogma de la armonía humana en el trabajo redentor. Cada vez que nuestra Asociación le invita a que la honre con su presencia y la ilustre con sus enseñanzas, allá va el insigne tribuno. Su nombre está asociado al recuerdo de las más grandes solemnidades de nuestra colonia. Habla como un canario convencido; recoge lo que todos entre nosotros sienten pero muy pocos saben decir, y lo dice en forma insuperable, lo vierte en luminosas sentencias. Muchas veces su voz inspirada ha tenido para los canarios el deslumbramiento de las revelaciones supremas; les ha alumbrado el camino del deber que ellos habían olvidado. Cuando se yergue en nuestra tribuna, el auditorio, rendido, sabe que no sólo le ofrendará riquezas de su ingenio fecundo, sino sinceridades de su espíritu amigo, lleno de simpatías e indulgencias para nuestra gente. Y *nuestro* le consideramos, así como él nos quiere suyos; con tanta mayor razón cuanto que don Alfredo Zayas procede de una conocida familia tinerfeña. Es pariente próximo de don Antonio Domínguez Alfonso, ex-diputado por Tenerife. Y se repite el caso con otros muchos cubanos ilustres. Don José

de Armas, el prestigioso escritor tan docto y castizo, tiene también deudos cercanos en Gran Canaria. La madre del gran Martí nació en una de las islas. En las altas esferas intelectuales de la Habana encontré a muchos hombres distinguidos que tienen en nuestro Archipiélago ascendencia o parentela. Como esos vínculos no se rompen, yo, orgulloso, tomo para mi raza una parte de su gloria y en ello fundo un motivo más de mi amor a la divina Cuba...

Los canarios conocen, quieren, admiran y respetan al Dr. Zayas; no solamente los de aquí, sino los de allá, que saben cuanto vale y cuantos servicios le debe nuestra colonia de la Grande Antilla. El nombre del eminente repúblico se ha hecho familiar entre nuestros compatriotas. Los que regresan al terruño lo pronuncian con veneración. Hablan de sus méritos calificados y de la cordial sencillez que le caracteriza, como a toda la sociedad cubana. Le llaman respetuosamente *amigo*, pero no osan llamarle *compadre*. Anhelan verle en la suprema altura.

Yo, además, me llevo del Dr. Zayas una impresión profunda, mezcla de cariño y de rendimiento admirativo. Le ví en su hogar y en su gabinete, todo bondad, todo cortesanía, todo indulgencia. Departimos como camaradas y su charla sustanciosa me llenó la mente de luz, al mismo tiempo que su perfecta bonhomía prodigada como un don benéfico, me llevaba el ánimo. El admirable trabajador intelectual, en unos minutos de reposo, en un intervalo a sus tareas profesionales y sus preocupaciones po-

líticas, mostróme la última obra que tiene entre manos: una obra curiosísima de investigación filológica, un estudio sobre las alteraciones que ha sufrido el idioma español en Cuba y los modismos locales. Obra de sabio, búsqueda de erudito. Un pasatiempo,—me insinuó.— El Dr. Zayas domina de tal suerte al tiempo que, en su afanar continuo, todavía tiene pasatiempos literarios y científicos.

LA PRENSA DE LA HABANA

La prensa habanera es notable por sus excelentes instalaciones y por lo completo de sus servicios. Tiene un aspecto muy moderno, muy yanqui, en su confección. *El Diario de la Marina*, decano de esa prensa, ocupa un palacio construído para darle más que decoroso albergue, para establecer con la mayor holgura y amplitud todas las oficinas, todas las dependencias del complicado organismo que constituye tan importante empresa periodística.

En aquella casa, hogar intelectual donde arde perenne la llama del pensamiento y donde se fabrica el pan de la cultura, colmena de afamados obreros intelectuales, laboratorio de ideas, se han reunido cuantos adelantos y refinamientos pueden admirarse en las más lujosas mansiones de los grandes periódicos de Londres, Buenos Aires o Nueva York. *La Marina* posee un edificio propio que en comodidad, elegancia y lujo no desmerece de los de *La Prensa* o *La Nación*, los más famosos diarios argentinos.

Sus empleados forman un ejército; en sus talleres funciona la maquinaria más perfecta, realizase el trabajo de composición con una rapidez y una pulcritud maravillosas. Publica dos ediciones, por la mañana y por la tarde; recoge al minuto los acontecimientos de la vida mundial, y los sirve a su público comentados hábilmente. El público del *Diario* es casi toda la República; llega hasta los últimos confines del territorio, se introduce en los palacios lo mismo que en las cabañas, y para muchos sus juicios son declaraciones dogmáticas, artículos de fé. Esta boga, este crédito, merecidos e indiscutibles, los ha adquirido el *Diario* en sesenta años de publicidad adocrinadora y de ardientes pero levantadas luchas y polémicas. Representa la madurez de la razón en el periodismo cubano. Su fama llena América y trasciende a Europa. Su director irremplazable, el señor don Nicolás Rivero, encarna en su persona la tradición brillantísima del gran periódico habanero, órgano de los intereses de España y de Cuba cuya reconciliación simboliza. Atravesó en lo pasado por horas muy difíciles, y supo salvar graves conflictos con gallardía y nobleza.

Todo eso, como proyección de una existencia dilatada, fecunda, está en torno y detrás del *Diario de la Marina*. Todo eso en los días actuales, de relativa calma, constituye su *historia guerrera*. Todo eso fortifica su autoridad.

El "Diario" cuenta con ilustres colaboradores y con activos e inteligentes corresponsales no sólo en todas las localidades de la Repú-

blica, sino en todas las regiones de España. En Madrid tuvo de corresponsal a Mellado y hoy tiene a don Gabriel Maura y don José Ortega Munilla; desde Madrid le envía correspondencias y artículos admirables Constantino Cabal, y amenas crónicas de salones y de modas la señorita Salomé Núñez Topete; desde Madrid, también hace ya cuarenta años que le escribe don José Echegaray esas crónicas científicas donde luce su maestría de vulgarizador, literato duplicado en sabio. Y luego, fuera de esta colaboración fija, van desfilando por aquellas columnas, al azar de las circunstancias o de las conveniencias informativas y las novedades literarias, un gran número de escritores, de poetas y cronistas españoles. Toda la valiosa juventud intelectual de nuestra patria encuentra en ellas un eco para sus ideas, un sitio de honor para sus trabajos. Repasar las colecciones del "Diario de la Marina" tanto vale como seguir al día el desarrollo de la cultura hispana y procurarse los elementos necesarios para reconstruirla. En las páginas del gran periódico han dejado su estela deslumbradora muchos cerebros que han esclarecido los horizontes espirituales de España. Y, a la par, contribuyeron, mediante sus desinteresadas obras artísticas, al exacto conocimiento de la nación madre por sus descendientes y al acercamiento de los dos países. No hubiera el "Diario de la Marina" perseguido otro fin ni logrado otro triunfo, y se justificaría que, en razón de ellos, cubanos y españoles le ensalzaran.

Pero además, en términos generales y de

absoluta justicia, se puede afirmar que es en Cuba un instrumento poderoso de cultura y de progreso. Toda iniciativa generosa en pro de las nobles empresas de interés moral y social, o parte del "Diario", o, si otros la inician, el "Diario", sin tardanza, la acoge y la refuerza. Ha hecho innumerables campañas afortunadas, siempre puesta la mira en los más puros ideales, en las necesidades económicas y políticas de Cuba y España, o en la universalidad imperativa de las normas éticas. En esta vía es un centinela avanzado, un guardián incorruptible, ojo avizor y arma al brazo. Ha podido levantar contra sí ciegas pasiones, en períodos de peligrosa efervescencia; pero nadie le ha negado, ni le negará, la honra de haber combatido por grandes causas, haber elevado progresivamente sus tiros y haber ganado decisivas batallas. Si le consideramos como una fortaleza, como un baluarte, hemos de reconocer en su director excepcionales dotes de caudillo.

El "Diario de la Marina" ha gozado, por otra parte, las fruiciones de resonantes éxitos que han repercutido fuera de Cuba. Personajes extranjeros de mucho renombre le han dispensado el honor de sus confidencias en señal de predilección y en testimonio de respeto y confianza; literatos eminentes le han cedido las primicias de sus creaciones. Una crónica publicada en el "Diario" por el conde de la Mortera juzgando la célebre crisis parlamentaria que derrumbó a Maura y entronizó a Dato, produjo una verdadera tempestad en Madrid. Meses duraron los comentarios; ca-

yó la crónica en las esferas parlamentarias y gubernamentales españolas como un explosivo, difundiendo gases asfixiantes. Sin cesar concibe don Nicolás Rivero nuevos proyectos e introduce nuevas amenidades e informaciones en su periódico. Ahora acaba de inaugurar una sección literaria interesantísima, que se llenará con fragmentos inéditos de obras de escritores insignes. Entre los primeros de la serie ha surgido la olvidada figura de don Antonio de Balbuena, azote de académicos malos, terror de literatuelos y poetastros, con la mostaza de su cáustico ingenio.

“La Marina” ha revelado a poetas y literatos de fuste; ejemplo, ese Alfonso Camín, cantor brioso del espíritu moderno, pleno de fogueos líricos, dotado de una fecundidad inaudita y abrumadora, que, cuando se encauce y se discipline, nos dará un poeta altísimo; y ese Constantino Cabal, que hoy escribe desde España, satírico y crítico formidable. El Sr. Rivero, además, sustenta un criterio laxo, complaciente, para con los jóvenes que hacen los primeros pinitos en la carrera de las letras. Cristiano ante todo, repite parafraseadas las palabras del Cristo: *Dejad que los principiantes vengan a mí...* y como no sean completamente impublicables los escritos de esos neófitos, Don Nicolás ordena que se inserten. Hay un juez especial en la redacción, que sobre tales casos dictamina; cae una balumba de prosa y de verso sobre su mesa, y en el expurgo se procura que se salve todo lo que no deba irremediabilmente irse a fondo, es decir, al cesto... Esa contribu-

ción gratuita de musas anónimas e ilusionadas suministra algún material de último orden que va al último piso. Así se alienta a los jóvenes y se fomenta la vocación de muchos que, sin ese estímulo, tal vez romperían desesperados la pluma antes de saber si tienen dedos para organistas; si sirven para escribir algo más que epístolas familiares o amatorias.

No me corresponde hacer el elogio de cada uno de los compañeros del *Diario*, ni ellos lo necesitan. Sólo diré que impera en la casa el criterio de la división y especialización del trabajo, en virtud del cual cada uno está en su puesto, llenando concienzudamente sus funciones sin inmiscuirse en las de los otros. Y este es el secreto del orden severo y la disciplina ejemplar que concierta en una resultante insuperable los esfuerzos de los redactores. El régimen administrativo, a cargo de un jefe como hay pocos, Amalio Machín, empuja de abajo arriba el movimiento de aquel mecanismo prodigiosamente complejo y, a la vez, sencillo y fácil. Cuando se examina desde fuera la labor de una de esas vastas organizaciones periodísticas, en el producto, en las hojas múltiples arrojadas a la voracidad del público, no se sospecha la suma enorme de actividades concurrentes y coordinadas que, dentro, van levantando verdaderas montañas de papel impreso entre el sudor de los operarios y la agoría mental de los escritores. El que lee no sabe el precio exacto de la información nutrida y la densa escritura que adquiere por cinco o diez céntimos. Y, aunque se asomara a ver las entrañas del *monstruo* devorador, tampoco lo

comprendería. Seríale necesario pertenecer al oficio y haberse manchado muchas veces las manos de tinta mientras las máquinas de la imprenta, insaciables, piden más, siempre más...

El "Diario de la Marina" tiene hermosos salones de fiestas, y las ha celebrado muy brillantes. Don Nicolás recibe en su despacho más visitas que un ministro en el suyo. Sin descanso le asedian las solicitudes, las curiosidades, las vanidades y las impertinencias que buscan el amparo del gran periódico. La calma de su temperamento y el hábito adquirido le permiten soportar la tarea agobiadora; pero otro que no fuese él, periodista nato, hecho a las grandes fatigas y las grandes resistencias, no podría sobrellevarla. La dirección de un diario como "La Marina" pesa como la jefatura de un pueblo. Desde la tiple recién llegada hasta el inventor monomaniaco que transporta una olla de grillos en la cabeza y pide ayuda para sus desatinados inventos, desde el advenedizo que pide un bombo hasta el sablista que pide una moneda, desde el arbitrista que ofrece un plan de regeneración económica hasta el simple curandero que ofrece un específico milagroso, todos pasan o intentan pasar por allí. Nadie les detiene: hacen antecelas, esperan turno y don Nicolás, desde su mesa, que es en cierto modo tribunal, le da lo suyo a cada quisque.

Se publican en la Habana otros periódicos muy importantes, buenos semanarios ilustrados, revistas científicas, y otras de variedades, de actualidades y de caricaturas, sin contar las

que son órganos de las agrupaciones regionales españolas, y aún de las colonias extranjeras. Cuéntase además un número inmenso de pequeñas publicaciones políticas, editadas para servir fines partidistas, hoy en auge, mañana olvidadas o muertas. Y hasta revistillas de barrio que apenas llegan al centro de la población, y hojas periódicas en las que los gremios, los oficios, las profesiones, las industrias, dejan oír sus voces respectivas. De todo hay: el total de la prensa habanera sorprende por lo elevado, y como ella es un índice de cultura, se puede deducir el honroso nivel que alcanza la instrucción entre las clases populares y el tanto por ciento mínimo de analfabetos que arrojan esas clases. En la Habana se lee mucho. La enseñanza pública en toda Cuba se ha difundido y mejorado notablemente en los últimos años, bajo la influencia norteamericana.

Esos diarios a que me refería tienen, todos, instalaciones excelentes, y algunos, como *El Mundo*, valiosas colaboraciones extranjeras. En todos el servicio telegráfico es profuso y completo. Casi no hay excepción alguna en lo de la excelencia del material tipográfico y el poder de las máquinas de imprimir, que corresponde a los más acabados modelos. La mayor parte ha instalado la linotipia en sus talleres; la mayor parte, también, publica dos ediciones, la de la mañana y la de la tarde, ambas repletas de información y noticias. Hacen derroche de las notas gráficas insertando cotidianamente grabados relativos a la actualidad que salta y se impone.

Cada uno de esos diarios consta de varias páginas, con tendencia al aumento y la mejora, que incesantemente van acreciendo su importancia. Esta lucha comercial pero legítima entre las empresas redundando en beneficio del público, tanto como de la prensa en general, fuerza poderosa de los tiempos modernos. Se perfecciona *el producto*—apliquémosle un nombre industrial, puesto que se halla industrializado,—y se abarata. Como a la vez crece el número de lectores, obtiéndose un adelantamiento continuo, obra de la competencia vivísima. La fiebre del anuncio periodístico ha adquirido caracteres extraordinarios y reviste formas extravagantes. En los diarios habaneros se anuncia todo, pero ningún reclamo se escribe en prosa llana y corriente, sino en lenguaje rebuscado, lleno de sorpresas. Cualquier suceso de los que repercuten en el mundo entero, cualquier incidente político o escándalo social de los que emocionan la República, se aprovecha para hacer aplicaciones en la anunciación fantástica de los productos y negocios. En esto como en el capítulo de los letteros tenderiles, no se para hasta dar en el absurdo.

El modelo de estos diarios habaneros está en aquellos colosales diarios norteamericanos que realizan el ideal de lo gigantesco y lo desahogado, forma de toda la civilización yanqui. La misma abundancia de hojas y la misma arbitraria elección de títulos; el mismo sentido de lo pintoresco y de lo llamativo y el mismo vasallaje a los gustos y las preferencias del público pagano. Las noticias detonan como

cohetes, con las letras descomedidas y los epígrafes rebuscados que las hacen resaltar. El noticierismo invade las columnas extendiéndose en frondosidades fraseológicas, sofocando la ideología adoctrinadora. El articulista se comprime y se enfrena ante esta avalancha de lo nimio que, para los lectores, es lo primero. Eso buscan preferentemente, y eso preferentemente se les da, aderezado con mil fiorituras de redacción.

Pero lo más curioso son los saltos de caballo y las fugas de vocales que cortan la lectura a cada paso y desorientan al que lee. Está usted, por ejemplo, engolfado en la lectura de un artículo interesantísimo sobre la guerra, tema trágico de los presentes tiempos, y héte aquí que, cuando es más intenso el interés que usted experimenta, le envían a buscar el fin del relato siete u ocho páginas más lejos. ¿Para qué? No me lo explico. El lector se siente defraudado; por lo menos, sufre una molestia, su atención se distrae y su emoción se enfría. Le hacen víctima de un escamoteo. Hay que leer de este modo, a brincos mentales; avanzar y retroceder luego para seguir enterándose de lo que el periódico contiene. En el camino se tropieza con los pormenores de la publicidad menuda, con las impertinencias de la "réclame" industrial, y se olvida el asunto que tanto interesaba. Lo que se desea es quizás meter a la vez por los ojos todo el contenido, que nada de él quede en la sombra, que las palabras y las líneas en aquel negro mar torral de signos tipográficos, sublevados, nos asalten; pero el efecto se frustra.

Otro tanto digo de las famosas fugas de vocales... *fugas de Bach* del periodismo industrializado moderno. Lee usted un título y encuentra que le han escamoteado diestramente una *a*, una *i*, o una *u*. ¿Para qué? Por razones de economía en el trabajo de la imprenta, o por abreviar el nuestro? De todos modos, cuando nos obligan a comernos una vocal, nos parece que nos han jugado una linda broma. ¡Vaya un arte de *vocalizar*!

Entre la prensa literaria descuella *El Figaro*, revista que conozco hace muchos años y en la que se refleja brillantemente el movimiento intelectual americano y europeo. Creo que la fundó Manuel S. Pichardo, un ilustre poeta, hoy secretario de la Legación de Cuba en Madrid. En torno del fundador agrupáronse los mejores escritores y porta-liras de la República; entre los colaboradores figuran las más acreditadas firmas de América. *El Figaro* nada tiene que envidiar a las grandes revistas del extranjero. Por lo escogido de su texto y por lo esmerado de su confección, honra a Cuba. Recibir hospitalidad en sus páginas tanto vale como obtener un diploma que enaltece, un espaldarazo que consagra. Sus grabados limpidísimos, completan el valor artístico de ese semanario.

Además, salen otros en la Habana muy bien presentados y muy bellos (la lista sería larga, sólo puedo citar los nombres que ahora recuerdo). *Bohemia* es una publicación preciosa; *Gráfico*, *Hojas Selectas*, *Arte*, llenos de amenidad, gracia y finura, no desmerecen de los mencionados. Y todavía debo citar *La*

Revista Contemporánea, Cuba y América, consagradas principalmente a las altas especulaciones científicas, *Asturias*, órgano de la numerosa colonia asturiana, ¡y cuántas, cuántas otras!

La prensa cubana, en general, ha progresado mucho; ha crecido y se ha agrandado y perfeccionado en la misma medida en que ha ido desarrollándose la instrucción pública. Según aumentaba el contingente de lectores se multiplicaban los periódicos de toda especie. Y conforme cundían éstos a compás del aumento de aquéllos, la producción libresca también se acrecentaba. Hoy las prensas habaneras echan sin cesar al mercado literario volúmenes y volúmenes editados primorosamente; en términos que, desde el punto de vista de la impresión y la belleza ornamental y el relieve gráfico, poco resta por hacer o por desear. Entre las manos tengo, mientras escribo, publicaciones insuperables hechas recientemente en la Habana, que autorizan mi aserto. La cultura cubana, favorecida por la nueva vida de independencia, engendradora de esperanzas y estimuladora de actividades espirituales, se abre como una inmensa flor. La más prodigiosa flor del jardín de los trópicos.

En las provincias la prensa, asimismo, ha adelantado durante las últimas décadas; pero, en cierto modo, es tributaria de la prensa de la capital. De ella se nutre; ella le marca el tono y le fija el rumbo. Sin embargo, hay en Santiago, en Matanzas, en Cárdenas, en Cienfuegos, periódicos estimulables, de aspecto modernísimo.

JONHSON — WILLARD

He visto a los dos grandes campeones del boxeo internacional, negro y blanco; y añadiré que me han producido inmensa admiración. Pero necesito explicar inmediatamente este sentimiento; no vaya a deducirse que yo soy un ciego admirador de la fuerza bruta. La admiro, sencillamente, porque está muy lejos de mí. Las cosas que nos son ajenas y remotas, son las que más nos atraen: en éste orden, contradiciendo una ley física, a mayor distancia mayor atracción. Si las estrellas, por ejemplo, se nos acercaran, si pudiéramos penetrarlas, escrutarlas, *poseerlas*, menguaría mucho el ideal embeleso y arrobo que nos causan. *Poseídas* dejarían de interesarnos.

Pues otro tanto acontece con la fuerza física, el polo opuesto del poder intelectual e imaginativo en la humana naturaleza. Los que nos sentimos materialmente débiles, envidiamos a los colosos que tienen la soberanía en sus músculos y en sus puños; soberanía análoga a la de los grandes animales. Ante la

osamente de un mastodonte o de un plesiosauro, consideramos empavorecidos lo que sin duda fué la tierra en las primeras edades geológicas y zoológicas, tremenda lucha de especies, choque de monstruosidades, forcejeo de animadas masas gigantescas, victoria definitiva de los seres más vigorosos y resistentes. Entonces el único valor reconocido fué el de la mandíbula, o el de la garra.

Más tarde, creados los valores mentales, aquel concepto absoluto y exclusivo que ponía el vigor corpóreo como única ley de vida en el inmenso campo de batalla del planeta, vino primeramente a compartir el dominio con la inteligencia; luego, a cederle y trasladarle ese mismo dominio. La inteligencia se encumbró, subyugando la fuerza. Hubo un cambio de soberanía; diríase mejor un doble juego y sistema de soberanías en que la superior, la inteligencia, domina a la inferior, la fuerza. Todo el progreso de la humanidad ha consistido en fundar, por grados, esa relación substancial y ese sometimiento, entronizando la monarquía universal del Espíritu, después de libertarlo. Libre de las fatalidades que lo aprisionaban, reina invencible sobre la materia, su esclava.

Los pueblos avanzados en cultura como los individuos cultos, exaltan el espíritu sobre la materia: en esto se distinguen de los bárbaros y los rezagados que, al revés, exaltan la materia sobre el espíritu. El más alto grado de perfección consiste en armonizar los dos elementos: en ser fuerte por el cerebro y fuerte por el desarrollo muscular. Pero esa ado-

ración a la fuerza en cuanto fuerza, abstraída, deificada, constituye un caso de atavismo, una supervivencia de los violentos hábitos ancestrales en plena civilización. Está bien que los pueblos y los hombres quieran hacerse hercúleos para poder luchar y vencer; pero si se han civilizado de veras no olvidan que la inteligencia brilla sobre la fuerza como el señorío sobre la servidumbre, aunque puedan los siervos con el empuje de su brutalidad arrollar y derribar a los señores.

Yo admiro el atletismo; sólo que al admirarlo doy testimonio de que lo temo. Me aterroran los Alcides de los circos, como montañas que podrían aplastarme si me cayeran encima. Luego, tranquilo ya, calculo la suma de energía útil que despilfarran en sus alardes y encuentros; téngola por perdida, y los competidores parécenme simplemente unos respetables brutos. Les mido con la vista desde los pies a la testa los corpachones descomunales y lamento que, en vez de propinarse morradas y calabazadas frente a un público pagano que se entusiasma con su bestialidad y aplaude los golpes desquijarrantes de los pugilistas, no se fueran a alzar sobre sus hombros los grandes pesos del comercio y de la industria; no aplicarán su prepotencia física extraordinaria a impulsar el trabajo progresivo, en vez de renovar la primitiva barbarie, como he dicho, en plena civilización. Caso de que no pudiesen desempeñar el más humilde oficio donde su pujanza resultara fructuosa para todos, ni siquiera el de arrastrar un carro o el de mover una noria, yo querría verles desarmados y amansados a las

plantas del Amor, como Hércules cayó a las de Onfalia.

Y el público que les excita y enciende en cóleras artificiales, y les cultiva un orgullo imbécil, y les paga generosamente los porrazos, y se vuelve loco de entusiasmo cuando les ve sangrar y jadear, hasta cuando les ve morir, con menos elegancia sin duda que los gladiadores romanos, esa muchedumbre brutalizada merece el mismo concepto que sus ídolos y sus héroes del *stadium*. Digo mal; todavía la encuentro más innoble. El boxeador juega su vida, y la juega con arte, sin trampas ni engaños; los espectadores fomentan con su dinero y sus aplausos un espectáculo de degradación humana. Lo mismo pienso del toreo, nuestra gran vergüenza española: los toreros valen más que los aficionados a la repugnante fiesta, y los toros más que los aficionados y los toreros. Aunque se crea lo contrario, el toro es el menos animal.

Expuesta francamente mi opinión sobre el boxeo, se comprenderá que mirara a Jonhson y Willard, reunidos en la Habana para acometerse por el honor de sus razas respectivas y por el beneficio pecuniario; se comprenderá, digo, que les mirase como a dos magníficas bestias. Dos hermosas reses en sus pesebres, bien cebadas y bien mantenidas, me hubieran cautivado de igual modo. Debo declarar, sin embargo, que noté menos animalidad en el blanco que en el negro. Johson, traspasada ya la cuarentena, grueso con una gordura fofa, grasoso, pesado, torpe en los movimientos, los ojos hundidos entre los repliegues de la carne facial casti-

gadísima, proclamaba en su aspecto lastimoso un principio de decadencia y un anuncio de derrota. Era una gloria—perdóneseme la profanación de la palabra,—que declinaba, que se desvanecía. Sus enormes narices aplastadas parecían olfatear la sangre de sus pasados triunfos y de sus futuros vencimientos. Al andar su formidable armadura ósea crujía, revelando cansancio. Sus miradas, vagas y tristes, perdíanse en el espacio llenas de nostalgias, como si evocaran grandezas idas para siempre. ¡Qué grandezas! Las aclamaciones atronadoras de cien combates victoriosos; los puñetazos magistrales que habían convertido la cara del contrario en masa informe; las costillas rotas, los vientres golpeados y tundidos como parches de guerra, las muelas saltadas, las orejas deshechas, los brazos desquiciados, la piel arrancada en girones, el reló del corazón que se para y la muerte que llega fulminante. Luego, el clamoreo de la multitud enloquecida vitoreando al vencedor sin compadecerse de la víctima, la apoteosis vergonzosa, el pavés, el oro de la ganancia y la glorificación del éxito. Un canto insolente de gallo lidiador, un desafío de nuevos reñidores en nuevos trances, y el alborozo de la gente oscura, tempestad de alegría en el Mar Negro. Más allá, en el fondo de la conciencia de la población blanca de los Estados Unidos, el orgullo humillado que busca desquite; el tío Samuel abofeteado por un vengador de los esclavos legalmente redimidos pero socialmente proscritos, por un liberto irresistible. Todo esto debía verlo Jonhson en las lejanías de su memoria, mientras paseaba las calles de

la Habana, mientras recorría los hoteles sin encontrar hospitalidad ni alojamiento en ninguno, a causa del estigma de su color negativo (del Plaza le arrojaron como a un perro sarnoso). Su esposa, la Dama Blanca, le acompañaba en aquel calvario y le enjugaba el sudor de agonía.

Willard, su rival, era completamente el tipo opuesto, no sólo por la raza, sino por la edad y las condiciones corporales: alto hasta merecer el nombre de coloso, enjuto, nervioso, erguido y flexible como un junco. Bajo su traje ceñido se acusaba una anatomía atlética, músculos tendidos como manojos de cables, largos, firmes y sólidos remos. Una cabeza breve plantada sobre un cuello delgado y fino. Mirada viva, audaz, brillante. Pecho descarnado que marcaba enérgico el costillar; movimientos libres, ágiles, seguros, total impresión de una juventud vigorosa e incontrastable. Traía a mi memoria la silueta de uno de esos corceles andaluces que, el ojo en llamas, la crin al viento, se lanzan como un huracán, magníficos en su prestancia y su soberbia.

Invitado el campeón blanco a una comida por sus compatriotas del hotel Plaza, le ví rodeado de admiradores que brindaban anticipadamente por su triunfo y le aclamaban antes de haber vencido. El, sin embargo, no parecía muy seguro del éxito. Después de recoger las ovaciones y alabanzas de sus partidarios, puesto en el caso de hablar para dar las gracias, pronunció con lentitud y aplomo un pequeño discurso que un mozo de servicio me tradujo y que, en resúmen, concretaba cierto pesimismo

risueño: Esperemos y tengamos confianza. Lo que en buen castellano equivalía a decir: Dios sobre todo. El grupo era interesantísimo: Willard dominaba el concurso como la estatua de la fuerza masculina; ninguno de los circunstantes le pasaba de los hombros hercúleos.

Pero los que conocían bien a ambos competidores, votaban en favor del negro; mucho menos joven que el blanco, superábale en maestría, en técnica profesional, en el conocimiento de los trucos, añagazas, astucias y sorpresas de tan aperreado oficio. La inteligencia debía vencer a la fuerza, cual casi siempre ocurre en el mundo, porque la inteligencia también es fuerza, pero superior, soberana. Y el que aparecía menos inteligente, era en realidad el más cultivado y afinado. Esto se vió después, en muchas ocasiones, y se vió sobre todo en el dramático lance postrero del emocionante *match*.

Cuando Jonhson sintió próxima e inevitable su derrota, pidió que se llevaran del *stadium* a su mujer para ahorrarle el dolor de presenciársela, quedóse en la actitud serena de un filósofo que aguarda la muerte sin perder la compostura ni el señorío de sí mismo, y al consumarse la fatalidad que anunciábase desde hacía rato, inclinó la frente y batió palmas al triunfador. Sus frases, entonces, medidas, austeras, sentenciosas, fueron dignas de los tiempos heróicos. Es natural—exclamó dirigiéndose a su antagonista, tendiéndole la mano en ademán caballeresco. Tenía que ser así, La Ley se cumple. Yo también le felicito.

Más de veinte mil personas concurrieron al espectáculo; pero las damas cubanas le nega-

ron su presencia. Ellas, tan delicadas, tan femeninas, no podían ver con buenos ojos aquel brutal alarde, y se retrajeron. Quedó la pista entregada a los hombres, y a las disputas de los hombres. Solamente alguna intrépida yanqui, carnet en mano, siguió las peripecias de la lucha. Y nadie, ni aún los que mayor interés demostraron o fingieron durante aquélla, nadie salió satisfecho. Los pueblos ibero-americanos profesan el culto del valor como pocos; pero no confunden la bravura personal, apasionada, escape de las demasías de un temperamento fogoso e impulsivo, con la brutalidad calculadora y fría.

La prensa había censurado el atletismo de circo en cuanto explotación organizada, en cuanto diversión pública, y había asegurado que las señoras de la Habana no asistirían a la aborrecible fiesta. Bien sabían lo que aseguraban los periodistas que tal afirmaron, en nombre de las damas cubanas. Las conocían y las honraban en el hecho de suponerlas enemigas de tales excesos. Posteriormente, se ha presentado a las Cámaras un proyecto de ley pidiendo sea prohibido el boxeo en Cuba.

En Norte-América encarniza y enardece de arriba abajo todas las clases sociales. Los campeonos dichosos de este *sport* sangriento adquieren el carácter, la jerarquía y los honores de verdaderos héroes nacionales. La muchedumbre los encumbra, los sigue, los aclama, los adora. Entre las dos razas antagónicas e irreconciliables, blanca y negra, los lauros de los atletas irritan los odios como el vinagre aplicado a las heridas. Los vencedores del *stadium*

llegan a tomar el significado categórico de hombres representativos, de símbolos vivientes. . . En su torno se desatan furiosas las pasiones racistas y un negro, Jonhson, por ejemplo, encarna esos odios y esas pasiones contra un blanco, Willard. La democracia en sus dos ramas, dominante y dominada juega con sus *animales* favoritos. Reminiscencias clásicas, se dirá, el genio greco-romano que vuelve e impone sus dogmas estético-materialista en el seno de la Unión Americana, pueblo enamorado de sí mismo; pero ¡ay! el ambiente moral y social de los Estados Unidos no tiene nada de helénico. Los boxeadores no se asemejan a los gladiadores ni a los luchadores de los Juegos Olímpicos, como se asemeja la plebe yanqui al populacho ateniense, ni el Foro al Broadway, ni el Parthenon al Capitolio. Por eso allá no se aplauden más que los trompazos monumentales; por eso no se glorifica un ideal: se ruge un instinto.

Es lo que sucede en España, *plus minusve*, con los toreros. También nuestro pueblo juega con sus *animales* favoritos, también los toreros son símbolos para los españoles. La única diferencia está en que se trata de un pueblo débil. Los verdaderamente fuertes toman veneno, y no se envenenan. En los verdaderamente débiles hasta el amor de la fuerza reviste el aspecto enfermizo de la debilidad. Si la tauromaquia hubiera nacido en los Estados Unidos o en Inglaterra, sería cosa muy distinta, de seguro. Quizás más bárbara, pero sin duda más saludable. Hay un germen fatal de corrupción en el fondo de nuestro latinismo, que

disminuye nuestra resistencia a las enfermedades sociales. Nos envenenamos pronto con poca dosis de veneno. Las sociedades sajonas, vigorosas y resistentes, superan los efectos tóxicos y acaso se fortalecen al intoxicarse destruyendo con su energía constitucional los daños de la intoxicación, resolviéndolos en beneficio. Si, por la inversa, hubiera nacido en España el boxeo, cosa imposible, la parte más pobre de la grey española se habría aniquilado por completo en ejercicios desproporcionados a su fortaleza y toda la nación habría venido a ser un reñidero sin estímulos ni percepciones más allá de la misma riña. En vez de endurecerse, se reblandecería y se desleiría en la afición.

La afición torera en España resulta funestísima, disolvente, porque reina sobre la debilidad de una raza mal alimentada, anémica, miserable; el furor pugilista en los Estados Unidos entona a una raza fuerte, bien nutrida, atlética, pese al abuso del boxeo. Este abuso equivale al del individuo que, sintiéndose un gran poder físico, quiere en todo momento demostrarlo y cae en las jactancias fanfarronescas del matonismo. Se le teme porque representa un valor real indiscutible. En cambio se tiene en poco al fanfarón que simula superioridades que no posee. La tauromaquia, exhibición alardosa, fiesta de colores, *parada de arrogancias ridículas* bajo disfraces carnavalescos, constituye la más triste de nuestras coqueterías y nuestras hipocresías nacionales. La vanagloria puesta en la escena del circo taurino, lumbre meridional, are-

na y sangre, viene a decir indirectamente que nuestra debilidad y nuestra decadencia sólo pueden permitirse aquella parodia de fuerza y de gracia. Para los españoles de hoy el toreo es cosa negativa; niegan con él su capacidad para las grandes empresas civilizadoras. Si el toreo fuera en España un entretenimiento, un capricho o un extravío de la fortaleza, una simple *mancha solar*, como el boxeo en los Estados Unidos, no negaría nada. Por el contrario, afirmaría cualidades fundamentales que iban en su desarrollo demasiado lejos. Cuando tuvimos *imperio* y llevamos el alma española por el mundo en las espadas de nuestros caudillos y en las obras de nuestros pensadores, poco significaba la travesura cruenta de las corridas de toros. Podían aceptarse, porque *había más*: ahora, porque *apenas hay más*, débese abominarlas.

Cierto que en Norte-América los espectáculos de pugilismo apasionan y perturban a las multitudes; pero dejan intacto el concepto de grandeza nacional. Esas contiendas feroces, esos combates individuales, se dan en un plano inferior, mientras la nación también batalla, trabaja, se multiplica, triunfa... Unas cuantas parejas de colosos la divierten sin quitarle el sentido de sus altas funciones y deberes, sin anublarle la visión perfecta de su presente y su porvenir. Creyérase al ver su apasionamiento por la riña de los jayanes, que ha retrocedido de un golpe a la barbarie primitiva. No ha retrocedido: se ha parado contemplando la orgía de la fuerza, admirando la fibra y el nervio de su propia comple-

xión, adorando un símbolo exagerado, desnaturalizado. Sobre aquel combate atroz resplandece la cultura general americana en una serie de esenciales afirmaciones victoriosas. El toreo en España es un vicio inculto que, lo repetiré, lo niega todo... Actualmente—he ahí lo tremendo,—resume nuestra decadencia.

EL CONDE KOSTIA

Desde hace más de treinta años este escritor que ha hecho célebre su seudónimo novelasco, pontificia en Cuba. Cronista esplendoroso, crítico erudito y penetrante, poeta, declamador sin igual, espíritu elevado, sereno, henchido de una cultura múltiple y profunda, todo ello le ha dado una fama que nadie discute. Su pontificado literario le elevó a la sede máxima, una roca incommovible sobre las rompientes de las cóleras, las envidias y los odios plebeyos. A los pies de la roca en que el águila asienta su garra como un cetro, las efervescencias pasionales se pulverizan en espuma sin llegar hasta lo alto. Aniceto Valdivia, por otra parte, tiene como don aquilino el de saber mirar y saber oír imperturbablemente. Por eso aún en los días tempestuosos y en los trances fieros, cuando a su alrededor todo temblaba, su actitud ha parecido siempre la actitud del reposo absoluto. La ley vital de las aves de altanería consiste en no descomponerse nunca; se sublevan los elementos, se des-

bocan las velocidades, se ensoberbecen las potencias, se trastornan las dominaciones, se condensan los fatalismos como nubes preñadas de negros augurios, y ellas, las aves altaneras e impávidas, siguen su navegación por las excelsitudes de la atmósfera, siempre más arriba del desorden, o se quedan clavadas en las cumbres.

El Conde Kostia ha definido y ha realizado en su obra, para el pueblo cubano, durante mucho tiempo, los dogmas de la rectitud y la perfección estéticas. Su primer timbre de literato es ese de definidor artístico, fundado en dotes, aptitudes y conquistas que le formaron una autoridad universalmente acatada. Al ejercerla, ejercía un derecho. Su dictadura impúsose como se impone la luz. Contra la luz no vale protestar ni sublevarse; y así Valdivia, sin ser un hombre de formación académica, un universitario, un diplomado, sin haber escrito filosofía, ni novela ni historia, sin haber publicado macizos volúmenes ni renovado doctrinas, sólo administrando el viático de la belleza literaria a las muchedumbres en las hojas periodísticas y en sus crónicas, sus versos y sus artículos, porque eso lo hacía cual no supo hacerlo ningún otro, porque probaba cotidianamente la identificación de la belleza con la verdad, vióse un día en Cuba exaltado Pontífice. Pusiéronle la tiara del Arte, pero él, humilde, no quiso cambiar las vestiduras. Habiendo llegado a la estabilidad suprema del yo intelectual, tampoco cambiaría las ideas.

Valdivia conoce mejor que nadie en su tie-

ra las literaturas y las escuelas; pero sus aficiones se van hacia lo clásico helénico y lo moderno francés; un mismo culto en el fondo, prolongado desde Grecia a Francia, desde la madre a la hija. Ayudado de una memoria portentosa que convierte su cerebro en biblioteca y en archivo, ningún autor ni libro alguno de ambas procedencias le es extraño. Los grandes novelistas, los grandes líricos, los grandes ensayistas de París, *arca santa*, le han dicho sus secretos para que él en su prosa irisada, policroma, los revele al mundo americano, donde la Francia intelectual impera. Y ese afrancesado con fantasía criolla y lastre español, desmesuradamente imaginativo, pare una metáfora cada minuto; no cesa de encender vengalas y construir castillos piro-técnicos en que la frase brilla, culebrea y detona al fin como un cohete. Pero así Valdivia ha deslumbrado a Cuba.

Sería poco si no hubiera en su labor otro más sólido producto, minerales auríferos extraídos de las minas profundas... Si no hubiera, sobre todo, un sentido crítico, un magisterio y un apostolado mantenidos generosa y rectamente a través de una vida que se ha evaporado como un tributo de áloe, mirra e incienso en las aras de la Belleza Eterna. Crítico sin "pose", maestro sin tiesura, apóstol sin fanatismo, el *Conde Kostia*, cuyo bellísimo carácter resume las suavidades y las dulzuras del carácter cubano, exponente valioso de la raza, ha hecho en su patria más que discípulos; ha hecho fieles devotos para el amor de lo bello y lo bueno. Les ha enseñado a

adorar el sacramento de esa Eucaristía y a comulgar con esa hostia. Blanca está su alma, blancas están sus manos, de tanto haber buscado la blancura elísea de los excelsos ideales, palomas místicas que su númen quiere coger al vuelo. Y ha extendido en su torno, sobre los espíritus conquistados y pasmados, la zona de la blancura... Y su maravillosa pirotecnia verbal me recuerda la escenografía del catolicismo, sendas doradas, caminos radiantes, vías lácteas que llevan a lo divino desde lo humano; sensaciones sutilizadas hasta convertirlas en puras emociones y en ideas santas.

El *Conde Kostia* ha sido llamado *rey de la imagen* por el derroche millonario con que las prodiga en su estilo. Abre la caja de sus tesoros, saca puñados, montones de pedrería, tira al azar las piedras como un sultán loco, para que las recoja el que quiera, y un hada buena o un brujo amigo le renueva inmediatamente la riqueza dilapidada. Sobreabundan las perlas, cristalización de lágrimas, los diamantes limpios y fúlgidos como luceros; mas no faltan tampoco las piedras de colores que se combinan para formar el arco iris, la gran sinfonía cromática.

Este literato-pintor que a veces suele tener caprichos goyescos o rembradnescos, siente a la continua la embriaguez de las luminosidades reveladoras y las visualidades inefables. Creyérase que escribe dentro de una inmensa concha de nácar, recogiendo en los ojos semi-abiertos una pálida y dulce luz rosa; creyérase que escribe soñando, que sus asiáticas

fantasías son sueños, cuentos de las *Mil y una noches*, recordados y anotados al despertar, de prisa, muy de prisa, para que no se volaticen en el éter de la inspiración...

Pero siente asimismo el ritmo poético, la armonía de los párrafos sonoros que caen como cataratas retóricas. Todo sensualidad refinada, mientras su pluma corre por las cuartillas trazando—creo yo,—arabescos caligráficos o diabólicos geroglíficos (Valdivia ha de escribir muy claro o muy confuso, a lo pendolista o a lo masón), su vista, su oído, su olfato, todos sus sentidos, le ayudarán en la tarea. *Verá, oirá, olerá*, lo que escriba, y llegará a la absorción absoluta de la personalidad en la obra.

Valdivia admira entre todos los escritores franceses a Gauthier, el estilista fabuloso, el orfebre insuperable, el Benvenuto Cellini de las letras galas. Bien se advierte la influencia, no de imitación, sino de semejanza y simpatía espirituales, entre el uno y el otro. El estilo de Valdivia, lo mismo que el del autor de los *Camafeos*, se despliega como un manto imperial oriental; bordado y recamado de metáforas centelleantes con insólita profusión. En esto va más allá del modelo, pero no le alcanza en el profundo sentido de armonía clásica que es en Gauthier constante ley de equilibrio. Allí donde Gauthier distribuye su riqueza, Valdivia derrocha la suya. Cada página de este último parece un pedazo de cielo estrellado en el que sobre lo cerúleo lleno de fulgores vuelan pájaros fantásticos, desafos-

radas quimeras. El *Conde Kostia* es un mago que fabrica con el lenguaje orfebrerías portentosas, sutiliza las formas de expresión y pinta, esculpe, hace músicas con la palabra. Su manera de escribir nos asombra y deslumbra porque entraña un resumen de habilidades técnicas y artísticas aplicadas a la literatura; un dilettantismo exquisito y multiforme. Su estilo desconcertante es un *bel canto* y él se nos parece como un *divino* de la retórica modernista, ya en punto de decadencia, pero siempre bella y sugestionadora, como las melodías bellinianas.

Si se hiciese un concurso al autor de la más rara, admirable y luminosa imagen, al que con más relieve plástico, más gracia alada y más riqueza sonora presentara una idea convertida en juguete de una imaginación sin leyes y sin frenos, musa loca, bacante gentil, de seguro el premio, entre todos los escritores americanos, correspondería al *Conde Kostia*. *La loca de la casa* le ha inspirado audacias y extravagancias sublimes. Pero también se las inspiró a Víctor Hugo, y esos alumbramientos milagrosos constituyen otros tantos deslumbramientos. Creyéramos que el literato-taumaturgo dice al que lee: "Ciega, y luego piensa". Y le obliga a cerrar los ojos para concentrar el pensamiento.

A ratos, como en un intermedio de serenidad entre dos tempestades—Valdivia es de las letras americanas un dios tempestuoso que se divierte en despedir centellas, y un dios benigno que se recrea en encender auroras,—a

ratos se humaniza gravemente y ataca en serio la labor crítica. No hace entonces sino cambiar de elemento: vestida la toga, siempre risueña la faz, absorto en divinas contemplaciones, nunca libre de su naturaleza egregia por acercarse a lo humano para *verlo*, sus juicios son la verdad y sus fallos, la justicia. Nadie en asuntos literarios puede opinar ni fallar con mayores prestigios, con mayores garantías de acierto y de inteligencia.

Toda la producción literaria moderna, la francesa especialmente, ha sido *revelada* a Cuba por este escritor insigne; la ha dado a conocer en versiones, en glosas, en transcripciones amplias y brillantes, en alusiones y citas oportunas. Ha sido el embajador del genio de Francia en Cuba, cumpliendo una tarea de alta cultura intelectual. Al pasar por su fantasía calenturienta, cobraban nuevo brillo los pensamientos de los maestros y los artistas que presentaba a sus compatriotas. Los *americanizaba*; es decir, prestáales un nuevo encanto sin quitarles nada de su esencia intransfundible. Y si recitaba sus obras en un canto altísimo, magestuoso, arrebatador, adquiría su recitación única, secreto de su temperamento único también, la grandeza de una plegaria que hacía inclinar todas las frentes. Y ganaba con el milagro de su verbo interpretativo innumerables fieles para las religiones estéticas, innumerables discípulos para las escuelas artísticas. En el pináculo de su cátedra, sacudida por los vientos de la inspiración propia y la agena, su cabeza resplandecía co-

mo^s una antorcha. Era un iluminado, un poseso de la locura del Arte, casi tan sagrada como la de la Cruz.

Ha traducido a Barbier magistralmente; ha escrito en ese su tono propio, de amplificaciones y evocaciones formidables, sacándole chispas al idioma, bruñéndolo, espiritualizándolo, los epitafios y los panegíricos de las grandes celebridades contemporáneas, para América. Después de haberlos introducido con toda ceremonia, boato y dignidad, sabía despedirles en el trance postrero con oraciones fúnebres eminentemente poéticas; sabía ofrecerles al punto de tomar el último tren, o el pasaje para la barca de Caronte, ramilletes de rosas áticas.

Júzguese, por estos rasgos, la labor educativa de este hombre que durante tantos años ha deshojado tantas flores y ha echado a volar tantas mariposas en el ambiente mental de Cuba. Los sones de su lira órfica llamaban a sus hermanos de raza a la vida del espíritu, mientras tronaban los cañones y gritaban los clarines de la revolución. Entre los hombres de hierro, perdidos en la noche borrascosa de las batallas, sobre los caminos de espinas y los campos ensangrentados, sobre los calvarios de tinieblas, la alondra cubana anunciaba el día.

Hoy la tribuna de Valdivia es *La Lucha*, un periódico que responde a su título. Desde sus columnas, en un coto cerrado que es un vergel, cotidianamente define sus dogmas, alecciona, adoctrina... y ofusca. Su pluma sigue

siendo una varita mágica. A veces arde como la zarza de Oreb.

*
* *

Quando el general José Miguel Gómez, el compadre presidente, rigió la República. destacó una tropa de poetas para que fueran a representar a Cuba en el Extranjero. Quiso rectificar a Platón, demostrar que los poetas pueden trocarse en hombres útiles, en buenos diplomáticos. Era toda una teoría de política internacional aliada con el lirismo; teoría llevada a la práctica en medio de los aplausos justicieros de la opinión. Los porta-liras o escritores enviados a América y Europa como heraldos de la nueva nacionalidad antillana, como nuncios y cruzados de la Estrella Solitaria, cumplieron concienzudamente sus deberes. La diplomacia clásica, vieja decrepita, se remozó y embelleció al hablar por la voz inspirada, melodiosa, de los hijos de Apolo.

Entre esos hijos de Apolo despachados hacia las Cortes europeas, provistos de plenipotencias y sometidos a las reglas inflexibles del Protocolo, otra vejez que era preciso modernizar, Valdivia fué a Noruega, la monarquía democrática regida cristianamente por el Hakon, el buen pastor danés. Entre los hielos septentrionales, esclareciendo las eternas brumas, surgió de improviso aquel raro pájaro del Trópico, con su plumaje multicolor y su canto peregrino...

Creyendo al pie de la letra que el estilo es el hombre, yo juzgué al Conde Kostia, sin co-

nocerle personalmente, por su estilo recargado de oro como esas viejas y pesadas capas pluviales que abruman a los sacerdotes cuando se las ponen para officiar. Y así, me lo figuraba hierático, hinchado, rígido, prosopopéyico, poco menos que inabordable en la torre ebúrnea de su hermética residencia, sólo franqueada a unos cuantos iniciados y devotos. Con esta preocupación arbitraria e injusta, fruto de un error que consiste en partir de las impresiones de las lecturas y los datos de los libros para hacer de los escritores hombres artificiales, para recomponerlos en nuestra mente, destruirlos, reconstruirlos y falsificarlos, acudí a visitar a Valdivia.

Mi creación literaturesca se vino instantáneamente al suelo. El Conde Kostia era la antítesis del hombre que yo me había imaginado: la sencillez en persona, la modestia adorable, la indulgencia y la simpatía en grado sumo. *Un bon garcon*, un camarada solícito y afectuoso. Su trato amenísimo adornado de todas las galas de una conversación salpimentada y chispeante, su retentiva asombrosa, su humorismo de buena ley, sus genialidades espontáneas, los chispazos deslumbradores de su ingenio, me cautivaron y rindieron. En su hogar doméstico florecido de venturas, el Pontífice muéstrase familiar, patriarcal, infantil. Va saltando su charla de tema en tema sin agotar ninguno, tocándolos ligeramente amenizándolos con observaciones originales, con la evocación de cosas vistas y vividas, con el relato de cien episodios graciosos. Estoy frente a un *causeur* seductor y enmudezco para

que me penetre la gracia de su espiritualidad finísima.

Kostia, por su parte, se había equivocado al juzgarme como hombre, antes de conocerme; me había creído un personaje dramático o poco menos, taciturno, lúgubre, tétrico. Le habían dicho que yo estaba siempre triste y que huía el comercio de las gentes. Los dos rectificamos y nos reconocimos soldados del mismo ejército, correligionarios del mismo culto; dimos un paso más, y encontramos que éramos hermanos porque nuestras almas caminaban juntas. No hay en el mundo otra fraternidad indisoluble sino esa: la que, por cima de los vínculos naturales, se establece sobre afinidades y armonías interiores. Ver, oír, sentir, pensar de un modo idéntico, tanto vale como concertar un tácito pacto amistoso e ir parejos por el propio camino hacia el propio fin. Aunque estamos lejos, se suprime la distancia: *Somos compañeros de viaje*... Y si el Destino trae el momento, se hace expreso el pacto tácito.

No olvidaré los ratos pasados en compañía del ilustre escritor, su esposa y su hija, en aquel salón de su casa, un museo donde se admiran objetos de arte y cuadros de firmas gloriosas y auténticas. El Conde *Kostia* posee valiosos lienzos de maestros de la pintura española que por herencia adquirió la señora de *Valdivia*. Allí, a la sombra augusta de tantos prestigios seculares y tantos hombres excelso, en la hora de las dulces melancolías que caen sobre el ánimo con el descendimiento magestuoso de la tarde tropical, lleno de ráfa-

gas y de trémolos el aire que entraba a besar-nos por los balcones abiertos, ante la decoración crepuscular de la Habana incendiada por la hoguera del Poniente, hablábamos sin parecer escucharnos, perdidos los espíritus y las voces en lo grandioso de la naturaleza, como si respondiéramos a preguntas hechas desde lo Invisible; pero la voz de Valdivia cantaba y se elevaba en exaltación lírica, mientras la mía era un eco débil de la suya... Y la de la compañera del poeta, suave y poderosamente femenina, recordábanos que la mujer es la musa.

La señora de Valdivia, una madrileña castiza, una española a quién Cuba rinde homenaje por sus virtudes, ha sido la inspiradora feliz, la consejera leal y el paño de lágrimas de su preclaro esposo. Sin ella, éste no sería el que es; hubiéranle faltado en muchos momentos decisivos la confortación y la medicina que sostienen los bríos varoniles y evitan los derrumbamientos irreparables. No necesito decírmelo mi amigo: yo lo adiviné. La dama ejemplar, admirable, ha grabado su huella en aquel cerebro y aquel corazón que le pertenecen. En todo aquel hogar dichoso derrama amor y paz. Y si ha impulsado los vuelos del artista, le ha dado al hombre la bendición de una descendencia digna de los dos. Allá entre los hielos y las nieblas del país sombrío donde Aniceto Valdivia lució su efímera casaca diplomática, allá quedó una de sus hijas, idealmente bella, como perpetua embajadora de la gentileza castellana y de la hermosura cubana.

“TRISCORNIA”

“Triscornia” es un hotel de emigrantes y un lazareto, situado en la explanada de una loma, a la izquierda de la bahía de la Habana. Allí van los pasajeros de tercera clase que arriban sin un cuarto, y allí permanecen mientras encuentran en qué emplearse o acude a responder por ellos algún pariente misericordioso; allí se recluye el ganado humano, los parias de la odisea migratoria, que entran en la República para ofrecerle el esfuerzo de sus brazos. La administración cubana, por lo pronto, les abre los suyos encerrándoles en aquella finca. Porque “Triscornia”, como se le llama abreviadamente, es eso: un vasto campo donde, entre frondosas arboledas, se alza un gran número de pabellones, dependencias y oficinas, un campamento en un jardín, desde el que sea cualquiera el punto en que el alojado se coloque, domina un panorama hermosísimo: más allá de las colinas próximas las tierras llanas pero espléndidamente verdes de la provincia habanera, la agitación del puerto y el hor-

miguel de la ciudad. Y por donde quiera, a oleadas, penetran la gloria y la alegría del sol. El emigrante que llega sin amparo, ya puede darse por satisfecho con caer en aquella jaula; cae en blando, cae de pie. Su supuesto confinamiento y clausura, que muchos me habían pintado como un destierro penitencial, como una ergástula o una cárcel, no es sino una temporada de alegres vacaciones y vagares deleitosos. Si logra olvidar la causa del encierro, si logra desentenderse de la incógnita amedrentadora del porvenir, y se ve huésped de la nación que le brinda asilo, lejos de pesarle las prisiones de "Triscornia", le serán amables y breves.

Porque en "Triscornia" nada le hace sentir la pérdida pasajera de la libertad; todo, en cambio, le sugiere la idea de un acogimiento propicio y una protección cariñosa. Bien hospedado, bien alimentado, bien asistido, la confianza se abre paso en su ánimo que los terrores del éxodo y las pruebas del largo viaje aventurero y desesperado ensombreció. La internación en aquel amplísimo espacio viendo por todas partes la tierra jocunda y el mar bonancible, entre árboles y flores, no pesa sino que agrada, lo repito. Muchos emigrantes, encantados de vivir en parajes tan bellos, quizá temerosos de avanzar hacia lo ignoto que les arredra, piden trabajo en el lazareto, y se quedan todo el tiempo que pueden. El director, Dr. Frank Menocal, ha ocupado a algunos canarios en labores diversas donde nuestros compatriotas acreditan sus buenas cualidades,

lo mismo que en los trabajos campesinos y las tareas comerciales.

Para ir al lazareto tenemos que atravesar la bahía en un bote a vapor; pasamos junto al yate presidencial anclado muy cerca de tierra y vemos dos pequeños cruceros que con pocos buques más, igualmente exíguos, forman la escuadra de la República. Por ahora no necesita mayores elementos navales defensivos; bástale una escuadrilla destinada a vigilar y guardar las extensas costas. No le ha entrado a los gobernantes de Cuba el prurito guerrero que no se cansa de aumentar los armamentos y recargar los presupuestos de guerra y marina; afán prematuro si hoy se manifestara, desproporcionado con las necesidades y los recursos de la nación, locura de grandezas que otros pueblos en iguales circunstancias sienten demasiado temprano. Más bien se impone en las altas esferas oficiales el criterio juicioso de mantener dentro de los presentes límites los gastos originados por ambos conceptos. Sin embargo, existe en algunos políticos la aspiración a vigorizar los organismos de defensa por mar y tierra; pero no se ha pasado todavía de los proyectos a los hechos. Y tanto la marina como el ejército nacional, en su pequeñez, se hallan perfectamente organizados y montados, principalmente el segundo. Las Escuelas naval y militar responden, según me han dicho, a los modelos norte-americanos; el campamento de Columbia es magnífico y la moral de las tropas, su instrucción y su pericia, excelentes.

Las aguas del puerto, en pesada somnolen-

cia y quietud admirable, espejean bajo la lumbr solar de un medio día bochornoso. Los barcos están como clavados en el azul marino; llegan jadeantes como a tomar fondeadero dos o tres trasatlánticos envueltos en negras humaredas haciendo resonar sus bocinas, atestados de viajeros que avizoran la población cercana y miran sin ver, vencidos por la emoción excesiva en que se mezclan recuerdos y esperanzas, tristezas e ilusiones. Un remolcador pasa lleno de gente, hacia Regla. Circulan en silencio gran número de embarcaciones menores tripuladas por negros, cargadas de frutas tropicales, y de vez en vez sacude la modorra atmosférica el aletazo de las lonas de un esquife que se desliza como un pez volador... Sobre el Morro, vigilante, cuya clara mole despide dorados reflejos, dormida en la paz del aire palpita levemente la estrella matinal de la bandera cubana. De las ondas serenísimas sube una invitación a la siesta. Así, medio aletargados, desembarcamos para tomar la "guagua", especie de diligencia, que nos conducirá a "Tricornia".

El coche se tambalea un poco por el polvoriento camino, con lo cual despertamos y echamos una mirada al paisaje que se extiende frente a nosotros: chalets, glorietasy jardines, enarenados senderos entre árboles, masas de vegetación y sombras azuladas, como fuertes brochazos, allá en los lejanos términos. Recuerdo mi visita al otro lazareto, el de Mariel, y me invade la propia sensación enajenadora de hondo bienestar y placidez intensa. En uno y otro los edificios cuarentenarios y hospita-

larios se levantan, blancos y alegres, en medio de una naturaleza encantadora; pero en este sitio, más alto que Mariel, son más dilatadas las perspectivas. Mariel, en cambio, es más poético en su reconditez florida y amable. También hay entre los dos la diferencia de categoría y destino: tiene "Triscornia" menos lujos que Mariel, aunque posee todas las comodidades de los establecimientos de su género.

Los empleados, muy solícitos, nos llevan a verlo todo, y todo nos revela la atención y el esmero exquisito que han puesto los gobiernos de Cuba en mejorar estas organizaciones hasta un punto que colma la medida de las mayores exigencias. Lamento no poder entrar en detalles, porque me limité a observar en conjunto, sin escribir ninguna nota. Lo que yo quería era convencerme de que esa prevención contra "Triscornia", generalizada entre nuestros emigrantes isleños, comentada imprudentemente por la prensa de las islas, no corresponde a la realidad ni, por lo tanto, se justifica. Y este convencimiento, me lo arraigó la observación directa. Los que emigran en clase de carga humana, con el trato consiguiente y, después de un viaje atroz esperan en "Triscornia" su turno para internarse en la República, no podrán decir sinceramente que les apesadumbra el tránsito de aquellas antecámaras donde encuentran descanso, hospedaje y sustento en forma satisfactoria.

El día que lo visitamos, vemos pocos huéspedes en el hermoso lazareto. Hay unos cincuenta chinos a la entrada, divididos en gru-

pos, quietos, impasibles, inmóviles en su movilidad ratonil, y valga la paradoja. Su amarillez otoñal desentona en aquel cuadro de tintas cálidas, semejante a un cromo de baratillo. Clavan sus ojuelos acuosos, inexpresivos, muertos, en la esmeralda inmensa de la campiña, como hipnotizados. Tienen un aspecto de fatiga y desmayo los melancólicos homúnculos que han venido de Hong Kong sin coleta y casi sin equipaje. Como son sucios por temperamento y, además, proceden de puertos en que reinan epidemias, y abordó hubo poca salud, la Sanidad de la Habana les ha impuesto cuarentena. Desde su ingreso echaron en falta una sola cosa, para ellos insustituible: el arroz. Y lo han solicitado de las autoridades, a quienes se han dirigido respetuosos con una instancia que es al propio tiempo un manifiesto de filosofía de la alimentación. Protestan de que se les obligue a ser carnívoros. China se ha cortado la coleta, pero va al grano; no renunciará al arroz, alimento sencillo, sano y sustancioso.

En Cuba hay una colonia numerosísima de súbditos de la nueva República celeste. Ocupan en la Habana un barrio entero y ejercen los más varios oficios; tercios, sufridos y frugales hasta un extremo inverosímil, representan un coeficiente de trabajo en la competencia de razas que coadyuvan al adelanto nacional. La administración no los rechaza, pero los vigila y procura impedir que se mezclen con los nativos por alianzas matrimoniales, degenerativas. En las Cámaras, se ha manifestado algunas veces la tendencia a cortar o

desviar la inmigración chinesca por considerarla peligrosa, como la juzgan los Estados Unidos. Ese hormiguero viene del Oriente remoto desde ha muchos años y ha invadido el territorio. Los chinos no sirven en Cuba para obreros agrícolas, que son los que necesita este país, ni aumentan en grandes proporciones la riqueza pública porque sus labores rutinarias revisten un cierto carácter mezquino y pasivo, tienden al monopolio y el acaparamiento. Los chinos profesan una filosofía del trabajo como profesan una filosofía de la nutrición, ambas incompatibles con las leyes económicas modernas. Trabajan de un modo arcaico, comen poco, gastan menos; trasportan consigo en su carácter, en sus hábitos, en su idiosincrasia, la famosa muralla aisladora de Pekín. Su color recuerda las hojas secas: como hojas secas los miran las grandes naciones, y los barren.

Al regresar de "Tricornia" en la bamboleante "guagua" que me llevó me presentan a uno de los médicos del lazareto que también regresa de hacer su diaria visita. Siento no recordar su nombre. Es como todos sus colegas persona culta e instruída más allá de su profesión, deferente, obsequiosa, agradable. Conoce nuestras islas por haber conocido, tratado y asistido a muchos isleños, de quienes hace elogios. Son insuperables trabajadores, me dice, y repite las frases encomiásticas, ponderativas, que he escuchado de tantos labios. ¡Con cuánta satisfacción recogemos estas ponderaciones ditirámicas, fuera del terruño! El obrero canario en Cuba acredita su proce-

dencia y honra a su linaje con sus obras. No se podría prescindir de él; todos convienen en que es preciso atraer y aumentar ese contingente inmigratorio utilísimo, el más asimilable y el más laborioso.

El distinguido facultativo evoca la memoria de un comprovinciano ilustre que fué su maestro: el Dr. Teófilo Martínez de Escobar, fundador del afamado colegio "La Gran Antilla", que aún existe en la Habana. En sus aulas se educaron cubanos esclarecidos, hoy encumbrados a eminentes posiciones en la política, las letras, las ciencias y las artes. Don Teófilo, varón sabio y modesto, óptimo pedagogo, catedrático de la Universidad, formó discípulos que no olvidan lo mucho que le deben. Su nombre figura en las antologías de los buenos escritores de aquel tiempo y su acción educadora se perpetúa en los actuales, porque desparramó simiente copiosa y fructífera. Yo recuerdo haber leído una entusiasta semblanza del meritísimo sacerdote en cierta obra del marqués del Valle de Anzó que le cito a mi interlocutor y que él también conoce.

En Cuba se sabe mejor que en Gran Canaria lo que valió don Teófilo Martínez. La exagerada modestia de nuestro compatriota le obscureció por completo en su tierra nativa, pero en esta tierra no le impidió distinguirse y destacarse; constituyóle quizás el más calificado de sus timbres. Mientras allá, antes de morir, se eclipsó en el olvido que era la injusticia ejecutora de su pueblo, aquí le rememoran y le glorifican todos, y no se desvanece

el rastro de su enseñanza, proyección del pasado sobre el presente.

El médico de Tricornia me oye con sorpresa cuando le digo que don Teófilo, en su humildad increíble, acabó por renunciar a las aspiraciones legítimas de su carrera eclesiástica y magisterio docente, que se anuló y se sacrificó, desdeñoso para los oropeles deleznable de la gloria humana; que los últimos años de su existencia trascurrieron entre misérrimos pescadores, a quienes acompañaba en sus duras faenas como uno más, imagen viva de Jesucristo entre sus apóstoles; que los llamaba hermanos y los trataba como a tales, les daba el pan de la enseñanza evangélica y el pan material, les enseñaba las verdades eternas y les socorría; que sólo conservó en su ostracismo sublime una pasión científica, la de escribir un libro de ictiología canaria, libro en que se estudian y catalogan la muchedumbre de peces de nuestros mares, libro que nadie se cuidará de publicar y que caerá en el olvido como su nombre. . .

Lo que era estupefacción en mi nuevo amigo, era en mí amargura y tristeza. Porque a la vez que pronunciaba el panegírico del Dr. Martínez de Escobar, acusaba a mi pueblo del feo pecado de ingratitud.

LAS SOCIEDADES REGIONALES

Con esas inmensas condensaciones de energía, triunfa en Cuba el regionalismo español y su triunfo se resuelve en una gran victoria de la raza, que desarrolla allí todas sus capacidades. La virtud del trabajo y la del ahorro, fecundizadas por la asociación y la solidaridad, producen maravillas. Cada uno de esos centros regionales es un foco intenso de cultura en que continuamente se eleva el nivel económico y el nivel moral e intelectual de los socios. Son laboratorios, colmenas, hormigueros que sin cesar levantan con sus obras el crédito de la madre patria y el de la comarca o la provincia de su procedencia. ¡Gracias a esas virtudes activas, constructivas, Galicia, la Cenicienta española, tiene en la Habana un imperial palacio!

El ejemplo de lo que han logrado los gallegos mediante la unión y la cooperación, demuestra que en ese camino puede avanzarse sin llegar nunca al fin. Las aspiraciones crecen a la par de los éxitos alcanzados, y el pun-

to de mira se aleja cada vez más; el movimiento se acelera indefinidamente y al cabo llega a ser vertiginoso; el paso se convierte en carrera, la carrera en galope, el galope en marcha desenfrenada y arrolladora. No hay término para la ambición legítima ni meta para el ascenso triunfal. El ardor combativo por el bien multiplica los bríos de todos, y en una serie de jornadas felices se va ensanchando el horizonte del pacífico ejército. Se acrecienta el ansia de edificar, de vencer, de conquistar posiciones siempre más altas y más estratégicas; el individuo, átomo, siente el poderío de la masa que le arrastra impetuosa y al mismo tiempo le complementa y le fortalece. La suma de los esfuerzos y sacrificios individuales arroja como resultante una potencia tremenda y esa potencia aplicada a cien objetivos generosos, fructifica en otras tantas empresas de un alcance infinito... Los socios cooperadores piden siempre *más, más, más*, y los elementos directores les contestan: *seréis servidos*. Y como los medios de acción social permiten acometer los más arduos empeños, como aumentan cada mes, cada semana, cada hora, en efecto las esperanzas colectivas pronto se ven realizadas y hasta superadas. Este afán de mejoramiento es una benéfica fiebre, una fiebre que engendra el exceso de vitalidad y de salud; una fiebre que las denuncia y las patentiza.

Así ha podido el Centro Gallego, después de salvar los obstáculos acumulados por las tendencias contradictorias y las pasiones en pugna, después de allanar las dificultades que

un organismo tan complejo oponía al arraigo de un régimen uniforme, firme y seguro, llevar a cabo su soberbio programa, instalar sus perfectos servicios, dar cima a sus empresas colosales. El resultado convence de la eficacia de los sistemas cooperativos. Los gallegos, que se mueren de hambre en su tierra bellísima pero desamparada, asociados en Cuba, fuertes merced al número, la organización y patriotismo, han creado un poder incontrastable.

Pero esos centros regionales son pueblos donde se entrechocan las pasiones y las ambiciones, donde el gobierno, representado por una junta directiva, por una pequeña minoría electiva, tórnase difícil. *Lo demasiado humano* estorba a menudo el triunfo de los grandes intereses comunes. La masa no se pliega, dúctil, a los movimientos que los directores le imprimen, sino que se rebela, indómita, contra ellos y quiere tomar rumbos arbitrarios, o peligrosos, o extraviados. Las fuerzas colectivas se desvían de las buenas orientaciones y, al desviarse, se esterilizan. Las voluntades más rectas, más enérgicas, suelen fracasar en el empeño de conducir las bien. Se declaran crisis laboriosas y se producen conflictos imponentes que, en un momento dado, perturban y comprometen la obra creada al precio de incalculables sacrificios. El sentido social es puesto a dura prueba por el espíritu político; los propios vicios y no menores obstáculos que embarazan el regimiento del Estado español, reaparecen en estas comunidades, reducción

de la nacionalidad, prolongación de España en tierra americana, en tierra extranjera.

El instinto conservador y los vínculos solidarios, sobrepuestos a toda suerte de estímulos egoistas y gérmenes disociadores, salvan en casos tan graves el honor y el porvenir de la colonia. El patriotismo dice la última palabra. Así los gallegos, los asturianos, los canarios, en períodos difíciles, cuando se temía que la carcoma de la discordia derrumbase la construcción gigantesca, levantada en muchos años a costa de inmensos afanes, siempre creciente con perspectivas indefinidas, cada una símbolo y templo de una raza trabajadora y vencedora; cuando esto ocurría, asturianos, canarios, gallegos, encontraban en los sentimientos que los habían asociado las energías necesarias para mantener la unión en peligro y avanzar con ímpetu mayor, poniendo la mira más alto y más lejos. Crisis orgánicas de desarrollo venían a ser estas crisis, luchas en último término saludables, puesto que probaban el temple de las asociaciones y evidenciaban su capacidad de resistencia. El *Centro Gallego* tiene cuarenta mil socios; el *Centro Asturiano*, poco menos de treinta y seis mil. Estas cifras dicen más que cuanto yo decir pudiera; dicen, a la vez que la omnipotencia de la asociación en tan formidables grupos y organismos, lo dificultoso de gobernarlos. Hombres de carácter decidido y clara inteligencia sucumbieron en la empresa imposible, aunque el esfuerzo de cada uno iba preparando la solidez definitiva de estas instituciones admirables y el éxito total del espíritu de asocia-

ción en Cuba. Ejemplo elocuente el Dr. Mañach, presidente del *Centro Gallego*, cuya repentina muerte, en plena batalla, herido en el corazón por la injusticia y el odio de sus enemigos, produjo un intenso efecto dramático.

Este caso de Mañach es típico; cayó fulminado al pie de la tribuna que le servía de baluarte, y a la hora de morir, mientras defendía bravamente su honor en medio de una asamblea borrascosa, sus mayores adversarios y contradictores se rindieron a la elocuencia de aquel final heroico, epílogo de una tragedia íntima que había por completo devastado una grande alma. Los que saben morir de tal modo, con su último gesto hacen resplandecer su honra como una espada flamígera, se ciñen los laureles sangrientos del martirio y se immortalizan al desplomarse... Aquel hombre discutido, hostilizado, torturado, fuesen cuales fuesen sus faltas o sus errores, afirmó en su mortal caída algo que no muere, algo eterno. Había que reconocer, por lo menos, la pureza de sus intenciones.

Otras catástrofes dolorosas, otros naufragios individuales se registran en otros Centros, ocasionadas por las mismas causas permanentes. Era preciso eliminarlas mediante un sistema de administración que diera una intervención más amplia a los socios y aliviase las cargas y responsabilidades de la presidencia. El problema ofrecía serias dificultades. El *Centro Gallego* lo ha resuelto, según me dicen, con una reforma reglamentaria importantísima. La sociedad será administrada por

una junta, de un breve número de miembros, y se convocarán asambleas periódicas en las que tomarán parte numerosos delegados, para tratar los asuntos de interés general y resolver las cuestiones magnas. Se transforma el régimen, se le liberaliza; se ensancha el derecho de intervención de las mayorías, se da un avance hacia cierto parlamentarismo circunscrito y familiar en cuyos resultados se pone la confianza de que remediarán los males presentes. Si la reforma se acredita habrá de ser adoptada por las demás sociedades regionales.

En cuanto a la labor que han hecho esas sociedades, en su larga y gloriosa existencia, no hay elogios para ponderarla debidamente; ni hay, tampoco, nada parecido fuera de Cuba. Cuando se visita cualquiera de los magníficos establecimientos que con el nombre de Quintas de Salud poseen, caminamos de asombro en asombro al ver como allí se han sumado todas las perfecciones en todos los servicios, todos los adelantos en todas las dependencias y menesteres del vasto conjunto; como ha podido aquella labor cooperativa y acumulativa, poco a poco pero continuadamente, sin tregua alguna en el espacio de muchas décadas, alzar tamañas fábricas, por el allegamiento y el aporte anónimos de una disciplinada muchedumbre. Tres palabras, tres ideas que deberían grabarse al frente de las respectivas casas, lo explican: trabajo, ahorro, patriotismo... Lo demás ha venido como consecuencias, bajo el impulso de la colectividad, a quién excita y mueve una emulación fervorosa.

Los departamentos sanitarios y clínicos de

las Quintas de Salud, no sólo igualan sino que exceden el plan de orden, higiene, holgura y eficacia de los buenos hospitales modernos. Los pabellones, para las distintas necesidades, aislados entre árboles, hermosos en su amplitud extrema y su limpieza absoluta; los patios, los refectorios, las largas crujías, las cocinas conventuales donde manobra un ejército de mozos y pinches; el personal facultativo, inmejorable, reclutado entre lo más selecto de ese cuerpo médico cubano que es honor de la ciencia y de la República; la administración minuciosa, concienzuda, severa; el ambiente de paz difundido como una bendición sobre los seres y las cosas, beso que pone allí la Naturaleza, y que respeta el hombre; todo, en fin, contribuye a encantar el ánimo del visitante. Y todo, también, evoca el recuerdo de las desafortunadas obras de remotos siglos, las Pirámides o las catedrales góticas, empujadas hacia arriba por el anónimo portentoso de la Fe...

He visitado una tras otra las célebres Quintas de la Habana, y las he recorrido hasta en sus últimos rincones, yendo, según ya dije, de asombro en asombro. Más o menos bien instaladas, más o menos espaciosas, más o menos ricas y completas, todas ellas, sin embargo, realizan el ideal de la asistencia y la beneficencia hospitalarias en términos no sospechados, difícilmente superables. La caridad y la ciencia aliadas, han creado aquellas maravillas que los pueblos más cultos pueden envidiar a la noble Cuba. España, desde luego, se las envidia; pero conviene no olvidar que

gente española es la que ha constituido esas fortalezas, donde el genio nacional habita y resplandece.

¿Podríase indicar una especialmente, como más alta o como más destacada, cumbre sobre cumbre? Yo indicaría *Covadonga*, la quinta de los astures, que a la manera del gran santuario simbolizador de la Reconquista, figura en la Habana, con su grandeza y su esplendidez, el triunfo de una estirpe privilegiada y el prestigio de una nacionalidad inextinguible. Reviven y florecen en Covadonga, fertilizadas al calor de los tiempos nuevos, las virtudes históricas de nuestra patria.

No olvidaré las delicadas atenciones con que en aquella casa del deber, del amor y del dolor, trinidad augusta, fui recibido. Los médicos y los administradores quisieron honrar en mi persona a la familia canaria y me dispensaron gentiles agasajos. Después de acompañarme a recorrer los diversos departamentos, y darme cuantos informes les pedí, brindáronme un suntuoso refrigerio que en mi obsequio y en el de mis compañeros de visita tenían preparado. Y el doctor Varona, jefe de la clínica, me dirigió benévolas frases de elogioso saludo, a las que hube de dar una emocionada respuesta. No se mostraron tan amables con nosotros en la Quinta Gallega ni en la de Dependientes; pero nos permitieron ver despacio, a toda nuestra guisa, cuanto se contiene en ellas, que es casi lo mismo que admirado habíamos en las otras.

Y pocos días antes, recién llegado aún, visité la nuestra, la que sirve de amparo y re-

fugio a nuestros paisanos enfermos. El edificio que ocupa en el Paseo de Carlos III, es insuficiente, aunque muy ventilado, muy bien cuidado y muy limpio. La colonia isleña ha hecho, comparativamente, más que sus predecesoras en organización, porque en cortísimo tiempo imitó sus iniciativas y se puso a su nivel. Trata ahora de tener Casa de Salud propia, y va a levantarla en terrenos adquiridos sobre la loma de Jesús del Monte, en un paraje admirable por su posición y su belleza. Yo había sido invitado a presenciar el día de júbilo de los canarios, las fiestas de la colocación de la primera piedra de la Quinta futura, y tendré que volverme sin que el propósito se logre, porque el Ayuntamiento de la Habana amontona estorbos y más estorbos en nuestro camino. La inauguración, sin embargo, sólo queda aplazada. No se puede paralizar el ímpetu de obreros tan entusiastas y valerosos. Será puesta la primera piedra en breve, y yo la sentiré caer desde lejos, inmensa y luminosa como la Esperanza.

En nuestra Casa de Salud, provisional, modesta pero honrosa por lo que significa y por lo que promete, recibíéronme los empleados de las oficinas, los doctores, muchos compatriotas distinguidos, la junta directiva de la Asociación Canaria en pleno. Entre el concurso asomaban también sus rostros pálidos algunos convalescientes y enfermos dados de alta que se asociaban al fraternal recibimiento de mis paisanos, en el doloroso hogar de todos. Los insignes médicos de nuestra Casa, el Dr. Fortún, el Dr. Duplesis, el Dr. Govan-

tes, allí se hallaban también, y me guiaron a través de las salas y aposentos donde a diario luchan, casi siempre victoriosos, con la enfermedad y la muerte. A su paso suscitaban un rumor de alabanzas y bendiciones; no había sino una voz, entre los nuestros, para declarar el orgullo que la familia canaria tiene por tenerlos a su servicio, y el amor que les profesa. En las miradas, todavía más que en las palabras, se traslucían estos pensamientos. Mucho deben nuestros hermanos al personal facultativo de la Casa Isleña, pero hidalgamente le pagan la deuda en afectos y en respetos sincerísimos.

Cuando el Dr. Fortún, a nombre de sus colegas, me saludó, copa de champagne en mano, yo pensé que debía hacerme intérprete del sentir unánime de la colonia, advertí este deseo en la concurrencia, y pronuncié conmovido, las siguientes frases:

“Me siento emocionado y profundamente enorgullecido, como canario, al pisar por primera vez esta Casa de Salud, levantada por el esfuerzo, por el altruismo, por el patriotismo de nuestros comprovincianos de Cuba; templo cuyas puertas se abren a todos los dolientes y todos los desvalidos de la colonia. Mi emoción aumenta al considerar que aquí no sólo la caridad les ampara bajo su manto de Virgen Patrona, sino que la Patria está con ellos, hecha presente por las solicitudes de una asistencia desvelada y exquisita, por la confortación y el generoso auxilio que casi adquieren las formas del amor maternal bajos las manos ásperas pero bienhechoras de la ciencia.

Hasta hace pocos años el isleño en Cuba era una unidad sin más valor que el propio, sin poder de adhesión, de cohesión; perdido en una tierra amiga, hospitalaria, pero a pesar de ello esterilizado por la soledad, por el aislamiento, por el fraccionamiento atomístico. Los átomos se han juntado para formar un cuerpo, un organismo palpitante de vida y de energía.

Hoy tiene un valor corporativo; hoy tiene un valor colectivo. La asociación le ha hecho fuerte, creando estas funciones y estos ministerios admirables que afirman su individualidad al mismo tiempo que la del núcleo insular donde se adicionan nuestras fuerzas alcanzando virtud práctica creadora, prometiéndonos un máximo de potencia para hacer el bien.

El empuje de la cooperación, nervio del mundo contemporáneo, nos permitió emprender esta obra y llevarla a término feliz, en competencia con las colectividades regionales de antiguo tan vigorosas en este bello país. Ante Cuba nacimos como pueblo el día en que, unidos y acordes, fundamos esta institución nobilísima, base para mayores empresas, para mayores acometimientos; ante Cuba moriremos como pueblo y volverá cada hijo de Canarias a la categoría de átomo social, átomo perdido en el vacío, si mañana, Dios no lo quiera, volviéramos al caos de nuestra antigua disociación y aniquilamiento. Que no olvide esto nunca ningún canario. La vuelta al caos sería la muerte de esa personalidad superior repartida entre tantos, que hoy nos da

la conciencia de nuestra fuerza, gracias a la cual podemos decir orgullosos: *somos canarios*.

Pero en esta Casa, además, Canarias y Cuba, eternamente unidas en la fortuna próspera y en la adversa, unidas por la colaboración en una labor común, amigas, hermanas; amistad, hermandad que ha de existir siempre, porque todo las aproxima, porque nada las separa, se dan un abrazo; se lo dan en las personas de los ilustres médicos, honor y prez de la nación cubana, que nos prestan su valioso, su inapreciable concurso, y ante quienes agradecido y respetuoso me inclino, nos inclinamos.

El mejor elogio que de ellos se puede decir, el más justo, el más elocuente, lo recogen cada día de labios de los enfermos en esta casa recogidos y asistidos con tanto celo, con tanta abnegación, con celo tan extremado y cariñoso.

Ellos dicen cotidianamente en una acción de gracias con sencillez conmovedora, con la sencillez del sentimiento espontáneo que no medita las palabras, que se da entero en desbordada efusión, lo que yo no sabría manifestar, aunque yo también siento toda la grandeza de obra tan meritoria.

Y ellos, los enfermos, los asilados, los que aquí están en brazos de la caridad y de la ciencia, en una tregua dolorosa de la lucha, en un alto de la vida activa y fecunda que nuestros paisanos llevan en América, preparándose para continuarla con mayores bríos, sintiéndose protegidos, sintiéndose salvados por nuestra Asociación que cuenta en sus insignes médicos imponderables agentes auxiliares;

ellos dicen mejor que yo cuanto debemos todos a esos preciosos colaboradores, honra de Cuba y honra nuestra.

Acepten mis rendimientos, y reciban los huéspedes doloridos de nuestra Casa de Salud mis cariñosas saluciones de hermano”.

Este fué la síntesis de mi discurso. Pocos días después, en una conferencia pronunciada en el local de la Asociación Canaria, reafirmé y desarrollé largamente las mismas ideas. La ago a este capítulo porque sus puntos de vista y sus doctrinas vienen a completarlo:

Señoras y señores:

Me propongo esta noche, abandonando no sólo el énfasis declamatorio, que me es completamente extraño, sino hasta el tono oratorio, hablaros sencillamente en una familiar plática.

Desde que llegué a Cuba he oído constantemente hablar entre los nuestros de la necesidad de fortalecer los vínculos fraternales, fundamento indispensable de nuestra querida Asociación; he oído hablar de pequeñas luchas, de pequeñas divisiones, de pequeñas pasiones, de pequeñas ambiciones, toda una serie de dolorosas pequeñeces; pero yo, verdaderamente, no las he visto subir a la superficie ni creo que existan. Y si existen, morirán sofocadas por el sentimiento patriótico y por el sentimiento del deber colectivo que las empujarán hacia abajo hasta hacerlas completamente disolverse y desaparecer; yo no tomo en cuenta eso, como no me preocupan las cosas que por minúsculas, por microscópicas no se ven, aunque su existencia me conste. Seguro estoy de

que morirán; así mueren los insectillos en la mota de tierra y los infusorios en la gota de agua; pero insistentemente se me ha dicho: "Trabajad por la paz". ¿Qué es esto de trabajar por la paz? Yo creo que, ante los grandes beneficios logrados por la asociación, por la unión de esfuerzos y por el concurso de voluntades triunfadoras en vuestra propia obra, obra que ha tenido esa base de sostenimiento, sin la cual apenas comenzada hubiera venido a tierra, no hay necesidad de demostrar esos mismos beneficios por vosotros diariamente reconocidos, confesados.

En ninguna parte como en Cuba se evidencia el poder de ese espíritu vivificador y fecundante que ha ido levantando estos monumentos de solidaridad, estas grandes obras de cooperación. Son únicas por sus condiciones, únicas por su solidez y su radio de alcance; son los centros, los núcleos vigorosos desde donde cada comunidad regional de España,—no quiero emplear impropriamente la palabra colonia, porque esta palabra tiene un sabor amargo,—irradia, desenvuelve, multiplica indefinidamente la más bienhechora influencia sobre todos y cada uno de sus miembros, sobre todos y cada uno de sus coterráneos que integran tales centros, tales núcleos. En virtud de ella, se afirman los lazos que los unen, las relaciones fraternales se estrechan y se fortalece en sus espíritus el sentimiento del patriotismo, estimulándolos a laborar constantemente por el bien común que a la continua se ensancha.

Cada una de esas Asociaciones, donde se

realiza una admirable concentración de actividades fecundas, creadoras, parece una humana colmena, y la obra total, tan alta, noble y trascendente, realza a los ojos de Cuba el nombre glorioso de España. Recoge cada una de las energías del respectivo grupo étnico para adicionarlas, vivificarlas y aplicarlas a fines importantísimos de beneficencia y de cultura, que sirven al bien común y levantan el prestigio nacional.

He tenido el honor de visitar recientemente esas Asociaciones y esas Casas de Salud, empezando por las que pregonan la valía de nuestro esfuerzo colectivo, y me declaro absolutamente encantado ante tan magnífica realidad, ante tan espléndida victoria.

Es prodigioso, señoras y señores, lo que ha logrado hacer la suma de voluntades y el concierto de aspiraciones. En cada institución, en cada fundación de esas se concentran, como decía antes, el poder de una comunidad regional que ha encauzado su acción hacia los más altos objetivos, que los ha realizado insuperablemente, que en etapas sucesivas ha alcanzado desarrollar un plan vastísimo, un admirable programa; y todas juntas, por lo que son, por lo que significan, por lo que hacen, por lo que emprenden, por lo que prometen, por los inmensos beneficios que dispensan a sus miembros y por todo el bien que irradian en un círculo cada vez más dilatado, constituyen un timbre de orgullo para España y para Cuba. (Aplausos.)

La serie de sus servicios, el número de sus empresas altruistas y patrióticas, asombra.

Ninguna ciudad del planeta puede envanecerse de poseer nada parecido en ese orden de actividades. Son típicas, completamente típicas.

En mi visita he ido de sorpresa en sorpresa como quién se introduce en un mundo nuevo, en el mundo maravilloso de la solidaridad humana, pues la impresión directa excede mucho a cuanto me había imaginado. Es un mundo nuevo, sí, donde se multiplican los triunfos de la asociación, los triunfos del trabajo. Se desprende de todo ello un aliento estimulador que conforta y que reanima la fe en el porvenir de la raza española en América; se desprende un canto sin palabras a las energías de nuestra raza, una exaltación, un eureka, el reconocimiento de que nuestros compatriotas, que tanto han contribuído al desarrollo de la riqueza en estos jóvenes países, cuando se proponen continuar la obra en provecho propio haciéndose fuertes con la unión y con la solidaridad, llegan a ser realmente invencibles.

Pero al mismo tiempo es dolorosa la otra consecuencia que forzosamente los trajesen a América para que aquí se revelase esa energía no aplicada que atesoraban, para que rindiese tan hermosos frutos. Allá esa energía latente era estéril ¿Por qué? ¿Porque no podía fecundarse en un ambiente general de pobreza, o porque nuestros compatriotas necesitan para rehacerse y transformarse las condiciones excitantes de la lucha en la tierra americana? Posiblemente por ambas causas a la vez. Les falta en su tierra nativa ele-

mentos exteriores que favorezcan e impulsen su desarrollo,—pues si no les faltaran no emigrarían, que resulta la emigración española una sangría fatal—y sucede también que el emigrante, al fijarse, al aclimatarse en el nuevo mundo bajo nuevas leyes, modifica su naturaleza, adquiere un valor que antes no tenía; o mejor dicho, que antes sólo tenía en germen; se torna más capaz de la acción, más emprendedor, más laborioso, más útil. Esto no puede negarse: lo prueba con sus obras, con su espíritu de trabajo y de cooperación, que le permite afrontarlas y realizarlas tan admirablemente. El medio en que actúa, las necesidades que se crea, las exigencias de la vida nueva en que se rehace o se regenera, los estímulos o imposiciones de la lucha en que le guían el sentido social y el amor de raza, todo eso lo vuelve otro hombre; el culto a la región y el culto a la nacionalidad inspiran sus benéficas iniciativas; su horizonte se ilumina, su conciencia crece, su personalidad se define, y se agranda y se fortifica en el seno de esas grandes colectividades que crea aquí el esfuerzo de cada uno y el de todos.

Es así como surgen poderosísimas esas Asociaciones, inmensos hogares de labor constructora y de fraternidad, en que cada grupo de nacionalidad española, bajo el pabellón augusto de la patria, realiza su admirable misión. Son los descendientes de los antiguos conquistadores que, en vez de traer la cruz y la espada, traen la actividad de los tiempos nuevos, la paz con el trabajo. ¡Y cuán distinta labor! Los que trajeron la guerra la pro-

longaron hasta en ella agotarse, preparando a la nacionalidad española días de inmenso dolor, tribulaciones trágicas, catástrofes irreparables, desmoronamientos y naufragios; los que ahora traen la paz, han operado la gloriosa resurrección de España en el seno de América. (Aplausos.)

Es ahora cuando podemos afirmar, alta la frente, gallardo el gesto, que pacíficamente nos hemos regenerado; que América, esta América de la humanidad, más alta y más generosa que la Doctrina de Monroe, más expansiva y más humanitaria que el monroismo, ha hecho valer extraordinariamente, porque las multiplica, las virtudes y las energías de nuestros isleños.

América, es decir, Cuba, la tierra en que el canario emigrante no sólo encuentra el pan sino la emancipación, se renueva y vive una vida verdaderamente libre. Deja a sus espaldas el mundo viejo en que no podía alzar la cabeza, pero se deja también allá lejos, como quién sale de una pesadilla monstruosa, los horrores y las tristezas del caciquismo que lo explota, del capitalismo que lo oprimía.

Este ejemplo determinó en nuestros hermanos los isleños de Canarias la convicción de que tenían que hacer otro tanto; por lo pronto, ni más ni menos, después a la larga acaso más, para vitalizar y tornar útiles las energías de nuestros emigrantes. Estos, (probado se halla por su larga actuación histórica en Cuba), se identifican muy rápidamente con el elemento nativo, gracias a las numerosas afinidades que los acercan: semejanzas de cos-

tumbres, analogías de índole, predisposiciones características, preparación climatológica, naturaleza preponderante del trabajo que aquí realizan; toda una serie de causas y concausas tendentes a establecer firmes relaciones entre cubanos y canarios. Señaladamente, el género de labor que hacen en Cuba: son los obreros agrícolas, los creadores de la riqueza de los campos, los agricultores, los operarios de los ingenios, representando por su honradez, por su laboriosidad, por su resistencia, por su sobriedad asombrosa, un valor, un coeficiente económico que puede,—digámoslo con orgullo,—sostener victoriosamente la comparación y la competencia con todos los demás elementos españoles y extranjeros que contribuyen al progreso de Cuba.

Este ejemplo debió movernos, debió imponerse a nuestra fatal indolencia y, efectivamente, nos movió y se impuso; pero ¡cuán tarde hicimos lo que pudo hacerse desde que en Cuba los canarios contaron su número y vieron que la asociación les daría una influencia, un poder enorme! No lo vieron, no lo comprendieron. Esta es la verdad. Por no verlo, por no comprenderlo, se retardó tanto la obra ya hoy profundamente cimentada. Al fin se pusieron en marcha y surgió para permanecer firme e indestructible sobre sus cimientos la Asociación Canaria, que había tenido algún precedente, alguna iniciación efímera en el pasado, pero sin lograr nunca arraigamiento. Hoy puede decirse que está arraigada y consolidada. Hoy somos fuertes porque estamos asociados.

¡Cuántas jornadas penosas antes de alcanzar el triunfo, cuántas luchas, cuántas vacilaciones, cuántos contratiempos! Volved atrás la vista, contemplad el camino recorrido, y decidme si no experimentáis la sensación del que asciende a las más elevadas cumbres pisando abrojos, venciendo asperezas. Pero llegar, aproximarse tan sólo a la realidad soñada, es vencer, y al mismo tiempo que la pesadumbre de los obstáculos superados sentís, indudablemente, la gloria de haberlos vencido.

Aspiramos en estos instantes a consumir una última triunfal jornada que corone nuestro esfuerzo. Tal significa la construcción de la Casa de Salud, cuya primera piedra pondremos en breve, vencidas—¿cómo no esperararlo?—las dificultades de un orden lamentable que se nos han opuesto. Ha sido la aspiración de todos en tantos años, y hoy la vemos como una realidad próxima que nos colma de alegría. Quiere decir que tendremos al cabo instalaciones propias, amplios locales en inmejorables sitios, donde establecer los servicios de asistencia médica y de hospitalización para nuestros paisanos; que no permaneceremos a la zaga de las demás Asociaciones, sino que probablemente las sobrepujaremos, tal es el propósito; que el nombre de Canarias y el prestigio de nuestra colonia quedarán puestas tan alto y brillarán de tal modo que serán advertidos y admirados en todas partes. Eso significa la edificación de la Casa de Salud de la Asociación Canaria, idea largamente acariciada entre nosotros.

Volved la vista atrás y reconoceréis que he-

mos luchado, que hemos trabajado; que esta lucha y este trabajo nos obligan a seguir trabajando y luchando para lograr el triunfo definitivo; pero nada de luchas pequeñas e innobles, nada de antagonismos personales. La mirada siempre en la altura, la mirada siempre en la patria. ¿Era necesario que yo dijera esto, que yo demostrara esto? ¿No lo sentís? ¿No lo comprendéis? ¿No os lo aconsejan la experiencia de una parte, el deber de otra? Lo que hemos conseguido desde que nos pusimos a la acción en medio de tantas fluctuaciones, adversidades, crisis y amarguras, nos da a entender y a esperar lo que conseguiremos cuando purifiquemos enteramente nuestro espíritu y limpiemos nuestro camino de broza y cizaña. Entonces sí que venceremos. Entonces sí que llegaremos. Al predicaros la paz y la concordia, os predico el Evangelio, os predico la verdad; pero vuelvo a decirlo: ¿Era necesario que yo dijera esto? ¿Era necesario que yo insistiera sobre estas cosas de sentido común, de sentido patriótico, evidentes para todos? Casi con timidez he abordado el tema temiendo ofenderos sólo con la duda de que dejárais de pensar como yo pienso, y de sentir como yo siento.

La Asociación Canaria pasará en lo futuro, como ha pasado en lo anterior, por pruebas y alternativas inevitables, insuperables de toda labor humana; pero la Asociación Canaria no morirá nunca porque si muere, con ella moriría algo que al desaparecer se lleva no sólo la esperanza, sino hasta el instinto de conservación propio de las grandes colectividades. No

creo que en ningún tiempo haya roedores que intenten socavar los cimientos de nuestro edificio levantado a costa de tantos afanes, de tantas ansias, dolores y sacrificios. No lo creo, pero si los hubiere, no será el derrumbamiento material del edificio, ya hoy bien seguro sobre una cimentación profunda, lo que los aplaste; la pesadumbre moral de la obra, obra de compromiso y de honor para toda la familia emigrada, los aplastará.

Sólo he querido esta noche, sólo querré mientras esté en Cuba, aplicar el fuego de mi palabra a vuestro patriotismo hacinado como un combustible para que arda y con grandes llamaradas nos ilumine; que será la zarza del Oreb, la lumbre encendida en la montaña sagrada, será la transfiguración de un pueblo.

Cuando observo que un estremecimiento vital se inicia en las muchedumbres de nuestro país, cuando creo verlas próximas a moverse y encaminarse, me acuerdo de que se necesita un grito que les mantenga el buen ánimo, que las temple, que las excite, y aunque estoy seguro de que ese grito yo no puedo darlo, me olvido de mi pequeñez, y pretendo subir arrebatadamente a las alturas, a las torres, unas veces para tocar las campanas de rebato, otras veces para tocar las trompetas de convocación, y si no consigo resucitar a los muertos, consigo despertar a los durmientes gritándoles: ¡que viene el día! El día viene para vosotros, canarios de Cuba; canta el gallo, su profeta; despertad y andad.” (Grandes aplausos.)

SANCHEZ DE BUSTAMANTE

El ilustre jurista y tribuno cubano D. Antonio Sánchez de Bustamante acaba de publicar dos tomos en que se contiene una parte de su obra oratoria, tan celebrada en su país. Ese repertorio de informes forenses, arengas y discursos sobre los temas más diversos,—económicos, políticos, administrativos, literarios,—quedará en Cuba como un libro clásico, lleno de erudición y de elocuencia; abierto siempre para que en él aprendan todos, al mismo tiempo que el arte exquisito del buen decir, la nobleza y elegancia del alto pensar.

El Dr. Sánchez de Bustamante es uno de los primeros oradores de la joven República antillana; muchos le diputan, desde ciertos puntos de vista, por el primero. Hombre de Parlamento y de Foro, ha conquistado inmarcesibles laureles en los palenques de la palabra. Ha dicho a su pueblo grandes verdades y le ha predicado doctrinas salvadoras; ha sido desde la tribuna, más bien la cátedra, un admirable obrero intelectual.

Porque el Sr. Bustamante, en quién el verbo es un arma de combate fina y caballeresca, nunca ha hablado por el gusto de hablar. Ha hablado para iluminar la conciencia cubana, como intérprete de la justicia, como definidor del derecho y como artífice de la cultura. Sus oraciones elocuentísimas han sembrado ideas de redención en el espíritu público. La aristocracia de su palabra, reflejo de la de su pensamiento, ha grabado los supremos ideales en el seno de aquella fraternal democracia que le cuenta entre sus apóstoles.

La oratoria, lo propio que todas las artes, ha evolucionado y se ha modernizado; pero, al modernizarse, rigurosamente ha vuelto a lo antiguo. Lo más moderno en este orden implica un salto atrás. La elocuencia sentenciosa de griegos y rumanos, vertida en formas impecables, resurge bajo el estilo de estos oradores—artistas, escultóricos, que saben ceñir estrictamente la frase al concepto y abrillantar el concepto con la frase. La sobriedad y la limpieza, caracteres de las letras clásicas, aquilatan el tesoro de su perfecta, maravillosa expresión. El romanticismo desarrolló también su influjo en el género oratorio y lo pervirtió con incontinencias retóricas, con lo supérfluo metafórico y lo suntuoso imaginativo. El mejor discurso de Castelar, en este sentido, constituye un alarde asombroso de fantasía y de abundancia verbal que marca un principio de decadencia. Los que le equipararon a Demóstenes no sabían lo que se decían. Lamartine, gran orador y gran poeta, no hizo otra cosa

que poetizar hablando, de la misma manera que escribiendo poetizaba.

El Sr. Sánchez de Bustamante pertenece a la vieja escuela y ha restaurado en Cuba la tradición tribunicia hoy reputada moderna. Es un orador sobrio, conceptuoso, elegante, matizado y *contenido*. Me recuerda a Martos, el magnífico orador parlamentario español, con mucha más literatura. Sus discursos hablados parecen discursos escritos, tan definitiva es la forma. Las páginas de esos dos volúmenes en que los ha guardado como joyas en estuches, tienen un valor y un precio permanentes que nada ni nadie podrá modificar. Cuba no dejará jamás de recrearse en esa belleza que le pertenece como la turquesa de sus cielos.

Si se exceptúan las magnas defensas jurídicas, ninguna de las piezas oratorias coleccionadas excede la medida de unos cuantos períodos deslumbradores, grandilocuentes. ¡Cuánta enseñanza y cuánta doctrina, sin embargo, en ellos!

El Sr. Sánchez de Bustamante divide con Montoro, Zayas, Fernández de Castro, González Lanuza, Giberga y Dolz, los honores de la tribuna cubana. De la sonora pléyade, sólo he conocido personalmente a Zayas y a Montoro, un orador-institución, un orador-cumbre. A Bustamante le conocí de vista, un día en el Senado. Cuando dí mi última conferencia en la Academia de Letras, que él preside, no pudo asistir. Pero oí por todas partes pronun-

ciar su nombre con el mayor respeto, y supe que cuando eleva su palabra, sus compatriotas le adoran y le bendicen, cual si elevara una hostia.

UNA VISITA AL CENTRAL "PROVIDENCIA"

Venir a Cuba y no visitar uno de sus grandes Ingenios y una de sus grandes fábricas de tabacos, es en cierto modo perder el viaje; porque, si no se ve eso, si no se estudia eso, se dejan de ver, se dejan de estudiar las principales manifestaciones de la riqueza cubana.

Los dos poderosos elementos de la prosperidad de Cuba, implican a la vez dos inmensos símbolos: lo efímero y lo dulce, la miel de los amores y los placeres que endulzan la vida, y el humo en que todo, inclusive amores y placeres, se va...

Yo deseaba visitar un Ingenio para examinar de cerca el mecanismo formidable de su producción. El domingo último se realizó tal deseo. Organizóse una jira al "Providencia", uno de esos Leviatanes del trabajo, uno de esos gigantescos generadores de riqueza y vida. Entre los expedicionarios iba yo, encantado con la promesa de las nuevas visiones e impresiones que al fin se me ofrecían.

Acompañábanme la belleza y la gracia cubana, representadas por un grupo de adorables señoritas, fina flor de la sociedad habanera; y otro grupo de jóvenes y caballeros distinguidísimos. Tan grata compañía ya era una irresistible invitación al viaje. Cuando se va bien acompañado, son hermosos todos los caminos, hasta los más ásperos y difíciles. Son senderos paradisiacos los que, en la fuga de un tren lanzado a todo vapor como si se precipitase hacia el porvenir, cruzan estos campos pletóricos de vitalidad asombrosa. La tierra parece llamarnos, parece perseguirnos, ávida de absorbernos; palpita como un cuerpo humano henchido de la fiebre abrasadora y desbordante de la juventud.

La vegetación semeja una inundación de verdura; no hay un claro por ninguna parte. el manto regio de esmeralda se tiende hasta los últimos confines del horizonte, cortado por los grupos de elegantísimas palmeras en actitudes gallardas que producen una impresión religiosa: columnas de templos, gloria ascendente que busca el cielo, que va a perderse en el inmenso azul...

¡La palmera! Mi antigua conocida... Allá en las islas donde nací, tibias y plácidas como nidos para soñar quimeras, como lechos de flores, los abanicos de las palmas se agitan siempre sobre nuestras cabezas... Caminamos entre palmas desde la cuna al sepulcro. El árbol glorioso no cesa de sonreirnos y prométernos una ventura que nunca llega; pero las de allá no hablan el mismo lenguaje que las de aquí. Son, sin embargo, hermanas, como son

hermanos cubanos y canarios, porque en una misma obra ponen un empeño común, porque nuestros emigrantes isleños se lo dan todo a Cuba y Cuba lo sabe agradecer.

El central "Providencia" es una maravilla de organización metódica, de administración concienzuda. Recorriéndolo parte por parte en su estructura compleja, admiramos el prodigio de la industria mecanizada hasta lo inverosímil, tanto como el poder de la fuerte empresa que lo tiene a su cargo. Individualizando los méritos y los esfuerzos allí evidenciados, hay que ensalzar con entusiasmo la obra personal cumplida insuperablemente por el señor Santiago Milián, condueño de aquel establecimiento magnífico. Estos hombres de labor que han subido a la fortuna por la escalera angustiosa del trabajo, escalón tras escalón, y han hecho brillar en cada avance su inteligencia y su energía, y luego, llegados al punto más alto, permanecen serenos, humildes, bajo el peso enorme de su propia obra; estos hombres extraordinarios que saben vencer y saben ser dignos de la victoria, estos ejemplares y estos ejemplos los más útiles para una democracia, me inspiran un respeto admirativo. Había más de uno entre los excursionistas; otro, también canario, era el gran comerciante, industrial y banquero D. Luis Suárez Galván. De los dos compatriotas, beneméritos por tantos títulos, he de hablar con detenimiento.

Don Santiago Milián y el joven señor Gelats habían sido los organizadores de la deliciosa jira. Espléndidos anfitriones, en verdad. Du-

rante el almuerzo, la alegría de los jóvenes penetró en mi corazón, joven también a pesar de todo. Reinaron una expansión discreta y una cordialidad sencilla, del mejor tono. Los jóvenes conversaban animadamente y parecían querer cantar. La mañana pide acompañamiento de canto. ¡Algazara de los pájaros al amanecer!

—La Cámara Baja se alborota,—dijo el señor Galván indicando el grupo de muchachas encantadoras que ocupaban uno de los extremos de la mesa. El divino Congreso, efectivamente, se mostraba dominado por el encanto de la hora: la hora del sueño, la hora del idilio... Creeríase que iba a votarse a sí propio, que iba a votar el reinado perpetuo del amor y la belleza...

Y desde allá vino hasta la presidencia una tarjeta en que se le pedía me pidiese a mí que hablara. Mi ilustre vecina de al lado, la condesa de Buenavista, cree que debo hablar. Lo que debo es obedecer,—le respondo,—y me levanto para cantar la hermosura de Cuba y de la mujer cubana. Nunca orador alguno ha dirigido su palabra a un auditorio femenino más interesante. Cada una de aquellas señoritas era la Musa, era la inspiración.

Después del almuerzo, recorrimos en tren rural enramado de palmas, siempre palmas, los hermosos campos, las fecundas tierras tributarias del Ingenio. Todo se hizo regiamente. En el tren expreso que nos devolvió a la Habana, se nos sirvió helados, refrescos, dulces, tabacos. Ya anochecido, seguía la charla

bulliciosa de la alegre juventud, como si quisiera cantar, sin haber decaído un punto... Es que para ella, aunque venga la noche, no anochece...

UN GRAN DIARIO DE IDEAS

Dirigir un diario es como dirigir un navío por entre peligrosas sirtes; y así como la suerte del navío pende en gran parte de la serenidad, valor y pericia del capitán que lo manda, la suerte del diario está principalmente confiada al director que le imprime rumbo. El personal es en cierto modo la tripulación disciplinada y abnegada.

Esa cosa decisiva y formidable, pero difícil de explicar, el mando, lo salva todo en los trances supremos. Hay que ver bien desde lo alto para que el rumbo no se tuerza, para evitar los riesgos y para salvarlos cuando evitarlos no es posible. Hay que ver los escollos, y los faros indicadores, advertidores. Hay que ver lo que pasa sobre las aguas y bajo las aguas. Hay que mirar al cielo y consultar las señales del tiempo. En este ejercicio de pilotaje, en esta soberana gimnasia de conducción, en esta vigilia, este alerta y este acecho, los hombres nacidos para dirigir, no para ser dirigidos, afinan hasta el último límite sus facultades y capacidades de naturaleza.

Todo está en ellos, y ellos están en todo. Si en su derredor los elementos se desenfrenan, sus labios lanzan el "ego" que los apacigua; si creen necesario, para lograr fines superiores, poner término a la paz, desatan la guerra. Son pacíficos por índole, y por deber se tornan belicosos. Diríase que esperan sus órdenes la calma y la borrasca; pero también diríase que por su parte ellos cumplen mandatos formulados por una voz divina resonante en el fondo de su conciencia. Allí, en las subyacencias misteriosas o catacumbas del espíritu, oyen esa voz que luego nos hacen oír en sus palabras y sus actos...

Don Nicolás Rivero, director del "Diario de la Marina", pertenece a esa clase de hombres. Su fuerza moral consiste en haber luchado por las ideas y en saber conducir "su barco" por entre los escollos, recto hacia el norte, siempre con las luces encendidas.

Y el "Diario", hogar de intelectualidad y de fraternidad, marcha majestuosamente con el movimiento "interior" que tienen las ideas. En las horas de prueba, en las horas de crisis, en los duros temporales de la navegación periodística, bajo la mano suavemente enérgica que señala la ruta y guía al puerto, nadie piensa allí en el naufragio, sino en la victoria. Allí el mando es una iluminación profética, además de una energía salvadora.

Y es, por lo mismo, un perpetuo pacto con el éxito. Desde el puente que ocupa el nauta genial, siempre se ve tierra; tierra iluminada...

EXCURSION A LAS VILLAS

En la provincia de Santa Clara hay un grandísimo número de canarios dedicados al comercio y la agricultura. El trabajo de nuestros compatriotas ha creado allí por todas partes vida, abundancia, bienestar; sus virtudes triunfan en aquella comarca, cual en ninguna otra, y su identificación con el elemento cubano es completa. El sello de nuestra raza laboriosa y resistente, sobria y sencilla, se advierte en las poblaciones como en los campos. Pueblos enteros (Camajuaní, Cabaiguán, Zaza), han sido fundados o vivificados por nuestros emigrantes. Nuestra sangre fertiliza aquellas tierras, nuestra savia mézclase con la savia poderosa de la naturaleza tropical. Y no se da un paso sin encontrar la huella de los nuestros, sin que la patria chica nos reciba en sus brazos amorosos. Se la ve en el esmero de los cultivos, en el patriarcalismo de las costumbres, en la figura de los labradores; se la lee en los nombres de las cosas; se la oye en el acento del habla regional levemente cubaniza-

da, en los cantares quejumbrosos de la *tierruca*. La transplatación ha modificado al hombre, pero le ha dejado intactas las raíces, los cimientos espirituales. . . Todo atestigua la supervivencia del espíritu en medio de los cambios físicos. Todo dice que Canarias está en aquella zona de Santa Clara.

Yo tenía grandes deseos de visitarla y recorrerla; los paisanos de las Villas también deseaban conocerme y obsequiarme. La Delegación de Cabaiguán había organizado en mi honor un magnífico programa de festejos; pero, aquejado de importuna dolencia que me obligó a guardar cama, no pude ir en la fecha convenida; febril y ansioso, vime forzado a meterme entre sábanas mientras de allí telegrafiábanme sin tregua llamándome. No querían aquellos cariñosos amigos convencerse de la realidad del impedimento; ni podían, tampoco, aplazar los actos preparados, porque era demasiado tarde. Imposible dar contra-órdenes a las gentes que ya se habían puesto en camino para Cabaiguán desde distintos puntos de la provincia. Fué, pues, preciso nombrar una comisión que me representase representando a la Asociación Canaria, y los comisionados emprendieron el viaje. Eran los señores José María Jiménez, Daniel Tabares, Eduardo Iglesias, Tomás Capote y Francisco Bethencourt Apolinario, director de la revista "Islas Canarias".

En Santa Clara unióse a ellos la comisión nombrada por la Delegación de Camajuaní para asistir a las fiestas, constituida por el doctor Sánchez del Portal. Alcalde de dicho

pueblo y médico de la Delegación, el presidente don José Antonio Hernández, el vicepresidente don Policarpo Enríquez y el secretario don Juan Socorro.

En Placetas del Sur la comisión vióse aun reforzada con las representaciones de Zulueta y Placetas, pueblos todos donde hay numeroso contingente de isleños que han hecho progresar la comarca y acrecer los cultivos. La legión patriótica va engrosando, según el tren se acerca al punto de llegada y de cita. Están allí, como representantes de sus convecinos, correligionarios del culto de la patria, embajadores de la fraternidad y el amor entre los canarios, mi antiguo amigo don Cipriano Valcárcel, palmero distinguido, que preside dignísimamente la Delegación de Zulueta y la representa en el caso, y, por Placetas, el presidente don Antonio Darías y los vocales don Francisco Martín, don Antonio Alvarez, don Antonio Suárez y el doctor Cabral; un grupo de patriotas exaltados, generosos, en cuyas almas arde inextinguible el sentimiento regional. Una vanguardia cívica que vive y lucha y vence con el sagrado nombre de nuestra tierra en los labios.

El tren llega a la estación de Cabaiguán entre los aplausos y aclamaciones de la muchedumbre que lo aguardaba. Cabaiguán, en fiesta, recibe a los comisionados cariñosamente. Allí se ha congregado el pueblo entero, que es un hogar de paz donde cubanos y canarios se identifican, camaradas fraternales, copartícipes de esfuerzos y deberes. Los nuestros son los más, y todo evoca el recuerdo de las

amadas islas atlánticas, pero todo también les impone a nuestros hermanos, como un tributo caballeresco, el amor a la hospitalaria Cuba. Pedro Dariás, Delegado honorario en Cabaiguán, al frente del gentío, caudillo popular querido y respetado, simboliza esta compenetración de las dos patrias y lleva el mando supremo como un padre gobierna una familia. Le acompaña el presidente de la Delegación don Manuel Rodríguez, el vice-presidente don José Ortega, los miembros de la Directiva, otros muchos comprovincianos establecidos y acreditados en Camajuaní, y numerosos amigos de Sancti-Spíritu, Zaza, Guayos, de todas las poblaciones comarcanas. Es—conforme dijo Francisco Bethencourt en la crónica publicada en su periódico—“la romería del patriotismo”.

Pero debo dejar la palabra al propio Bethencourt, comisionado y testigo presencial. Oigámosle:

“De la estación nos dirigimos al local donde se encuentran instaladas las oficinas de la Delegación de Cabaiguán-Guayos. La Directiva había dispuesto el aperitivo matinal, con el que se obsequió a la comisión y a los acompañantes. Entre éstos contamos ahora a la comisión que enviara la Delegación hermana de Zaza del Medio, y la que estaba integrada por los señores Mariano Mederos, Juan Pérez de la Cruz, Rosendo Medina, José Fleitas, Angel Pérez de la Cruz y Julián Triana.

De Sancti Spíritus se encontraban también allí los señores Nicolás Sánchez y Angel Padrón. A todos saludó, en nombre del señor

González Díaz y de la Comisión, nuestro compañero señor Daniel Tabares, Coronel del Ejército Libertador.

Pasamos a visitar la "Colonia Española", en cuyos salones nos esperaban el primer vicepresidente de la Directiva y presidente en funciones, nuestro distinguido paisano señor Pedro A. Rodríguez, y los vocales señores Rodrigo Pubillones, José Alonso, Emilio Rodríguez y otros cuyos nombres sentimos no recordar. Se nos obsequió con esplendidez a todos los visitantes, y después de momentos de amena charla, nos dirigimos al edificio de "El Progreso".

En esta simpática sociedad cubana, recibieron a la comisión el presidente y primer vice y varios vocales de su junta de gobierno. Se cambiaron frases cordiales y expresivas, y se derrochó la sidra. El presidente Sr. Capiró, que ha dado su nombre al bonito teatro del pueblo, y el simpático señor Roberto Aranguid, administrador de Correos, se multiplicaron en atenciones para todos los visitantes. Nos encontrábamos aún en "El Progreso" cuando llegaba de Guayos un grupo de compatriotas que habían organizado un excelente número de la fiesta, y el que acordaron suspender al conocer la enfermedad del señor González Díaz. Eran éstos paisanos, el señor Juan Guelmes, entusiasta vicepresidente segundo de la Delegación, los señores Bravo Hermanos, acreditada firma comercial, Juan Ferraz, Antonio Guelmes, José María Mederos y otros no menos entusiastas de Guayos, cuyos nombres no nos vienen a la memoria en estos instantes.

Ya era hora de almorzar cuando todos nos dirigimos al restaurant "El Niágara", donde se había preparado un excelente menú y una larga mesa, a la que se sentaron, presididos por el Alcalde de Camajuaní doctor Sánchez, los comisionados de la Central y los de las Delegaciones hermanas, el Delegado Honorario señor Darías, el doctor Pérez Camacho, el Director de "Luz" señor Víctor Fernández, los miembros de la Delegación de Cabaiguán ya nombrados en esta ligera reseña, y los señores Leopoldo Guzmán, Eulogio Crespo, Benito Cabrera, José María Pérez, Ignacio Ríos, Enrique Martín, Manuel García, Miguel R. Ortega, Teodoro Martín, Guillermo Cabrera, Victoriano Hernández, Lucas García, Micael Guerra, Juan Gómez, José Pérez Reyes, Félix Carmona, Antonio Herrera, Alejo Pérez, Pedro Díaz, J. Ruiloba, Eusebio Santos, Antonio Carmona, Pedro Ruso, José Paz y Francisco González.

A la terminación del almuerzo tuvo lugar la Asamblea en el teatro "Capirot", que se hallaba preciosamente adornado con flores con escudos de la patria chica y de la madre patria, y con los colores de las banderas cubana y española. En el centro del escenario aparecían los "siete montones", admirablemente imitados. Nota típica, sugestiva, original del distinguido joven señor Manuel Pérez Camacho. Todo allí en aquel coliseo, aquel color de fiesta, aquella glorificación al terruño, pregonaba un gusto exquisito.

Las localidades del "Capirot" se encontraban ocupadas cuando llegó la hora señala-

da para comenzar el acto. Y los pasillos del coliseo y las puertas de entrada se hallaban cubiertas por los canarios que habían acudido desde lejanos lugares, a pesar de lo lluvioso del día, a la cita que se les diera para dedicar unas horas a los recuerdos de la tierra nativa. Eran las legiones de los patriotas anónimos, pero modestos y puros, que ríen y lloran las alegrías y los dolores de la patria, quizás al unísono que el rayo de sol les vivifica sus siembras y les agranda y contenta el alma, o la tempestad les azota las espaldas y les entristece el espíritu que sólo ve el fracaso de la cosecha... Y en este y aquel palco, grupos de señoras y señoritas, destacándose como notas delicadas del conjunto, presidían la belleza de la fiesta.

Presidió el acto el señor Manuel Rodríguez, Presidente de la Delegación, quien tenía a su lado al señor Ortega, Vice-presidente, al doctor Sánchez del Portal, al Delegado Honorario señor Darías, al Presidente de la Colonia Española señor Pedro A. Rodríguez, y a los comisionados de la Central señores Tabares, Jiménez, Capote y Bethencourt.

Sube a la tribuna el señor Jiménez, para explicar la ausencia del señor González Díaz, "que ha quedado en el lecho del dolor—dijo—pero que está en espíritu con nosotros"; saluda a todos los presentes en nombre del enfermo, y se extiende en diferentes consideraciones sobre la obra magna de la Asociación Canaria, haciendo un elocuente discurso que recibió aplausos calurosos y unánimes.

Sigue en turno nuestro Director para leer

la magnífica conferencia del señor González Díaz sobre los problemas políticos y sociales de Canarias. Su lectura evoca en la memoria de los concurrentes hechos de nuestra raza primitiva, trazos exactos de aquellos guanches admirables por su contextura física y moral, traducida en una vida plácida, en ejemplares, en patriarcales costumbres producto de una civilización que ha sido el asombro de los sabios y que fué destruída para imponer en aquellas peñas la civilización que tiene por base torcidas interpretaciones de las doctrinas de Cristo, esa civilización que admite desigualdades egoístas y preside actos inícuos; esa civilización que, tras tantas catástrofes por ella provocadas en el transcurso de los tiempos y tras mayores infelicidades por ella impuestas a la Humanidad, comienza ahora a celebrar sus funerales en los mismos pueblos que más la han pregonado bondadosa. Nada llevó a nuestros peñones, que hiciera más feliz la vida de sus moradores—aspiración suprema de la Humanidad—esa civilización impropriadamente llamada cristiana; en cambio les quitó a Las Afortunadas, como decía el conferencista, “las más bellas tradiciones de virilidad heroica y de noble civismo que ningún grupo étnico, ninguna sociedad humana, haya podido ostentar sobre la tierra: virtudes familiares, instituciones científicas, energías creadoras, geniales atisbos de derecho, de sociabilidad y de cultura, todo un tesoro recogido fragmentariamente en nuestros museos por unos cuantos sabios y patriotas.”

La lectura de los párrafos en que González

Díaz traza de manera maestra los paisajes de la tierra y las costumbres típicas de la vida canaria, evocó también en la mente de los concurrentes la paz encantadora de nuestros valles, la dulce tranquilidad de nuestros caseríos blancos y alegres, nuestros cantares, nuestras islas valientes, dulces y tiernas, nuestras folías cadenciosas, rítmicas, subyugadoras, nuestras luchas... y tantos otros recuerdos y afecciones imborrables.

Entre los calurosos aplausos que premiaron la conferencia del señor González Díaz, subió a la tribuna el señor Tomás Capote Pérez, quien se produjo en elocuentes conceptos, para fustigar a los gobiernos por el abandono en que siempre han tenido a Canarias, permitiendo el triste espectáculo de que sólo a las iniciativas de los nativos y a las actividades de los extranjeros se deba el progreso material que hoy cuenta la provincia. Acentuó sus censuras cuando se refirió a la poca atención que el gobierno le presta a la instrucción en Canarias, permitiendo de esta manera que el caciquismo se enseñoree aún más para explotar en su particular provecho la inocente ignorancia del campesino isleño. Y se extendió en esas consideraciones, pintando el cuadro con vivos colores, con frase vibrante, enérgica, para decirle al canario que en Cuba vive, que la Asociación Canaria no sólo tiene por misión la cura del cuerpo, sino también la cura del alma, la educación de la inteligencia de todos los canarios de aquende, y allende el mar que están faltos de ella. Para que la Asociación pueda llevar a la práctica esos propósitos en tiem-

po no lejano, añadió, con más o menos palabras, es indispensable que todos continuemos prestándole nuestra cooperación activa y constante.

Estruendosa salva de aplausos apagó las últimas palabras del orador.

El señor Iglesias subió entonces a la tribuna y leyó con voz clara y dicción precisa, la conferencia del señor González Díaz que en otro lugar de este número reproducimos, y que por este motivo nos revelamos de recoger sus notas más salientes.

Al terminar el señor Iglesias la lectura, sonaron aplausos y cayeron flores, y bouquets de frescas y olorosas rosas fueron lanzados al proscenio, como homenaje al autor y al lector.

Hizo el resumen el señor Tabares, recogiendo con fácil verbo las ideas expuestas por los oradores; al referirse a las ideas sobre la instrucción explanadas por el señor Capote, dijo que era también necesaria una instrucción que a más de enseñar todo lo que en los centros primarios se aprende, enseñara a pensar y a obrar. Creemos transcribir la idea del orador diciendo, que la mayoría de las personas, aún las más maduras por la edad, aún los más instruídos y sabios, necesitan reglas de conducta intelectual y moral para guiar su personalidad en la actividad más favorable a su felicidad y a su mayor éxito social, pues de común vemos que el más docto en cualquiera materia, no sabe dirigir su inteligencia, ni sabe ni puede conducirse con sus semejantes respondiendo a la altura de miras que debiera

ser el producto de esa educación a que el orador se refería.

Hizo el señor Tabares una exposición acabada de la influencia del canario en Cuba, y cantó en párrafos sinceros la importancia de la actuación del isleño en esta República, afirmando que era la más constante, la más productiva, la más beneficiosa. El canario hace de Cuba su patria, formando familia aquí o trayendo lo que dejó en Canarias; se arraiga en el país, y es, entre todos los inmigrantes, el que hace producir la tierra en este país que tiene su riqueza en los productos de su suelo.

Bajó el señor Tabares de la tribuna entre los aplausos que le prodigó la concurrencia y los acordes de la banda de música que tocaba la marcha final de acto tan brillante.

Todos los oradores tuvieron frases de afecto para Cuba y de encomio para Cabaiguán, abogando en sus discursos porque aquel progresista pueblo consiga bien pronto la creación de su Ayuntamiento propio.

A las siete de la noche comenzó el banquete, servido en el Hotel "Nueva Paz", al que concurrieron noventa y ocho comensales, todas las representaciones y personas nombradas en el curso de estas notas, y otros señores cuyos nombres no nos fué posible recoger.

Transcurrían los momentos entre amena charla, cuando se recibió un telegrama de esta capital, suscrito por el Presidente general de la Asociación, anunciando que se había acordado en junta, que la colocación de la primera piedra tuviera lugar el día 7 de febrero.

No había acabado de leer el señor Rodríguez,

cuando un clamor de alegría ahogó sus últimas palabras. El contentamiento aumentó en todos los corazones y fué la nota predominante hasta la terminación de aquel hermoso acto de fraternidad. Momentos antes del final, al descorcharse el champán, tres brindis inspirados cantaron el patriotismo y la hermosura de la fiesta. Los dijeron el señor Sánchez del Portal, el señor Tomás Capote y el Coronel Daniel Tabares.

La hora de la salida del tren se acercaba, y los comisionados nos dirigimos a la estación. Hasta allí nos acompañaron numerosos compatriotas y amigos, y nos despidieron con manifestaciones de contento y alegría.

Gracias muchas a todos, y una felicitación efusiva a todos los que contribuyeron al resultado brillante de las fiestas”.

Partimos de la Estación Terminal, airosa fábrica alzada en los tiempos de la presidencia del general Gómez, para emprender el viaje a Camajuaní. Después, visitaremos Cabaiquán y Zaza del Medio, pueblos de *canarios* como he dicho, localidades y campiñas donde reside y labora un inmenso número de isleños. Vamos a verles en su obra fecunda, en el teatro de sus pacíficos pero grandiosos triunfos; rodeados de la riqueza agrícola e industrial que poderosamente han contribuído a producir; alumbrados y confortados por el amor de la lejana patria que reina en su espíritu, llevo también del amor a Cuba. Será un hermoso espectáculo.

Me entusiasma la perspectiva de este viaje, interrumpido varias veces por causas fortui-

e Del documento, los autores. Digitalización realizada por UJEC - Biblioteca Universitaria, 2008

las y al fin realizado en un día espléndido, todo luz suave y tibieza adormecedora, un día característico del invierno del Trópico. El tren que nos lleva nos brinda todas las comodidades apetecibles, y nos serán breves y leves las horas desgranadas dulcemente en la contemplación del campo y del cielo. Para mí sobre todo, que por vez primera me encamino a Santa Clara, tendrá la excursión penetrantes encantos, verá las cosas como si las descubriera y embargará mi ánimo el éxtasis contemplativo, la magestad de la naturaleza libre, invasora y soberana. Adoraré la tierra de Cuba, sentiré su contacto directo, su fascinación, su dulzura y su fuerza enormes; porque así, tremenda en el despliegue de poderes tan opuestos, maternal y tiránica, blanda e imperiosa, amiga y enemiga, con arrullos que aduermen y con rugidos que espantan, así la siento. Vive, frente a mi pobre vida personal, una vida demasiado intensa. Y respecto a la naturaleza de Europa, agotada, depauperada, tiene una potencia infinita de maternidad y redención. Los hombres que aquélla deja morir sobre sus senos exhaustos, ésta los llama y reconstituye al calor de los suyos ubérrimos.

¡Madre del mundo!

La patria se compone de los señores Juan López Domínguez, Eduardo Iglesias, Daniel Tabares, José María Jiménez, Tomás Capote Pérez, Francisco Bethencourt, director de la revista *Islas Canarias*, Tomás Servando Gutiérrez, redactor del *Diario de la Marina*, y mi humilde persona.

El señor Rivero ha tenido la deferencia

para los canarios y para conmigo, de enviar un especial representante a las fiestas de Santa Clara; representante que hará en el *Diario de la Marina* una información extensa, detallada. Estos actos con que nuestra colonia proclama su regionalismo y su españolismo, afirma sus ideales, estrecha los lazos de la fraternidad entre sus miembros, robustece su fe en el porvenir, no deben registrarse en el gran periódico como un suceso vulgar cualquiera; justifican los honores de una crónica por todo lo alto confiada a un maestro del género. Así lo ha entendido don Nicolás, y la crónica habrá de escribirla, efectivamente, un profesional peritísimo en el arte de pergañarlas amenas, matizadas, finas, preciosas.

Tomás Servando—según en forma familiar, que no excluye lo efusivo ni lo admirativo, le llaman—es el hombre insustituible para este caso. Periodista-viajero, en funciones de observar y reflejar lo que observa, verdadero *globe-trotter* de la prensa americana, ha recorrido medio mundo; ha estado en todas partes, y sabe donde ha estado. Literato impresionista, comprimido y jugoso, posee el don de encerrar en unas pocas líneas muchas ideas originales; domina su oficio por completo, y merced a aquel don, inestimable desde el punto de vista del periodismo contemporáneo, se ha especializado en *La Marina*, cuyo director le encarga las más difíciles empresas exploradoras e informativas. Gutiérrez vuelve de ellas invariablemente triunfador, nunca fatigado, ganoso de continuarlas, porque la caería reporteril le entrena. Esos altos ejer-

ciios cinegético-periodísticos equivalen, para él, a una doble gimnasia del cuerpo y del cerebro.

Construye una *interviú* en el aire, con cuatro datos y cien adivinaciones, atisbos maliciosos o ingeniosidades bizarras; su pluma piruetea, lo propio que su estilo desenfadado, ágil, saltarín, zumbón; no menos que su carácter de niño travieso, a quién todo se perdona porque pone gracia en todo, y se le aplaude porque tiene un buen humor simpático y comunicativo. Ocurre que de pronto se tornan serios su estilo y su carácter,—una sola cosa en el fondo, ya que el estilo es el hombre,—y entonces Tomás Servando da una nota de sentimiento sutil, de emoción conmovedora. En su espíritu, donde siempre hace buen tiempo, se levantan nubes y amenaza lluvia; nubes ligeras, lluvia *contenida*, siempre lo mismo que su estilo, lluvia de lágrimas tibias y ténues vertidas hacia adentro. Pero afuera no se extingue la sonrisa sarcástica, y adentro tampoco llega a estallar la tormenta. Lo que ha sucedido es que el burlador de la vida fué un momento por la vida burlado. Cayó la máscara. ¡Ah, no nos engañamos: se ríe para no llorar!

A Tomás Servando le defiende contra las grandes penas y los grandes dolores su temperamento sano, fuerte, equilibrado, feliz; sus risas infantiles más que juveniles indican que *puede* remontarse por encima del Dolor, sofocarlo y vencerlo; otros queremos pero no podemos. Se engañaría, sin embargo, el que creyese que el notable cronista es un espectador alegre de la humana comedia y un espectador

impávido de la tragedia humana. Tiene su co-razoncito. Lo repetiré: se asiste a la comedia para olvidar la tragedia que hunde demasiado hondo sus puñales, se ríe para no llorar. Si no fuéramos sensibles dejaríamos de ser hombres, *abdicaríamos*. Y los que ríen más alto suelen ser los que sienten más entrañablemente; los que gozan buen tiempo espiritual, en la ausencia de perturbaciones ciclónicas y borrascosas disfrazan un estado perpétuo de melancolía vaga, corroedora. Quizás esto sea peor que la tristeza sistemática de los pesimistas, al cabo *amigos* de la tempestad. Los otros no la conocen pero la temen, viven en angustiosa expectación de ella, y la ven venir. Son sentimentales enmascarados, nunca amigos de la bonanza porque saben que detrás se agita y se condensa algo pavoroso. En fin, perdóneseme este psicologismo arbitrario.

Tomás Servando Gutiérrez ríe, bromea, travesea continuamente en nuestro viaje placentero, mientras el agro de Cuba, ebrio de salud, feracidad, jocosidad y vida, ríe también y nos dice a cada paso: *regocijáos*. El festivo camarada, dicharachero como un andaluz y vivaracho como un colegial, lleva la mostaza con que sazonaremos nuestros coloquios.

Desfilan estaciones y más estaciones, una serie de pueblos pintorescos, luminosos, sonrientes en medio de la verde llanura que va a perderse en el horizonte límpido y celeste, como una realidad y como una esperanza: la realidad de la riqueza de hoy, la esperanza de la riqueza, mucho mayor sin duda, de mañana. los

pueblos de la privilegiada América. Experimento otra vez la sensación del océano, pero tranquila, bienhechora, confortante, sin rebeldías físicas ni malestares orgánicos. El tren nos arrastra a todo vapor camino de Santa Clara, por entre plantaciones asombrosas de caña y de tabaco. Surgen acá y allá los Ingenios con sus naves catedralicias, los tubos gigantes de sus chimeneas asestados al cielo, sus grupos de casas y sus feudos agrícolas, enjambres del trabajo; aparecen y desaparecen teatralmente en un segundo... No perdemos de vista las palmeras que, en ejércitos formidables, en bosques sin fin, nos dicen adiós desde lejos moviendo apenas los quitasoles de sus copas al soplo de la brisa, y corren en ordenadas filas marciales... El paisaje en su monotonía conserva un carácter de sugestión poética y de grandeza pictórica que mantiene sin enfriamiento posible el interés del contemplador. *Lo sublime natural* nos penetra; las tierras llanas y suaves nos *arrullan* y nos bendicen; nos testifican que han sido pródigas en hacer fructificar el esfuerzo humano, y que aún le prometen y le darán mucho más.

Lamento no haber podido ver la parte oriental de la Isla, donde hay montañas y maniguas selváticas, donde el terreno como que se eriza y encrespa en eminencias vestidas de agria y enmarañada vegetación. Este aspecto de la contextura de la Grande Antilla me hubiera interesado mucho, porque soy hijo de un país montañoso en que titanes mitológicos parecen haber amontonado cumbres sobre

cumbres entre lavas muertas y volcanes extintos; hubiera, así, podido renovar, agrandadas y modificadas, las sensaciones que me ha producido desde mi niñez el paisaje canario con sus características dominantes; hubiera comprobado si la semejanza entre los dos países, de menor a mayor y de zona a zona, se continuaba en aquella región hermosísima. Y me hubiera sido dable, además, evocar el último acto del drama político de España, el epílogo épico de la pérdida de nuestra soberanía e imperación en América, aterrador como un derrumbamiento que aplasta a una raza. Hubiera, en Santiago de Cuba, rezado una plegaria por los mártires del heroísmo español.

Ello no pudo ser, con harto sentimiento mío; de la provincia de Oriente sólo sé lo que me cuentan los amigos que la conocen y encomian sus bellezas inenarrables. Ahora, soy todo para admirar estas inmensas llanuras soleadas, hirviendo de vida vegetal, surcadas de trecho en trecho por claros y perezosos ríos, dominadas por los *Centrales* potentísimos, absorbentes, devoradores, los vastos cultivos que prometen el rocío de oro de las copiosas cosechas y las inundaciones de las zafras. Dejamos atrás Matanzas, a la que vemos de nuevo en la lejanía, reclinada junto a su puerto, un poco triste, como reina sin trono. La conversación, que no decae porque Gutiérrez la aviva con sus pimentadas bromas y chistosos comentarios, versa principalmente sobre el esplendor de la campaña cubana. En cada una de las paradas del tren, suben a ofrecernos bi-

lletes de lotería vendedores campesinos, molestos y acosones como moscas de verano. Todos están seguros de brindarnos la fortuna al tendernos los manoseados papeles y, escépticos, la dejamos pasar. Una negra, con aire misterioso de sibila, nos lo asegura terminantemente: *aquí la llevo, no la desprecien*. Y despreciamos a la suerte y a la negra. En Santo Domingo, cambiamos de convoy.

En Santa Clara nos reciben los comisionados de Cabaiguán, Guayos y Zaza del Medio, señores Pedro Darías, José Ortega, Ignacio Ríos, Rosendo Medina y el comerciante señor Domingo Amador. Nos detenemos dos horas en la antigua villa, que es una población bien trazada pero mal pavimentada, sumida en la modorra de un vivir provinciano. En una gran plaza, con una ostentosa fuente de mármol al centro y bellos edificios en torno, la gente, extática, parece adorar al sol. Son las primeras horas de la mañana de un día de fiesta, un domingo. Santa Clara se despereza lentamente. En la plaza, blanca y anchurosa, destácase esbelto y sencillo el teatro de la Caridad, donado a su pueblo por una dama ilustre, Marta Abreu, cuyos rasgos patrióticos y filantrópicos ensalzan mis compañeros. Aquí nació también el poeta Serafín S. Pichardo. Santa Clara, cuna de otros varones esclarecidos, brilla con luz propia en la historia de Cuba.

Mientras nos desayunamos en un hotel cuyo nombre no recuerdo ni hace al caso, llegan en automóvil el Alcalde de Camajuaní, doctor Sánchez del Portal, y el presidente de la De-

legación organizadora de la fiesta, señor José Antonio Hernández. Ya todos reunidos, nos acomodamos en los coches y emprendemos marcha.

Soy presentado a todas estas personas que me rodean colmándome de obsequiosas atenciones. Quieren tributar sus homenajes al huésped de honor, como ellas dicen; y el huésped honrado no sabe que decir para demostrar su agradecimiento. Tales pruebas de cariño, de adhesión, de entusiasmo, se repetirán durante toda la excursión verdaderamente triunfal y llegarán a convertirse en ovaciones clamorosas que abrumarán mi modestia. Va conmigo el Alcalde de Camajuaní, hombre en extremo simpático, popularísimo en toda la provincia; un político sutil, un administrador integérrimo, un demócrata acrisolado. Ya hablaremos de él cuando hablemos de sus obras. Camajuaní le ama y le venera.

Al cabo de una hora que me resulta veloz como un minuto gracias a la amabilidad de mi acompañante, descendemos a la entrada del pueblo. Reina en éste inusitada animación. Nos dirigimos inmediatamente al local del Centro Canario, donde los compatriotas nos esperan; la banda municipal, situada frente al mismo, saluda nuestra presencia lanzando a los aires toda la sonoridad de sus parches y metales en una alegre marcha, y silban y estallan miles de cohetes voladores.

“Allí se encuentra—dice luego en su reseña el semanario de nuestra colonia, *Islas Canarias*,—comisiones del Ayuntamiento, del Centro de Veteranos, de la Colonia Española,

de El Liceo, de la Nueva Era, de las sociedades regionales; los demás miembros de la directiva de la Delegación de Camajuaní, el señor Policarpo Enríquez, digno vicepresidente; el activo secretario, señor Juan Socorro; los entusiastas vocales señores Domingo Febles, Francisco Armas Cordobés, Domingo Figueroa, Manuel R. Mesa, Regino González, Matías Milián, Antonio Batista, Fidencio Déniz, Enrique Pérez, Santiago Rodríguez, Manuel Rodríguez, José María Hernández, Guillermo Viera, Abraham Fernández, Juan Pérez, Antonio de las Casas, y otros; los fervientes sostenedores del espíritu social en Placetas, señores Antonio Darías y Antonio Sánchez, presidente y vocal de aquella Delegación; el señor Ildefonso Triana, constante y abnegado presidente de la Delegación de Encrucijada; otras distinguidas personas de la localidad, como el señor José Tarajano, ex-alcalde; el jefe de los bomberos señor Mariano Carmona, los corresponsales de la prensa habanera y numerosos paisanos que desde distintos puntos de la comarca habían venido a participar de las fiestas."

Se dan vivas a la Asociación Canaria, a Cuba, a las Islas Afortunadas y a la madre España; tomamos la primera copa de champagne y pronuncio el primer discurso del día, que tendrá para mí una serie de emociones grandísimas, pero agobiadoras por lo prolongadas y lo intensas. La jornada triunfal agotará mi resistencia y sacudirá hondamente mi corazón. Casi sin descanso vamos a la Casa del Ayuntamiento, a la Nueva Era, al Centro de Vetera-

nos, al Liceo, a la Colonia Española, a comer en el restaurant "Cosmopolita" y a perorar en el teatro "Muñiz". Pero no es tan sólo en el teatro donde tengo que hacer uso de la palabra; me será forzoso hablar también en cada uno de los lugares mencionados para corresponder a las saluciones que me dirigen, llenas de efusión y de elogios. En el Ayuntamiento el Alcalde me obliga a ocupar el sillón de la presidencia y me saluda en nombre del pueblo con nobles e inspiradoras frases. Procuro poner mi alma en la respuesta que le doy.

En las demás sociedades, nuevas salutaciones y nuevos discursos. Todos se desviven por festejarme; la gente de color, en su Centro, la Nueva Era, nos acoge cordialísima. A pesar de que uno de los suyos acaba de morir, no han querido exceptuarse ni abstenerse en los festejos. Por el contrario, les dan una nota propia, singular, altamente sugestiva. Un joven moreno, en representación de su raza, lleva la voz cantante y eleva un canto a la gloria de Cuba; evoca en términos elocuentes el recuerdo de las luchas sostenidas por sus hermanos para lograr la emancipación, exalta la figura de José Martí y... me compara con el gran apóstol.

Al contestarle, devuelvo los encomios, tributo justicia a los veteranos, reconozco los derechos y ensalzo los méritos de la raza de color, me inclino ante la excelsa personalidad de Martí, fundador de la República, y rechazo equiparaciones imposibles. Yo sé quién soy—le dije al simpático orador; mi obra humilde no merece ditirambos sino un poco de estima-

ción y agradecimiento de parte de mis compatriotas, que hartos me la premian con estos actos. El coronel Tabares, pronuncia una vibrante y patriótica arenga: traza el cuadro de los campos de batalla en que blancos y negros lucharon juntos por la libertad, y enaltece el ideal de concordancia que hoy mantiene en la paz la unión comenzada en la guerra.

Los mismos sentimientos y las mismas ideas se expresan en el Centro de Veteranos; en la Colonia Española, las copas se levantan por la patria madre, y yo brindo por la inmortalidad de España, engendradora de las actuales naciones de América. Todo cuanto decimos, expresión de una ardiente fe, lo corea y lo aplaude el pueblo entero. Hay en la muchedumbre que nos sigue muchos más canarios que cubanos; pero se muestran identificados y confundidos los unos con los otros. Una sola voz se eleva, voz de las almas que claman su amor de amores.

El banquete, de cien cubiertos, es servido admirablemente por el hotel Cosmopolita, amenizado por una buena orquesta y por la palabra del distinguido doctor Suárez que me incensa largamente obligándome a corresponder con buenos golpes de incensario. Después, al teatro Muñiz, donde se ha juntado todo el pueblo y donde, entre aclamaciones, digo mi conferencia, saludo a mis hermanos en nombre de la patria, celebro su obra de trabajo y unión en Cuba, tributo una vez más mis loores a la nación cubana, tierra de rescate, segunda patria para nuestros isleños. Antes ha-

bían hablado, en medio de aplausos calurosos, Capote, Tabares y Jiménez.

Luego, en compañía del Dr. Sánchez del Portal, paseamos y admiramos las grandes reformas con que su activo celo y solicitud infatigable han embellecido la localidad. En pocos años se ha transformado Camajuaní; la hermosa plaza, llena de flores, en que nos encontramos, él la sacó de la nada; hízola a fuerza de sacrificios, no sin tener que porfiar contra los mismos en cuyo favor trabajaba, y vencer resistencias de la incuria y la rutina. Su administración ejemplar, abundante en felices iniciativas, ha dado muchos bienes y progresos a los camajuaninos, que hoy se lo agradecen; la huella de su mano bienhechora se ve estampada en todas partes. Hoy se le considera, no sólo necesario; insustituible. Y el Dr. Sánchez se ha preparado en Camajuaní, con sus afortunadas empresas y gestiones, para subir a una posición más encumbrada. Figura como candidato al gobierno de la provincia.

También me acompaña en este paseo el Sr. José María Hernández, presidente de la Delegación local, uno de esos obreros modestos y silenciosos de la fraternidad cubano-canaria, labrador acaudalado, fuerte como un roble. Bajo la rudeza de su faz curtida, ancha y serena, se oculta un corazón como de aquí a Zaragoza. Es un prestigio inatacable; uno de esos hombres que en silencio pero sin tregua ni cansancio, han puesto las bases del engrandecimiento de la familia canaria en Cuba. Pertenece al tipo de los Darías, los Medina,

los Rodríguez y otros muchos, cuya labor patriótica supera a toda alabanza.

Ha terminado la jornada, un alarde de amor patrio en que se ha patentizado elocuentemente el espíritu que anima a nuestros paisanos de Camajuaní. En mi persona, Canarias ha sido vitoreada y bendecida; yo me he sentido pequeño como nunca, muy por debajo de la significación y trascendencia del momento, histórico para nuestra colectividad, para mí abrumador e inolvidable. Al despedirnos, no encuentro palabras con que manifestar mis sentimientos desbordados.

La mayoría de los excursionistas regresan a la Habana por el tren nocturno de las once; Tomás Servando Gutiérrez, Iglesias y yo, decidimos seguir en automóvil hasta Caibarién, después de haber visitado las valiosas propiedades del Sr. Portal y el Ingenio "La Fe", que está en las cercanías. Salimos al atardecer y, en marcha, alcánzanos la noche, bella enlutada que se recoge a orar bajo la mística iluminación de las estrellas. El campo reposa en un sueño como surcado de sobresaltos e intensas palpitations; mil ruidos apagados, inefables, la voz de las cosas repercutida en el espacio clarísimo, elevan un canto a las excel-situdes. La hora es hora de embeleso religioso, la naturaleza transparente a Dios. Soñamos con los ojos abiertos. Cerca de Remedios, la carretera *se pone brava*, y corremos serio peligro de naufragar en los desniveles, baches, hoyos y simas que la amenazan; nuestro auto parece un buque que corre un temporal. ¡Con dolor de mis huesos traqueteados re-

cordé a Canarias y pensé hallarme en la carretera de Arúcas!

Atravesamos Remedios velozmente, ciudad antigua y grave, muy digna en su vejez, alegatargada en el regazo de una campiña lujuriosa. Vemos al pasar una plaza semejante en un todo a la que en Santa Clara habíamos visto; la banda municipal toca desde un kiosko, en cuyo derredor se arremolina la gente endomingada, entregada a las delicias de un plácido devaneo... Los cafés colmados de parroquianos, arrojan torrentes de claridad lunar sobre la plaza. ¡Cómo se asemejan, qué aire de familia tienen todas estas poblaciones del interior de Cuba, un poco campesinas y un mucho patricias y tradicionales con su carga de recuerdos heroicos, con su patinación histórica!

Caibarién, por lo contrario, nos da la sensación plena de lo actual, de lo moderno. Blanquea en la obscuridad, atractivo y gracioso, bloqueado de las olas que le ponen un cerco de armiño. Bailan en su puerto, como si se persiguieran, las luminarias de los pailebots, y enfrente se acusan las masas sombrías de los cayos. En el hotel Comercio nos sirven una espléndida comida a la marinera, presidida por los cangrejos voluminosos y apetitosos que constituyen un regalo de la casa y del lugar.

No olvidaremos los ricos crustáceos, ni el hotel, ni las obsequiosas atenciones de sus dueños. Antes de entregarnos al descanso, que bien lo hemos menester tras las fatigas del día, vagamos un rato por las calles del pueblo, desierto y mudo. Solamente encontramos una

casa abierta e iluminada, en la calma sobrecogedora de la alta nocturnidad. De allí sí salen voces confusas y vivos reflejos; hay agitación, como de baile, en la casa. Una rumba, dice Gutiérrez,—si no estuviéramos cansados, entraríamos sin ceremonia a participar del holgorio.

Al día siguiente se nos descubre toda la alba e intachable belleza de Caibarién, jubiloso y despreocupado en el tragín de su vida comercial, en el ajetreo de sus faenas marítimas. Y sabemos que lo que habíamos tomado por fiesta arrabalera o bateo zapateado y picaresco, había sido lo que llaman *un drama de pasión*. Rozamos el drama, juzgándolo sainete. Los que velaban, velaban el cadáver de una mujer, pobre pecadora, asesinada por un tirano. ¡Un ejemplo de amor salvaje y asesino! Unas cuantas gotas de sangre impura habían manchado el manto de la noche orante, y nada más.

Pasamos otra vez por Villa-Clara, adonde me viene a saludar un antiguo y leal amigo, Crescencio Rodríguez Rivero, periodista y poeta. Y emprendemos la vuelta, el mismo camino que habíamos recorrido ya, que volveremos a recorrer de día en un segundo viaje, con objeto de visitar a los canarios de Cabaiguán y Zaza. Entre las sombras, las moles oscuras de los Ingenios, catedrales de la industria, punteadas de miles de luces, semejan grandes navíos encallados.

Cabaiguán es un pueblo en crecimiento franco y próspero, gracias sobre todo a la laboriosidad de los canarios. Se ha formado res-

tándole fuerzas a Camajuaní, desde donde muchos cultivadores y colonos se han corrido hacia aquellas tierras que les atraían con la promesa de sus grandes reservas vitales, sus excelentes condiciones y quizás la baratura de su adquisición. No tardó en construirse en torno del centro agrícola un centro urbano que se desarrolló en pocos años y hoy tiene suma importancia. La tendrá aún más grande dentro de algún tiempo, pues Cabaiguán crece a saltos bruscos, sin intermitencias, con verdadero aliento juvenil. Lo que fué villorrio ahora es población activa, progresiva, llena de arres-tos creadores. El campo pródigo e inagotable en su riqueza, alumbrada por nuestros obre-ros, lo alimenta y lo impulsa.

En Cabaiguán vive Canarias, más aún que en Camajuaní, tanto como en Zaza del Medio, en Placetas, en Zulueta. La región de las Villas es el vasto escenario de las luchas y los éxitos de nuestros insulares. Están en sus manos los múltiples resortes del progreso de Santa Clara; si ellos se repatriasen, si un desarraigamiento y restitución colectiva al país de origen, les alejara de aquí, súbito detendríase el ritmo concertado y poderoso que marca este fecundísimo laborar... Podemos afirmar-lo con orgullo. En Cabaiguán, por ejemplo, nada deja de exhibir, bajo el primer nombre, el signo nacional *cubano*, la segunda denominación, *canario*. Canarias desde las herramientas y los útiles campestres, hasta los elementos industriales; desde la raya del surco que humedece el sudor de los isleños, hasta el vino de las mesas, hasta el condumio de los

hogares humildes, en los que no falta el pescado salado ni el *gofio*, la sobria pero sustanciosa pitanza de la tierra. Y en los títulos de las tiendas, en las muestras de los establecimientos mercantiles, se leen nombres familiares. Y, ahuyentada la enemistad por la camaradería redentora del trabajo, entrañablemente hermanas, las islas se abrazan y se comprenden.

Estos hombres que aquí nos honran, que aquí construyen mientras allá nosotros destruimos; estos patriotas abnegados y tenaces, limpios de nuestras impurezas, son admirables. Hablan de la patria con fervor sagrado; la evocan en sus afanes y sus bregas cotidianas a través de un velo de lágrimas que se las muestra esplendente y purísima como tras la lluvia el cielo. Nada le piden: todo se lo dan. Aunque materialmente no la vean, la ven dentro, en la conciencia, mucho mejor que nosotros. Le ofrendan su alma en una serie de incondicionales holocaustos. Ella, evocada bajo la forma de una santa abuela, divina en su pureza y su impersonalidad, deshumanizada e idealizada, enjuga el sudor de sus rostros.

¡Qué figuras sencillamente grandes, casi augustas! Yo quisiera traer a Santa Clara, entre estos obreros, no sólo a nuestros poliquillos y caciquillos de las islas, horda rapaz y vandálica, descomedida y arrasadora, sino también a los patriotas tibios e intrigantes de la Habana, los que juran el nombre de la patria en vano y marchandean con el patriotismo (no falta por desdicha la especie, indecorosa hibridez.) Aprenderían...

Mi presencia en Cabaiguán provoca un rebosamiento, un delirio de *canarismo* sin limitaciones ni restricciones. Un gomero, el sin par Pedro Darías, respetado y querido de todos, nimbado de prestigios, talento enérgico de organizador, voluntad de acero, corazón de oro, rige los movimientos de la muchedumbre. Cabaiguán se va en pos de él y él lo conduce hacia mí y en mí todos saludan a Canarias cuya representación ostento, aunque indigno. Pedro Darías, con un desinterés absoluto, se ha afanado por servir los intereses y los fines de la Asociación Canaria en esta comarca, y nuestros paisanos reconocen su indiscutible jefatura. Podrían sustituirle, pero no superarle, ni igualarle siquiera. Para él no existen obstáculos: con subyugadora energía los allana, ningún empeño le resulta difícil porque su ánimo entero y apasionado en pro del bien a todo se sobrepone. Es único. Predica incesantemente con el ejemplo y los mueve a todos. Si nuestra colonia tuviera muchos sostenedores de su carácter y de su empuje, nada prevalecería contra ella. Darías, ante este triunfo que él preparó, se muestra enternecido y, aunque trata de eclipsarse, el relieve de su personalidad prestigiosa le destaca en primer término. Tanto se le respeta que hasta en las querellas familiares y los pleitos privados actúa de árbitro, de amigable componedor. Y no hay en Cabaiguán una familia, un canario, que no le deba algún servicio.

Hacer la crónica de las fiestas de Cabaiguán celebradas, sería repetir lo que he escrito a propósito de las de Camajuaní, pero seña-

lando las notas de una mayor espontaneidad y efusión. Y cuentan que han sido segunda parte de las que, en ausencia forzosa mía, se efectuaron un mes ha. No he tomado apuntes ni puedo, por tanto, consignar nombres propios: tampoco tengo a la vista, como lo tuve para reseñar las de Camajuaní, el número correspondiente del periódico *Islas Canarias* que muy por menudo las describió. Me limitaré, pues, a dejar constancia de los actos principales.

Hubo, como en Camajuaní, banquete, conferencia, visita a las sociedades y centros locales, íntimos obsequios cariñosos en la casa de Darías y de otros paisanos. En algunos instantes, el entusiasmo patriótico fué frenesí, delirio, igual que había de serlo en Zaza poco después. Mi palabra, en el teatro, logró, inspirada por la grandeza del soberbio espectáculo que se me ofrecía, conmover los corazones y arrancar aclamaciones estrepitosas.

Significóse también en delicadas solicitudes y obsequiosidades para conmigo otro isleño sobremanera meritorio, Pedro A. Rodríguez, natural de Tenerife, brazo derecho de Darías, persona de alta valía intelectual, obrero generoso y esforzado de la unión y penetración entre los canarios.

Zaza del Medio nos recibe empavesada, embanderada, engalanada. Al poner pie en tierra, en la estación, un coro angelical de niñas de las escuelas públicas, precedidas de un estandarte alusivo que una de ellas levanta en sus débiles manos, arrojan flores y cantan un himno. Atravieso, como un Radamés, por en-

tre una doble fila de ginetes a caballo que han venido de los pueblos próximos a saludarme y que prorrumpen en estentóreos hurrahs. La multitud, compacta, enorme, nos rodea y apenas nos deja avanzar. El ambiente está caldeado de patriotismo. Se nos sirve en el restaurant "El Buen Gusto" un opíparo banquete ilustrado por una excelente orquesta que han hecho venir de Sancti-Spíritus y que nos prodiga la cadenciosa y voluptuosa música cubana, con general aplauso. El pueblo entero nos sigue adonde quiera vamos; el gentío invade el salón donde celebramos la asamblea. Se nos aplaude mucho, se nos ovaciona. En el edificio de la Delegación, me dirige un sentido discurso de bienvenida el señor Mariano Mederos, en nombre del popular presidente señor Rosendo Medina.

Este último ha sido el alma de la fiesta. Va siempre a mi derecha, habla muy poco y muy bajo, modesto y cohibido. Parécele menguado homenaje el que se nos tributa. No podemos más—me dice repetidamente,—pero nuestros recursos no llegan adonde nuestra voluntad alcanza. Esto es magnífico e insuperable,—le repito.

He ahí a otro labrador-hidalgo, cuya fortuna, ganada penosamente en el cultivo de la tierra, se halla siempre a la disposición de los necesitados, pronta a responder la primera cuando se acomete una obra de interés regional, de interés colectivo. ¡Rosendo Medina! Un hombre símbolo de las virtudes y las energías de nuestra raza. Un modelo, entre tantos, que me hace bendecir esta tierra donde

nuestros hombres se agigantan y se revelan en todo su valor...

Por la noche, después de haber recorrido los pintorescos alrededores, y haber pasado un día delicioso, la misma multitud que nos recibiera nos despide en la estación, enardecida, enronquecida de tanto gritar, vitorear y aclamar. Y nos despide también, llorosa, la *isa* canaria.

¡Adiós, mis hermanos!

APÉNDICE



Me ha parecido bueno añadir a este libro, ya terminado, una serie de breves notas con que lo ampliaré, sin aumentar las páginas de la obra propiamente dicha. Serán esas notas un apéndice, en que tendrán cabida tan sólo actos, recuerdos e impresiones de exclusiva índole personal. Y es aquí donde yo creo que debo ponerlas: aparte, para que las lean o las pasen por alto, como les plazca, los lectores del texto anterior, levantado sobre mi cabeza, sobre mi persona, en homenaje a mi patria y a Cuba.

Aún aquí mismo, paréceme deber prescindir de cuanto en modo muy directo se me refiera, y limitarme a una relación sucinta, una indicación más bien, de aquellos acontecimientos en que intervine. Huésped festejado y mimado durante mi permanencia en la República cubana, desde Diciembre de 1914 hasta Marzo de 1915, debo recordarlo para agradecerlo, y siempre lo recordaré; pero en el cumplimiento de este deber, seré más que so-

brio. La gratitud es pudorosa, se reserva y dice mucho en pocas palabras, porque se recoge y guarda en un culto íntimo.

Quizás, mientras preparo esta última parte, se me ocurran observaciones relacionadas con algo de lo que atrás queda escrito, o me asalten ideas repentinas que merezcan un somero esbozo. Si así ocurriere, todavía, fuera de las anotaciones personales, las he de consignar en rápidas síntesis.



El director del *Diario de la Marina*, Excmo. Sr. Don Nicolás Rivero, dignóse disponer en obsequio mío un almuerzo al que concurrió todo el personal de la casa, sin que faltase a la cita uno tan sólo de mis distinguidos y queridos compañeros. Fué un acto sencillo, cariñoso, que no olvidaré nunca; un testimonio de estima y afecto rendido al camarada, y por lo que a don Nicolás se refiere, una nueva prueba de su bondad y delicadeza para conmigo.

El Sr. Rivero me ofreció el banquete con palabras que eran expresión de esa delicadeza y bondad; el Sr. Aramburu, que había abandonado su retraimiento en Guanajay para asociarse al homenaje, me dirigió un elocuente brindis colmándome de benévolos encomios; Camín y Goldarás me dedicaron hermosos versos inspirados en la propia benevolencia.

He aquí un extracto de mi bríndis:

“Ilustre director del “*Diario de la Marina*”; compañeros: Si algo justifica el home-

naje que generosamente me habéis querido tributar con este acto, y que yo recibo como se reciben las mercedes no merecidas pero extraordinariamente honrosas; si algo, digo, justifica este homenaje, es la consideración de que con él glorificáis la institución del periodismo, esa noble carrera de armas a la cual yo pertenezco como soldado, pero como soldado que siente todo el peso y toda la gloria de la bandera.

Vosotros no podíais olvidar que soy de los vuestros; que, aunque humilde, milito en las filas del gran ejército; vosotros sabéis que entregué desde muy temprano mi vida a la prensa, y que al ministerio periodístico, con caracteres de apostolado, de evangelización ideal, casi de misticismo ardiente y edificador, rendí todas mis potencias.

La prensa, para mí, no ha sido un oficio, ha sido un culto. La he amado como se aman las ideas, como se aman los principios; la he escalado como se escala una fragosa y agria cumbre, ensangrentándome en la subida para engrandecer mi espíritu con la serenidad y la limpieza de los altos espacios, para recoger las palpitaciones del espíritu universal.

Y nunca ví en ella otra cosa sino un instrumento de hacer el bien, y nunca en mis manos se corrompió corrompiéndome, cual en las manos de tantos otros.

Con ella he procurado servir a mi patria, contribuir en mi grado modesto, en mi fila, al acrecentamiento del progreso humano. Jamás en sus páginas volanderas, que llevan aliento a las almas, escribí una frase, grabé un con-

cepto que no respondiesen a una intención recta, a un buen propósito. Jamás me olvidé de que su poder constructivo podía trocarse, por malignidad o por imprudencia, en poder terrible de destrucción y muerte; que el oxígeno vivificador se podía convertir en gas deletéreo. No jugué, ni especulé bajamente, ni maté con la pluma, sino que en ella puse la fe y el honor que pusieron en su espada los andantes caballeros.

Y ahora me digo al ver como vosotros me honráis, que honráis en mí la caballería de los tiempos modernos, y rechazáis la intrusión de los que en ella han introducido un ruín juego pirático, y reconocéis la necesidad de la selección y la substancialidad santa, heroica, de ese culto caballeresco.

Pero yo no soy más que un obrero humildísimo de este gran diario que se yergue como un monumento, sin que yo, desde mi sitio inferior, pueda verle la cúpula. Magnífico por su solidez, lo es igualmente por su fin, el servicio y la exaltación de todos los ideales que ennoblecen al hombre; centinela avanzado de la cultura de Cuba y España, hoy simboliza la amistad y la unión indisolubles de la vieja patria y la hija emancipada que da lustre a la antigua familia y al antiguo hogar.

Y todo esto se personifica en el gran patriota, modelo de caballeros y dechado de periodistas, a quién, agradecido discípulo que confiesa una deuda sagrada y la satisface en la única manera posible, rindo el tributo de todo mi afecto, cariño y admiración, declarando además los lazos de sincero, fervoroso compa-

ñerismo que me unen a todos mis distinguidos y amables compañeros del *Diario de la Marina*.”



Invitado a una fiesta escolar que se celebró en el Centro Asturiano, y honrado con el encargo de hablar en ella, aprecié por lo que ví y lo que oí en tan amena velada, la excelencia de los métodos educativos en uno de los mejores colegios para señoritas de la capital de Cuba.

Ese colegio es el que dirige, con sumo acierto, la señorita María Teresa Comellas. Sorprendióme el aplomo, el desembarazo y el dominio demostrados por las educandas en todos los ejercicios y pruebas a que fueron sometidas; y más que nada, el interés reconcentrado y la viva emoción del público, muy numeroso, atento a aquel bello espectáculo en el cual yo tomaba el pulso a la cultura cubana.

Tratábase de un reparto de premios. Entre aplausos desfilaron a recibirlos las jovencitas laureadas, para lucir en seguida sus múltiples conocimientos y habilidades con arreglo a un programa interesantísimo. Desde la gimnasia vigorizante hasta la música idealizadora, en graduada serie de estudios sistemáticos y bien conducidos, las gentiles alumnas, hicieron gala de inteligencia, de discreción, de finura psíquica. Nada de memorismo ni mecanismo. La conciencia profesional de la maestra había puesto en cada discípula un sello que le pertenecía, pero que respetaba y

dejaba surgir en cada una la libertad del espíritu.

¡Cuán lejanas las figuras medrosas, encogidas, lamentables, de los niños y niñas que he visto, en fiestas semejantes, en las escuelas de mi país!

Si en Cuba hay muchos colegios, como el de la señorita Comellas, la República puede sonreírle al futuro... femenino.

Y yo, aquella noche, sugestionado por el panorama social y el adelanto pedagógico que se me descubrían, pude cantarle un himno a la mujer de todos los tiempos para acabar prosternándome frente a la mujer cubana, rosa de selección.

*

* *

Dí en la Asociación Canaria una serie de conferencias sobre temas políticos, sociales, educativos y económicos relacionados especialmente con la actualidad de nuestro Archipiélago en todos esos órdenes.

Las elogió la prensa habanera, y la revista *Islas Canarias*, voz de nuestra colonia, las reprodujo. También las transcribieron en parte, y las comentaron, periódicos de las Afortunadas.

De esas disertaciones, sólo copio, en consideración a la importancia de su asunto la siguiente:

“Señoras y señores:

Yo soy creyente apasionado en los beneficios de la enseñanza, que despierta, que afina el alma de los hombres y de los pueblos, hasta

el extremo de considerar perfectamente inútiles, por vacías de contenido trascendental, todas las obras de cultura que no se funden, antes que nada, en un mayor y siempre creciente cultivo del espíritu de las masas; pues si las masas sociales, en un sentido espiritual elevado, no son flexibles, no son dúctiles, no tienen virtud de proliferación, en vano intentaremos fecundarlas. Les daremos impulso y parecerá como que responden a nuestro esfuerzo; pero muy pronto el movimiento cesará, la acción colectiva se suspenderá, y palparemos en la inercia o en la desorientación del espíritu público, el dolor de nuestro propio fracaso; nos reconoceremos vencidos después de habernos proclamado vencedores e iremos cayendo poco a poco en ese escepticismo desolador que cierra el horizonte a la esperanza.

Por eso instruir, por eso educar, es robustecer la fe, que en la orfandad y en la desheredación religiosa de los pueblos contemporáneos, hay que poner cerca de nosotros, en la conquista del posible bien humano, haciendo labor de peregrinos obreros que buscan el ennoblecimiento de la vida para hacer cada día más grata y más habitable la tierra, el escenario de nuestro drama.

No pudiendo ya volar con la fantasía por las altas regiones del ensueño teológico, sin negar el más allá, emprendemos un vuelo discreto sin apartarnos gran cosa del nido, llevando siempre por guía la razón; con la razón damos nuestras batallas y con la razón obtenemos la victoria. Por eso somos fuertes cuan-

do parece que aquejados de fatal impotencia, hemos abandonado todo el lastre de las tradiciones, incapaces de subir a lo inaccesible, y nos miramos rodeados de escombros que hemos de convertir, por nuestro esfuerzo, en materiales del gran alcázar donde la humanidad se encierre con su conciencia educada y libre.

Hay una fe nueva para el hombre moderno en esta época de secularizaciones necesarias: la fe en la fecundidad creadora del trabajo, en los frutos de la instrucción difundida, generalizada como luz interior que alumbra las cosas externas y traza un rumbo seguro hacia los caminos del verdadero progreso. (Grandes aplausos).

Las escuelas deben ser, pues, templos de razón, campos de experimentación, donde la planta hombre crezca vigorosa y lozana bajo la dirección, la tutela y el influjo de maestros que sean algo más que dómines. Las escuelas deben preparar la regeneración de la patria, preparando a los obreros de la gran obra, formando ciudadanos, administrando a los niños en la edad propicia y feliz de la iniciación escolar todas aquellas nociones y todos aquellos conceptos que mañana, convertidos ya en frutos, contribuirán a la dicha común.

Los que sabemos lo que queremos, queremos enérgicamente una tarea educativa, una siembra pedagógica que le dé a la patria lo que necesita para regenerarse y salvarse: hombres inteligentes, no hombres autómatas; seres espontáneos, no seres mecánicos movidos por la rutina tradicional; seres que lleven de veras los ojos abiertos y el entendimiento en los

ojos; queremos que las escuelas, laboratorios de la ciudadanía, viveros de generaciones útiles y limbo misterioso de la historia futura, nos den al hombre íntegro, al hombre completo. "Dadme el hombre íntegro", decía ya en sus tiempos Montaigne con clarividencia extraordinaria. Lo mismo le pedimos nosotros a las escuelas: "Que nos den hombres íntegros y completos". Les pedimos que cuiden debidamente esa vegetación humana, en la cual hay un elemento material adherido a la tierra por las raíces, que a la tierra vuelve en el eterno círculo de las renovaciones y de las transformaciones universales, y hay también otro elemento superior, psicológico, incoercible, indeterminable, indefinible, que se escapa hacia el cielo como un fluído luminoso, como un rayo de espiritualidad y de idealización.

"Dadnos el hombre completo". He ahí el grito de la pedagogía moderna; he ahí nuestro grito; he ahí el grito de los psicólogos y de los pensadores, a quienes les hemos tomado la bandera, y la hemos hecho insignia de nuestras luchas por la libertad, y la hemos traído de las cumbres a los llanos, y la vemos ya flamear en todas partes.

"Dadnos al hombre íntegro, completo", para que de esa plenitud de desarrollo, de ese equilibrio de facultades, potencias, sentidos y aptitudes, de esa totalidad, surjan completamente vitalizadas las generaciones venideras, ya que las actuales, por no poder echar de sí el peso muerto de tantos prejuicios y complicaciones seculares, no pueden lograr de semejante cosecha.

Hemos ido a laborar con la propaganda en el terreno neutral de la escuela; hemos ido a sembrar allí nuestra semilla; hemos ido a buscar en los maestros dignos de ejercer el magisterio nuestros auxiliares más valiosos. Los que como yo son propagandistas por temperamento, casi diría por escepticismo,—no os extrañe la aparente paradoja, la falsa antinomia, pues así como del mal brota el bien, del exceso de pesimismo puede brotar un instinto de optimismo, una determinación hacia el bien por cansancio de la experiencia desencantadora, por odio al mal predominante y persistente,—los que como yo somos propagandistas por haber puesto el amor en los ideales, que no mueren ni se corrompen mientras en nuestro derredor todo se corrompe y muere, estamos siempre vueltos hacia la escuela, ese segundo hogar, esa segunda cuna, donde, como en los surcos del campo labrado, se opera el milagro sin nombre de la fecundación; y precisamente por no poder creer ya en la madurez de los hombres de hoy y mucho menos en la decrepitud de los hombres de ayer, lo esperamos todo de la incipiente infantil entregada al laboreo de una educación racional y patriótica. Lo esperamos todo de la escuela; esperamos que de su seno salga, al fin, bien lograda la planta hombre, el hombre íntegro de Montaigne, para desafiar todas las inclemencias y vencer todas las tempestades, para purificar la atmósfera viciada que nos rodea, y dar frutos y flores de salud sobre ese mismo suelo en que una serie de generaciones fracaa-

ladas ha extendido la mancha enorme de su podredumbre. (Grandes aplausos.)

Queremos escuelas, colegios; pero colegios, escuelas que palpiten con el alma de la patria, que vivan para el siglo y hagan vivir para el siglo a la juventud, que abriguen y alimenten el germen de nuestra regeneración social y política; que despierten, que orienten, que eduquen todas las capacidades; que forjen las armas con que hemos de vencer todos los fanatismos, todas las supersticiones, todas las ignorancias, todos los egoísmos, todos los obstáculos tradicionales que se oponen al desarrollo de nuestra cultura; que no arranquen los capullos de los rosales de la vida sino que los hagan abrirse al sol de la libertad y de la justicia, como rosas de elección.

No sea la escuela un baluarte defensivo, tras el cual el viejo espíritu se parapete, sino una posición combativa y defensiva, un puesto avanzado, una trinchera para ganar las grandes conquistas, y para agitar la antorcha que alumbra, y en caso supremo, incendie la horrible e infecunda vejez del mundo antiguo. (Grandes aplausos).

No soy de los que quieren que se expulse a Cristo de la escuela. No; porque Cristo es el maestro por antonomasia, el maestro de los maestros, Cristo es la salud. Cristo es la verdad. Bien está allí, como un ave en su nido, como una perla en su concha, como una joya en su engarce, lo que temo, lo que temen todos los que se interesan por la libertad de la conciencia humana, es que a la sombra de la cruz de Cristo, el espíritu del viejo judaísmo,

el espíritu del viejo fariseísmo, se meta dentro de la escuela como traidor en una fortaleza para entregársela al enemigo. (Grandes aplausos.)

Y aquí quiero hablaros brevemente, con brevedad y con discreción, de un incidente que se relaciona con el tema de esta conferencia. Hace pocos días, con motivo de una fiesta grandiosa celebrada por nuestros hermanos en Cabaiguán, a la cual desgraciadamente no pude asistir, un distinguido joven palmero se permitió, ejerciendo un derecho sacratísimo y aún creo que un deber patriótico, censurar el atraso lamentable de la enseñanza en España, causa del estado bochornoso de la instrucción pública en Canarias; y alguien, que sin duda trae procedencia de los inquisidores del patriotismo, de aquellos que en una época pretendieron monopolizar el sentimiento español,—¡ah, nosotros somos ardientes españoles pero no lo monopolizamos!—de aquellos que quisieron hacer del amor de la patria un culto hermético, un ocultismo indostánico—alguien, repito, airadamente protestó, y sonó allí la nota de antiespañolismo. ¡Parece mentira que a estas alturas todavía persista en nuestra patria el horror a la verdad!

Pues, escuchad: hace poco leía yo con el profundo interés que me inspiran las obras de pensamiento, esas obras en que la palabra es símbolo de ideas grandes y redentoras, leía yo el libro de Gustavo Lebón titulado: "Psicología de la educación", y a medida que iba recorriendo sus páginas, en cada una de ellas veía reflejado fidelísimamente el estado de la

enseñanza pública española, a tal extremo que aquellas advertencias, aquellos consejos magistrales, aquel análisis fino, seguro, certero, hecho por el autor para caracterizar la bancarrota de toda la organización docente francesa, parecían hechos para España; todo lo que por Francia allí se dice, es rigurosamente aplicable a España; y causa asombro encontrar tal pesimismo en un intelectual francés, tan gran sinceridad en un escritor que no duda decir, con propósitos patrióticos, las más amargas verdades, allí precisamente donde un prurito exagerado de orgullo nacional, impone aplaudir frenéticamente todas las cosas que tienen sello francés y sobre todo sello parisién.

Yo me decía: si hubiera muchos hombres así en Francia, capaces de anteponer los deberes del patriotismo, los dictados de la conciencia, a los mandatos del gingoismo, Francia rectificaría su rumbo erróneo en materia educativa, reconstituyéndose para conservar, frente a la difusión universal de la cultura germánica, los privilegios y los honores de la primogenitura latina.

Si en España hubiera muchos hombres así, muchos hombres como Lebón, la decadencia española, que no puede ser definitiva porque no afecta a la substancia de la raza, donde permanecen intactos muchos gérmenes de fuerza moral y de salud espiritual, se transformaría en florecimiento; no nos veríamos arrastrados, como ha dicho magníficamente el maestro don Francisco Giner, entre burlas y sarcasmos, al pretorio de Europa.

“La enseñanza universitaria francesa, inspirada en un rutinarismo clásico—afirma Lebón que ha fracasado por completo.” ¿Qué decir de la enseñanza universitaria española, petrificación en viejos métodos absolutamente inaplicables a las necesidades modernas? ¿Qué decir de esa enseñanza anticuada, fósil, literalista, memorista, materialista, que prescinde del hombre y del tiempo, que no tiene base antropológica ni sentido evolutivo? ¿Qué decir de esa enseñanza estacionada en las tradiciones que arrancan de los siglos XV y XVI, ajena a la verdadera ciencia y divorciada de toda dinámica del pensamiento? ¿Qué decir, sobre todo, de nuestras escuelas donde todo lo que se hace en favor de la cultura o es contraproducente o es absurdo? “No tenemos discípulos porque no tenemos maestros y no tenemos maestros porque no hay discípulos, círculo vicioso en que gira el Estado, el Gobierno, representante de la inercia mental que nos abrumba, y que sólo interviene para agravarla, para hacer perpetuo el error, no para corregirlo.

Lebón proclama como la primera condición, como el primer deber de la pedagogía en nuestra época, el de afirmar los derechos de la personalidad humana. Lebón dice terminantemente ésto o algo parecido a ésto:

El mundo evoluciona y bajo pena de perecer hay que adaptarse a esa evolución. La elocuencia, el bien decir, el gusto por los refinamientos gramaticales, las aptitudes literarias y artísticas, podían bastar para mantener los pueblos a la cabeza de la civilización en la épo-

ca en que ponían sus destinos en manos de los dioses o de los reyes que los representaban. Hoy apenas existe nación que esté por completo bajo el poder de un amo; los acontecimientos escapan cada vez más a la acción de los gobiernos; la voluntad de los más autócratas soberanos está condicionada por necesidades políticas y sociales, próximas o remotas, que caen fuera de su esfera de acción. Pueblos en otro tiempo gobernados por sus dioses y por sus reyes están regidos ahora por un inflexible engranaje de necesidades; las condiciones de existencia de cada país están subordinadas a leyes generales que dictan las relaciones de comercio y de industria a los pueblos."

Pero esto que dice Lebón, señoras y señores, ¿no equivale a poner de acuerdo la misión pedagógica con las necesidades de los tiempos? ¿No equivale a reconocer que ella debe ser para el cultivo del hombre, no para el cultivo de abstracciones estériles? ¿No la define como una fuerza que actúa en favor de la cultura y de la civilización? ¿No pone en ella el germen, el principio, el centro de la personalidad, no la concreta en la máxima de Montaigne: "dadme al hombre íntegro"? Nuestra enseñanza nos da al hombre mutilado y, en vez de educarlo para un vivir libre, le obliga a escoger entre varias servidumbres, incluyéndose la mal llamada servidumbre científica, porque le da el pan de la ciencia adulterado, y resulta que el hombre así formado sólo sirve para ser esclavo de todas esas servidumbres que se le inculcan deformándole la inteligencia y el co-

razón. Se le cultivan unas facultades a costa de las otras y se le deja desorientado, triste, incapaz, tímido, tembloroso, ante el enigma de la existencia.

El moderno concepto educativo tiende a una reintegración del hombre; a que el ciudadano sea un ser consciente, un ser completo en el pleno dominio de sus medios físicos y espirituales, no un ser mecánico movido por el hilo de preocupaciones caducas y tradiciones irrisorias; a que pueda decir "Ego sum", no con el orgullo político con que lo decía el romano pensando que todo lo era Roma, sino con la energía viril con que puede decirlo un hijo del siglo XX pensando primero en su patria, después en el mundo y siempre en sí mismo. (Grandes aplausos).

Al desplegar ante vosotros esta perspectiva pedagógica que va a perderse en las cerradas nieblas de lo futuro, pienso, por mi parte, en mi patria chica y me digo que el problema pedagógico es el primero de nuestros problemas, aunque se le conceda menos atención e importancia que si fuera el último de todos; y me digo también que en el país donde tanto abundan hoy los rutinarios, los indolentes y los serviles, es preciso hacer brotar la semilla de las nuevas ideas educacionales para formar hombres íntegros, fundando aún cuando sólo sea como ensayo, una sola de esas regeneradoras escuelas. Poco importan los comienzos modestos, limitados, precarios; lo que importa es el poder, la perseverancia de la iniciativa que abra la nueva senda derribando vallas históricas y venciendo la resistencia tradicional.

Si allá se funda una cátedra libérrima donde se predique todo el credo, donde podamos exponer nuestras propagandas, yo iré a esa escuela como humilde maestro, como predicador convencido. La escuela así concebida, así organizada, claro que ha de interesarse por todas aquellas empresas de cultura y de civilización, que se dirijan a servir intereses permanentes de la colectividad nacional y de la humanidad, por todos aquellos levantados y generosos empeños que rompan el cerco del egoísmo. La escuela es receptora muy sensible de todo ésto; lo toma para sí, lo recoge, lo dilata, lo repercute; en la escuela del porvenir, tal como la imaginamos nosotros, los amantes de la pedagogía científica, todas las buenas influencias intelectuales del ambiente se reflejarán magnificadas.

Si queremos, pues, hacer obra de redención para un pueblo en la escuela habrá que comenazarla, porque como se ha dicho trascendentalmente el niño es el padre del hombre y el hombre es el supuesto y será el sujeto en toda reforma política, social, religiosa o económica.

Si queremos llevar una reforma a las costumbres o fundar una obra magna material que haya de trascender en beneficios para una comarca o para una nación, hay que poner los cimientos de esa obra en la escuela, porque en la escuela está el punto de arranque de todos los grandes acontecimientos y de todas las grandes acciones, porque en la escuela está el germen donde ha de fructificar todo eso: está el niño.

He ahí porque al emprender mi perseve-

rante campaña en pro de la repoblación forestal de Canarias, y al proseguirla a prueba de desengaños, con un puro idealismo, con un celo apostólico que no se abate ni se rinde ante los obstáculos, que no se enfría ante la frialdad de los indiferentes porque le da calor la temperatura de mi alma; he ahí porque al emprender mi apostolado pensé inmediatamente en el auxilio que la escuela pudiera prestarme, fuí a llamar a las puertas de los maestros, como van los fieles a la casa del cura, para pedirles que participaran de mis nobles aspiraciones, porque si ellos de ellas participan, mi labor propagandista se desarrollaría en miles de ecos que resonarían como toques de despertar o como toques de alarma en las almas infantiles; tendría el poder convincente de la lección objetiva, la autoridad de la palabra profesoral, la difusión de la cátedra, y por tales conductos, en el aprendizaje de un día y otro día, en la sugestión del preceptor que modela cristianamente la personalidad de sus discípulos, iría haciéndose carne y sangre, como si dijéramos, en todos ellos la idea hermosa del amor al árbol.

Para este fin, como para todos los que trascienden al progreso de la sociedad, la escuela es el punto de partida; el maestro rectifica los instintos torcidos de la infancia, el maestro inculca a la infancia buenos principios y lo que en edad propicia graba en la conciencia infantil, grabado queda para siempre; si enseña al niño a amar y respetar los árboles como dones cuasi divinos, como amigos, como protectores, como padres, el niño tendrá ese respeto y ese

amor por norma constante de su vida, y el espectáculo de la destrucción y saña con que al árbol se persigue, será substituído por las ternuras de la solicitud más amorosa. ¿Qué otro sino ése ha sido el medio puesto en práctica por los grandes pueblos para crear en las masas sociales el culto a la arboricultura? En la escuela aprende el suizo a querer y venerar los árboles, que corona de belleza geórgica a su patria; en la escuela lo aprende el alemán, y el francés, y el belga.

Si queréis saber por qué esas naciones son fuertes, ricas, poderosas, por qué marchan a la cabeza de Europa, visitad como discípulos sus escuelas y veréis que allí está contenida en germen la grandeza de cada una. El amor al árbol es obra de la escuela, como lo es la afirmación práctica de la dignidad ciudadana, la purificación del sentimiento del patriotismo, la sinceridad del voto electoral, la delicadeza del pundonor en todas las esferas gremiales y profesionales, la justificación del magno orgullo con que cada uno de los hijos de esas grandes naciones levanta la cabeza y se afirma diciendo: "Soy alemán", "Soy inglés", "Soy francés", "Soy belga", "Soy suizo". Ojalá cada uno de nosotros pudiera decir con satisfacción semejante, fundamentada en títulos presentes, no en arrogancias quijotescas, no recordando glorias pasadas sino evocando glorias del presente, "Soy español".

Saldrá de la escuela, señoras y señores, la España futura, no para conquistar nuevos mundos sino para conquistar su propio mundo y para reconquistar su grandeza perdida;

no para venir nuevamente a América en son de combate de armas sino para esparcir en arte, en ciencia, en ideas, su espíritu por la redondez de la tierra toda; para aparecer rica y fuerte en su hogar reconstituído por sus propias energías. Saldrá de la escuela esa España ideal, que hoy se nos antoja una quimera, un imposible, que ha de ser una realidad, porque de la escuela saldrán los hombres que sepan gobernarla, que impulsen el resurgimiento español, como de la escuela salieron los pocos españoles de ayer y de hoy que hicieron y hacen verdaderamente patria, como de la escuela salieron los que esgrimiendo la espada flamígera del pensamiento, ese rayo invisible de las revoluciones, han iluminado la conciencia nacional. (Grandes aplausos).

Por eso debemos llevar a la escuela nuestra propaganda los que anhelamos reconstruir el hogar canario, devolviéndole aquella vegetación magnífica arrebatada vandálicamente a la sombra de la complacencia de nuestros políticos.

Antes decía que el problema pedagógico era el primero de nuestros problemas, pero también tiene categoría de primero el de la repoblación forestal; y cuando miramos a la tierra, cuando tratamos de hacerla fecunda y próspera dedicándole nuestros esfuerzos para que ella se haga digna de nosotros y nosotros dignos de ella, para que sea realmente nuestra madre y nosotros seamos sus hijos, pensamos en el arbolado, pensamos en el fomento de la agricultura, pensamos en el turismo, pensamos en esas cosas materiales, condiciones de

una vida colectiva robusta, fuente de engrandecimiento para la familia isleña.

Cortos serán, por cierto, de visión los que sólo vean la materialidad en las campañas del arbolado. Por la materialidad nos dirigimos a la idealidad, esa aureola mística de las acciones humanas. Hay un enlace de relaciones que determina que para alcanzar las cumbres del poderío y de la gloria, el pie se afirme en el suelo y la actividad se ejercite en engrandecer y embellecer el terruño.

Lo material en la campaña del arbolado es el árbol mismo: un fenómeno de la naturaleza, un fenómeno de crecimiento vegetativo, una semilla entregada a la tierra, un tallo frágil que se convierte en tronco, la savia que circula y sube, las hojas que se abren, la copa que se forma y se redondea, lasavecillas del cielo que van a anidar entre el follaje, el viento que arranca de las masas vegetales una música eólica, las raíces que se consolidan y afirman y resguardan los terrenos, las grandes avenidas trocadas en aspersion y repartición regular de la lluvia bienhechora, los manantiales brotando de las capas subterráneas en alumbramientos milagrosos. Todo esto es lo material, que el vulgo percibe exclusivamente; pero lo espiritual, lo ideal es la relación estrecha que se establece entre el hombre y el árbol, lo que éste le dice al espíritu y al corazón, las ideas grandes que sugiere a los pueblos, el misterioso y portentoso con que contribuye a moralizarlos y embellecerlos. No hay nobleza comparable a la de un pino erguido en una cima, como un gigante, como un representante de la

providencia, ni majestad como la de la palma, que en medio del arenal nos habla de la gloria y nos recuerda las grandes peregrinaciones históricas, la grey de Dios vagando en el desierto bajo la divina titilación de las estrellas, luchando siempre, avanzando siempre, buscando siempre la verdad y la dicha, entre gritos de triunfo y entre gemidos de dolor. (Grandes aplausos).

No hay elocuencia bastante poderosa para desvelar todo lo que contiene de hermoso, de profundo y de sugestivo el amor al árbol, esa religión profana de los tiempos modernos. Plantándolo, señoras y señores, parece como que cumplimos una ley suprema; es necesario que les apliquemos el "Creced y multiplicaos" pronunciado por el Creador para la humana especie. Si hemos de crecer y multiplicarnos es necesario que ellos crezcan y se multipliquen también; que ellos precedan y sigan nuestros pasos, como efectivamente los han precedido y seguido desde el principio de la humanidad.

¿Concebís un mundo sin vegetación? Más fácil sería figurarse un alma completamente privada de virtudes, imagen espantosa de la desolación moral. ¿Concebís un país sin arbolado? Si lo concebís, porque el mal de la desnudez y el desamparo se localiza compensándose con la riqueza de otros países en que los árboles abundan, y en esa estimación relativa el horror de la desnudez disminuye; pero un mundo no, señores, un mundo no, a no ser esos mundos muertos hace millones de si-

glos que vuelan en gigantescas pavesas por el espacio.

Y si nos contraemos a considerar nuestro país canario, nadie puede calcular lo que hemos perdido al perder su magnífico patrimonio forestal y lo que ganaría recuperándolo. Nos hemos desheredado al destruir ese tesoro de la naturaleza y no recuperaremos nuestra herencia, aquella herencia espléndida de nuestra raza indígena hasta que no hayamos restaurado la selva primitiva, la belleza de nuestros montes, todo lo cual quiere decir el suelo enriquecido, los veneros de riqueza multiplicados, facilitadas las labores agrícolas, asegurados los beneficios de las lluvias; en una palabra, las islas vueltas a su antigua condición de edenes terrenales atrayendo a los turistas, y lo que vale mucho más: espirituales vínculos afirmando la solidaridad regional bajo la santa bendición de esa providencia materializada.

Son tales mis convicciones en este punto que nunca en el transcurso azaroso de mis trabajos propagandistas he tenido un momento de desmayo, ni ante la indiferencia de los unos, ni ante la mala voluntad de los otros, ni ante la hostilidad del medio, ni ante las dificultades económicas que me salían al paso cuando intentaba llevar mis aspiraciones a la práctica; nada me ha vencido, porque creo como cree el fanático, bien que este fanatismo sea, por caso raro, inverosímil, un fanatismo racional.

Yo sé que a pesar de todo, la buena idea se impondrá, la he visto ganar terreno diariamente, apoderarse de los ánimos y de las vo-

luntades hasta adquirir aquel consenso unánime, aquel dominio que sólo logran las ideas revestidas de una energía portentosa, de un carácter altruista y generoso, casi sagrado, que encarna en las colectividades.

Después de luchar tanto ya empieza a palpase en obras el resultado de labor tan ímproba, tan bien intencionada, tan perseverante. Ya no se niega ni se discute la trascendencia del problema forestal; los indiferentes se han vuelto creyentes y los últimos enemigos irreductibles de la patriótica empresa se retirarán vencidos. ¡Bien empleados todos nuestros esfuerzos si al fin logramos convertir definitivamente el odio al árbol en amor, si logramos formar en pro del árbol, ese incomparable agente vital, la fe que a todos los canarios importa practicar! Por lo pronto, hemos preparado los espíritus para recibirla; ya muchos comulgan en ella y tenemos una acción social que vigila incorruptible y tenemos fervorosos apóstoles, plantadores entusiastas y convencidos que van poniendo los cimientos de la repoblación forestal con su perseverar un día y otro día en la gran empresa. No se han vencido los abusos y excesos que van contra el árbol; todo eso existe todavía siquiera subyugado; pero indicios de reacción se ven por todas partes. Hemos puesto en actualidad y en permanencia un problema que antes no interesaba a nadie, que antes ni aún se sospechaba que existiese como tal problema; lo hemos llevado al periódico, a los hogares, a la tribuna pública, lo hemos llevado como predicción de buena nueva al último confín del ar-

chipiélago, y hemos logrado que se le reconozca, en su jerarquía, como un problema grave y luminoso fijo en nuestro horizonte social.

Se ha hecho también mucha obra práctica aunque sean pocos los que la reconozcan, lo que inclina a casi todos a creer que no se ha hecho nada. La obra se prosigue y los árboles crecen cargados de nuestras esperanzas. ¿Qué falta, pues? Derribar las últimas resistencias, proyectar nuestra apostolización sobre el mañana, hacerla penetrar en las inteligencias y en los corazones infantiles como una eucaristía de la naturaleza.

Este deber toca especialmente a los conductores de la niñez que se educa; pero les corresponde como un estricto deber, no es que puedan hacerlo y lo hagan según las circunstancias, no es que deban hacerlo ahora y no deban después, conforme va la cuestión del arbolado interesando a las gentes o dejándolas en la indiferencia, conforme se presenta o se oculta esa película en la cinematografía viviente de nuestra existencia social. No, es que deben siempre, en todo momento, labrar en esta materia blanda, dúctil, de las falanges escolares, la gran reserva de la sociedad; llevar el árbol con todos sus prestigios, encantos y bellezas a que reine en las imaginaciones infantiles; hacerles comprender que interesándose por el árbol, plantándolo, cuidándolo y reconociéndolo como un benefactor, ejercen una especie de paternidad, ellos que sin la tutela paterna no podrían vivir, con lo que anticipan su actuación de ciudadanos y se hacen dignos de vivir antes de haber vivido, porque realmen-

te crean. Crear dentro de la limitación humana, es favorecer el desarrollo de esos seres inferiores dentro del orden orgánico, pero superiores, superiosísimos, por la suma de bienes que representan dentro de la creación donde todo lo vitalizan.

Enseñarles a amar y a respetar los árboles es darles una lección indirecta contra el egoísmo, porque si el desinterés puede ser materialmente representado, yo no concibo más alta, más hermosa, más sugestiva representación de esa humana virtud que el árbol, fuente de toda vida llamándonos a su abrigo y a su sombra, haciéndonos partícipe de sus energías, orillando nuestros caminos y protegiéndonos de mil modos.

Quando miramos para la desolación de nuestros campos o de nuestros montes, hoy desnudos de arboleda, que perdieron lo que tuvieron, y hoy no podemos restituírsela, porque todos nuestros esfuerzos en este sentido son inútiles, miramos también para el cacique y decimos: "Ecce homo", he ahí el principal causante de nuestra ruina"; el cacique rural que realiza su bien propio a costa del ajeno, a costa del bien común, operando contra la riqueza de todos, he ahí al hombre, he ahí al enemigo.

Pero hay que agregar nuestra indiferencia, nuestra pasividad, nuestra abstención, lo que yo llamo las características morales de la raza; puesto que nos dejamos despojar, merecemos el despojo. Allá el árbol no es cosa a la que se conceda ningún valor, teniendo y representando todos los valores. Esto no tiene

más que un solo nombre; esto se llama ignorancia.

¿Y cómo podremos combatir esa ignorancia? En la escuela, porque la escuela es el crisol de los futuros ciudadanos, en quienes es necesario que no se perpetúen nuestros vicios ni nuestros errores. El maestro tiene a su cargo la formación de almas como el sacerdote tiene la cura de almas; y éstos también pueden ayudarnos con su palabra evangelizadora, pero a condición de que en vez de mostrar a sus discípulos el Dios destructor y vengativo, el Dios hebreo, erguido como un Júpiter pagano en las cumbres excelsas de la divinidad, entre cóleras y tempestades, les enseñen a conocer y amar al Dios creador, al Dios cristiano cuyo semblante viene a reflejarse en la naturaleza y cuyo primer ministerio es la creación y la conservación de lo creado. (Grandes aplausos.)

Cuando yo contemplo la doble obra de destrucción que allá se ha llevado a cabo en la inconsciencia de un pueblo que ni recuerda el pasado, ni se cuida del presente ni prepara el porvenir, tendido en campos de ceniza; cuando veo que allá las ideas han muerto y los intereses de orden superior nos dejan insensibles; cuando veo que todas las campañas de cultura nos dejan indiferentes, que el mundo nos empuja hacia adelante y nosotros retrocedemos, que vivimos de mentiras, de sombras, de ilusiones; que lo que fué un edén se va convirtiendo en erial; que con nuestras propias manos, manos de trapenses de la civilización, estamos abriendo nuestra fosa, la fosa en que

nos sepultaremos con todo eso que no hemos sabido conservar de los viejos patriotas, lo que ellos hicieron y lo que nosotros no hicimos, con un sentimiento de estupor doloroso exclamo, rechazando la realidad: "No; ese país no es Canarias, ese país no puede ser Canarias; la Geografía se engaña, la Historia se equivoca."

Para evitar la catástrofe luchamos por hacerlo fuerte con la cultura, y para hacer revivir la antigua belleza desaparecida del territorio no vemos otro medio de regeneración que la escuela como fuente de esa cultura, como fuente también de engrandecimiento y fortalecimiento espirituales.

Y vosotros, queridos comprovincianos, aplicad la fuerza que os dé la Asociación a fundar allá y aquí buenas escuelas modernas que sean instrumento de las grandes propagandas regeneradoras, que levanten el nivel intelectual de nuestra raza en Canarias y en Cuba, rompiendo todas las cadenas. (Grandes aplausos)."



El Casino Español de la Habana honróme permitiéndome subir a su tribuna para disertar acerca del *eterno femenino*. Fué un acto brillantísimo y solemne, por las condiciones del local, el más lujoso con que cuenta en Cuba la colonia hispana, y por la palabra elocuente del Dr. Zayas, que se dignó presentarme al público.

Debo hacer constar mi reconocimiento in-

extinguible a los directores de la Casa de España. Tuvo la fiesta gran repercusión entre los españoles y los cubanos. Va a seguida mi discurso de aquella noche:

Excmo. Sr. Ministro de España, Sr. Presidente del Casino Español, Sr. Presidente de la Asociación Canaria, señoras y señores:

Grande honor para mí, honor incomparable, honor inolvidable, el de haber sido presentado,—¡y en qué términos!—a este auditorio selectísimo, concurso maravilloso de notabilidades, de bellezas y de elegancias, por una tan alta figura de la República como es el Dr. Zayas. El Dr. Zayas tiene la condescendencia de los grandes, y con la condescendencia de los grandes me ha presentado; pero al presentarme en términos de tanta y tan bondadosa alabanza, a la par que me honraba extraordinariamente me causaba un daño involuntario, dándoos de mí un concepto que defraudaré en el curso de esta conferencia, ofrecida como homenaje a la mujer, al “Eterno Femenino”, que tiene aquí esta noche una representación tan brillante, no como un alarde de erudición ni de elocuencia. Aceptadla así, y no esperéis más, porque más no puedo daros.

Yo quisiera que el doctor Zayas, cubano insigne—yo se lo ruego—, transmitiera a su noble patria el testimonio de toda mi admiración y toda mi ardiente simpatía. El Dr. Zayas es un gran político, el Dr. Zayas es un gran orador, el Dr. Zayas es un hombre verdaderamente representativo; refleja toda su gloria sobre Cuba y toda la gloria de Cuba se refleja en él,

que entre las sociedades y los espíritus próceres que las representan, concentrando sus energías, resumiendo sus esperanzas, esta estrecha relación tiene que establecerse.

Hago, pues, al Dr. Zayas una profunda reverencia y se la hago aún mayor a esta joven República que deseo ver ascender majestuosamente como un astro máximo en el horizonte político de América.

Por las personalidades de alta figuración vamos hacia los pueblos, haciéndolas depositarias y conductoras de nuestros sentimientos, de nuestras impresiones, de nuestras simpatías. Lo que yo diga al Dr. Zayas se lo digo cariñosamente a Cuba; todo lo que le diga a Cuba, con todo el alma se lo digo a él.

Honor también, honor muy grande, honor que agradezco profundamente, que nunca olvidaré, el de la hospitalidad que me ha dispensado este Centro prestigioso, la Casa de España, la Casa de todos los Españoles, donde palpita inmortal el espíritu de la patria madre, donde además se respira un ambiente fraternal hispano-cubano, para que aquí viniera a levantar esta mi pobre voz. Señor presidente del Casino Español, dignaos recibir y transmitir a toda la Sociedad la expresión sentida de mi eterno reconocimiento.

Y ahora, señoras, soy todo vuestro. Quiero que vosotras seáis mis inspiradoras esta noche, como lo habéis sido desde que el mundo es mundo de tantas empresas grandes, de tantas obras fecundas, de tantas felices iniciativas, de tantos rasgos de valor y de ingenio con que el hombre, tomándoos por númen, se ha

inmortalizado y os ha inmortalizado. Quiero que mis pensamientos vayan hacia vosotras y que de vosotras, en justa correspondencia, vengan a mí afortunadas inspiraciones, lo cual tendrá que suceder sin falta, porque por poco que deba yo a la naturaleza en dotes de inteligencia y en facilidades de palabra, desarrollando tema tan hermoso bajo vuestras alentadoras miradas, la luz se hará en mi mente y el verbo centelleará en mis labios.

No voy a cantaros un himno incondicional como cualquier vulgar amator, ni a anonadarme yo mismo ante vosotras como aquellos galanes de la Edad Media tendidos a las plantas de sus damas en guisa de lebreles; voy a probaros con brevedad, porque la brevedad es la primera condición que exigís vosotras mismas de los oradores, cuan grande y cuan legítima es vuestra influencia sobre el hombre, sobre la sociedad, sobre la vida, sobre la historia, y dónde acaban los límites de esa influencia.

Desde los días venturosos del Edén, el hombre no ha cesado de dirigiros, rendido y enamorado, estas palabras: "Os amo", "Os amo", palabras que resuenan sobre los siglos como una celeste armonía y nos dan la clave de las más maravillosas creaciones. Amándoos y por amaros ha realizado el hombre las obras más bellas del genio humano. Claro está que al hablar del hombre, hablo de las altas figuras representativas de la humanidad, hablo de los dioses mayores, hablo de los colosos del pensamiento; todos ellos han buscado en vosotras la inspiración, todos ellos han observado ante vosotras una actitud de prosternación respetuosa

y de vasallaje sumiso; todos han caído a vuestras plantas. Al contemplarlos así, con la frente cargada de ideas reposando en las rodillas de sus inmortales compañeras, de sus celestiales amigas, al verlos prosternados a ellos que son altivos y firmes como los cedros del Líbano, yo no vacilaría en tenderme ante el carro triunfal de la belleza y del amor; si Dante se inclinó ante la mujer, ¿no debemos todos anonadarnos? Antes os decía que no iba a cantar un himno y ahora os agrego: porque ese himno está escrito hace mucho tiempo; todos los hombres lo cantan y yo no puedo ser más que uno de tantos que lo repiten.

Vuestra misión, señoras, es principalmente inspirar, consolar, bien dirigir al ser fuerte por naturaleza y creador por excelencia, con quien formáis la pareja humana, el gran personaje de la historia, donde las fuerzas del hombre se equilibran con las de la mujer, poniendo ésta su sensibilidad, su pasión, su riqueza afectiva al lado de la acción enérgica del hombre para templarla y encauzarla.

No siempre vuestra influencia ha sido benéfica. Ya sabéis que por la curiosidad insana de una mujer lo perdimos todo a causa de haber nuestros primeros padres hincado el diente en la manzana prohibida; pero Eva, precursora desde el Paraíso de las inquietas y revoltosas feministas contemporáneas, esto es, de todas las mujeres demasiado codiciosas de saber, demasiado afanosas de ciencia, atormentadas por el diablillo del masculinismo, Eva con su flaca naturaleza humana perdió su tiempo y su trabajo, porque a enmendar sus

yerros y a regenerarnos vino María con su comunicada naturaleza divina, y el humano linaje fué salvado. Junto a Elena, causante de la ruina de Troya, vemos a las salvadoras del pueblo de Israel, las heroínas bíblicas, y el recuerdo de las cortesanas de la antigüedad clásica, de las bacantes del paganismo, las Saffo, las Aspasia, las Thais, las Friné, evoca presto en nosotros el recuerdo de la pecadora del Evangelio, la hermosa Magdalena. Diríase que Dios suscita al lado de la tentadora funesta la noble redentora, al lado de la sirena que nos extravía la conductora segura que nos guía al puerto, al lado de la arpía que nos maltrata, la madre santísima que nos consuela y nos cura.

Así se contrapesan vuestras influencias y así, en definitiva, influís benéficamente sobre la humanidad influyendo sobre el hombre. De vosotras parten las grandes resoluciones y los grandes pensamientos; o los realizáis vosotras mismas en esos instantes en que os levantáis en aras de la fe, del amor, del entusiasmo, sobre las condiciones de nuestro propio sexo, o los inspiráis y bien puede decirse que, puesto que los inspiráis, os pertenecen.

Pero también suelen partir de vosotras las sugerencias perversas y las funestas acciones. Vuestra constante acción inspiradora es la eterna lucha del mal y el bien actuando sobre el hombre, el sér activo por excelencia, que de vosotras recibe impulso, sólo que el bien vence al mal a la postre. ¿Qué pudo Eva contra María? ¿Qué pudieron las cortesanas del paganismo contra las vírgenes cristianas? ¿Qué

pudo el ejemplo escandaloso de Agripina y Mesalina contra la piedad y la virtud de Virginia y Lucrecia? ¿Qué pudo la crueldad de Catalina de Médicis contra la magnanimidad de Isabel la Católica? ¿Qué pudo Diana de Poitiers, que pudieron las reales favoritas que encanallaron la monarquía en Francia contra el heroísmo de Juana de Arco, que salva la Francia y la Monarquía?

Una acción levantada, trascendental, moralmente fecunda, vale más en la historia que cien acciones ruines, dañosas o injustas. El mal es estéril; por lo menos se esteriliza pronto. El ejemplo de la traición, de la apostasía, de la liviandad, del crimen, luego que adquiere la fijeza histórica causa horror en quien lo contempla, y el horror, en vez de mover el ánimo, lo sobrecoge y lo paraliza.

El ejemplo del bien, por el contrario, es incalculablemente fecundo; los actos virtuosos inspiran los actos virtuosos, los actos heroicos inspiran los actos heroicos; si así no fuera la humanidad no merecería vivir sobre la tierra; porque es así, las influencias buenas sobrepujan a las influencias malas en nuestro espíritu, en nuestra voluntad, y la mujer salvando al hombre, ha salvado, salvará a los pueblos.

En la galería histórica, las siluetas de las tentadoras, de los ángeles malos, se oscurece cada vez más, al paso que se recortan y destacan sobre purísimos fondos luminosos las siluetas de las redentoras, de los ángeles buenos, de los genios tutelares y salvadores a quienes debemos culto sin fin. Este culto a las virtudes femeninas es el culto al bien por el bien

mismo, personificado en la parte más noble y más buena de la humanidad, y tiene una eficacia tan poderosa que hace estéril, para el porvenir, todo el mal que por contraste, por accidente, ha causado la mujer.

Creemos en la fuerza vencedora del bien moral, señoras mías, y tened por seguro que jamás se os han dicho palabras más sinceras ni más halagadoras que estas palabras.

Vuestro influjo social es enorme porque nos domináis con la omnipotencia de vuestras exquisiteces de temperamento, con vuestras blanduras irresistibles; en una o en otra forma bien sabéis que os pertenecemos. Los hombres más fuertes, los caracteres más enérgicos se os rinden; ¿y qué sería de ellos, qué sería de todos nosotros si en medio de las luchas y los dolores no encontráramos refugio y consuelo en el regazo de una mujer, sea madre, hermana, esposa o amante?

Hay días en que nos duele no sólo todo el cuerpo sino toda el alma y hasta toda la vida, días grises, días fríos, días horribles en que toda la tierra nos parece tumba, todos los árboles cipreses, todas las sombras sudarios; en tales días nuestro refugio es el cariño de una mujer bajo cualquier forma, amor filial, paternal o conyugal, y si ese refugio, ese cariño nos faltara, inevitablemente naufragaríamos.

En la esfera de las relaciones privadas esto es evidente, pero no lo es menos en el orden de la creación artística. Fluye de vosotras inagotable raudal de poesía; representáis la belleza plástica en formas animadas donde la sangre, el calor, los nervios, la expresión, la

armonía de líneas, dan una impresión estética total. Los artistas creadores se inspiran en vosotras; donde quiera que se encuentre una mujer, hermosa o agraciada, capaz de inspirar amor, allí está la décima musa, y a lo largo de la historia, vagando por los espacios donde centellean los ideales, se escalonan las sublimes parejas de enamorados que el arte ha hecho eternas. Desde las puramente imaginarias y románticas, como Hero y Leandro, Abelardo y Eloisa, Pablo y Virginia, Dulcinea y Don Quijote, Romeo y Julieta, Isabel y Marsilla, hasta las verdaderamente históricas y reales como Dante y Beatriz, Petrarca y Laura, Leonardo de Vinci y la Gioconda, el Tasso y Leonora, Mlle. de Lespinasse y M. de Güibert, Goethe y Bettina, Espronceda y Teresa, Larra y su incógnita amada, Voltaire y Mme. du Chatelet, Rousseau y Mme. de Warens, Chateaubriand y Mme. de Recamier, Alfieri y la condesa de Albany, Alfredo de Musset y María Malibran, Napoleón y Josefina, Nelson y Lady Halmiton.

Poetas, pintores, filósofos, oradores, músicos, críticos, monarcas, guerreros, marinos, todos se han salvado o se han perdido por vosotras; todos han encontrado en los encantos, en los atractivos, en las seducciones de vuestro sexo el móvil primordial, la idea impulsora, la revelación suprema; todos se han salvado o se han perdido por vosotras; todos han ido guiados por vosotras a la celebridad, a la inmortalidad.

Shakespeare dijo de la mujer: "pérfida, como la onda", pero creó las tres figuras femeni-

nas más idealmente hermosas de la literatura universal: Julieta, Ofelia, Desdémona; Goethe, el gran feminista, el gran pagano, adorador de la forma, apasionado de la hermosura, resucitó a Helena para adorarla en medio de los esplendores del mundo clásico, sobre el escenario de Grecia, entre las estatuas reconstruídas, las columnas del Parthenon, los coros de las sacerdotisas y los cánticos de los guerreros; exclamó *eureka*, ya puedo apagar mi linterna porque encontré la clave de la música universal, cuando oyó por primera vez a orillas del Rhin el sublime *arroró* con que una madre adormecía a su hijo; y sacó de su cerebro revestidas de todas las gracias a Margarita, aquella Margarita que atraviesa como un ángel caído de la inmensidad del *Fausto*, a Otilia, a Mignon, a Dorotea, y . . . vivió para el amor y murió pidiendo luz, luz, más luz, yo creo que para ver la forma, para ver la hermosura, para ver la idealidad realizada en la mujer objeto de sus inextinguibles entusiasmos, enfermo a fuerza de tanto amor, gastado por el abuso de sus potencias afectivas; sintiendo rumores de besos en la sombra, buscando la explicación del tremendo misterio en los ojos ardientes que él mismo había encendido para que le alumbrasen, para que le abrasasen, para que le consumiesen. (Aplausos.)

Y así han vivido y han muerto los genios más excelsos: no se les puede considerar aislados sino en unión de sus adorables compañeras que les embriagan con sus miradas, y les fortifican con sus caricias; no se puede contemplar a ninguno de esos genios sin que apa-

rezca reclinada en sus hombros alguna divina cabeza pensativa. El que no ha tenido una mujer real a quien querer, la ha forjado en su fantasía, ha creado una *forma ideal purísima de la belleza eterna*, como canta Fausto en la ópera de Boito, *sul passo extremo*, al punto de morir, y la ha adorado, con éxtasis, con vértigos de pasión!

De Maistre se equivocó profundamente cuando dijo que las mujeres no habían producido obras maestras de ninguna clase, que no habían hecho la *Iliada* ni la *Athalia*, ni el *Misántropo*, ni el *Cid*, ni *Tartufo*, ni la *Venus de Médicis*, ni el *Libro de los príncipes*, ni el *Discurso sobre la Historia Universal*, ni el *Telemaco*; que no habían inventado el álgebra ni el telescopio, ni la máquina de coser, ni los tejidos de media. Es verdad; no han inventado por sí mismas nada de eso; pero ¿quién se atreve a afirmar que no han contribuido a producirlo? ¿Quién se atreve a negar en absoluto que no hayan sugerido las ideas de donde brotaron esas obras maestras, que no hayan reinado en el cerebro de los inventores, en el espíritu de los creadores mientras les dominaba la fiebre de creación y de producción, que no haya estado en ellas el punto de partida, y que no exista su reflejo en esas páginas inmortales? La mujer inspira: sin ella apenas se concibe la creación en las artes, y en las ciencias apenas se concibe tampoco el trabajo provechoso, porque los espíritus vírgenes de los efectos naturales que unen a los sexos apenas son capaces del entusiasmo que crea, que concibe, que produce. Ahora bien: inspirar es asociarse a la

producción, es darle su condición primera, es rigurosamente iniciarla. De una manera directa o de una manera indirecta, la mujer interviene en las operaciones espirituales del hombre. No hay drama sin pasión, y casi no se concibe pasión sin mujer que la inspire, que la contenga o que la rija; no hay obra alguna, literaria o artística, que haya sido concebida en la sequedad absoluta de un corazón donde el eterno femenino no haya impreso su huella impalpable o su imagen viva, como no crecen arboledas en los arenales, ni en los eriales se dan flores.

De Maistre se equivocaba. Para afirmar lo que él afirmó es necesario colocarse fuera de la realidad, fuera de la vida, deshacer la organización humana, romper la humana unidad, separar las dos mitades inseparables, dejar al hombre solo en frente de sí mismo, emancipado de la dulce esclavitud de la mujer, libre de sus avasalladoras influencias, y eso no puede ser, eso no será nunca. Puede decirse relativamente que la mujer no crea, nada más que relativamente, porque nos desmienten las gloriosas y no escasas excepciones de mujeres que han subido tan alto como el hombre; pero no es licito decir que las obras maestras del ingenio humano el hombre solo las ha producido.

Suprimid a la inspiradora, descasad a esos sublimes cónyuges unidos ante el altar del Arte por las irresistibles atracciones de la naturaleza, y los grandes cerebros, los grandes espíritus se apagarían como lámparas de santuario a las que faltase el óleo perfumado; dejad al Dante viudo de su adorada Beatriz, y se

extraviaría y se quedaría en su Infierno; des-
 casad a todas esas selectas almas acopladas. Y
 ya no resonarían como arpas arrobadoras, sino
 que gemirían como instrumentos rotos; el eter-
 no femenino es el eterno arte, la eterna inspi-
 ración, la eterna realidad, la eterna verdad, la
 eterna belleza, la eterna pasión; es la eterni-
 dad de los móviles y la eternidad de los fines;
 es la vida intelectual toda entera, como prin-
 cipio, como medio y como término. Una mujer
 nos concibe; pero nosotros concebimos intelec-
 tualmente por otra mujer, por otras mujeres.
 (Grandes aplausos.)

La doctrina de De Maistre no pudo nacer
 sino en un cerebro y en un espíritu esteriliza-
 dos por prolongadísima abstracción, por siste-
 mático alejamiento de la esfera de acción fe-
 menina, o sólo tiene un valor retórico, como las
 absurdas teorías anti-feministas de Shopen-
 hauer, de Tolstoy y de muchos otros. No pen-
 saba lo mismo Voltaire. Voltaire creía a las
 mujeres capaces de hacer en el dominio inte-
 lectual tanto y tan bueno como el hombre.

Entre aquella negación radical y esta radical
 afirmación se halla la verdad, o sea el continuo
 influjo literario de la mujer, unas veces direc-
 to, por medio de esos numerosos ejemplares de
 vuestro sexo que han ilustrado espléndidamen-
 te las letras y las artes; otras veces, las más,
 por indirecto modo, por las múltiples relacio-
 nes y maneras como la influencia femenina se
 hace sentir sobre las obras del hombre; pero
 esta influencia es tan múltiple, tan diversa, re-
 viste manifestaciones tan variadas, que resulta
 tarea imposible definirla, precisarla, clasifi-

carla. No se clasifica, ni se precisa, ni se divide lo vago, lo indeterminado, lo inmenso; no se limita el espacio lleno de armonías ni el ambiente lleno de rumores, pero se siente en lo íntimo la conmoción profunda de lo que viene de afuera. Así la influencia de la mujer está para nosotros en todas partes: en la cuna, en la infancia, en la sonrosada adolescencia, en los combates románticos de la juventud, en la tristeza serena de la edad madura, en el desfallecimiento lastimoso de la vejez. Ella nos arrulla cuando pequeños, nos enseña a caminar, nos levanta si nos caemos, nos enjuga las lágrimas, nos consuela de nuestros desencantos, nos acompaña en nuestro calvario, como una Doloresa que padece con nosotros, o, como una alegre compañera que se regocija con nuestras aventuras; nos hace, en fin, gustar el deleite que borra en un minuto la angustia y la agonía de toda una existencia. No hablo como enamorado, ni como esposo, ni como hijo, ni como padre, ni como amante, sino como todo esto a la vez; hablo como hombre que recoge en su corazón y difunde todos los sentimientos humanos, experimentando unos, presintiendo otros; y no os quiero hablar de los maléficos influjos de vuestro sexo, porque tengo para mí, y ya creo haberlo dicho, que prevalecen al cabo los benéficos, y en última cuenta el perdón en vosotros es un derecho, ya que la belleza, la gracia y la simpatía os sirven de mediadoras.

Después de haberos rendido el tributo que merecéis, yo me encuentro más dispuesto para seguir adelante, más esperanzado de que no me abandonará por completo el acierto en el des-

empeño de mi difícil cometido, porque vosotras, que sois lo principal, lo primero, puesto que representais el más alto objetivo y emblema de la religión caballeresca, el feminismo triunfador, la esencia de la poesía, el imán que atrae los entendimientos y las voluntades de los hombres haciéndolos florecer y fructificar, vosotras, que sois todo esto, que representáis todo esto, me habéis de guiar como propicias estrellas, y me habéis de iluminar y conducir rectamente. Yo te saludo, mujer, flor viva, tan amada por todos los poetas.

Hay una época en la historia, grande entre todas las épocas, una época en que los caracteres se engrandecen, en que las ideas y las pasiones se agigantan, en que el bien y el mal toman proporciones desmesuradas; época en que un pueblo se agitó con convulsiones horribles de condenado para engendrar la libertad y para sacar, de nuevos moldes caldeados al fuego de la revolución, una humanidad nueva. Entonces, cuando sobrevino el cataclismo, cuando la sociedad francesa parecía un volcán en erupción, la mujer fué llamada por el poder superior que dirige los acontecimientos históricos, a desempeñar un papel en armonía con su naturaleza; el papel de inspiradora, de gestionadora, de auxiliar del hombre en aquellas luchas titánicas. Y lo cumplió a maravilla desarrollando sus dos influencias, beneficiosa y adversa, con una constancia y una tenacidad dignas de fijar la atención del historiador; nunca como en aquel momento se vió tan marcado el contraste de los dos aspectos femeninos, de las dos acciones simultáneas actuando

sobre el hombre, el sér activo por excelencia, e igualmente nunca se probó como en aquella sazón que el bien que las mujeres causan por tendencia natural, sobrepuja al mal que producen por accidente, por aberración, por desviación.

El cometido propio de la mujer en la Revolución Francesa era contener el empuje formidable de los acontecimientos, suavizar sus efectos, domesticar los temperamentos furiosos, moderar la acción demasiado vigorosa del hombre, interponerse entre los combatientes, parar los golpes, debilitar los choques, serenar en fin aquel océano tempestuoso con los soplos divinos de la caridad y del amor.

Esta era su buena manera de influir sobre lo que la rodeaba, manera conforme con las condiciones de su sexo; la otra manera era la de aberración, la de desviación que antes mencioné. Ejercitó las dos ampliamente: inspiró los grandes heroísmos y los grandes crímenes, armó el brazo de los tiranos y les hirió en el corazón, manchó sus manos en sangre de víctimas inocentes, y murió como víctima resignada bendiciendo y perdonando, ahulló en torno de la carreta revolucionaria insultando a la desgracia y a la muerte, subió al cadalso para ayudar en sus odiosas faenas al verdugo, y cayó purificada, regenerada, santificada, abriendo los brazos para abrazar al mundo con Madame Roland.

Cualquiera de los hermosos rasgos inspirados o realizados por aquellas heroínas, borra, anula por completo los actos inícuos con que otras mujeres, oprobio de su sexo, cooperaron

a la obra gigantesca y pavorosa de la Revolución. Las arpías infames, las calceteras, las insultadoras de la reina, las azuzadoras del populacho, las hienas implacables que mordían las entrañas de los guillotinado y se lavaban la cara con la sangre que escurría de la guillotina, son hoy sombras malditas de condenados vagando por los fondos oscuros de la historia. ¿Quién se acuerda de ellas sino para execrarlas?

En cambio, en primer término, bañada en lumbre gloriosa, está Olimpia de Gouges, aquella noble mujer, por cierto la primera propagadora del feminismo en Francia, que perdió la cabeza en el cadalso por haberse brindado a defender al rey prisionero, cuando ningún hombre, ningún letrado, osaba defenderlo, sabiendo bien que la defensa del Rey era su propia condenación inapelable. Semejante figura hace retroceder a las hienas, a las arpías, y se destaca como una radiante personificación de su sexo, hermana de las santas mujeres de la Escritura. ¿Qué es a su lado Theroigne de Méricourt, la histérica y rabiosa hembra, borracha de sangre? Carlota Corday atraviesa como una sonámbula sublime la distancia que media de Caen a París sin ver delante de sí otra cosa que al tirano aborrecido, la idea de la salvación de la patria, y a esta idea generosa sacrifica su lozana juventud, su florida hermosura, sus ilusiones, sus esperanzas, sus secretos amores; busca al tigre en su antro, le hiere ciertamente, y le mata. No mata con él a la tiranía; pero su incomparable sacrificio, aún acompañado del error que lo oscurece y del delito que

lo mancha, es la acción más grandiosa de aquel período de heroicidades inverosímiles y de infamias monstruosas. Sólo una mujer, hermana de Judith y de Esther, pudo concebirlo y realizarlo: esa mujer ha merecido con justicia el sobrenombre de "Ángel del Asesinato".

Madame Roland fué la Musa de la revolución, como ha dicho Lamartine. Su reinado intelectual, su dictadura filosófica y política, no tienen precedentes; reinó por el espíritu, por el carácter, por el valor, por la energía y la rectitud moral, por la clarividencia de sus miras y la pureza de sus intenciones; fué la Revolución encarnada, la idea hecha carne, con inevitables impurezas, pero con una intensidad de pasión y una grandeza de concepción verdaderamente supremas. Así como Mirabeau había sido el verbo y Dantón el brazo, fué ella la razón de la Revolución. Los acontecimientos venían a estrellarse a sus pies como olas irritadas; ella lo dominaba todo con su inteligencia varonil, dictaba leyes a un grupo de hombres jóvenes que aspiraban a dirigir y organizar la democracia naciente, y se sentía invencible, inmovible en medio de la borrasca que crecía. Jamás vaciló en lo que consideraba línea del deber, y no es exagerado afirmar que durante un momento imprimió rumbo a las ideas y a los sucesos. Su temperamento espartano, su clásica elocuencia, su gracia sin igual y su serenidad olímpica, se impusieron. Constituyó el centro de un remolino en aquel desenfreno tormentoso, pero todo lo que partía de ella y todo lo que a ella convergía era puro. Se equivocó, pero

nunca el error se pareció tanto a la verdad como al pasar por la mente y por los labios de aquella mujer incomparable. De todos modos, su influjo moral fué decisivo; madama Roland escribió un capítulo culminante de la Revolución que habría sido negro y triste y habría influido funestamente sobre los restantes, si no lo escribe ella. Y cuando llegó la hora de morir, no sólo entregó su cabeza al verdugo, sino su espíritu a la humanidad, en frases inmortales, dignas de una heroína de los antiguos tiempos.

Los revolucionarios del 89 tuvieron una patria de la inteligencia que amurallaron las doctrinas de Voltaire, de Rousseau y de Diderot; no tuvieron otra, porque a sus ojos Francia, personificación suprema de los derechos que surgían y se cristalizaban en leyes para todos los pueblos, era esa personificación y no podía vivir si dejaba de ser la Concepción Inmaculada de la democracia moderna. Había entre aquellos que trabajaban como cíclopes en aquella fragua de ideas donde se forjaba la vida, de la cual nosotros participamos, de la cual nosotros vivimos, un grupo selecto, una legión sublime: los girondinos. Los girondinos eran la filosofía combatiendo por un interés humano más que por un interés patriótico; eran la razón difundiendo en alas de la elocuencia; eran la intelectualidad empujando a la revolución con el pensamiento de Condorcet, con la voluntad de Madama Roland, con la voz de aquel arcángel de la tribuna francesa que se llamaba Vergniaud. Pues bien: aquellos hombres, engrandecidos en el

culto de un patriotismo depurado hasta lo indecible, fueron al cadalso cantando la Marsellesa como homenaje a su pasión intelectual del federalismo, y al morir no se llevaron consigo al sepulcro la patria Francia, se llevaron la patria Libertad. Y Mme. Roland fué la musa de los girondinos.

Lucila Desmoulins desempeñó junto a Camilo el oficio de Providencia, una Providencia vestida de formas humanas irresistiblemente bellas, una angélica criatura que contuvo muchas veces en sus desbordes a aquel niño grande, irascible, impetuoso, sincero y noble en el fondo, a quien arrastraba a extremos lamentables y perdía el temperamento; ella le desmontaba los nervios y le desarmaba las cóleras y le hacía derretirse en lágrimas y besos cuando parecía pronto a esgrimir su pluma, terrible como una segur, corante como el tajo de la guillotina.

Amansándole con sus halagos, arrancóle muchas víctimas, e impidió que sus desordenados ímpetus llegaran demasiado lejos en aquellos instantes en que pudo creerse que todas las fuerzas de las pasiones desatadas y de las ambiciones furibundas iban a degollar no sólo a los adversarios de la Revolución, sino a sus amigos, a sus partidarios, a la Revolución entera. La influencia privada de esta mujer es incalculable. Apoyada en el hombro de su marido, sonriendo a diestra y siniestra, con las manos siempre alzadas en demanda de perdón, con su frente tersa nunca manchada por un mal pensamiento y sus labios de líneas purísimas que habían besado en Camilo a nue-

vo ideal, atravesó aquellos tiempos calamitosos como una gentil pastorcilla escapada de un cuadro de Watteau.

Componían los dos un idilio que se desarrolló entre el ruido lúgubre de las cabezas que caían, los rugidos del pueblo hambriento de carne, sediento de sangre, como una inmensa fiera, manchado a las veces por sangrientas salpicaduras, cortado de golpe, en flor, por la mano del verdugo. Y no fué aquél el único idilio interrumpido por la hoz de los segadores de la Convención o del Tribunal revolucionario. Muchos otros convencionales, muchos otros demagogos que se reposaban en el hogar de las fatigas de la vida pública en brazos de sus esposas o de sus amantes, fueron igualmente en un minuto del lecho de rosas al patíbulo.

Imposible calcular la influencia secreta que las mujeres ejercieron sobre aquellos hombres sanguinarios constituidos en árbitros de un pueblo, embriagados por su propio poder, arrebatados por la violencia del impulso revolucionario; muchísimos crímenes debieron evitar, muchísimas injusticias corregir, muchísimos peligros conjurar. Por lo que se ve, se adivina lo que no está consignado en las páginas de la historia; por lo que aparece comprobado se prevé lo que ha debido quedar en la penumbra discreta de las intimidades domésticas.

Nadie ignora la manera extremada como influyeron las mujeres en el alma sombría y tempestuosa de Danton, cuyas brutalidades vencieron en no pocas ocasiones, cuyos rabio-

Los acometimientos de bestia enfurecida lograron desviar. Acaso a estas causas deba referirse el arrepentimiento tardío que mostró por las infames matanzas de septiembre. Aquella naturaleza sensual, esencialmente feminista, no podía resistir el argumento de una caricia, a la persuasión de una mirada insinuante; su mujer se le atravesó muchas veces en el camino, y le impidió ir hasta el fin. Cuando todo lo veía rojo en sus espantosos vértigos, se alzaba sobre el fondo de púrpura del horizonte alguna sombra blanca, y le salvaba, es decir, salvaba a sus futuras víctimas.

Hay sospechas de que hasta en el alma de Robespierre, fría como el hielo, ejercieron influjo, siquier muy débil, las mujeres. Sólo dejaron en absoluto de tenerlo en el alma de Saint Just, negra y profunda como el abismo. El hielo se derrite, pero no se esclarecen las tenebrosidades de la sima. Robespierre, a quien Taine llama *cuistre*, palabra completamente intraducible, se replegaba en la escena pública como un gato montés pronto a arrojar sobre la presa, pero en casa del carpintero Du Play abría un poco su ánimo a las expansiones y se dejaba acariciar. Esto ya era algo: sin dejar de ser el *cuistre*, el farsante, el filosofastro presumido que pretendía someter la Francia y el mundo a su mecánica cerebral, a sus rígidas construcciones filosóficas, y aprisionarla dentro de sus ciudadelas metafísicas, solía acordarse de que era hombre; y en esos raros instantes debió ser sensible a los encantos del eterno femenino, presentado por las adorables mujeres que tenía

cerca de sí. Pero Saint Just... Saint Just nunca fué un hombre; fué el fanatismo político, fué la intransigencia de la Revolución convertida en azote, convertida en rayo, y desapareció en medio de una nube negra.

Ninguna de estas mujeres ejerció, sin embargo, sobre hombre alguno de la Revolución tanto dominio como ejercía Teresa Cabarrús sobre Tallien. Tallien era un felino salvaje y destructor; cuando la Convención le envió de delegado a la Gironda, se entregó en Burdeos a excesos horribles, verdaderas orgías de sangre. Las cabezas caían en montones como espigas cortadas; Tallien no se cansaba nunca de condenar y de matar. En aquellos momentos la hermosísima española logró amansarlo arrancando de sus garras muchas víctimas; lo regeneró vertiéndole el elixir de amor. Y en medio de la sangre, hicieron y cantaron los dos un dulce idilio. Aquella mujer, tan linda como inteligente, bautizada con el nombre de Nuestra Señora de Thermidor, porque fué figura culminante en la hora trágica de la caída de Robespierre, luego protagonista de una novela famosa de Arsenio Houssaye en que podemos verla de cuerpo entero, rescató sus muchas faltas con su altruismo generoso, con su abnegación heroica. Regeneró a Tallien y cambió el rumbo de la Revolución. Es una gloria de España.

Marat también, la fiera inclasificable, el loco malvado, se puso el florido yugo y, a su modo, fué blanco a la conquista redentora de una mujer que lo supo desarmar en ocasiones, aunque no logró nunca curarle la locura trucu-

lenta, evitarle el salto feroz, homicida. Simona Evrard se llamaba esa suave domadora. Marat se casó con ella sin fórmulas civiles ni canónicas, tomando por testigos de sus nupcias naturales al sol, y Simona fué junto al tigre una cordera, y sojuzgó al tigre. Marat en prisiones amorosas, apaciguado pero no, vencido por el poder de un alma femenina, señala el máximum de ese poder que todo lo quebranta. Marat era un monstruo sin nombre; pero todo lo que en él había de humano, lo poco que había de humano, se exteriorizó bajo las manos purificadoras de Simona Evrard que lo convertía a ratos en hombre y lo hacía niño. Resurgía luego la fiera; pero aquellos momentos de calma y de rehabilitación sentimental compensaban hasta cierto punto los desbordamientos brutales del caudillo endemoniado a quien exterminara Carlota Corday, esa figura excelsa de la Revolución.

Y concluyo. Habéis visto pasar a la mujer, habéis visto pasar a la reina, habéis visto pasar a esas mujeres extraordinarias, que eran sencillamente la mujer, el sexo. Por todos los caminos fueron sosteniendo los pasos del hombre, quitando las espinas, dulcificando los dolores; sin ellas muchos acontecimientos históricos carecerían de clave, no hubieran ocurrido; las palabras amor y dolor carecían de sentido, serían palabras vacías si con ellas no los compartiéramos; en la historia tal vez el hombre sea la fuerza, pero la mujer es indudablemente la belleza, la gracia, la poesía; parece que nos sigue y somos nosotros los que la seguimos; su poder es verdaderamente formi-

dable, porque puede matarnos y, en vez de darnos la muerte, nos da la vida. (Grandes aplausos.)



Pocos días después de llegar a la Habana, la Asociación canaria me recibió en su seno con honores que, por encima de mi persona, iban sin duda dirigidos a nuestra pequeña patria y a la patria madre. Así los interpreté.

En el local de la Asociación se había juntado un concurso numeroso, los miembros más distinguidos de nuestra colonia se hallaban presentes y, entre ellos, algunos cubanos de elevada representación social e intelectual.

El Dr. Zayas, nuestro grande y noble amigo, dignóse saludarme en un hermoso discurso, lleno de indulgencia y cordialidad. Yo, luego de agradecer sus generosas frases, dije, entre otras cosas:

“Es tan excepcional la ocasión en que hablo hoy, que mi pensamiento al par de mi palabra vacila, siéndome difícil encontrar formas adecuadas para las ideas que bullen en mi cerebro y los sentimientos que se agitan en mi corazón. Me rodean altas personalidades cubanas, me rodean también los mayores prestigios de la colonia isleña, los obreros esforzados de la primera hora, y también los humildes, los oscuros, los anónimos, sin cuya cooperación esta obra grande no hubiera sido posible; y finalmente, sobre ellos, sobre mí, sobre todos, como una aureola sobre millares de cabezas, los reflejos del más puro idealismo, del más puro

patriotismo... Y la atención benévola, generosísima, con que os disponéis a escucharme, me anima, sí, pero al mismo tiempo, me cohibe, y me perturba. Nunca, repito, he hablado en circunstancias semejantes, de tanto compromiso y gravedad. Comprenderéis que vacile mi pensamiento y tiemble mi palabra.

Vengo a vosotros en nombre de la patria. Yo no creo que individualmente nadie pueda representar eso, por más altos títulos que tenga, y yo ¡pobre de mí! no tengo ninguno; pero la siento tan profundamente, de tal modo llevo siempre la patria conmigo, que me figuro haber podido traer en mis manos algo de su tierra sagrada, en mis ojos algo de las luminosidades maravillosas de sus cielos, de sus crepusculos; en mis labios, con la palabra que ella inspira este día memorable, algo de la dulzura de sus auras y el murmullo de sus mares serenos; en mí espíritu toda su alma grande y luminosa, que querría hacer brillar ante vosotros como la hostia bendita de una suprema comunión...

*
* *

Una circunstancia inesperada y dolorosa, la muerte repentina del Sr. Mañach, hizo que se me designase para sustituirle en el cargo de Mantenedor a nombre de España en aquel lucidísimo torneo. Tuve en frente, como Mantenedor por Cuba, a don Rafael María Angulo, tribuno grandilocuente y fogoso, que figura entre los más notables oradores jóvenes cubanos.

Fué reina de la Fiesta la hermosa y elegante señora del general Menocal presidente de la República, dama que reúne todas las gracias y todas las virtudes. Poeta laureado Agustín Acosta, el insigne bardo matancero.

Aquellos Juegos Florales, destinados a enaltecer el ideal de la fraternidad cubano-española, tuvieron inmensa resonancia.

El jurado, lo presidía el gran orador Montoro. Todo lo más selecto y representativo de la sociedad de la Habana, concurrió al teatro Payret (1)

“Excmo. Sr. Presidente de la República.

Excmo. Sr. Ministro de España.

Señoras y señores:

Nunca como esta noche, en estas circunstancias excepcionales y para mí muy solemnes, me he sentido tan pequeño: pequeño ante la magnitud del acto que aquí se celebra con tan extraordinaria brillantez, pequeño ante la gravedad de la misión que me ha sido confiada y que dudo poder desempeñar satisfactoriamente.

Aquí están, formando marco espléndido a esta fiesta, el Honorable Primer Magistrado de la República y su bella e ilustre esposa, a quien le ha correspondido por todos los conceptos y por todos los derechos el puesto de reina en este torneo del Gay Saber, confir-

(1) Discurso pronunciado por el autor de este libro, como Mantenedor, a nombre de España, en los Juegos Florales Hispano-cubanos, celebrados en el teatro Payret de la Habana, la noche del 11 de Marzo de 1915.

mación de una soberanía social que nadie le disputa; aquí están formándole séquito de honor las jóvenes más hermosas de la Habana, donde por todas partes nos sale al paso, arrobadora e irresistible, la hermosura femenina, gala sin par de este pueblo; y las representaciones diplomáticas; y un concurso brillantísimo, realzado por la presencia de damas admirables en su belleza y su elegancia; y las más altas personalidades de Cuba, los grandes intelectuales, los hombres de pensamiento, los de acción, los obreros insignes de la cultura, todos los componentes y todos los exponentes de la selecta sociedad cubana.

Se eclipsa mi persona frente a lo que tiene un valor tan subido; me cuesta gran trabajo dominar mi emoción y recobrar el dominio de mí mismo para colocarme, si no a la altura requerida, debida, por lo menos en un plano, en un nivel que me permita no desentonar de la magnificencia indescriptible del conjunto. Acójome a vuestra benevolencia.

Existe, además, otra razón poderosa que explica el estado de mi ánimo: vengo a sustituir a un muerto insustituible, a un hombre que tras una lucha titánica y una agonía moral desgarradora, prolongada en el más trágico de los silencios, cayó como herido por una centella en lo alto de un calvario, en una cumbre de transfiguración y de inmortalidad. El rayo que lo mató ha esclarecido nuestras conciencias, haciéndonos pensar si no habrá alguna responsabilidad para todos en el hecho de que se abran esas vorágines donde desaparecen tantas vidas nobles y útiles; en el hecho

de que esas grandes vidas se vayan tumultuosamente, rápidamente, al seno misericordioso de la muerte; pero el hecho es que se van, y se van como los grandes ríos hacia el océano que los absorbe, después de haber amenizado las orillas de sus cauces y haber fertilizado con sus inundaciones los terrenos de las vastas zonas por donde sus aguas discurren; se van después de haber agitado inmensamente la vida para engrandecerla dentro de sí mismos y en torno de sí mismos; se van después de haber vivido con una intensidad soberana, con una plenitud prodigiosa, con una eficacia indisputable.

Lucharon, se derrocharon, se sacrificaron y cayeron en hora temprana sin haber tenido un minuto de desmayo, todos para su idea. Se les discute, pero no se les niega las facultades excepcionales que tuvieron ni tampoco la alteza y la rectitud de los móviles que persiguieron; la huella de su tránsito por el mundo, en vez de debilitarse, en vez de borrarse, crece a medida que el tiempo implacable, pero impotente, pasa sobre ellas. No las borra, no: las ilumina y las agiganta. Si cometieron errores, son los errores los que se borran para que resplandezca el recuerdo de sus heroicas virtudes. Es la justicia que el mundo hace a esos hombres después de la muerte.

Era un luchador grande, fuerte, tenaz; tenía todas las características de su raza, desarrolladas y avaloradas en el ambiente de una democracia joven y briosa, que cultiva, educa y plenifica a los hombres; se dió entero a un ideal, como los mártires que se daban al

fuego sagrado del sacrificio; era, además, una gran inteligencia, un gran corazón, un gran cerebro, un gran carácter.

Justamente designado mantenedor, a nombre de España, en estos Juegos Florales, los hubiera iluminado con los fulgores de su palabra. En todos los labios está su nombre; casi no necesitaría pronunciarlo. ¡Qué dolor! La muerte me ha abierto un enlutado camino hasta esta tribuna. Si no sé sustituir al señor Mañach, ved que sé honrar cual se merece su memoria. No os pido un aplauso para mí; os pido un homenaje respetuoso para él. (Grandes aplausos.)

Y así como los campeones de la vieja caballería se saludaban corteses antes de entrar en la lid, justo me parece dirigir mi saludo al compañero que tengo en frente y poner en ese saludo la expresión de la cordialidad más viva. No vamos a reñir por la misma dama, vamos a servir a la misma dama; los dos somos caballeros sirvientes de Nuestra Señora la Belleza. Confundidos en las devociones del mismo culto, vamos hacia el mismo santuario; no cruzamos las espadas; como correligionarios, fraternizamos de alma a alma.

Esta fiesta se celebrará a la sombra del laurel de Apolo para brindar con la copa de Grecia por el arte eterno, por la infinita poesía. Ella trae a mi mente recuerdos de un pasado egregio, y la lleva a perderse en el seno de aquel divino idealismo que inspiraba los antiguos torneos de los caballeros y de los poetas, en que era reina la mujer y presidían la Patria, la Fe y el Amor, esas realidades in-

mortales. Y como atravesamos unos tiempos perversos, perversísimos, en que la fe vacila, el amor degenera, la patria se niega aprovecharé esta oportunidad para ofrecerles de pasada,—porque vamos a apartarnos un tanto de la tradición,—en vuestro nombre y en el mío, un homenaje a la vez inteligente y efectivo.

¡La Patria, la Fe, el Amor! ¡Los tres conceptos eternos! Cuando ellos se extinguieran, se secarían las fuentes de salud moral y la humanidad desaparecería; pero ellos no se extinguen, los mares no se agotan, la inteligencia y el corazón de los pueblos se nutre de Patria, Fe y Amor. El arte dejaría de vivir si le faltara esa inspiración santa, si tuviera que arrancarse las entrañas y las raíces que lo humanizan sin quitarle su condición divina. En esos tres regazos, en esos tres senos inmensos, se reclina nuestra alma.

Estos festivales nos traen un soplo vivificador, que viene del fondo del romanticismo de la Edad Media. Mi imaginación se place en reconstruir la gran escena clásica: sombras de paladines guiadas por sombras de sacerdotisas pasan delante de mis ojos, estos ojos fatigados de escrutar lo infinito en medio del estruendo de la más espantosa de las guerras que llena el mundo por completo, en medio de este ruido del hierro y del acero que se forjan y se aguzan sobre el yunque de nuestras cabezas; y los escudos chocan, y las manos se tienden en ademán de cortesanía, y las guirnaldas buscan las frentes, y huele a rosas el polvo del palenque.

Antes los Juegos Florales eran así. Hoy son otra cosa. Hoy nuestra civilización, en una gran crisis por imponer los ideales definitivos, convierte a los viejos poetas en combatientes y trueca a los viejos oradores, que siempre tuvieron algo de videntes, en apóstoles generosos.

Así como la ciencia se inmoviliza en la posesión serena de la verdad, la Poesía, esa desterrada del Cielo, vive en contacto con la tierra absorbiendo la esencia pura de las realidades, evocando los sueños, revolviéndose contra el presente, lanzándose a descorrer el velo del futuro, agitando nerviosamente las alas. No ha podido sustraerse a la ley que convierte toda actividad moderna en lucha, y es luchadora, es reveladora, es militante.

La luz de la Poesía, suave como la luz de la luna, toma a veces los resplandores siniestros de una tea incendiaria. Ved la transformación que se ha cumplido en los Juegos Florales en el curso de los tiempos. Nacieron como un simple recreo del espíritu, bajo el manto de un trovador, animados por los besos de una gentil mujer, Clemencia Isaura; atravesaron la Historia como dulces ecos de cantilenas, de barcarolas y serenatas para entretener ocios de amor, arrullando sueños de enamorados; y llegaron a nuestra época, en la cual todo toma aspecto de batalla, y después de haber muerto como lumbre apacible, resucitaron como ardiente fuego. Resucitaron para cantar con los nuevos poetas las ansiedades del nuevo espíritu, y para luchar con los nuevos oradores por santos anhelos de reden-

ción moral y política. La antorcha apagada ha vuelto a encenderse, y chisporrotea amenazadora entre las sombras y ora ilumina los espacios con iluminación sangrienta, ora silba, ruge, muerde, como una serpiente de llamas.

Recordad la legendaria figura del trovador errante. Iba por los caminos sembrando las flores de su inspiración; subía a los castillos y a los palacios con su cítara bajo el brazo, su romántica cabellera al viento, su capa desplegada, su pluma móvil marcando el rumbo de sus pensamientos inocentes; todo dulzura, todo despreocupación, todo desprendida e indiferente alegría de vivir que se desliza cantando y deja un rastro de perfumes; llevaba un mágico elixir a los poderosos, a los magnates, a los ociosos, a los ricos indolentes que se consumían en la vagancia y se esterilizaban en los muelles placeres; llevaba al nido de las águilas en reposo un filtro adormecedor que les prolongaba indefinidamente la enfermedad del sueño; en definitiva, eran los bufones del feudalismo, eran los coristas inspirados de la barbarie feudal; daban mil vueltas al eterno tema del amor abstracto, se inspiraban en abstracciones brillantes pero vacías, y entregaban a los caprichos del aire los pétalos de las rosas que iban deshojando por los senderos. (Grandes aplausos).

¡Qué diferencia el poeta de nuestro tiempo! Cayó y desapareció el trovador vagabundo con las formas sociales a que pertenecía como genuino representante, y apareció el poeta legionario, el poeta armado, el poeta

soldado de estas recias edades. Ya no sube a los palacios ni a los castillos como un servil, como un adulator, sino que los asalta muchas veces al golpe de su lira convertida en arriete formidable, y desciende preferentemente a las chozas, a los tugurios, a los antros, a donde quiera que hay caridad que dispensar, consuelos que prodigar, lágrimas que enjugar, almas que redimir; llama a la puerta de los tiranos como un vengador y los condena y les exige cuentas como un juez.

Por manera, señoras y señores, que el antiguo esclavo portalira, aquel lindo hombre de placer, puesto a sueldo o a sopa de los despóticos señores, se ha transformado en este cantor arrogante y libre que en vez de cantar en jaulas doradas para entretenimiento de unos cuantos favoritos de la fortuna, canta para la humanidad levantando su voz en el inmenso espacio; es un hijo del siglo, un pájaro que desafía la tormenta. Y lo mismo la poesía: el mundo moderno está lleno de dolores trágicos que no conocieron los siglos pasados. Hay una angustia, un malestar social, un como contagio que endurece los corazones, y los sacude, y los pone en rebeldía; hay un pavor universal como si temiéramos que la tierra y el aire fueran a faltarnos a todos por el exceso del batallar y por la complicación de la vida. Hay también más luz, mucha más luz en los horizontes del espíritu; hay nuevas percepciones, nuevas necesidades, una nueva Sión que tomar; hay grandes rebeldías legítimas y grandes protestas necesarias que recoger y que traducir; hay un mundo que se le-

vanta contra otro mundo, pidiendo, exigiendo en nombre de la Naturaleza ultrajada, una renovación del Derecho, mejor dicho, una extensión del Derecho íntegro a todos los desheredados; hay estos mismos desheredados que vienen a reclamar su puesto en el banquete de donde se les ha excluído secularmente dándoles sólo las sobras, las migajas, las piltrafas, los huesos para roer, como a los perros; hay un concierto de profecías revolucionarias y de esfuerzos titánicos, un espectáculo de comoción universal que el arte y la poesía han de tomar en cuenta para sus inspiraciones, porque la poesía y el arte salen del fondo del alma humana, y el alma humana está hoy acongojada, henchida de amargura, llena de incertidumbre; es trágica y es profética.

¿Cómo no han de reflejar estos caracteres el Arte y la Poesía? ¿Cómo no han de hacer oír, en vez de la canción placentera, la estrofa heroica con punta de acero, y la estrofa grave que contiene la lección del presente y el horóscopo del porvenir? El Arte no puede desentenderse del medio en que sus maravillas se producen; la Poesía no puede olvidar que en el Purgatorio de la vida moderna millones de dolientes y de mártires esperan su ósculo para ser curados, salvados y redimidos; ya no puede permanecer extática en el egoísmo de su propia adoración; ya no puede estar regida exclusivamente por las extravagancias geniales de la fantasía; tiene deberes, deberes estrictos, deberes rigurosos, en orden a la misión armónica de la producción intelectual que labra las bases de la sociedad del

porvenir y aspira a reorganizar de alto a bajo la sociedad presente; ya no es su canto un arrullo, es una incitación al combate, una invitación al despertar, una alarma, un toque de clarín, un llamamiento a la acción y a la conquista; un gemido, pero muchas veces también un rugido; una melodía celeste cual la que suena perdurablemente en la poesía de Petrarca, y con más frecuencia un oleaje de mar de batalla, un fragor de ejército que avanza impetuoso en pos de una bandera que lleva esta divisa: todo por la redención de la humanidad.

La lírica, que era un refugio interior del genio poético, un delicioso remanso espiritual, donde las manifestaciones íntimas de la personalidad se explayaban plácidamente, una esfera tranquila donde las energías del yo se dulcificaban para elevarse en espirales de endechas y evaporarse en aromas de canciones; la lírica se ha llenado de rumores del mundo exterior, tan conturbado; se ha mixtificado, ha tomado la dureza y la gravedad del tono épico, se ha vestido armadura, se ha puesto máscara, su voz se ha vuelto ronca. Diana melancólica, soñadora, pálida y triste, se ha transmutado en Palas armipotente, en cuyo casco y en cuya lanza se encienden chispas de tempestad. La Musa se ha transformado en Walkiria, pero al mismo tiempo la Walkiria se ha transformado en Mater Dolorosa, madre fuerte de todos los hombres que sufren y lloran. Allá lejos también sufren y lloran ellos, los hambrientos, los que piden pan, los oprimidos injustamente, que piden justicia,

los siervos que piden ser rescatados, los esclavos que piden libertad, y les presta su voz para que el Universo los oiga y los compadezca; porque la voz de la poesía es, señoras y señores, al fin y al cabo, la voz eterna, la voz invencible, la voz de Dios resonando sobre el océano de los siglos; y la entonación de esa voz se modifica según la caracterización del momento en que resuena; tiene por consecuencia todas las tonalidades, y ahora su tonalidad es la del lamento, la de la cólera, la de la profecía y el anatema, el tono solemne de salmo, el lúgubre de elegía o el vibrante y entusiasta del himno; pero lo que delata en su fondo es una infinita compasión humana, que le comunica una nobleza divina.

Si yo fuera un gran poeta o un gran orador, si pudiera olvidarme de lo que soy, si pudiera imaginarme ser un sacerdote de la poesía o de la elocuencia capaz de administrar, como diría Unamuno, el sacramento de la palabra, haría vibrar la mía aquí y en todas partes como una espada de fuego; marcaría con ella, teniéndole recta e inflexible, la ruta de la verdadera regeneración del linaje humano; la introduciría en las llagas sociales; la dejaría caer inexorable sobre tantas cabezas culpables, sobre tantas frentes manchadas y humilladas, no temería arraslarla por los campos intelectuales sin labrar para abrir surco a las ideas; cortaríase con ella los nudos de todos los despotismos y los corbatines extranguladores de todas las tiranías pequeñas que nos avergüenzan y nos agobian, que no nos dejan vivir y amenazan matarnos;

indicaría el camino de la nueva Jerusalem a las muchedumbres cargadas de dolor, de odio y de hambre; las invitaría a deponer su carga, iría al frente de ellas blandiendo el arma del verbo; señalaría el nivel de la democracia que sube, de la igualdad que se impone, de la fraternidad que ha de venir, de la concordia que vendrá después de las durezas de la pelea, y después de haberla manchado en sangre purificadora, la pondría a secar al sol de la justicia. (Grandes aplausos).

Habría hecho que por mi lengua, por mi mente, por mi voz, el arte nuevo, la poesía combatiente, docente o militante expresara toda la gama de su lenguaje infinitamente variado y rico; pero estos Juegos Florales tienen otro objeto que un poco los aparta de su significación tradicional, consagrada. Organizados con fines filantrópicos, correspondiendo a otro acto análogo celebrado en España, acto en que fué mantenedor el Ministro de Cuba en Madrid, el ilustre orador cubano, doctor Mario García Kohly, deben principalmente encaminarse a servir, a estrechar las relaciones amistosas hispano-cubanas.

No se trata, pues, de combatir por una idea artística, sino de afirmar; afirmar un ideal político que ambos pueblos sienten y aclaman. El mismo nombre con que se les ha anunciado así lo dice: "Juegos Florales Hispano-Cubanos". Cuba en ellos se acerca a España, como en aquellos otros España se acercó a Cuba; y si desde el principio me reconocí inferior a la grandeza del cometido que desempeño, me felicité de la designación con que

se me honraba, pues ella había de permitirme satisfacer un grande anhelo de mi alma.

Soy de una tierra extra-peninsular, donde, no obstante el material apartamiento, no obstante el aislamiento geográfico, no obstante los olvidos y los desdenes de la administración española, de los cuales nunca nosotros hemos hecho responsables a la Madre Patria, todos nos sentimos españoles, españolísimos, y lo seguimos siendo por encima de todo. Nuestro afecto filial ha resistido estas pruebas; amamos desinteresadamente e incondicionalmente a España, pero amamos también profundamente a Cuba y tenemos muchos motivos para amarla.

Sin duda os será grato que un canario, un hijo de las antiguas Afortunadas, un hijo de las prestigiosas Hespérides, esta noche, en esta fiesta solemnísima, venga a ofrecerle a Cuba el amor de España. Los canarios, a despecho de su posición singular, a despecho de las posposiciones sistemáticas y los errores administrativos, somos patriotas. ¡Bendita sea España!. Su herencia de hidalguía, de heroísmo, de grandeza constructiva, de regia generosidad, de espíritu aventurero, de grandes virtudes varoniles, todo eso se nos mete dentro y nos conquista; todo eso brilla en nuestro cerebro, arde en nuestras venas, vibra en nuestros nervios, suena en nuestros oídos, nos da el sentido y la substancia de nuestra vida.

Quiso nuestra suerte que así como vosotros recibísteis en lejanos días de España la savia vital, los primeros rudimentos de cul-

tura, el idioma de vuestros primeros balbu-
ceos, la tradición de una gloria secular conti-
nuada en las luchas de vuestras agitadas de-
mocracias, nosotros recibiéramos a modo de
ley social constitutiva, el mandato de ser, allá,
sobre nuestras rocas, frente al mar, que nos
ciñe y nos canta, receptores de las corrientes
contrapuestas de la civilización, centinelas y
avanzadas en el camino de los continentes,
puestos allí para recoger y reflejar todas
las influencias de los pueblos. Y a pesar de
eso, a pesar de todo, somos patriotas.

Pero vuelvo a decirlo: también amamos a
Cuba profundamente; no podemos olvidar—
ingratos fuéramos si lo olvidáramos—que en
vuestro suelo muchos hijos de las Islas Cana-
rias han encontrado pan, que asociados se ha-
llan íntimamente al progreso de vuestra ad-
mirable nación, que se han hecho, en cierto
modo, por el hecho de esa incorporación defi-
nitiva, no sólo participantes, auxiliares, sino
hermanos vuestros en la magna tarea de en-
sanchezar y consolidar las instituciones y los
progresos de vuestro gran país. No; no po-
dríamos los canarios olvidar esto. El isleño
que ha estado en Cuba es siempre, hasta el úl-
timo día, un cubanizado; la ama con amor en
que pone su dulzura, su miel, la gratitud.

En cuanto a mí personalmente, tengo que
deciros, poniendo en mi palabra la sinceridad
del más profundo afecto, nacido al primer
contacto, en el primer minuto para vivir con-
migo también hasta el fin, que Cuba ha pene-
trado en mi corazón, que Cuba en mi corazón
permanecerá; pero desde mucho antes yo la

conocía y yo la amaba. La conocía por vuestro espíritu esforzado, digno de todas las conquistas, de todos los honores, de todas las coronas cívicas.

Ví en Martí, émulo de Washington, alma toda luz, personificada la grandeza del genio cubano, y seguí la huella deslumbrante de vuestros héroes, de vuestros pensadores, de vuestros artistas, de vuestros poetas; y supe quiénes eran Heredia, Casal, Milanés, Zenea, Tula la sin par, y tantos, tantos otros de vuestros magníficos porta-liras; adoré las cabezas santificadas por el pensamiento donde estaba encerrado el secreto glorioso de vuestros destinos; y aprecié desde Canarias los refinamientos de vuestra sociabilidad, jardín selecto en que crece majestuosa esa flor incomparable que se llama la mujer cubana, cuyo perfume llega a todas partes. Y mi admiración se alimentaba con los loores de los que habiendo conocido a Cuba jamás la olvidan, porque allá, repito, Cuba se prolonga, se desdobra en el alma de mis paisanos y es como un fascinador espejismo que sonrío y atrae a todos. (Grandes aplausos).

Ahora, al verla de cerca, comprendo que la había adivinado, que la había visto perfectamente en sueños. El amor tiene esta clase de adivinaciones; su visión es segura, aunque no sea directa e inmediata. Poco tengo que rectificar de cuanto sentí y pensé respecto de Cuba. Por el contrario, se robustecen, se afirman mis sentimientos y mis ideas: inclinándome ante tus hijos insignes, ¡salve, Cuba! ¡Oh, Cuba, hermosa como el sueño de un poe-

ta, estrella solitaria engarzada en la magia sublime del firmamento de los trópicos, puesta ahí para trazar la ruta de las grandes peregrinaciones modernas, que preparan la gloria de un nuevo mundo en que conviven el trabajo y la libertad! ¡Oh, Cuba, que eres para mis hermanos la esperanza y la salud, que eres para tantos muertos la vuelta a la vida, para tantos vencidos el triunfo, para tantos desesperados el rescate! ¡Oh, Cuba, que apagas la sed a los sedientos y apaciguas el hambre de los hambrientos! ¡Oh, Cuba, que cumples el milagro de resucitar a España, pues tienes su sangre y hablas su lengua y continuarás su historia! ¡Oh, Cuba, que por el amor eres nuestra tanto como de tus hijos, que das paz laboriosa a los que sólo conocieron la guerra mortífera! ¡Oh, Cuba, grande, única, propia, recibe el homenaje de mi corazón! Eres de todos, y yo soy tuyo.

Mientras avanzaba sobre las olas pensando en tí, te veía surgir en el horizonte como una aurora que se insinúa con sonrisas luminosas y veía levantarse en mi derredor los fantasmas de los viejos conquistadores que anduvieron por el mismo camino, reconociendo la legitimidad de tu conquista, de esa conquista que te ha hecho independiente y libre.

Bástale a España el orgullo de su maternidad fecunda, gloriosa, y hoy ante sus hijas emancipadas sólo siente el deseo de verlas a todas grandes, prósperas y felices. Pero este acercamiento de España a Cuba y de Cuba a España, consumada la separación, la emancipación que a Cuba consagra como Estado

independiente y le abre inmensas perspectivas de grandeza y de fortuna, si sabe, como esperamos, consolidar sus instituciones en el orden y en la paz, base del adelanto de los pueblos; este sentimiento de cordialidad no puede ser contemplativo, no puede ser estéril, debe encarnarse en actos, en leyes, en tratados que aumenten y hagan cada día más beneficiosas las relaciones de amistad entre la vieja patria, reclusa en el viejo hogar, y la joven República, que habla nuestro idioma en esta parte de América, en esta tierra de los grandes destinos.

Cuba, espiritualmente, se halla más próxima a España que ninguno de los otros países hispano-americanos, porque es la última emancipada que abandonó el regazo materno, y ha sido también la que más pronto ha sabido olvidar lo que era necesario que se olvidase, para fundar sobre esa reconciliación el mútuo afecto sin sombras, sin desconfianzas, para incorporarse a la vida de la América libre sin ver en España otra cosa que el glorioso punto de partida, la madre, la cuna. (Grandes aplausos.)

Los gérmenes de cultura aquí depositados por España creo yo que han contribuido a este resultado feliz. La cultura dulcifica y refina los espíritus. No saben odiar aquellos pueblos que al mismo tiempo que se fortalecieron en la guerra, adquirieron, educándose en el dolor, una gran finura espiritual e intelectual. El pueblo cubano, pueblo cultísimo e inteligente como pocos, es, por lo mismo, generoso como el que más, y siente y com-

prende que hoy odiando a España se odiaría a sí mismo.

Sobre América caerá siempre la sombra de España como la de una gran puesta solar, con una melancolía grandiosa. España tendió sobre América sus alas de águila en una olímpica empolladura.

Yo sólo he venido a Cuba a aprender y he aprendido esta lección hermosa: En la cultura cubana está el principio de la generosidad y de la nobleza que enaltecen el carácter del pueblo de Cuba. (Grandes aplausos).

España, serena y triste en su destronamiento, ansía para sus hijas, las Repúblicas americanas, y especialmente para Cuba, un porvenir glorioso. No hay español que no comparta este anhelo, esta solicitud en la madre patria; ninguno que no aspire a ver en América la renovación de España; ninguno que no desee ver cuajados en frutos de bienandanza recíprocos los sentimientos de buena amistad cubano-españoles. Y yo canario, yo español, para terminar, formulo aquí este ardiente voto.

Señora: todo lo que he dicho, lo he dicho para poder llegar dignamente hasta vuestro solio a fin de haceros el ofrecimiento, última fórmula, acto final de este grandioso rito.

Inclino mi cabeza, y creo que debía inclinar mi rodilla para saludar con rendimiento caballeresco en vos y en vuestra corte incomparable de querubines, la majestad de la belleza. Recibid mi pleito homenaje; aceptad estas humildes flores que arrojo a vuestros pies. Vuestro reinado no es circunstancial,

no es transitorio, no es de una noche; es eterno, porque se funda en el imperio sin violencia, sin tiranía, que la mujer, ejerciendo los poderes de la más alta feminidad, perpetúa sobre el hombre rendido a sus plantas. Esta no es la soberanía de una hora, porque es la inderrocable dominación del sexo, que vos, Señora, egregiamente representáis.

Reináis, además, sobre el trono de una gran democracia que os admira por vuestra belleza y os respeta por vuestras virtudes. Esta noche tenéis el cetro del Gay Saber y lo habéis levantado entre Cuba y España como símbolo de la paz y el amor que debe unir a las dos naciones, rotos los lazos de independencia; pero de hecho consolidados los de una mútua amistad cariñosa.

Sobre vuestra cabeza gentil, de la cual parte una espiral invisible que va a perderse en lo infinito de la poesía, ha batido sus alas la santa caridad, hija del Cielo. No lo olvidaréis, nosotros nunca lo olvidaremos; repetiré la frase del inmortal Goethe: "Flores a esas flores". Todos queríamos cogerlas a brazadas, coger las rosas más frescas, las rosas más puras para ofrendarlas como tributo a vos y a vuestra Corte deliciosa. Se creyera que la flor natural, galardón supremo del gran poeta, que la ha recibido de vuestras manos, en esas manos divinamente taumatúrgicas se ha multiplicado y se ha convertido en doble corona: una para la frente de Cuba, donde resplandecen el prestigio de la juventud

y el misterio del porvenir; otra para la frente
de la marchita de mi adorada España, que la
gloria coronó de laureles, que luego la adver-
sidad ha coronado de espinas, pero que bajo
esa corona duple, siempre grande, siempre
fuerte, siempre altiva, siempre heroica, es la
madre inmortal de América. (Grandes y pro-
longados aplausos.)

DISCURSO CON QUE ME DESPEDI DE MIS
COMPROVINCIANOS EN LA ASAMBLEA CELEBRADA
EN LA ASOCIACION CANARIA EL 20 DE MARZO
DE 1915. (1)

“Mis queridos paisanos:

Recojo conmovido todas las frases y manifestaciones que me han sido dirigidas por mis queridos amigos y compañeros los señores Padilla y Ojeda. Es sin duda el sentir y el pensar de mis hermanos los isleños de Cuba; es la voz de la colectividad canaria que me habla, y habla principalmente para que Canarias la oiga. Yo seré desde allá, como lo he sido aquí, de todos vosotros un camarada.

(1) Los canarios despidieronme en esa asamblea magna, celebrada en el local de nuestra Asociación. Allí pronunciaron elocuentes discursos los señores Juan S. Padilla y Santiago Ojeda. Fué el acto una continua, ardiente invocación a la patria.

El mismo día, poco antes, habíanme obsequiado con un gran banquete en los jardines de Palatino.

Y el 31 de Marzo, diéronme, al embarcarme, el más conmovedor de los adioses.

¡Gratitud eterna!

da fraternal, y seré intérprete de vuestros anhelos; yo seré siempre para vuestra querida Asociación el más entusiasta, el más agradecido, el más rendido de sus servidores.

Ya llego al término de mi jornada en Cuba, y estoy satisfecho. Satisfecho de mí mismo, satisfecho de vosotros. Satisfecho de mí, porque he cooperado con todas mis fuerzas y todas mis actividades a vuestra obra, que es la obra de engrandecimiento del nombre canario y del nombre español; satisfecho de vosotros, porque habéis correspondido admirablemente a mi predicación y a mi esfuerzo. En este cambio de sentimientos cordialísimos, vosotros me habéis dado vuestro afecto, vuestra simpatía y me habéis hecho depositario de vuestras nobles aspiraciones, para que yo les diera aquí y allá mi voz: yo os he dado, en cambio, mi alma entera.

Me llevaré de Cuba una impresión gratísima, inolvidable. He derrochado mis energías intelectuales en pro de la Asociación Canaria. He recogido muchas flores, también algunas espinas. ¿Qué importa? Para recoger las flores es necesario punzarse con las espinas, no hay manera de evitarlo; pero las heridas de las espinas son insignificantes, se curan pronto, y pronto se olvidan. Olvidemos esto, olvidemos lo pequeño para sólo atender a lo grande. Todas las cosas pequeñas deben naufragar, deben ir al fondo cuando se tiene delante un horizonte sin límites y se camina hacia lo inmenso.

Sed, sobre todo, intérpretes de mi gratitud para con aquéllos nobles hijos del trabajo,

que allá, inclinados sobre la tierra, tan sanos y tan puros bajo la protección inmediata de la maternidad de la naturaleza, constituyen el nervio de nuestra Asociación; para aquellos hidalgos campesinos que me han acogido y agasajado tan cariñosamente. Entre ellos gocé las horas más dulces de mi vida; decídselo, cual yo se los digo. Yo les he visto llorar enternecidos, enajenados, a la evocación del terruño; los he visto próximos a caer de rodillas como ante el altar cuando mi palabra les recordaba todas las cosas grandes que sintetiza este nombre: "Canarias". En ellos, en sus almas, está la patria viva, sagrada, intangible.

Quisiera en este día hacerla descender entre vosotros cual una visión de los cielos, entre vosotros dejarla para que os alentase, para que os fortaleciese, para que os estimulase a fin de que triunféis en vuestras grandes empresas. ¡Gran oportunidad para definir la patria! Yo quisiera definirla, pero no sé. La patria es un águila olímpica que nunca desciende de las cumbres. Materializarla mucho tanto valdría como degradarla. No la constituye un accidente del nacer—sería demasiado pequeño continente para tan enorme contenido—sino un conjunto de accidentes psicofísicos, mucho más que físicos, psicológicos, que depositan su germen en el centro mismo de nuestra afectividad, en la más honda raíz de nuestro ser, y allí crece, se extiende, se difunde, viene a nuestros ojos en fulgores, a nuestros labios en palabras amantes, a nuestra actividad en actos de un culto fervo-

roso, que, sin cesar, desde la cuna hasta el sepulcro la sirven y la honran. Ella comparte con nuestra madre las primicias de nuestro pensamiento y reina soberana en nuestro corazón; ella, presente o ausente, nos acompaña, porque no podemos separarnos sino al desarraigarnos de la tierra, al dejar de vivir, y aún entonces, donde quiera que estuviéramos, el amor de las dos madres será la luz de nuestra agonía, y cuando se anublen nuestros ojos esa luz se acrecentará allá dentro como un anuncio de la eternidad, como un refulgente punto de unión entre lo inmortal y lo perecedero; y cuando la savia vital se paralice en nuestros miembros rígidos, todavía, todavía extenderemos en la sombra las manos yertas para bendecirlas, e inclinaremos la cabeza para pedirles que nos bendigan. (Grandes y prolongados aplausos.)

Yo he perdido de vista el cielo de mi patria, y ningún otro cielo me pareció más hermoso; yo he perdido de vista los campos de mi patria, y ningunos otros campos me parecieron más risueños ni más fértiles; yo he perdido de vista los mares de mi patria, y ningunos otros mares me parecieron más azules, más poéticos, más propicios, más adorables a la hora en que el alba comienza a platearlos o el crepúsculo de la tarde a tender sobre ellos los ténues velos de la sombra; yo he perdido de vista el sol de mi patria, el sol de Canarias, y ninguno otro sol me pareció más suave, más benéfico, más paternal. Y en esta sensación exclusiva, renovada y acrecida a la distancia, en este exclusivismo patriótico, es-

tá lo que es la patria mucho mejor que en todas las definiciones que me he dado o que otros me dieron hechas. (Grandes aplausos).

Avanzando mucho, con un poderoso arranque sentimental que ensancha enormemente el espíritu, que lo hace de veras espíritu humano, me encuentro con la patria-nación, después de venir del concepto de humanidad, y le doy un estrechísimo abrazo. Es la voz de la raza quién me habla; es la tradición, la lengua, la sangre, todo ese mundo que nos contiene y nos vivifica alentándonos para vivir y para morir.

Avanzo más acá, y me encuentro con la patria-regional, y le doy conmovido otro apasionado abrazo; toda la región, todas las Islas, todo el territorio canario, amado por mí idólatricamente, sin reservas mentales; todo el territorio, toda la región, desde las arenas calcinadas de Fuerteventura, que suspiran de sed, hasta las poéticas frondas del bosque de Doramas y la dulzura idílica y melancólica del valle de Taoro; desde los verjeles encantados de La Palma, el nuevo paraíso, hasta las montañas abruptas de la Gomera y los desiertos augustos de Lanzarote, donde se siente la presencia de lo inefable, y los paisajes arábigos de la isla de Hierro; todo el territorio, todas las islas, todos esos pedazos de tierra que, a despecho de las diferencias de familia, de los problemas locales y las tendencias particulares, tienden a juntarse en una unidad interior, en una unidad de conciencia, en una unidad fundamental.

No me digáis que somos enemigos porque

tengamos ideales opuestos; no me habléis de luchas bastardas dentro de la región. Si son necesarias, si son imprescindibles y saludables, considerémoslas como rencillas de hermanos que, sin desconocerse, noblemente batallan en el seno de la maternidad común; no me habléis, no me hable nadie de odios fratricidas. No fundéis una impía negación en esas fatalidades perturbadoras, en esas realidades crueles. Veamos la patria más de cerca, en la realidad de nuestros sentimientos. ¿Qué diferencia puede establecerse entre aquellas islas nacidas del mismo cataclismo geológico, ceñidas por la misma orla de cándidas espumas, bañadas por el mismo aire suave y embalsamado, custodiadas por el mismo Teide gigante, dotadas por la naturaleza de las mismas producciones, habitadas por la misma gente con las mismas costumbres? Cuesta mucho esfuerzo establecer diferencia entre los isleños que pueblan el archipiélago, y no habiéndolas, esos conatos de guerra, todo eso que nos hace dudar del porvenir de nuestra tierra queridísima, que nos entristece y nos avergüenza todo eso que se mantiene en nombre de intereses transitorios, los cuales deben desaparecer en el seno de una emulación más compatible con la paz y con la concordia, todo eso es un ultraje a la naturaleza, una nefanda obra artificial. (Aplausos.)

Tenemos que reconocer la unidad de la raza en cuantos elementos y caracteres la integran, y tenemos que ser mandatarios de ese mandato y cumplidores de ese deber; que a todos nos incumbe sostener la unidad de la

raza. Cada uno de nosotros debe constituirse en cumplidor de ese mandato y en ejecutor de ese deber ahogando a los elementos que aquí intenten inconscientemente dividir y enemistar a la familia canaria; no ven, ciegos, que eso no se deshace, no ven, locos, que eso no se divide.

Vuestra gran obra de asociación y de solidaridad, obra afirmativa, obra constructiva, sólo podrá mantenerse fundándola sobre los sentimientos con que nuestra raza como grupo español se define a sí misma. Para fundarla habéis tenido que vencer esa tendencia opuesta que nos lleva a dissociarnos en vez de concentrarnos en la acción, haciéndonos socialmente estériles; para mantenerla tenemos que cultivar, tenemos que elevar al máximun esos sentimientos.

Bien sabéis los rudos embates que la Asociación Canaria ha tenido que sufrir de parte del espíritu desconfiado y quisquilloso, que muchas veces, por desgracia, se manifiesta entre nuestros paisanos. Por esta causa, siendo tan fuertes por el número, hemos tardado tantos años en hacernos poderosos con la organización, con la asociación.

Pero al fin la idea redentora se impuso—¿cómo no había de imponerse?—y encontró personificaciones adecuadas, cosa difícil, porque las ideas son siempre superiores a los hombres, y personificarlas significa aunarse en ellas, dárselo todo, sacrificarse para que ellas vivan. Las ideas piden también culto impersonal, holocausto de todo lo que hay de condicionado, transitorio, deleznable, en el

ser humano; las ideas son lámparas de santuario, no fuegos fatuos que la corrupción alimenta sobre tumbas:

Un día llegó, señores, día memorable, en que la colonia canaria de Cuba sintió la revelación de su destino, se unió, se fortaleció para las luchas necesarias en la corriente psicológica de un renovado e intrépido patriotismo, y se puso en marcha hacia el porvenir, guiada de un solo afán, de un solo pensamiento. Iba a convertirse en verdadero pueblo la tribu diseminada y sin rumbo, se estaba operando una admirable renovación; iba a surgir la personalidad colectiva sobre la ruina, sobre la derrota de los mezquinos egoísmos; iba a constituirse en fuerza organizada la familia en fuga y en desorden; iba a encontrar sus poderes. Y bien, para que una idea tenga suficiente poder de atracción sobre una masa humana, es preciso que así como la luna levanta las aguas del océano y las empuja impetuosamente pero ordenadas hacia la costa, que es su límite máximo e infranqueable, en una pleamar magnífica y serena, así la idea inspiradora fija allá arriba como un gran lucero de la mañana, sin interposición de nieblas ni de nubes, en una atmósfera transparente, alcance el poder de hacer que las almas crezcan también y suban en una pleamar de conciencia, sin que las enturbien los bajos estímulos de esas luchas en que sólo hay materialidad; sin que las extravíe el egoísmo o las sugerencias malsanas de las luchas de partidos o de bandos atentos al medro y al lucro de una política "terre a terre" (esto, ya lo

sabéis, ha perdido a Canarias, porque allí decir política es decir inmoralidad y discordia); sin que esas contingencias y esas limitaciones, y ese veto de la pasión introduzcan la mancha de un cisma, de una herejía, de una blasfemia. Es preciso poner al unísono las palpitaciones del amor patrio, levantando el corazón como una hostia, el pensamiento como una llama; y que al mismo tiempo que los hombres de acción trabajan, luchan, sufren, se sacrifican, un grandioso coro de civismo les acompañe en comunión espiritual, y los fortifique y aliente con una plegaria sin voces en que el decoro del deber cumplido presagie la gloria del triunfo. Es preciso, en fin, que esa pleamar del patriotismo produzca el arrastre, la pulverización, la evaporación de todas esas cosas impuras que no suben, que no pueden subir porque no son tributo adecuado para ninguna idea, porque sólo son residuos, detritus miserables condenados a las gemonías del fuego. (Ovación.)

Es preciso esto, es preciso que nos hagamos dignos de nosotros mismos, y hay que perseverar también, porque la perseverancia es otra condición del triunfo. ¿Qué achaque fatal es este del pueblo canario que no le permite perseverar, que ahora lo lanza a la acción fogosa, y luego, en seguida, lo recoge y lo paraliza, como si sólo fuera capaz de arrebatos infantiles? Tenemos momentos de efervescente pasión, crisis de entusiasmo como congestionado, como eruptivo; pero no solemos tener esa virtud de la perseverancia que todo lo domina, ni mucho menos esa virtud de la

abnegación que impone los sacrificios en masa y fija un gesto viril, firme, noble, heroico, insuperable, la dignidad de la actitud.

Allá estamos cansados de ver cómo fracasan los mejores proyectos de esa forma de acción superior y progresiva, como se malogran y se quedan en efímeras iniciaciones sin llegar a cuajar en actos vitales las mejores empresas de interés general, principiadas con ardientes transportes de entusiasmo; que se diría, señores, se diría en vista de tantos y tan repetidos fracasos en este orden de acometimientos, que estamos los canarios, por no sé qué extraño fatalismo del carácter, condenados a dar siempre vueltas alrededor del mismo punto, a estacionarnos en una etapa histórica elemental sin poder precipitar el paso ni rebasar la línea uniforme de la rutina. Somos demasiado meridionales, y el espíritu sajón, que actúa sobre nosotros con una gran fuerza reguladora, aún no ha podido penetrarnos hasta el punto de cambiar nuestro temperamento apático, hasta el extremo de imprimir mayor viveza a nuestra sangre.

Pero esa dolencia no es incurable: ¡pobres de nosotros si lo fuera!; pero esa inclinación a la inercia, esa inclinación a la rutina, no es definitiva. ¡Desgraciados de nosotros si lo fuera! La marcha se inicia aquí como se inicia allá, y cabe esperar que recuperemos el tiempo perdido precipitando el paso. El ejemplo de las iniciativas que calladamente, modestamente, han levantado aquí esta gran obra de solidaridad, de amor y de paz, dice con elo-

cuencia más persuasiva que todos los discursos cómo se vence el mal del carácter isleño, aquella modorra del espíritu que sólo se interrumpe para aplicar a empeños demoledores las energías que deberían aplicarse a una acción bien ordenada y provechosa.

Pero precisamente, para que se cumpla hasta el fin nuestro destino adverso, diríase que sólo nos rehacemos, y nos revelamos con toda la potencia de nuestra personalidad colectiva, después de haber pasado por la prueba desgarradora de la expatriación, atravesando los mares, bebiendo lágrimas amargas por precio de nuestra metamórfosis, dejándonos en el camino, hechas pedazos, nuestras vestiduras; diríase que necesitamos del trasplante para dar frutos sazonados y jugosos en otros climas, bajo otros cielos; diríase que todas nuestras cualidades, como adormecidas, como esterilizadas en el terruño nativo, necesitan para fecundizarse la experiencia del dolor; que nos es preciso ver la patria desde lejos en la limpieza de un culto sin contactos ni desviaciones, para experimentar toda la virtud y toda la fuerza del patriotismo, para vernos como realmente somos, para actuar de un modo robusto y pleno.

Así, viendo la patria desde muy lejos, amándola intensamente con todas vuestras energías espirituales concentradas y orientadas hacia ella, fundásteis esta Asociación Canaria para darle en ella fervoroso culto. Es una hermosa afirmación de la raza que ha-

que mantener para honor de todos contra las tentativas y contra los conatos de los que inicuaamente pretenden echarla por tierra. (Grandes aplausos).

Aquí todo debe unirnos, nada separarnos. Hemos dejado en el tránsito del mar redentor, mientras avanzábamos hacia la libre América, las pasiones que nos envenenaban, y hoy nuestras almas están iluminadas con sentimientos e ideas que las ennoblecen. El amor a Canarias toma aquí la grandeza categórica de un culto vivo, de una religión práctica con este solo dogma esencial: la hermosura y la amargura del sacrificio; hemos aprendido a vivir y morir para que viva glorificado lo que no muere, y ya no se separarán nunca aquellos pedazos de tierra que tienden a organizarse en una reintegración augusta. Allá la madre excelsa no confunde tampoco; por igual nos ampara el calor de su regazo y por igual su manto nos envuelve. Somos canarios. Somos españoles. Somos hermanos. Estos vínculos se afirman en el seno maravilloso de este hospitalario país, segundo hogar de nuestros isleños, porque amamos a Cuba en Canarias y a Canarias en Cuba, porque no nos impide amarnos el recordar—ya apenas lo recordamos—que hubo un tiempo en que caía majestuosamente sobre estas tierras solares la sombra de la bandera española.

Y nada más. Anticipándome a la emoción de la despedida, repetiré la frase de mi pri-

mera salutación: Que la paz y el amor sean siempre con vosotros. (Grandiosa ovación).



Entre los canarios de Cuba, ninguno más meritorio ni más respetado que el señor Luis Suárez Galbán. Es un hombre de quién puede decirse, cual de muy pocos: se ha hecho a sí mismo en una lucha heróica, empezada casi desde la niñez, y en su historia personal, ejemplarísima, triunfan todas las virtudes, la probidad, el tesón, la constancia, la fe y el trabajo. Con ellas, fecundizadas por una inteligencia clara y firme, el señor Suárez Galbán ha llegado a la cumbre de la fortuna y de una reputación envidiable. En nuestra colonia, tiene el rango de suprema figura representativa; en Cuba entera, goza de un gran prestigio. Su casa de comercio de la Habana, se cuenta en el número de las más fuertes y acreditadas. Ha ejercido en la esfera comercial altos cargos donde brillantemente confirmó sus méritos y sus talentos; su firma representa el valor de todas esas prendas y conquistas gloriosas. Su firma en este sentido, antes que en el de la material riqueza que simboliza, vale oro.

El señor Suárez Galbán, lo mismo que tantos otros canarios, después de triunfar se han incorporado definitivamente a la vida de Cuba; pero no olvidan a su patria. Están aquí sus intereses, sus hijos, sus esperanzas: allá están sus primeros amores, sus recuerdos, sus raíces. El pasado melancólico pero consola-

dor no se les borra del espíritu. Y hacia allá vuela su pensamiento en las horas meditativas.

Las bondades de este varón perfecto que jamás conoció el ocio ni se sintió débil ni cayó en las fáciles tentaciones a que tantos se rinden, igualan sus arrestos de luchador y su poder de resistencia para los combates vitales. Austero, humilde, en la victoria, no menos que en la brega, difunde en torno suyo el sentimiento de la fuerza y el honor varoniles. Su enseñanza *ha formado muchos hombres...* En su escuela han aprendido todos los suyos y muchos más, que le veneran y le aman.

Patriota sin reproche, hizo a su ciudad natal, Guía de Gran Canaria, un donativo regio para que Guía resolviese el problema de la provisión de aguas, que ha resuelto ya en condiciones óptimas. Don Luis y su hermano el ingeniero Don Eugenio han llevado a cabo esa obra, que en Canarias carece de precedentes.

Ninguno de nuestro potentados, ninguno de aquellos opulentos empedernidos que sólo conocieron el trabajo de heredar sus riquezas y nunca salieron de la patria, pensó nunca en hacer nada semejante.

Lástima que don Luis, en su ejemplar modestia, se niegue a intervenir en la vida pública y tomar la dirección de nuestra colonia.

El sabría conducir a nuestros peregrinos...



Penosa, irregular e injusta es la situación de los españoles en América, desde el punto

de vista de los derechos que pierden y los que no llegan adquirir ante los pueblos y los gobiernos americanos. Ciertamente que después de un período de residencia se les concede nueva ciudadanía; pero tienen que solicitarla, aparejando esta solicitud consecuencias muy tristes para su amor propio. Se les mira en el país de origen con menosprecio; en el país adoptivo se les humilla y se les censura por el hecho de haber abandonado la nacionalidad originaria. Sólo el tiempo desvanece tales sombras, que no alcanzan a obscurecer la persona de sus descendientes.

De ello surge el problema más grave de la emigración española en el nuevo mundo. Sobre el emigrante radicado pesan todos los deberes; ningún derecho político se le reconoce. Y, sin embargo, se ha dado por completo a su patria nueva, la patria en que fundó su hogar definitivo, la patria en que sus hijos nacieron.

Don Justo S. López de Gomara, español distinguido residente en la República Argentina desde hace muchos años, ha presentado una proposición relacionada con este asunto al Congreso de las Asociaciones españolas que se acaba de celebrar en Buenos Aires. El congreso acordó:

- 1º Que consideraría justa correspondencia a su colaboración en los progresos nacionales y a la sincera fusión de los españoles radicados en la vida argentina, la amplia concesión de los derechos políticos sin necesidad de solicitarlos.

- 2º Igualmente estima de alta conveniencia para los intereses de España en América que aquélla incluyese en su Senado uno o varios representantes designados por las instituciones españolas del Río de la Plata.

Al comentar este acuerdo, dice un notable publicista: “Se dirá que cualquier extranjero puede adquirir carta de naturaleza a los dos años de residencia en la Argentina. Así es, pero esta forma de la nacionalización crea para el emigrante una situación más enojosa quizás que el no adquirirla. En el Senado argentino—al cual pertenece un español nacionalizado, el profesor del Valle Ibarlucea, socialista,—se dijo una vez, sin protesta de nadie, que todo extranjero que toma carta de ciudadanía argentina es un “infame renegado”, y en la legislatura de la provincia de Buenos Aires que son unos “piojosos”. Esto se evitaría aceptando lo que propone el señor Gomara: que al cabo de un número de años, indeterminados, de residencia en la Argentina, el español adquiera automáticamente el derecho de ciudadanía, sin necesidad de imponerse la violencia de pedirla ni la humillación de obtenerla como gracia. Este derecho no excluiría el de seguir siendo ciudadano español, el de ejercerlo plenamente al regresar un día a España ni el de estar representado en el Parlamento español por medio de esas Asociaciones de la Argentina. Así se crearía, no la doble ciudadanía, sino la “ciudadanía alternativa”.

Y el cronista concluye: "Al ejemplo de los españoles de la Argentina debiera seguir la acción de los españoles de las demás Repúblicas americanas, especialmente la de Cuba"...

La de Cuba más que ninguna otra, agrego yo por mi parte, se encuentra obligada a tributar justicia a nuestros compatriotas, otorgándoles lo mismo que para ellos se pide en la República Argentina.



Si yo tuviera que presentar al público a Francisco Bethencourt Apolinario, lo haría en esta forma: *Ahí tenéis a un héroe.*

Porque lo es, y de los más calificados y meritorios, el hombre que en lucha con mil elementos adversos, sin un instante de desmayo ha podido mantener siete años la publicación de una revista como *Islas Canarias*, órgano de nuestra colonia en Cuba.

Los que sabemos cómo ha luchado, y cómo lucha aún, para que la revista, privada de todo auxilio, no muera, admiramos su perseverancia. El periodismo, cuando se ejerce con desinterés absoluto, ministerio, sacerdocio, según lo entendían y practicaban los viejos románticos de la prensa, siempre supone heroísmo; pero cuando se le lleva a cuestras como una cruz, como una carga de sacrificio, entre la indiferencia de aquéllos para quienes tan noblemente se trabaja, entonces abruma una vida al mismo tiempo que la glorifica.

Islas Canarias se fundó para servir los intereses de la colectividad isleña, para estable-

cer y perpetuar la comunicación de los canarios residentes en Cuba con sus hermanos del Archipiélago. La obra era altísima, pero era también árdua, espinosa. Exigía una consagración total, la entrega y el holocausto de toda una juventud abnegada y fuerte en aras de una idea.

¿Cómo la ha cumplido Apolinario? Insuperablemente, sin duda alguna. No reconocerlo así, sería negar la justicia, premio a que el joven y brioso periodista tiene derecho, ya que se le niegan otros más positivos.

Los canarios, al asociarse, necesitaban una voz. La revista *de Apolinario*—creación suya, amor suyo—, ha sido esa voz, inspirada, sonora, clamante; clamante ¡ay! las más de las veces en el desierto. Ha recogido los ecos de todas las necesidades y de todos los dolores que aquí y allá padecen nuestros hermanos. Y la sonoridad en muchas ocasiones se ha vuelto luz conductora.

Islas Canarias es Francisco Bethencourt exclusivamente. El la redacta, la administra, y hasta la *compone*: a tal extremo ha llegado su afán por sostenerla, que se ha esforzado en aprender el arte tipográfico lo suficiente para suplir la falta del profesional en las difíciles situaciones económicas. El realiza la enorme tarea de compendiar en aquellas páginas nutridas de información el movimiento de nuestro país y nuestra colonia en sus aspectos múltiples. Cuando deja la pluma, emprende viajes *administrativos* a los pueblos para recordar su deber a los suscriptores morosos, y no es raro que vuelva lo mismo que

fué, desengañado pero no por ello menos animoso.

Yo creía que los suscriptores a la revista serían muchos; que no habría aquí un compatriota capaz de rehusar su concurso, su apoyo, al valiente publicista de quién tantos servicios y beneficios — principalmente los agricultores—obtienen. Me equivocaba. *Islas Canarias* vive lánguidamente, gracias a la constancia heroica de su director meritísimo. Apenas cubre los gastos.

Esto sabido con sorpresa dolorosa, ¿cómo no declarar mi admiración hacia *el héroe*, modelo de luchadores perseverantes, y cómo no pedir que se le aliente y se le ayude?

*
* *

Recién regresado de Cuba, envié al *Diario de la Marina* la siguiente crónica:

“Yo traía, al regresar de Cuba, un saludo cariñoso de esos compatriotas para todo el pueblo canario, así como les lleve a ellos otra salutación que los hermanos de aquí conmigo les enviaban.

Este mensaje sentimental era, pues, la respuesta y la correspondencia a aquél otro. Dichosamente para mí, nunca tan honrado, pude llevar por voluntad de los isleños que en Cuba viven, luchan y trabajan, el mensaje de amor a la patria lejana. Y hablando en nombre de ella siempre, procuré ennoblecerme y autorizarme; procuré justificar la representación con que ante los unos y los otros estaba revestido.

¿Lo conseguí? Respondan esos comprovincianos nuestros arraigados y ahincados en la tierra cubana, donde han conquistado una nueva vida, donde el trabajo les enaltece y la libertad les redime; díganlo ellos. Yo sólo debo decir que puse en el cumplimiento de mi generosa misión todas mis energías, facultades y potencias. Díme entero a mi obra, con desinterés, con entusiasmo, con patriotismo.

Meditando ahora sobre los frutos probables de mi propaganda, no dudo que serán copiosos y benéficos. Mi alma habló a las almas de mis hermanos el lenguaje de la fe, la verdad y la razón, y me comprendieron. El patriotismo, que es un sentimiento apasionado, una llama del espíritu, brotó ardiente al conjuro de mi palabra. No necesité más que llamarlo con voces amorosas, con pureza de intenciones, para verlo surgir vivísimo y purísimo entre los nuestros.

Lo humano, lo demasiado humano, desaparecía ante la evocación ideal de la patria canaria. Todas las pequeñas pasiones, antagonismos personales y luchas de intereses irreductibles, se eclipsaban al entrar ella en escena, limpia como una abstracción, magna como un símbolo. Pude decir en uno de mis discursos que no veía nada de eso, aunque me hablaban repetidamente de su existencia y me señalaban sus huellas destructoras. No lo veía, porque no quería verlo.

En resumen, mi labor propagandista, inspirada en móviles de la mayor nobleza, hizo retroceder al enemigo. Un poco de cieno que se disolvió en la corriente, caudalosa y pura.

Si vuelve a subir, agitando la corriente, volverá al fondo y allí desaparecerá. Hay en la masa poder de absorción bastante para asimilarlo, para destruirlo.

Y es necesario dejar que desde los extremos venga al centro la fuerza saludable e intacta, a fin de que la vitalidad central aumente. Este símil, tomado de una ley física, quiere decir que crecerá, se fortalecerá y se depurará la Asociación Canaria de Cuba sobre sus fundamentos inmortales, si en ella tiene un gran influjo, como deben tenerlo, los contingentes de esforzados trabajadores que constituyen su remota vanguardia. Allá, en los campos donde su esfuerzo triunfa, aquellos hombres representan la abnegación sublime del patriotismo, que sienten mucho pero no piensa ni razona. Y el mundo se mueve por el sentimiento.

Yo les he visto poseídos de una santa fiebre, de un iluminado misticismo, emocionados y llorosos, cuando mi palabra les evocaba la patria en las transparentes lejanías del recuerdo...

Yo he apreciado en ellos una capacidad sin fin de sacrificio. Su culto patriótico llegaría hasta el anonadamiento de la personalidad y la renunciación de todo egoísmo en las aras cubiertas de flores. Así se ama cuando se ama de veras.

Hay entre aquellos hombres figuras de patriarcas del Viejo Testamento. Si les pidieran un supremo holocausto a la santidad de su fe, de su amor, no vacilarían el realizarlo. Prontos están, para honrar lo que ado-

ran, a cumplir las mayores inmolaciones. Su religión les ciega divinamente y les conduce a sacrificarse.

Ved por qué debemos levantar ahí y aquí, frente a los que dudan, frente a los que flaquean, la moral magnificencia de ejemplo tan hermoso. Las grandes ejemplaridades son fecundas como las inundaciones de los grandes ríos.

Allá y aquí; pero aquí mucho más...

Aquí el patriotismo, por lo común, es un verbalismo mercantilista. Se habla de la patria con familiaridad profanadora; pocos la sienten, pocos la exaltan en actos, pocos le sacrifican en oblación religiosa la más pequeña de sus aspiraciones o sus ambiciones personales. Inversamente, tiran a explotarla en su provecho.

Y en medio de este frío horror de templo profanado, entre el ir y venir de los mercaderes, resuenan las voces de los patriotas isleños de Cuba llamando a los divinos oficios, como campanadas de Gloria o de Resurrección... El llamamiento lejano, en vez de debilitarse, se robustece con la distancia y trueca en las conciencias dormidas...

Estos pobres muertos resucitan y se alzan como si recibieran un latigazo o un puntapié. Desde América les viene un soplo de renovación espiritual que pasa cargado de gérmenes. Se me figura que al fin responden al amor con el amor, al deber con el deber.

Y creyendo que ese propósito de enmienda necesita afirmarse en alguna forma, definirse con algún hecho, van a ofrecerme un ban-

quiete para que en él, después de brindar por Cuba y por los canarios de Cuba, yo les diga como saben éstos en admirable fraternidad honrar el nombre de las Islas Afortunadas.

Seguro estoy de que sabré decírselo porque vosotros, amigos míos, me daréis la elocuencia de vuestro ejemplo. Vosotros, no yo, hablaréis.”

*

* *

El *Unión Club* es una de las más simpáticas Sociedades de la Habana; centro en que se mantiene la tradición de una caballerosidad intachable y una hospitalidad depuradísima.

Instalado en un buen edificio, dotado de todas las comodidades, abierto a todos los refinamientos, sus socios constituyen un selecto núcleo cuyas notas son la delicadeza de costumbres, la elegancia y el *savoir vivre*. En su organización interior y su reglamento imita la alta mundanidad de los famosos clubs londinenses donde se vive la forma más refinada del britanismo; pero sin la seca rigidez sajona.

Tener franco ingreso en sus salones equivale a lograr una patente de todo aquéllo que caracteriza al grupo especial que lo integra. Su presidente el señor Eloy Martínez, un acabado *gentleman*, invitóme a visitar la casa enviándome una tarjeta de presentación.

Allí entablé conocimiento con muchos de los hombres que mayor respeto y estima gozan en el país por sus méritos y servicios en los diversos órdenes de la revolución hasta los

modernos representantes de la República. Allí se tributa honores a los diplomáticos extranjeros y se dispensa hidalga acogida a todas las personalidades de relieve que visitan la Habana. Allí *se respira aire de las alturas*, se está como en una cumbre.

Jamás ha interrumpido la serena y noble camaradería del *Unión Club* un pequeño incidente, la más mínima perturbación de las relaciones amistosas entre sus miembros. Ni siquiera en los días graves y agitados que precedieron a la libertad de Cuba, cuando el ardor de las polémicas y los combates alejaba a los cubanos de los españoles, ni siquiera en aquellos días críticos, cesó de reinar un momento allí la ley de una convivencia afectuosa. *Unión Club* ha sido siempre lo supremo en elevación intelectual y moral, lo máximo en cultura.

Semanalmente celebra banquetes fraternales, fastuosos dentro de su carácter íntimo, que sirvan para estrechar las filas y para elevar el nivel del compañerismo sin eclipses, sin alternativas, que une a los elegantes asociados.

También se me invitó a visitar el *Country Club*, otro de los más distinguidos centros sociales de la capital cubana, instalado maravillosamente en un hermoso lugar de las afueras, en pleno campo, como su nombre lo indica.

Y el hotel Campoamor, en Cojímar, espléndido retiro donde sentíme prisionero de los encantos de una naturaleza indescriptible y admiré una puesta de sol mágica.

¡Cuántos recuerdos que no se desvanecerán!

*
* *

La Academia de Letras y Ciencias de la Habana, abrióme sus puertas y permitióme subir a su tribuna, por la cual han desfilado, con aureola de pensamientos y nimbo de glorias, los hombres más eminentes de la República.

Leí desde ella, en noche inolvidable, a un corto pero escogido auditorio de pensadores y literatos algunos capítulos de un libro en preparación que titularé *Luchando con las Olas...*

El libro es mi alma en el naufragio de mi vida, mi visión personal del mundo, los seres y las cosas...

Gustó mucho. Recogí en mi corazón, doblada mi cabeza, aquellos aplausos tan halagadores y estimuladores...

*
* *

Y en una postrera nota, para fin de este Apéndice, ¿cómo podré mencionar e indicar a cada uno de los queridos comprovincianos que me acompañaron, me agasajaron, hicieron senda de flores mi camino al través de la tierra adorable de Cuba, quitaron los abrojos puestos ante mi paso, entre las flores, por la envidia aislada y el odio impotente?

Tarea imposible. Los nombres de unos

cuantos quedan en este libro. Otros, como el nobilísimo e inteligentísimo Cayetano Bethencourt, espíritu elevado y puro, el caballeroso don Cesáreo García Casañas, los hermanos Ortega, el Padre Viera, los hermanos Rivero, Santiago Ojeda, José María Jiménez, activos luchadores por el bien de la colectividad isleña, Manuel Morales, mi viejo amigo fraternal, el gallardo periodista José Benítez Rodríguez, el excelente y muy culto Eugenio de Sosa, don Sixto Abreu, el veterano escritor y probado patriota don Justo P. Parrilla, saben que mi agradecimiento durará tanto como dure mi vida.

¿Cómo recordarlos a todos? Pero todos, sin embargo, van conmigo...

ÍNDICE

	Página.
DEDICATORIA.	
PRÓLOGO.	
OPINIÓN	1
DE LA AMÉRICA.	5
FRONTE A PUERTO RICO.	29
DE GRAD - MARCO.	49
GLANADAY - ARAMBURU.	71
EN EL "HOTEL PLAZA".	89
PASEANDO, OBSERVANDO.	111
LOS JARDINES DE "LA TROPICAL".	137
UN CIEGO "QUE VE".	149
EN MIRAMAR.	157
MATANZAS.	165
CARACTER DEL PUEBLO CUBANO.	189
EL DR. ZAYAS.	215
LA PRENSA DE LA HABANA.	235
JOHNSON - WILLARD.	247
EL CONDE KOSTIA.	259
"TRISCORNIA".	271
LAS SOCIEDADES REGIONALES.	281
SANCHEZ DE BUSTAMANTE.	303
UNA VISITA AL CENTRAL "PROVIDENCIA".	307
UN GRAN DIARIO DE IDEAS.	313
EXCURSION A LAS VILLAS.	315



APÉNDICE

	<u>Página.</u>
BANQUETE EN "DIARIO DE LA MARINA". . .	4
VELADA EN EL "CENTRO ASTURIANO".	7
CONFERENCIA EN LA "ASOCIACION CANARIA"	8
CONFERENCIA EN EL "CASINO ESPAÑOL". . . .	30
RECEPCION EN LA "ASOCIACION CANARIA". .	54
DISCURSO EN LOS JUEGOS FLORALES HISPANO-CUBANOS.	55
DISCURSO DE DESPEDIDA EN LA "ASOCIACION CANARIA".	77
DON LUIS SUAREZ GALBAN.	89
SITUACION LEGAL DE LOS ESPAÑOLES EN AMERICA.	90
AHI TENEIS A UN HEROE.	93
CRONICA A "DIARIO DE LA MARINA".	95
VISITA AL "UNION CLUB".	99
EN LA ACADEMIA DE LETRAS Y CIENCIAS. . .	101
NOTA POSTERA.	101

BIBL.UNIV.-LAS PALMAS DE GRAN CANARIA



476967

BIG 860-9 GON can

